

Excitante, incitadora, una lectura llena de sorpresas

Déjate
arrastrar por
el juego de
la seducción

Ochenta melodías
de pasión
en azul

Vina Jackson



MAEVA

Vina Jackson

Ochenta melodías de pasión en azul

Déjate arrastrar por el juego de la seducción

Traducción:

INÉS BELAÚSTEGUI



Recientemente instalada en Nueva York, la pelirroja Summer Zahova está disfrutando de su vida como violinista en una orquesta importante. Bajo la atenta mirada de Simón, su impresionante director venezolano, su carrera, y la propia Summer, florecerán. Pero una nueva ciudad, un éxito reciente, le deparan nuevas tentaciones, y muy pronto Summer se ve arrastrada de nuevo a un peligroso mundo ilícito y peligroso de intriga y deseo que creía haber dejado atrás para siempre.

Entretanto Dominik, el rico profesor universitario, frustrado por su vida en Londres sin Summer, se ve arrastrado a Nueva York para estar con la mujer sin la que ahora sabe que no puede vivir. Pero aunque Dominik cree que puede proteger a Summer de su lado oscuro, no imagina que sus propias pasiones pueden acabar siendo mucho más destructivas.

Índice

Cubierta

1. Una comida a base de ostras
2. Después del verano, el otoño
3. El encanto de la cuerda
4. Bourbon Street
5. Bailando en la oscuridad
6. Una isla en Spring Street
7. Preludio de la carretera
8. Infidelidades
9. De vuelta en casa
10. Bajo el paseo marítimo
11. Una visita
12. Bailaré este vals
13. El paisaje después de la batalla

Agradecimientos

Créditos

Una comida a base de ostras

En plena Grand Central Station, me besó.

Fue un beso de amante: breve, suave y cariñoso, cargado de los recuerdos aún palpitantes de un día vivido en una nube, y también un recordatorio de que esta sería nuestra última noche juntos en Nueva York. No habíamos hablado del futuro ni del pasado. No nos atrevimos. Como si aquellos pocos días con sus noches fuesen una especie de paréntesis entre esos dos imponentes espectros, que era mejor olvidar hasta que tuviéramos que mirarlos de frente a la fuerza, por el inevitable paso del tiempo.

Durante las veinticuatro horas siguientes seríamos amantes, una pareja normal y corriente, como cualquier otra.

Una noche más y un día más en Nueva York. El futuro podía esperar.

Parecía buena idea pasar uno de nuestros últimos momentos juntos en la Grand Central, uno de mis sitios preferidos de la ciudad. Allí confluyen pasado y futuro, se entremezclan todos los fragmentos dispares que conforman Nueva York: los ricos, los pobres, los punkis, las niñas y los niños de Wall Street, los turistas y los pasajeros de cada día, andando camino de su vida particular, distinta, reunidos fugazmente por unos cuantos momentos de pasos presurosos; todos ellos compartiendo una misma experiencia: la de subirse a un tren.

Estábamos en el vestíbulo principal, bajo el famoso reloj de cuatro caras. Después del beso, miré hacia arriba y a mi alrededor, como hacía siempre cuando me encontraba allí. Me gustaba contemplar los pilares de mármol y los arcos abovedados que sostenían un cielo mediterráneo invertido, la vista del zodíaco que los cartógrafos antiguos imaginaron que tendrían los ángeles o formas alienígenas de vida al divisar la Tierra desde el cielo.

El edificio me recordaba una iglesia. Como siempre había albergado sentimientos ambivalentes sobre la religión, me infundía más respeto el poder del ferrocarril, prueba del eterno deseo del hombre de ir a alguna parte. Chris, mi mejor amigo de Londres, siempre decía que nunca conocías una ciudad hasta que probabas su

transporte público, y en ningún sitio era más cierto que en Nueva York. La Grand Central Station era un compendio de todas las cosas que me gustaban de Manhattan: todo era posible y vibrante, con aquella energía de la gente corriendo de un lado para otro; un verdadero crisol de personas en movimiento. Para quien pasara por allí sin nada más que una moneda de diez centavos en el bolsillo, la opulencia y la grandiosidad de las viejas lámparas de araña que pendían del techo eran la promesa de que arriba, en algún lugar, les esperaba una oportunidad.

En Nueva York suceden cosas buenas, ese era el mensaje de la Grand Central Station. Si trabajabas duro, si apostabas por tus sueños, un día la suerte te sonreiría y la ciudad te brindaría una oportunidad.

Dominik me dio la mano y tiró de mí entre la multitud hasta la rampa que bajaba a la Galería de los Susurros. Tampoco había estado en la Galería de los Susurros de la Catedral de San Pablo de Londres; eran dos de las cosas que tenía en mi interminable lista de asuntos pendientes: lugares por visitar y cosas por ver.

Me llevó a una esquina, de cara a uno de los pilares que unían los arcos rebajados, y se fue corriendo al otro extremo.

–Summer –dijo, y su voz baja me llegó a través del pilar con la nitidez de una campanilla, como si me hablara la pared.

Sabía que se trataba de un fenómeno arquitectónico – las ondasónicas viajan desde un pilar hasta su contrario, por el techo abovedado; un poco de magia acústica, nada más–, pero no dejaba de resultar estremecedor. Él estaba en la otra punta, de espaldas a mí, y aun así era como si me hubiese susurrado directamente al oído.

–¿Sí? –murmuré hacia la pared.

–Pienso hacerte el amor otra vez, después.

Me reí y me volví para mirarlo. Me sonrió con picardía desde la otra punta.

Volvió a mi lado y me tomó de la mano de nuevo, para tirar de mi cuerpo y envolverme en su abrazo. Su torso tenía una agradable firmeza. Me sacaba más de un palmo, por lo que podía apoyar mi cabeza en su hombro incluso llevando tacones. Dominik no estaba cachas –no iba al gimnasio, o al menos yo no tenía constancia–, pero era de complexión esbelta, atlética, y se movía con la desenvoltura de quien está a gusto con su cuerpo. Ese día había hecho calor, estábamos a finales del verano neoyorquino, y el sol calentaba de manera tan intensa y abrasadora que se podía freír un huevo encima

del asfalto. Seguía haciendo bochorno, y aunque nos habíamos duchado antes de salir del hotel, podía percibir el calor que desprendía la piel de Dominik a través de su camisa. Cuando me abrazaba era como si me envolvieran en una nube tibia.

–Pero antes –susurró, esta vez a mi oído– vámonos a cenar.

Estábamos justo delante del Oyster Bar. No recordaba haberle hablado de mi pasión por el pescado crudo –otra de mis rarezas que él había adivinado–. Estuve a punto de decir que las ostras me daban aprensión, solo para que le quedase claro que no siempre acertaría con mis gustos, pero la verdad era que desde que llegué a Nueva York estaba deseando ir al Oyster Bar y no iba a desaprovechar la ocasión. Además, la gente a la que no le gustan las ostras me da mala espina, y quizá a él le pasara lo mismo. Preferí no contarle una mentira que pudiera volverse contra mí.

El Oyster Bar es un sitio muy concurrido y me sorprendió que consiguiera una mesa con tan poca antelación, pero conociendo a Dominik probablemente había reservado con tiempo. Aun así, tuvimos que esperar veinte minutos a que nos sentaran, aunque luego el camarero trajo la carta inmediatamente y esperó para tomar nota de lo que íbamos a beber.

–¿Champán? –preguntó Dominik, y pidió una pepsi para él.

–Para mí una botella de Asahi, por favor –le dije al camarero, viendo que los labios de Dominik se contraían en un amago de sonrisa al obviar su sugerencia.

–Aquí la carta es realmente abrumadora –comentó–. ¿Compartimos unas ostras para empezar?

–¿Pretendes atiborrarme a afrodisíacos?

–Si alguna vez ha habido una mujer que no necesite un afrodisíaco, Summer, esa eres tú.

–Me lo tomaré como un cumplido.

–Bien. Esa era mi intención. ¿Hay alguna variedad de ostra que te guste más?

El camarero había traído las bebidas. Rechacé con la mano la copa que me ofrecía: la cerveza está hecha para beberla de la botella. Di un sorbo, estaba fría, y eché un vistazo a la carta.

Tenían incluso ostras de Nueva Zelanda, cultivadas en el golfo de Hauraki, cerca de mi ciudad natal. Noté una sensación fugaz de dolor, una punzada pasajera de nostalgia, la maldición del viajero fatigado. No importaba lo mucho que me gustara la nueva ciudad en la que me hallara; de tanto en tanto me asaltaban los recuerdos de

Nueva Zelanda. El marisco es una de esas cosas que me recuerdan mi tierra natal, los días cálidos y las noches frescas de cuando iba a la playa, la sensación de los talones hundiéndose en la arena blanda y húmeda cuando baja la marea para ir a coger *tuatua* y *pipis*, los moluscos que moran en aguas poco profundas de las playas de arena o los viernes por la noche en la tienda del pueblo especializada en pescado con patatas fritas, cuando pedía media docena de ostras fritas, que te servían en una bolsa blanca de papel cubiertas de sal y acompañadas de una rodaja enorme de limón.

Pedí media docena de cualquier variedad autóctona, la que el camarero considerara buena, y Dominik pidió lo mismo. Con nostalgia o sin ella, no había venido hasta Nueva York desde tan lejos para comer marisco del golfo de Hauraki.

El camarero se fue hacia la cocina y Dominik tendió el brazo por encima de la mesa para poner su mano sobre la mía. Su tacto era más frío de lo habitual, teniendo en cuenta el calor de su cuerpo. Sorprendida, sentí un escalofrío involuntario. Me di cuenta de que había tenido en esa mano la copa, debía de estar fría y eso que siempre pedía la pepsi con poco hielo.

—¿La echas de menos? ¿Nueva Zelanda?

—Sí. No a todas horas, pero sí cuando algo, una palabra, un olor o una imagen, me recuerda mi hogar. No me pasa con mis amigos ni con mi familia, porque hablo con ellos por teléfono o nos escribimos correos, pero echo de menos la tierra, el océano. Me costó acostumbrarme a Londres por lo llano que es. No es tan llano como algunas zonas de Australia en las que he vivido, pero es muy plano. Nueva Zelanda está llena de montañas.

—Tu cara es un libro abierto. Delatas más de lo que tú piensas. No todo lo sacas cuando estás tocando, ¿sabes?

Se llevó un chasco al ver que me había dejado el violín en mi piso antes de regresar a su hotel, a solo un par de calles de mi casa. Le prometí que iría a buscarlo y que tocaría para él antes de que se marchara. Había sacado billete para un vuelo nocturno y al día siguiente, hacia las cuatro de la mañana, estaría montándose en un taxi hacia el aeropuerto, de vuelta a Londres, a sus obligaciones en la universidad y a su casa repleta de libros cerca de Hampstead Heath. Mi inesperada semana libre tocaba a su fin. Volvería a la orquesta y retomaría los ensayos para el siguiente concierto, el próximo lunes.

No habíamos hablado de qué pasaría después. En Londres, justo antes de que me trasladase a Nueva York, nos lo habíamos

montado con mucha flexibilidad, como si tuviésemos una especie de relación pero sin definir nada. Me dijo que yo era libre de explorar, siempre y cuando luego le contara todos los detalles, una condición que me había gustado. Me excitaba contarle en qué había andado metida, y algunas veces hacía determinadas cosas o las evitaba solo por la confesión que llegaría después. A Dominik nunca le comenté nada. Era como el sacerdote que nunca había tenido. Mis aventuras parecían divertirlo o excitarle, hasta la noche en que me vio con Jasper, la noche en que todo fue tan desastrosamente mal.

Tampoco le dije nada de Victor, el hombre con el que me había liado en Nueva York. No estaba del todo segura de cómo sacar el tema. Los juegos con Victor habían sido mucho más perversos que los gustos de Dominik. Victor llegó a venderme, me ofreció a sus conocidos para que me usaran como les placiera. Yo había estado de acuerdo con todo y lo había pasado bien, casi siempre. ¿Se lo iba a contar a Dominik? No estaba segura. Habían pasado solo cuarenta y ocho horas desde que me marché de la fiesta de Victor, porque pretendía marcarme para siempre como su esclava, como algo de su propiedad, y yo me negué. La idea de una marca imborrable había rebasado mis límites. Ahora me daba la impresión de que había pasado una eternidad desde aquello. Estar con Dominik había hecho desaparecer el resquemor hacia Victor, al menos de momento. Además, estaba segura de que Dominik y Victor se conocían de Londres, con lo que la situación era aún más embarazosa.

–¿Qué tal Londres? –pregunté, cambiando de tema.

El entrante llegó enseguida, y eso que las críticas gastronómicas decían que tardaban en servir. En una gran fuente blanca habían colocado en abanico, como si fuesen joyas, una docena de ostras, con un limón en el centro cortado en dos mitades; cada mitad iba envuelta en una muselina blanca, atada en el extremo, para aprisionar en su interior las pepitas, como si pudieran echar a perder todo el plato si alguna de ellas conseguía escapar de la pulpa.

Dominik se encogió de hombros.

–Pues no te has perdido gran cosa. Yo no he parado de trabajar: dar clases, preparar artículos en mis ratos libres, he escrito un montón. –Levantó la mirada hacia mí, fijó sus ojos en los míos, vaciló un instante y a continuación prosiguió–. Te he echado de menos. Han pasado algunas cosas de las que deberíamos hablar, a su debido tiempo, pero por ahora disfrutemos de esta noche. Cómete tus ostras.

Dominik se llevó una ostra a la boca, dejando la concha en la

palma de la mano al tiempo que se metía en la boca su carnoso contenido con ayuda del delicado tenedor de plata que había traído el camarero. Su manera de extraer el jugo del limón había sido un tanto salvaje; lo hizo con tal firmeza que podría decirse que, más que exprimirlo, lo había espachurrado. Entonces, casi como si fuera el siguiente paso de un ritual muchas veces practicado, esparció pimienta negra sobre la fuente con dos contundentes giros del molinillo. Ensartó el marisco limpiamente, con gran habilidad, sin dejar que un pedacito suelto o una sola gota de limón se desviara de su trayectoria en dirección a su lengua.

Yo preferí obviar el tenedor y succioné la ostra directamente de la concha, disfrutando de su tacto resbaladizo, del impacto de la carne húmeda contra mi lengua sin rastro de utensilio alguno, y de que su jugo salado empapase mis labios.

Al levantar la cabeza vi que Dominik estaba observándome.

–Comes como una criatura salvaje.

–No es lo único que hago como una criatura salvaje – dije, con un intento de sonrisa pícara.

–Eso no lo puedo negar. Es una de las cosas que me gustan de ti. Te abandonas a tus apetitos, sean los que sean.

–En Nueva Zelanda pensarían que es una forma refinada de comer marisco. En mi tierra he visto a gente arrancarles de un bocado la lengua a las *pipis*, las almejas que viven en aguas poco profundas cerca de la orilla. Sacan la lengua de la concha cuando están fuera del agua y los locos que se pirran por ellas se las arrancan de un bocado y se las comen directamente, vivas.

Dominik sonrió.

–¿Tú eras una de ellos y te comías vivas esas criaturas marinas?

–No, nunca tuve estómago para eso. Me parecía una crueldad.

–Pero admirabas a los otros por hacerlo, ¿a que sí?

–Sí. La verdad es que sí.

Supongo que es lo que tiene ser una persona a la que por naturaleza le gusta llevar la contraria, ser una especie de rebelde. Aun así, cuantas más probabilidades hay de que un salón lleno de gente pueda escindirse entre defensores y detractores de una comida concreta, lo más probable es que yo me decante, o por lo menos admire, a los defensores.

–¿Te apetece dar un paseo? –preguntó Dominik, y fue dando las

gracias al personal mientras salíamos.

Ellos respondían con un afectuoso «buenas noches». Dominik era de los que dejan propinas generosas. En alguna parte leí que había que fijarse en cómo tratan los hombres a los animales, a su madre y a los camareros, de modo que archivé ese dato concreto en su columna de cosas positivas, que iba actualizando.

Me miré los zapatos. Unos tacones de aguja de charol negro, y como solo llevaba mi bolsito más pequeño y glamuroso, no tenía dónde meter unos planos de recambio.

–Podemos ir en un taxi si te duelen los pies –me propuso.

–Sí, estos tacones no están hechos para andar.

Pensé que se encaminaría hacia la calle para detener un taxi, pero me agarró de una muñeca y me llevó por la fuerza a una esquina. Me arrimó a la pared del restaurante, junto a las escaleras que comunicaban con la salida de la calle 43 Este y recorrió todo mi cuerpo con sus manos, de arriba abajo, y luego por detrás. Noté su erección contra mi muslo bajo la tela de los pantalones. Quería estar segura, estiré mi mano para comprobarlo pero él la apartó bruscamente. Me volvía loca esa costumbre suya de provocar para después dejarme con la miel en los labios. Cuanto antes llegásemos a casa, mejor.

–Ya dentro de nada follaremos y lo haremos sin ropa –dijo sin molestarse en susurrar, al tiempo que me dejaba plantar otra vez los pies en el suelo.

Una señora de mediana edad que aguardaba en la ahora larga cola de la puerta del Oyster Bar, vestida con unos pantalones color crema, unos zapatos salón de falsa piel de serpiente y, a pesar del calor, una chaqueta rosa, nos miró y chasqueó la lengua.

Dominik enroscó su brazo alrededor del mío y echamos a andar en dirección oeste por la calle 42 hacia Park Avenue, entre el bullicio de la muchedumbre del sábado noche. La calle estaba llena de gente que salía de marcha, turistas, gogós y el público que salía de los teatros; todos muy animados, en busca de acción. Para la mayoría, había empezado ya el fin de semana. Los niveles de energía de la ciudad iban en aumento, alcanzando un punto casi frenético y alimentándose de la intensidad de las luces y de los luminosos publicitarios. Los coches pasaban zumbando junto a la acera, y la imponente torre de Times Square se elevaba hacia el cielo por encima de nuestra cabeza como un nada discreto dedo corazón que le hacía la peineta a los sectores más respetables de la ciudad.

–¿Sigues queriendo ver un espectáculo? –le pregunté, con la esperanza de que respondiera que no. Habíamos hablado de hacer como los turistas e irnos a ver alguna obra de Broadway. Es verdad que habíamos pasado la mayor parte del día juntos en la cama, pero al menos yo no estaba exhausta y no quería desaprovechar nuestra última noche.

–Prefiero contemplarte a ti –respondió, con los ojos haciendo chiribitas. A mí se me aceleró el corazón al recordar cuánto le gustaba mirar a Dominik, su excitación tras cada uno de los conciertos privados que él había organizado en los que yo había tocado el violín solo para él en diferentes estadios de desnudez. Pensé en el valioso Bailly que me compró cuando me rompieron el violín, a cambio de que yo tocara a Vivaldi para él... desnuda. Y recordé cómo, tras mi primer concierto como solista en la cripta de una iglesia de Londres, me folló allí mismo, pegándome a la pared, antes de llevarme a su casa en Hampstead y pedirme que me provocara yo misma un orgasmo mientras él me miraba, sentado en su silla de despacho.

Nos quedamos parados en la intersección de las calles mientras el resto del mundo pasaba por nuestro lado a toda velocidad, y yo imaginé que si alguien capturase aquel momento en una instantánea, apareceríamos solo Dominik y yo, con nuestros cuerpos nítidamente recortados en medio de un torbellino de color, como si fuésemos las únicas dos figuras que existiesen, bien delineadas, en las calles de Nueva York, mientras el resto de la gente era una masa indistinta de personas mezcladas en una mancha borrosa, una sucesión de individuos desdibujados.

Continuamos con nuestro largo paseo por Broadway, pasamos por Union Square y luego doblamos por una bocacalle para seguir por University Place, evitando el descolorido lujo y *glamour* de la Quinta Avenida. Cuando llegamos a mi casa los pies me estaban matando, aunque la sensación quedaba amortiguada por el par de cervezas de la cena y por la ilusión que me había hecho caminar al lado de Dominik, con su brazo enlazado en el mío, como si de un plumazo todos mis problemas hubiesen desaparecido, al menos durante una noche más y un día más.

Dominik no lo sabía, pero estábamos en la puerta del apartamento que compartía con una pareja de croatas, Marija y Baldo, que tocaban en la sección de metales de la orquesta y que salían casi todas las noches. Cuando estaban en casa, llenaban el piso con los

sonidos del sexo: respiraciones intensas, golpes sordos del cabecero de la cama, gritos de Marija a tal volumen que a mí me daba envidia – aunque, por supuesto, era posible que estuviera fingiendo—. No estaba segura del estatus de su relación, si estaban casados o no, si eran amantes o tal vez vivían en pecado, a escondidas los dos de sus respectivas parejas, lo cual explicaría que el fuego de su pasión nunca menguara.

–Mi violín está dentro –dije–. Te prometí que tocaría para ti una última vez...

Dio un paso hacia delante para acercarse más a mí y así pudiera sentir la firmeza de su cuerpo pegado a mi espalda, y entonces rozó con su mano el interior de mi muslo, de abajo hacia arriba.

–Por supuesto. Esperaré aquí si quieres –me susurró suavemente al oído.

El tono de su voz era absolutamente desenfadado y un tanto juguetón. Parecía estar disfrutando con el efecto que provocaba en mí su presencia, al verme agitar desesperadamente la llave electrónica que abría el portal del edificio de apartamentos, con las manos temblorosas como si estuviera ante el giro final de un cubo Rubik.

–No –dije–, entra. Es sábado por la noche, así que seguramente mis compañeros de piso han salido, y si no, te los presento... Son muy majos y no les molestará tener visita.

No lograba recordar cuándo fue la última vez que invité a un hombre a mi casa. Ni Dominik ni Darren, con quien salí seis meses en Londres antes de que Dominik y yo nos conociéramos, habían estado nunca en mi piso. En los meses de soltería tuve algún rollo esporádico de una noche, pero siempre había insistido en hacerlo en la casa del otro.

Mi reticencia no obedecía a ningún motivo real; simplemente soy muy celosa de mi espacio personal. También soy desordenada, y como aborrezco tener que usar el transporte público a diario para ir a trabajar, prefiero alquilar habitaciones más baratas, aunque sean pequeñas, en zonas caras de la ciudad, antes que vivir en pisos más grandes y en zonas menos caras pero alejadas del centro, lo que me obligaría a coger el metro todos los días. Mi cuarto en el piso del East Village era diminuto; si quisiera uno más grande, tendría que mudarme a Brooklyn. Marija y Baldo ocupaban la mayor parte del espacio y, de acuerdo con eso, pagaban dos tercios del alquiler. Yo tenía una habitación pequeña con una cama individual, un colgador tipo burra con toda mi ropa y mis zapatos a la vista, un par de fotos de mi tierra y

unos cuantos libros desperdigados. No tenía mesa, ni ninguna otra pieza de mobiliario aparte de la cama y la burra. Desde que salí de Nueva Zelanda, uno de mis objetivos era ir ligera de equipaje, para poder liar el petate rápidamente y cambiar de nido con el menor follón posible. Cuando acumulo más de lo que puedo meter en una sola maleta, empiezo a agobiarme.

Empujé la puerta del apartamento, palpé la pared hasta dar con el interruptor de la luz y lancé el bolso sobre la encimera de la cocina.

–¿Hola? –dije a voces, y agarré a Dominik de la mano para que entrase.

Se quedó de pie en la cocina, mirando a su alrededor, mientras yo llamaba suavemente con los nudillos a la puerta del dormitorio de los croatas para comprobar si estaban. No hubo respuesta.

–Han salido.

–Bien –dijo él, y en dos pasos vino hacia mí y me agarró del pelo, tirando de él con delicadeza.

De pronto me giró de tal manera que quedé mirando hacia el ventanal en saliente del comedor, con vistas al pequeño patio común del bloque. Fuera había oscurecido. Con las luces encendidas y las persianas subidas, cualquiera que por casualidad se hubiese sentado en el jardín a fumarse un pitillo o que estuviese en la ventana de su casa mirando hacia la mía habría podido ver, si no todo, al menos nuestras siluetas: yo con mi vestido negro corto y Dominik con su camisa de vestir y su corbata. Nos habíamos arreglado los dos para salir, por si acabábamos yendo a algún local elegante de Nueva York. Le sentaba bien el traje, no le hacía parecer tan formal como un oficinista, ni tan inapropiado como esos hombres que tienen el mismo traje de chaqueta desde hace una década y lo rescatan del armario una o dos veces al año para ir a una boda o a un funeral. A Dominik lo envolvía siempre una especie de aire informal; poseía la confianza de quien se sabe con buena percha. Se pusiera lo que se pusiera, siempre estaba guapo. Tenía estilo.

Sin embargo, bajo esa inquebrantable capa de refinamiento acechaba una mente calenturienta que era precisamente lo que evitaba que yo me aburriese y diese carpetazo, como solía hacer con los hombres a los pocos meses de estar saliendo.

¿Qué hará Dominik ahora?, me pregunté sin apartar la vista del minúsculo jardín, observando unas bombillitas de colores que un vecino había montado para alegrar el sitio, que centellaban cual luciérnagas. ¿Pegarme a la ventana? ¿Decirme que me suba el

vestido hasta la cintura y retroceder unos pasos para contemplar mi trasero? ¿Follarme a la vista de todo el vecindario? Todavía no había pasado su mano por debajo del vestido, con lo que, a no ser que mientras me besaba hubiera percibido que no llevaba ropa interior, no podía saber que dejé las bragas en casa. Ni que había pasado toda la noche disfrutando de las esporádicas ráfagas de aire fresco que se deslizaban entre mis piernas.

–Quítate las medias –dijo–, pero no dobles las rodillas. Y no vuelvas la cara para mirarme.

Percibí la sonrisa en su voz; estaba gozando, disfrutaba creando un juego nuevo que sabía que me pondría caliente. Era la novedad, la sorpresa, lo que me producía una excitación que me inundaba como un torrente. Mientras no supiera qué me esperaba, era excitante. Mi cabeza, sencillamente, dejaba de pensar y se relajaba; solo estaba pendiente de obedecer su siguiente indicación. Aquello impedía que pensase en la colada pendiente, en los ensayos de la próxima semana, en cuándo recibiría el siguiente cheque y qué factura tendría que pagar primero. El sonido de la voz de Dominik borraba de mi mente cualquier pensamiento, poniendo en alerta todos mis sentidos, de tal modo que hasta el roce más sutil, el más leve soplo de aire sobre mi piel, me volvía medio loca de deseo.

No es tan fácil como parece quitarse las medias sin flexionar las rodillas. Me subí el vestido, ofreciendo ese trozo de piel a la vista de Dominik, y pasé un pulgar por debajo de la tira adherente del borde de las medias, esa franja de encaje que queda entre el tejido de malla y la parte superior de mi muslo, y empujé hacia abajo, separando bien las piernas para poder doblarme por la cintura hasta tocar la punta de los pies manteniendo las piernas impecablemente rectas. Entonces pasé todo el peso de mi cuerpo al otro pie y me quité con sumo cuidado el zapato de tacón de aguja, apenas un segundo, para poder pasar la media por el talón y por la punta del pie, tras lo cual volví a calzármelo. Luego, lo mismo con el otro.

–Pásamelas.

Obedecí, sin apartar la mirada del cristal. No estaba segura de lo que Dominik haría a continuación.

–Dame las manos.

No había especificado que debiera tenderle las manos sin girarme, pero eso fue lo que hice, porque Dominik siempre era muy preciso, y si hubiese querido que me diera la vuelta, o me lo habría dicho o me habría girado él para quedar frente a frente. De modo que

seguí con las piernas separadas, de cara a la ventana, con los hombros retorcidos hacia atrás, el pecho hacia fuera y los brazos rectos, rígidos, con las manos juntas en posición de orar, con los pulgares apuntando hacia mi trasero.

Las medias resultaron ser unas esposas sorprendentemente eficaces, a pesar de lo que daba de sí el liviano material. Me ató las manos con dos complicadas lazadas, uniéndolas a la altura de las muñecas sin apretar demasiado para que no se me cortase la circulación, aunque ni retorciéndome podría conseguirlas soltarme. Habría podido zafarme si de verdad lo intentaba, pero yo no quería escapar de aquello. Me gustaba estar sometida a la voluntad de Dominik, ser su prisionera por elección propia y que hiciera conmigo lo que quisiera.

Apoyó las manos en mis hombros y me dio la vuelta para que lo mirase de frente. El dolor de pies, provocado por la interminable caminata con los tacones por el centro de la ciudad, estaba convirtiéndose en una sensación placentera, un intenso y excitante recordatorio de que había entregado mi cuerpo a Dominik para que lo usara a su antojo y, por ello, cualquier sensación mía se debía a sus designios.

No era la primera vez que se me ocurría pensar que si fuese capaz de aplicar esta actitud a otros ámbitos de mi vida no habría nada que no pudiera conseguir. Una vez que me ponía en marcha, era como un tren discurriendo por los raíles, directa hacia el resultado que me aguardase al final, fuera el que fuera, sin detenerme a sopesar los posibles contratiempos del viaje. Sin embargo, no era capaz de aplicar esta sumisión donde y cuando quisiera. Necesitaba que algo me provocara. Por alguna razón inexplicable, mi primer profesor de violín, el señor Van der Vliet, quien jamás me puso un dedo encima salvo lo estrictamente necesario, me incitaba a complacerlo de tal modo que ensayaba muchísimo más de lo normal. Ahora era Dominik quien ejercía ese mismo poder sobre mí, con la diferencia de que en este caso el poder se lo había conferido yo.

Se agachó, con sus ojos clavados en los míos. Primero, me acarició de abajo hacia arriba la piel, ahora desnuda, de una pierna, y a continuación de la otra, desde el tobillo hasta el muslo; se detuvo justo antes de donde habría estado la línea de las braguitas si las hubiese llevado puestas. Sus ojos parecían de granito; tenía esa mirada que se le ponía cuando su mente empezaba a internarse por el sendero de sus deseos íntimos, un lugar más allá del pensamiento

consciente, en el que es el instinto quien lleva las riendas, si le permites tomar el mando.

Se me empezaba a entrecortar la respiración. Me erotizaba que me tocara así, me volvía loca. Pero cada vez que su mano se acercaba a mi ingle, me moría de ganas de que no se demorara en las caricias y me penetrara con uno de sus dedos. La paciencia nunca ha sido mi fuerte.

Se levantó y me rodeó hasta quedar de espaldas a mí, asiéndome por la atadura de mis muñecas como si las medias fuesen un asa. Me costó mucho seguirlo, andando hacia atrás, acompañada del taconeo de mis zapatos por el suelo de madera.

Me empujó de cara sobre la cama, los brazos todavía atados con fuerza a mi espalda. Volví la cara de lado para poder respirar y lo observé con el rabillo del ojo mientras él se arrodillaba junto a la almohada y buscaba algo a tientas debajo de la cama. Su expresión se transformó en una sonrisa de satisfacción al encontrar el bote de lubricante y la caja de condones que yo guardaba allí debajo. Al fin y al cabo, tampoco es un escondite tan secreto. Tal vez yo no fuese tan diferente a otras mujeres. O quizá él siempre salía con el mismo tipo de mujer.

Dominik me subió más el vestido y la tela quedó arrugada alrededor de mi cintura, con mi trasero desnudo y ahora totalmente expuesto. Retuvo el aliento un instante, y seguramente pensó que había pasado la velada junto a él con ese vestidito negro sin bragas.

Me estremecí cuando oí que se desabrochaba el cinturón, sin saber si pretendía azotarme las nalgas con la correa de cuero o solo quitarse los pantalones para follarme. Yo habría gozado con cualquiera de ambas opciones, siempre y cuando acabase haciendo lo segundo. Mantuve mi cuerpo completamente inmóvil, anhelando su siguiente movimiento, esperando que no tardase demasiado; de lo contrario temía estallar.

No quería darle el gusto de verme suplicar, pero deseaba tanto que me penetrase que era como si el tiempo se hubiera ralentizado. Cada segundo que permanecía cerca de mí sin tocarme equivalía a una hora entera.

Era como estar en el filo de una cuchilla, atrapada en ese estrecho desfiladero entre el deseo y su satisfacción. Me hacía disfrutar y odiarlo al mismo tiempo. Cada vez que se apartaba, mi deseo se multiplicaba, y cada vez que me tocaba yo me acercaba a la satisfacción, al final de todo aquello.

Él lo sabía también. Por mucho que yo procurara templar mis reacciones por una cuestión de orgullo, era evidente que en nuestros encuentros había estado atento, y sabía afinar mi cuerpo como si fuera un instrumento. No me conocía en todo mi ser, ni me conocería nunca, pero cuando estábamos en la cama mi cuerpo era suyo, lo quisiera yo o no.

Estaba totalmente a merced de Dominik.

Di un respingo al oír la rasgadura de un envoltorio y el chasquido seco de la tapa del bote de lubricante al abrirse.

Entonces, por fin sentí su dedo dentro de mí, tanteando, explorando. Primero solo uno, luego otro y otro y otro, hasta que tuve la certeza de que no iba a poder meterme ni uno más. Traté de restregarme contra él, de flexionar las rodillas e intentar agarrarme de algún modo a las sábanas para poder introducir más su mano dentro de mí, pero con las muñecas atadas y el cuerpo tendido boca abajo, lo único que conseguí fue contorsionarme inútilmente como una oruga en la mesa de un entomólogo, o como una mariposa prendida con un alfiler en un tablón de disecciones.

Dominik estaba quieto a mis espaldas, sorprendentemente quieto, deleitándose al ver mis esfuerzos por zafarme. Yo me sentía más expuesta semidesnuda que si hubiese estado desnuda del todo. De alguna manera, resultaba más excitante estar tapada de cintura para arriba y desnuda de cintura para abajo; tener mi sexo al aire, sin mostrar los pechos, era más impactante. La semidesnudez era la pose de los perversos, de los viejos en las paradas de autobús con la camisa puesta, los pantalones bajados y la gabardina abierta. Al imponérmela, Dominik hacía que me sintiera poseída y humillada.

–Ábrete de piernas –ordenó.

Obedecí.

–Más.

Me hizo hacer casi el *spagat* lateral, y empezaron a dolerme los músculos de las piernas. Estaba todavía hincada de rodillas, con el pecho aplastado contra la cama y las manos detrás de la espalda, manteniendo el equilibrio a duras penas. Entonces se arrodilló, inclinándose para recorrerme con la lengua, apenas rozándome la piel desde la rodilla hacia arriba, por la cara interna del muslo, primero una pierna y luego la otra. Se detenía justo antes de lamerme el clítoris, pero dejaba la boca pegada a mí, de manera que podía sentir su respiración caliente acariciándome el pubis. Retrocedí ligeramente, con la esperanza de notar el toque de su lengua.

–Ah, no, de eso nada. Quédate quieta.

A pesar de estar esforzándome todo lo posible para hacerme la dura, comencé a gemir y a mecarme con sutileza, adelante y atrás.

–Me deseas, ¿verdad? –dijo para incitarme.

Su tono de voz era burlón. En cualquier otro momento quizá habría querido abofetearle, pero en ese instante me sentía como si tuviera el cuerpo al rojo vivo, y habría hecho lo que fuera con tal de que me tocara, incluso si tenía que arrastrarme por el suelo a cuatro patas, suplicándole.

–Sí.

–¿Sí? No pareces muy convencida. A lo mejor me voy de la habitación hasta que lo tengas claro. –Se levantó y dio unos pasos para irse.

–No, por favor, no te vayas, por favor. Te deseo sobre todas las cosas.

–Sobre todas las cosas... Eso ya está mejor. Y si te doy lo que quieres, ¿qué harás tú por mí?

–Lo que quieras. Haré lo que tú quieras, cualquier cosa. Pero, por favor, te lo suplico, fóllame. No lo resisto más.

–Lo que yo quiera ¿eh?, cualquier cosa. Deberías tener cuidado con lo que prometes. Podría obligarte a que lo cumplieras.

–No me importa. Por favor, tócame –gemí, sepultando mi orgullo bajo la fuerza arrolladora de mi deseo sexual.

Se acercó y me metió la punta del miembro, pero solo unos centímetros. Luego esperó.

Yo clavé las uñas en el edredón, de pura frustración.

–Suplícame –dijo en voz baja–. Cuéntame qué quieres.

–Fóllame, te lo ruego. Por favor, fóllame.

Por fin me penetró profundamente. Sentía el calor de su miembro dentro de mí, y con la primera embestida estuvo a punto de lanzarme hacia el techo.

Me asió con fuerza por las muñecas y sus embestidas resonaban dentro de mí, mientras yo apretaba las nalgas contra él.

Las embestidas eran tan intensas que empezó a hacerme daño, y justo en ese momento él se corrió.

Jadeantes, nos dimos un respiro. Se inclinó para desatarme con delicadeza las manos. Estiré los brazos con cautela y se reactivó mi circulación a su paso por las muñecas.

–Quédate ahí –dijo, como si yo pudiera ir a alguna parte con él dentro de mí.

Retrocedió para tumbarse a mi lado, y se puso a acariciarme los cabellos con una mano mientras la otra bajaba por entre mis piernas hasta encontrar mi punto de placer. Yo empecé a gemir de nuevo. Pensé que no podría tener un orgasmo tumbada boca abajo, pero quería dejar que lo intentara.

–Date la vuelta –susurró, quizá por mi cara de incertidumbre.

Me giré sobre un costado.

Continuó estimulándome con un movimiento rítmico y continuo mientras se incorporaba para poder ver lo que hacía. Yo lo observé mientras me observaba. Su mirada seguía el recorrido de la yema de su dedo. Me miró a los ojos y sonrió. Reconocimiento entre voyeristas. Entonces, con la mano que le quedaba libre acarició mi torso, continuó entre los pechos, trazando una línea alrededor de mis pezones, primero uno y luego el otro. Dejó la mano posada sobre mi cuello, muy levemente.

–Cierra los ojos.

Dominik aprendía rápido. Yo, con los ojos cerrados y eliminando cualquier tipo de distracción mientras él con la otra mano se afanaba en darme placer, entré en la intensidad de un orgasmo: una oleada de placer casi dolorosa que, empezando en mi sexo, me recorrió todo el cuerpo hasta el cerebro para, a continuación, desvanecerse en la nada a los pocos segundos.

Abrí los ojos y vi que Dominik me miraba con evidente autosatisfacción. No alcanzo fácilmente el orgasmo y, aparte de Dominik, he tenido solo un par de amantes que lo han conseguido sin que yo interviniera.

–Buena chica –dijo. Por patética que pudiera ser, aquella expresión conseguía que me ruborizara.

Decidimos trasladarnos al hotel de Dominik para pasar allí el resto de la noche. La cama de matrimonio de su habitación era infinitamente más cómoda que la mía, y tenía vistas a Washington Square Park.

Hicimos el amor otra vez por la mañana, aún medio dormidos. Al acurrucarme junto a él, sentí su erección entre mis nalgas y, unos instantes después, dentro de mí. Estábamos tumbados uno al lado del otro. Él me rodeada, protector, con un brazo; la mano del otro brazo apoyada en uno de mis pechos. Mientras, yo empujaba suavemente hacia él. Aquella manera de hacer el amor tenía un punto tierno y nostálgico. La realidad de nuestra eminente separación había apagado

el fuego de la noche anterior, dejando una estela de deseo y añoranza.

Desnuda, me acerqué a la ventana y toqué por última vez para él, «Message to My Girl», mi pieza favorita de la colaboración entre la Orquesta Sinfónica de Nueva Zelanda y Split Enz. Por supuesto, no era lo mismo sin toda la orquesta, la flauta, el piano y la voz de Neil Finn. Fue la primera vez que toqué para Dominik algo que se salía del canon clásico.

Él no conocía la letra y tampoco experimentaba el sentimiento de pertenencia que sentía yo cuando tocaba aquella pieza. Dominik no podía ver la imagen de Aotearoa que se desplegaba en mi imaginación. Aun así, esperaba que saliese de las cuerdas al menos una pizca de su magia y de mi morriña.

Guardé el Bailly y me senté a su lado en la cama.

–¿Desayunamos? –le pregunté.

Era más bien la hora del *brunch*. Le llevé al Café Vivaldi de la calle Jones, a solo unas cuantas manzanas del hotel. Aquel lugar fue uno de los motivos por los que me instalé en el Village. Siempre he sido un tanto sentimental y el nombre del café me pareció una buena señal, sobre todo cuando me enteré de que ofrecían la posibilidad de actuar en vivo una noche a la semana y de que estaban abiertos a todos los géneros. Aún no había propuesto a los propietarios la posibilidad de tocar en el local, pero me gustaba ir allí a tomar algo y disfrutar del ambiente. El Village ya no era lo que fue en otros tiempos. Los bohemios se habían mudado a barrios más económicos y su lugar lo había ocupado la clase media acomodada, atraída por la sensación de comunidad, las cafeterías selectas y los numerosos parques cercanos. Tres motivos que explicaban por qué yo pagaba un alquiler tan alto por una habitación tan pequeña. Aun así, seguía siendo un barrio con encanto, y yo no podía evitar pensar que quizá se me pegaba algo de la energía que habían dejado allí todos los músicos que se sentaron en estas mismas mesas antes que yo.

Además, la comida era fantástica y hacían los Bloody Marys con el picante justo. Pedí uno para mí. Dominik tomaba siempre café solo o una pepsi, pero yo prefería cada vez más las celebraciones con alcohol.

Tal vez fuese el alcohol lo que me volvió osada. No soy de las que les gusta mostrar sus sentimientos, y menos aún a mis amantes, pero cada minuto que pasaba nos acercábamos más al momento en que Dominik tendría que marcharse, y la velocidad con que las

manecillas corrían por la esfera del reloj que colgaba de la pared me hizo abandonar toda precaución.

–Te voy a echar de menos, Dominik.

Él dejó el tenedor en el plato y me miró.

–Yo también a ti.

Aguardé unos segundos para ordenar mis ideas.

–Gracias por haber venido. Valoro mucho tenerte aquí, aunque haya sido por poco tiempo. La vida volverá a sonreírme, de eso estoy segura. No puedo dejar Nueva York. Mi música... Me ha costado mucho integrarme, pero ahora todo va bien con la orquesta.

–Me alegro. Y no deberías irte; quédate y sácale todo el partido. Yo ahora tampoco puedo dejar Londres. Aunque estoy trabajando en varios proyectos de forma independiente, mi contrato con la universidad no acaba hasta fin de curso.

Yo asentí.

–No está tan lejos... –caviló–. En el peor de los casos, a siete horas de avión. Hay fines de semana, dentro de poco llegan las vacaciones de mitad de curso y, para serte sincero...

–No estás seguro de que fuese a dar resultado si estuviéramos juntos todo el tiempo –terminé por él.

–No. Hay muchas cosas de las que aún no hemos hablado. Sé que no has pasado a solas todas las noches que llevas en Nueva York, y yo en Londres tampoco. No creo que haya que cambiar ahora. No estamos...

–¿Saliendo?

Se rio.

–No, saliendo no. Creo que la cosa no es tan sencilla.

–Lo que siento contigo no lo siento con nadie más. Es como si me entregara totalmente. Eres la única persona con la que me siento así.

Yo seguía sin mencionar a Victor. Pero era diferente. A Victor le permití que me hiciera lo que me hizo, pero no porque deseara que lo hiciera, mientras que sí deseaba que me lo hiciera Dominik.

Antes, no hace mucho, la expresión de Dominik me parecía impenetrable, pero ahora que lo conocía mejor, sabía interpretar aquella mirada en sus ojos. Sensualidad. Calor. Acuerdo.

–Bien –dijo–. A mí me pasa lo mismo. ¿Sabes?, yo no hago este tipo de cosas con nadie.

Entonces, la que se rio fui yo. Sonó al tipo de frase que diría una mujer en una serie cómica la mañana siguiente a haberse acostado

con un desconocido.

–Lo digo en serio –prosiguió, dándome la mano por encima de la mesa–. Yo mismo no lo entiendo del todo, pero conozco este sentimiento. Provocas que me den ganas de... hacerte cosas.

–Y tú a mí de que me hagas cosas.

–Bueno –dijo con una sonrisa–, al menos estamos de acuerdo.

–¿Todo claro, entonces?

–Quieres decir que ha quedado claro que nada ha quedado claro, ¿verdad?

–Eso es.

–Vendré a verte otra vez, disfrutaré con la orquesta y disfrutaré a tope de Nueva York. Todo lo a tope que tú me dejes, claro. Pero tienes que mantenerme informado, tal como acordamos.

Pidió otro café y yo otro Bloody Mary. No era mi intención emborracharme, pero el picante y el vodka me ayudaban a dulcificar un poco la ola de desdicha que sentía acercarse a toda velocidad hacia mí a medida que pasaban los minutos.

Pasamos el resto de la tarde en el Café Vivaldi, tomando café, charlando y riéndonos, escuchando la música de fondo de un pianista que tocaba a Billy Joel. Dominik había pagado la cuenta del hotel y llevaba consigo solo una maleta de mano con el espacio justo para una muda. Viajaba ligero de equipaje, como yo.

Cuando llegó el momento de irse, volvimos al hotel, en Waverly Place, donde le esperaba la limusina que había contratado para que lo llevara al aeropuerto.

Su beso de despedida fue breve, tierno, cariñoso.

Un beso de amante.

Después del verano, el otoño

El taxi dejó a Dominik delante del porche de su casa, en el norte de Londres. Durante el vuelo nocturno desde Nueva York apenas había dormido, ofuscado con sus pensamientos y con el torbellino de recuerdos que amenazaba con desencadenar un *tsunami* emocional.

Aún era temprano. El viento barría las gotas de la llovizna que salpicaba las ramas de los árboles de una zona ajardinada.

Abrió la puerta con la llave, entró en el vestíbulo y, siguiendo los pitidos habituales, desactivó la alarma.

Después de dejar la maleta y el maletín del portátil, y quitarse los zapatos sin ayuda de las manos, lo invadió un silencio que le causó estupor. La puerta bloqueaba cualquier sonido del exterior: los trinos de los pájaros, el rumor de las hojas de los árboles agradeciendo la lluvia, el escaso tráfico de la colina y todo rastro de vida cotidiana.

Era como si un peso espantoso cayera sobre sus hombros.

Dominik supo que se trataba del terrible peso de la soledad. Allí solo, en su casa, cobijado entre las estanterías de libros y las imágenes conocidas, se sintió desconsolado. Desde el instante en que se separaron en Manhattan, cuando entró en la limusina, y durante todo el trayecto al JFK, el posterior trajín de facturación, los trámites de seguridad y las colas del aeropuerto, el estar rodeado de gente le había hecho olvidar momentáneamente que acababa de dejar a Summer a su suerte. En otra ciudad. No desamparada, pero sí abandonada. Con sus demonios, contradicciones y aquellos prodigiosos apetitos que tanto él como ella ansiaban y temían.

¿Habría sentido lo mismo, ese cosquilleo típico de las relaciones románticas, si Summer no fuera una mujer tan diferente, tan imperfecta, tan peligrosa de conocer?

¿Se habría enamorado de ella si hubiese sido sumisa y responsable, como tantas otras con las que había estado?

No, si era amor, era de ese amor que es incondicional. Tenía que aceptar su tendencia rebelde. Es más, quería que ella fuese un espíritu libre, una aventurera del sexo.

Por primera vez en cinco días Dominik tenía tiempo para

reflexionar.

Pero no significaba que se sintiera mejor con la situación ni con sus paradojas.

Revisó su agenda. Al día siguiente le tocaba dar clase. El viaje relámpago a Nueva York solo le había hecho perder un par de tutorías. Sabía que no tendría problema para recuperarlas cualquier otro día, con tanto tiempo por delante antes de los exámenes finales.

Necesitaba una ducha. Mientras se desvestía por las escaleras camino del cuarto de baño, al final del largo pasillo, intentó ordenar sus ideas.

Inmóvil bajo el chorro de la ducha, contempló el vapor que perlaba todo su cuerpo de la cabeza a los pies. Lavó todos sus esfuerzos y todos sus errores, borrando con determinación el mundo. Recordó la marca rosada que habían dejado las medias en la blanca piel de Summer cuando finalmente la desató. Hacía exactamente treinta y seis horas, mientras caminaban por Nueva York después de haber estado en la Grand Central Station, que se le había ocurrido atarla. Pero le descolocó el precioso contraste entre el color arena de sus medias y el paisaje lechoso de la parte alta de sus muslos. Lo que más le sorprendió, y lo que le admiró, fue ver que no llevaba bragas.

Intentó recordar cómo a veces contenía la respiración cuando él la follaba, como si quisiera armonizar el ritmo de sus embestidas con el aumento de su deseo. Se había fijado antes, en los primeros encuentros en Londres, pero ahora sabía que formaba parte de su naturaleza sexual, un mecanismo inconsciente para compenetrarse con su compañero. No cabía duda de que lo hacía con otros, de que lo había hecho infinidad de veces.

Se miró desde arriba, bajo el torrente de agua caliente que salía de la ducha. Descubrió que poco a poco su pene se endurecía, en homenaje a Summer y a los dulces recuerdos que le evocaba. Tenía el pliegue circular de debajo del glande más enrojecido de lo habitual, como prueba del frenesí de su promiscuidad.

No mentía cuando le dijo que con solo verla sentía ganas de despertarle sensaciones diferentes –dulces, atrevidas, guarras, reveladoras, tiernas–, de hacer cosas a las que muchas mujeres se opondrían. Pero Summer no era como muchas mujeres. Su erección aumentó, interrumpiendo el curso de la cascada de la ducha.

El día anterior, mientras se paseaban del brazo por la Calle 42, habían pasado por delante de un *sex shop* de Broadway, uno de los pocos que quedaban en toda la ciudad desde la última operación de

limpieza. Summer no le prestó atención, pero Dominik decidió entrar a comprar algo que pudiese usar con ella: unas esposas, algún tipo de ligadura. Se quedó en un impulso. El cristal del escaparate estaba sucio y el contenido parecía dudoso. De pronto, le resultó sórdido. Además, pensó que emplear unas esposas con una mujer era poco elegante. Se contuvo y refrenó las ganas de entretenerse un rato en el *sex shop*, pero siguió con la idea de atarla. Al ver que llevaba medias hasta el muslo, pensó que era absolutamente perfecto, como si le hubiese leído el pensamiento y se hubiese ofrecido a él, entregándose a cualquier capricho de su imaginación.

Le había pasado lo mismo con Kathryn, una mujer casada con la que tuvo una relación hacía una eternidad, y con quien descubrió su atracción por la dominación.

Al igual que Kathryn, Summer tenía ese poder de despertar sus fantasmas secretos, sacarlos de su interior, hacer que le susurraran cosas obscenas al oído y asegurarle que a ella no le importaba, que no se llevaría las manos a la cabeza ni sentiría rechazo. Summer despertaba el lado dominante de su personalidad, sacaba lo peor de él, sabiendo con certeza que ella se haría cargo. De hecho, se preguntaba quién de los dos realmente llevaba las riendas.

Se le disparó la imaginación y enseguida emergieron un sinfín de pensamientos.

Sin duda, deseaba algo más que salir con Summer o follarla. La quería por entero, su cuerpo y su alma, pero no de un modo posesivo, a pesar de aquellas sorprendentes punzadas de celos sexuales que había sentido al verla con Jasper o al imaginársela con otros. No se trataba de posesión. Algo muy poderoso dentro de él ansiaba ver hasta dónde podía llevarla, o llegar él mismo, a pesar del dolor y los sentimientos encontrados que pudieran salir a la luz. Ella deseaba que él la dominara; era evidente.

Debía continuar comportándose con ella como hasta entonces. Él sería la persona que la guiaría en ese viaje. ¿Y quién había dicho que en el proceso había que dejar a un lado los sentimientos?

Sí, a su modo Dominik sabía que la amaba; era un amor total y al mismo tiempo terrible. Él sabía que un día querría verla otra vez con otro hombre, pero sería una orden suya, no un antojo de ella ni una casualidad.

Ese pensamiento lo incomodó.

De repente, pensó en salir corriendo de la ducha, irse derecho al teléfono y llamarla. Le daban ganas de gritarle por teléfono todas las

cosas indecibles que se moría por hacer con ella, por hacerle a ella, y que su aceptación lo sosegase como un bálsamo. Pero aún no había amanecido en Manhattan y Summer seguramente estaría durmiendo como una bendita, después del cansancio de los pocos días que habían pasado juntos. Además, Dominik nunca había sido un gran aficionado al sexo telefónico. Como hombre de letras que era, carecía para él de carga emocional; ¡era demasiado fácil!

Tendió la mano para alcanzar el jabón y siguió con su ducha.

Los días transcurrieron a toda velocidad.

Dominik se puso el piloto automático y dio clases, asistió a seminarios, corrigió trabajos, investigó, preparó clases y escribió artículos. No se dio cuenta del paso del tiempo, ocupado como estaba con asuntos prosaicos, inmerso en el ajetreo de su vida cotidiana.

Sus comunicaciones con Summer eran contadas. Como a él, tampoco a ella le gustaban las largas conversaciones telefónicas, de modo que se comunicaban sobre todo con correos electrónicos y los mensajes de texto. Una vía impersonal, casi de trabajo, breve y concisa.

Era un juego cruel. Cuando ella esperaba que fuese tierno, él se mostraba distante y exigente. Cuando ella le rogaba que le dijese lo que tenía que hacer, él no concretaba nada. Dominik deseaba tenerla en vilo. Quería estar siempre al mando. Dominador. Un papel que cada vez desempeñaba mejor.

Un día, al salir de la universidad, mientras se encaminaba hacia el metro, absorbo en una ensoñación intrascendente, oyó cómo alguien lo llamaba.

—¿Dominik?

Era Lauralynn, la chelista rubia a la que contrató para tocar con Summer en la cripta de la iglesia. Se había olvidado por completo de ella desde la breve conversación telefónica que mantuvieron y que a él le hizo viajar a Nueva York.

Tuvo la impresión de que estaba esperando a que saliera de clase. Estaba en la calle, de pie, cerca de la puerta del edificio de ladrillo gris, con una falda tubo negra que resaltaba sus curvas de infarto, unos tacones infinitos y una blusa blanca que le transparentaba el sujetador rojo y a punto de estallar. La viva imagen de la seducción calculada al milímetro. Las ondas rubias le caían hasta los hombros, dividiendo el óvalo de su cara en dos mitades exactas, a lo Veronica Lake.

No le hizo ninguna gracia esa intromisión en su rutina, pues tenía la mente absorta en el artículo que pensaba escribir nada más sentarse en el escritorio de su casa.

–Volviste de Nueva York, por lo que veo –dijo Lauralynn.

–Sí –respondió. No recordaba haberle comentado que se iba de viaje, pero qué más daba.

–La última vez me dejaste con la palabra en la boca. Eso está muy feo.

Dominik la miró a los ojos y detectó que quería guerra. Decidió dejarse llevar y ver dónde acababa aquello.

–La viste en Nueva York, ¿a que sí?

–¿A quién?

–A nuestra amiga violinista, a quién si no –respondió Lauralynn–. ¿Sigue siendo tu juguetito?

–Yo no lo describiría así –respondió él, algo desconcertado.

–Me encantaría saber cómo lo describirías –añadió ella.

Dominik estuvo a punto de marcharse, irritado por las libertades que se estaba tomando y por sus suposiciones erróneas. ¿Cómo podía saber lo que había entre Summer y él? Entonces recordó la conexión con Victor, y su efusiva participación en la escena que él había organizado en la cripta. De pronto fue consciente de que detrás de su participación estaba el profesor. Aunque no había sacado el tema con Summer, tenía la firme sospecha de que ella le había ocultado algunas cosas. El hecho de que Victor hubiese ido también a Nueva York no podía ser una simple coincidencia. Aquel tipo era astuto e irresistible. Pero seguro que Summer no había sucumbido a sus encantos.

Disimuló su impaciencia y le preguntó:

–¿Qué es lo que quieres?

–Charlar un ratito, nada más –dijo ella, y sonrió con picardía–. No te asustes, no me van los tíos.

Dominik accedió y fueron a un bar cercano que tenía un salón en la planta de arriba, donde a esa hora del día se podía aún disfrutar de una conversación tranquila.

–Bueno, ¿de qué va todo esto, Lauralynn?

–Me gustó tu estilo en la cripta.

–¿Viste todo?

–No exactamente. La tela que me tapaba los ojos estaba lo suficientemente floja.

–Comprendo.

–Conozco a Victor. Adivinó lo que pretendías hacer con Summer y lo dispuso todo para que yo y los otros dos componentes del cuarteto estuviésemos allí.

–Entonces ¿todos lo sabíais?

–No. Solo yo..., y Victor. Después tenía que contarle lo que habíamos hecho –le desveló Lauralynn, sonriendo con torpeza.

–Qué espabilado –dijo Dominik.

–Tampoco es eso... –repuso Lauralynn–. Solo le gusta jugar. Como a ti. Como a mí.

–Me halaga que quieras aceptarme en tu círculo.

Lauralynn dio un sorbito de su copa de Beaujolais. Sus labios carnosos se tintaron del rojo del vino.

–Pero Dominik, pues claro que eres uno de los nuestros. Más de lo que te imaginas. Algunos lo somos por naturaleza y otros lo son por accidente. Lo que pasa es que no siempre nos damos cuenta al principio. Amos, sumisos, va ocurriendo poco a poco, casi de manera inconsciente. Hasta que llega un día en que lo asumes totalmente, lo aceptas y te dejas de dudas. Ya ves, nacemos con ello.

–Interesante modo de enfocarlo –admitió Dominik, intrigado aún por sus intenciones–. Entonces, ¿no estará Victor, por casualidad, detrás de tu idea de ponerte en contacto conmigo?

–Para nada –respondió ella–. He sido yo, quería tantear el terreno. De hecho, hace siglos que no sé nada de él. Esta es una misión en solitario, por decirlo de alguna manera.

–Cuéntame más –dijo Dominik.

Lauralynn se acomodó, recostándose contra el altísimo respaldo del sillón de piel marrón y, mientras se apartaba con ademán enérgico un mechón de la melena rubia que le tapaba los ojos, toda la belleza de su rostro se convirtió en pura insinuación.

–No, cuéntame más tú, Dominik. ¿Cómo te sientes cuando dominas a una mujer, cuando la obligas a hacer cosas que el común de los mortales se negaría? ¿Te excita, te da placer, o no te implicas y actúas como si fueras un espectador? Me interesa saberlo, para determinar exactamente lo que eres. O podrías ser.

–Haces muchas preguntas –respondió él, y se levantó para bajar a la barra de la planta baja a por otra ronda.

–Me gusta usar a la gente –le dijo Lauralynn, mientras proseguían con la conversación en un restaurante del barrio chino–. Me vivifica.

No pretendía justificarse; simplemente fue una declaración espontánea, sin intención de jactarse de nada ni de obtener un beneficio indirecto. La reacción inicial de Dominik fue negarlo. Era una afirmación imposible de aplicar en su caso, sin ninguna duda. Él amaba a las mujeres. No era cruel con ellas, ¿no? Durante la seducción no solo estaba en juego el goce sexual, la búsqueda del placer, sino también un profundo deseo de unión, de empatía; la voluntad de comprender lo que definía el comportamiento de cada mujer en particular. Él quería llegar a conocer lo que sentían.

Esa noche, agitado, daba vueltas en la cama. Estaba excitado y fascinado a partes iguales por la caja de Pandora que Lauralynn había destapado, y no pudo evitar pensar nuevamente en Kathryn y en los deseos ocultos que había despertado en él.

Y también en ella. Por eso no le impactó –de hecho sabía que sería así– que, después de su ruptura, no solo siguiera con su marido: como reacción a su relación extramatrimonial, empezó una vida desde cero, se mudó de barrio y, dos años más tarde, se quedó embarazada de mellizos después de seguir un tratamiento de fertilización in vitro. Kathryn siempre le había dicho que ser madre no entraba en sus planes futuros. ¿Era posible que, al descubrir esa vena sumisa que la convertía en una mujer totalmente diferente, decidiera alejarse de él? ¿Huir de sus garras?

A lo mejor sí, se dijo, y suspiró.

Pero, sin duda, no era culpa de él. La semilla de la dominación y de la sumisión ya estaba allí, oculta en lo más profundo de Dominik y Kathryn mucho antes de que ellos se hubiesen conocido. Como las brasas que esperan el soplo de una deidad desconocida para volver a prender y retornar a la vida.

De no haberse cruzado sus caminos, sus vidas habrían continuado con toda probabilidad su inalterado discurrir por caminos más... normales. Caminos «vainilla», se dijo.

Sin embargo, una vez abierta la caja de Pandora, ya no había modo de frenar esos sentimientos. En su caso, al menos, no. Lo que desconocía era el grado de autodisciplina y de sufrimiento que le había supuesto a Kathryn hacer oídos sordos al canto de sirena y alejarse de él de un modo tan rotundo, para volver al buen camino. A la abnegación.

No conseguía conciliar el sueño. Le llegaban los trinos de los pájaros del jardín, tras la ventana de su dormitorio, amplificadas, ensordecedoras en aquella quietud. Ahora que pensaba en ello,

admiraba la resolución de Kathryn, su capacidad de sacrificio. Por desgracia, Dominik carecía de su fortaleza, y lo sabía. Había recibido la picadura y estaba contaminado para siempre, como si fuese víctima de una variante sexual de vampirismo. Se había entregado de buen grado al abrazo de los fantasmas del erotismo sin pensárselo dos veces. Y los había vuelto a encontrar en llamas la primera vez que estuvo con Summer.

Pero ahora Dominik estaba decidido a hacer las cosas bien. Si de verdad Summer deseaba someterse a él, él cumpliría su deseo.

Aprendería el arte de la dominación unido a los sentimientos amorosos, y juntos emprenderían un viaje del que saldrían convertidos en dos personas distintas. Curtidas pero tiernas, permanentemente en la cuerda floja pero llenas de vida.

Volvió a recordar los años transcurridos entre Kathryn y Summer, su época de paciencia y fiereza. Al rememorar su locura se le hizo un nudo en el estómago.

Explorando las callejas turbias y oscuras del ciberespacio, había entrado en chats y foros y conocido a montones de mujeres cuyo deseo encajaba con el suyo. Había aprendido un vocabulario nuevo y todo un repertorio de encuentros clandestinos; el curioso protocolo de la sexualidad alternativa. Hubo encuentros liberadores, otros más incómodos y menos fructíferos, algunos incluso le resultaron cómicos a su desarrollado sentido de la ironía.

Como lector voraz, Dominik ya conocía algunas prácticas y estilos de BDSM, pero se llevó una sorpresa al ver lo extendido que estaba, tras la máscara cotidiana de la respetabilidad. Parecía que todo el mundo lo practicaba, y que existía un universo paralelo que hasta entonces él había ignorado con absoluta inocencia. Una cosa era la ficción y otra muy distinta la vida real, que al parecer estaba llena de sorpresas indescriptibles.

Sus años salvajes. Dominik cerró los ojos.

El hombre al que había conocido en el Groucho Club era amigo de un amigo de un amigo. De alguna manera, Dominik se presentó con recomendación.

–Pero aún tienes que obtener el visto bueno de dos personas más –le explicó el hombre.

–Lo entiendo perfectamente –respondió Dominik.

El desconocido hizo una llamada telefónica, y una hora después dos hombres más se reunieron con ellos. Dos tipos bien vestidos, dos

ejecutivos con traje y corbata. Después de tomar unas cuantas copas, dieron formalmente su beneplácito.

–¿Cómo las encontráis? –preguntó Dominik.

–En chats, en anuncios, por recomendación personal...

–¿Recomendación?

–Te llevarías sorpresas.

–Caray...

–Son todas mujeres normales. Y nunca hay dinero de por medio.

El portavoz del grupo tendría unos cincuenta años. En un momento de la conversación mencionó que hacía solo unas semanas que había vuelto de unas vacaciones en las que estuvo navegando con su barco por la costa de Turquía. Otro era cirujano; un hombre negro imponente, nacido en Ghana, y el tercero, un alto ejecutivo de la City.

Acordaron que Dominik estaría invitado a participar en la siguiente sesión.

Quedaron en el bar del sótano de un hotel enorme e impersonal, junto a la estación Victoria. Cuando llegó, dos de los hombres del grupo ya estaban allí, tomando unas cervezas. No hubo presentaciones.

Diez minutos después entraba en el bar la joven acompañada del líder del grupo. Aunque parecía una veinteañera, al mirarla más detenidamente en la estudiada semipenumbra del bar, se le veían unos cercos oscuros bajo los ojos claros y unas finas arrugas en el cuello. En un primer momento se mostró dubitativa, tímida incluso, pero tras unas copas se relajó y se soltó un poco. Les dijo que estudiaba enfermería. Las veces siguientes acudió una mujer mucho mayor, interventora en una sucursal bancaria, que había viajado hasta Londres desde la costa sur de Inglaterra. En otra ocasión, fue una madre soltera que quería ser escritora y que, al descubrir algunas de las publicaciones extraacadémicas de Dominik, le mandó por correo electrónico unos cuantos relatos en los que andaba trabajando, y la verdad es que eran sorprendentemente buenos. A veces el grupo reservaba habitación en Victoria, pero en otras ocasiones fueron a un hotel próximo a Old Street y, una vez, al sótano de un local comercial vacío de la calle Old Compton al que uno de los hombres tenía acceso gracias a su trabajo. Elegían los hoteles principalmente por estar en lugares muy transitados, donde el hecho de que cinco o seis hombres subieran en el ascensor a una de las plantas superiores en compañía de una mujer no llamaría la atención.

–¿Tu primera vez? –preguntó a la estudiante de enfermería aquella primera noche, cuando aún seguían en el bar. Dos hombres del grupo se habían acercado a la barra a por otra ronda.

–Sí –respondió la chica.

–Para mí también. –Dominik amagó una sonrisa.

–Qué bien –respondió ella.

–¿Por qué lo haces? –No era exactamente lo que quería preguntar, pero por alguna razón no lograron salir de sus labios las palabras correctas. Aunque se la veía agotada, era muy joven.

–Es una fantasía, ya sabes. Creo que todas las mujeres las tenemos. Pero quería comprobar lo que se siente. Una tontería, ¿verdad?

–No, no, para nada. –Los otros volvieron y cortaron la conversación.

Nada más llegar a la habitación, desnudaron a la joven enfermera. Tenía los pechos redondos, preciosos. Turgentes y firmes. Le habían pedido que se afeitara el pubis y ella había obedecido. No llevaba bragas, solo un par de medias negras hasta el muslo.

El líder del grupo se bajó la bragueta y le ofreció su miembro, obligándola a arrodillarse. Ella se lo metió en la boca. Aquello fue la señal para que los demás se desvistieran. Dominik miró a su alrededor, a la marea de cuerpos masculinos desnudos que se agolpaban. Los había de todas las formas y tamaños, y le alegró comprobar que el suyo no era el más pequeño ni el más feo. A pesar de su habitual seguridad en sí mismo y de sentirse a gusto con su cuerpo, había cosas que, estando en compañía de otros, no cambiaban nunca.

Mientras ella se la chupaba con ahínco al primero de la noche, los demás empezaron a tocarla, a explorar su cuerpo con codicia, palpándola como si fuese un pedazo de carne de primera. Los penes respondieron al unísono con una potente erección. Dominik recorrió con la mirada toda la habitación, el lugar de los hechos. La ventana ofrecía una panorámica monótona de los tejados del centro de la ciudad. En la mesilla de noche había un montoncito de preservativos y diversos tubos de crema y lubricante. Encima de una mesa, cerca de la neverita, alguien había dejado un par de botellas de vino tinto, además de tres copas y una taza. Repartidos por la habitación había unos cuantos juguetes sexuales, entre ellos un vibrador monstruoso de dos cabezas. Dominik pensó que era imposible que cupiese dentro de ninguna mujer sin desgarrarla.

Sin embargo, por lo visto, sí cabía. Aproximadamente una hora después, cuando todos los hombres de la habitación la habían «usado» uno por uno, y en algunas ocasiones varios a la vez, dos de ellos se entretuvieron en introducirle una parte del dildo doble en la vagina mientras el otro extremo iba entrándole por detrás, centímetro a centímetro. La joven enfermera, a cuatro patas encima de la cama, respiraba con dificultad mientras chupaba el grueso miembro de un pelirrojo rechoncho.

–Buena chica –dijo uno.

Para entonces, Dominik ya había terminado. La había follado de todas las maneras que pudo desear. En un momento dado, incluso notó que la chica se atragantaba cuando su miembro chocó con el paladar, a causa de una embestida del médico negro.

Los demás no paraban. Entre penetración y penetración, le acercaron a la chica una copa de vino, después una de agua, que ella misma pidió, y alguno le enjugó cuidadosamente el sudor de la cara cuando empezó a gotearle desde la frente enfebrecida. Ella en ningún momento se quejó ni pidió que la dejaran descansar un poco. Dominik contempló la escena e intentó meterse en la piel de un observador desapasionado. Una de las medias de la chica estaba irreparablemente rota, y la de la otra pierna se le había bajado hasta el tobillo. Estaba hecha una pena, pero seguía pareciéndole bastante guapa, mientras los hombres del grupo rodeaban la cama, aguardando su turno para jugar con ella.

Observó a los hombres, en corro alrededor de su conquista. Se preguntó qué se sentiría teniendo un pene en la boca, a qué sabría, hasta dónde entraría. Qué se sentiría siendo una mujer. Se extasió solo de pensar en la perfección de la sumisión, y en el trasfondo de belleza y de determinación que asomaba a la piel y al alma de la mujer.

En aquel preciso instante, en aquel lugar concreto, mientras participaba en su primera orgía con una sola mujer, Dominik comprendió por un momento cómo era ser sumiso y supo que si fuese mujer se entregaría a los hombres, especialmente a los desconocidos.

Le impresionó el hecho de que una sumisa fuese capaz de controlar una situación tan disparatada, a través del poder de su sexualidad.

La joven enfermera lanzó un grito. Alguien se había pasado de la raya.

–Ya basta –protestó.

Aun así, su rostro arrebolado estaba radiante, como en éxtasis.

Los hombres se apartaron respetuosamente. Ella, deslizándose, salió de la cama y de la maraña de cuerpos.

Había condones usados por toda la alfombra de la habitación.

–Creo que necesito una ducha –dijo. Miró a su alrededor, al corro de cuerpos que rodeaba la cama–. ¡Madre mía! ¡Pues sí que ha sido una buena fiesta! –dijo, riéndose, y se fue al cuarto de baño.

Se vistieron todos y fueron saliendo uno por uno, hasta que se quedó a solas con el líder del grupo, que era el que contactó con ella y quien la había acompañado hasta allí.

Dominik fue a otras cinco orgías de este tipo, organizadas por aquel variopinto grupo. Ninguno de ellos conocía el nombre de los demás, y pronto entendió las otras reglas no escritas del juego. Porque era un juego, consensuado, voluptuoso, sexual. El grupo suplía una necesidad y, sorprendentemente, algunas de las mujeres incluso repitieron en varias ocasiones.

Cada vez se decía a sí mismo que no iba a volver al siguiente encuentro, pues se sentía avergonzado, culpable, enfadado por su propia compulsión. Pero la entrepierna es lo que manda en los hombres, e incluso si esperaba hasta el último momento para confirmar su asistencia, acababa presentándose en el pub o en la cafetería donde aparecería una nueva chica.

En la última orgía a la que asistió, de nuevo en el hotel próximo a la estación Victoria, después de sendas incursiones en el hotel de Old Street y en el sótano de Old Compton, Dominik se sorprendió a sí mismo al permitir que su lado oscuro se adueñara de la situación.

La mujer era una bibliotecaria de High Wycombe. Cuando estaban gozando generosamente de ella, un integrante del grupo bajó al bar del hotel a por unas bebidas y regresó con otra mujer. El tipo la había seducido en tiempo récord, o en cualquier caso la había convencido para unirse a la fiesta. La recién llegada no se arredró ante el espectáculo que le ofrecieron seis hombres desnudos contorsionándose, con el pene en posición de firmes y el pelo revuelto, alrededor del blanquísimo cuerpo de una joven. La mujer anunció que no iba a participar, que solo quería mirar.

En ese momento, la que era la principal atracción de la noche estaba de rodillas en el borde de la cama, chupándosela a Dominik, que estaba sentado con los muslos separados. Estaba cansada y perdiendo fuelle. La mujer que había subido del bar los observaba, con

un vaso de ginebra en la mano, la mirada ávida, los labios húmedos, sin apartar la vista de sus movimientos. Él evitó su mirada, apartó la cara de la bibliotecaria de su entrepierna cogiéndola del pelo y se puso de pie.

–Lámeme –ordenó Dominik a la joven, con una voz que le sorprendió a él mismo. Agarró un cinturón, que había formado parte de otro juego sexual, y se lo puso a la chica alrededor del cuello como si fuese una correa.

Ella obedeció, y por un momento Dominik se olvidó de su propio cuerpo para convertirse en un observador ajeno de la escena, contemplándola desde fuera, con distancia.

Eso era sexo en su expresión más básica.

Sin necesidad de látex ni de juguetitos, sin necesidad de palabras, de que te llamaran «amo» ni nada de eso.

Se excitó muchísimo.

Una mujer entre sus piernas. Otra mirando.

Diez minutos después, Dominik, ya vestido, cruzaba a toda prisa el vestíbulo del hotel y hacía señas a un taxi para que parase.

–Lléveme a Hampstead –le dijo al taxista.

–¿Dónde exactamente? –le preguntó el hombre–. Es enorme, Hampstead.

–Ya lo decidiré cuando estemos allí.

El tráfico nocturno era escaso y en un periquete cruzaron la avenida Marylebone, atravesaron Regent's Park, llegaron a Camden Town y a continuación al parque Belsize.

–Gire a la derecha después del Royal Free –dijo Dominik.

–Usted manda, jefe.

Le había indicado al taxista que parase cuando llegaron a la altura del pequeño lago próximo a Jack Straw's Castle.

Estaba tan confuso que la cabeza le daba vueltas.

Por un lado, se sentía totalmente conmocionado por sus propios actos: el sexo sin sentido, la indiferencia, el vacío. Imágenes de las mujeres, de los hombres, de los penes, los sonidos animales de la cópula sin sentimientos. Por el otro, sentía la electrizante excitación de la dominación recorriéndole el cuerpo como una droga esparciéndose por las venas del adicto.

Estuvo tentado de adentrarse en el bosque que hay en la zona del aparcamiento del Jack Straw's Castle, un lugar conocido como territorio de *cruising* de gays. Sentía un deseo irracional de saber cómo sería que lo penetrasen, que lo usasen, como si así pudiera

entender mejor a la mujer a la que había follado. ¡Qué locura! Dio unos pasos en una dirección, luego en otra, dudó y finalmente se marchó de allí caminando despacio hacia su casa.

No llegó a los escalones de piedra que subían a la puerta de su vivienda hasta bien pasada la medianoche. Habría podido parar otro taxi, pero el paseo le calmó los nervios.

Una semana después se lió con una de sus exalumnas, Claudia, y rompió todo contacto con el grupo. O tal vez ocurrió al revés y fueron ellos quienes dejaron de invitarlo a aquellos particulares eventos.

Con Claudia el sexo fue bueno, sin complicaciones, saludable en el sentido de que lo vigorizó. Ella aceptaba sus necesidades, el control que él buscaba, acogía bien las variaciones, los vicios, de alguna manera nunca los cuestionaba, y durante un tiempo Dominik pensó que había dominado su lado oscuro, que había puesto freno a sus anhelos más profundos e irracionales. Pero sabía que le faltaba algo... Hasta que se topó con Summer tocando su maltrecho violín en la estación del metro y volvió a encenderse el fuego de su interior.

–¿Eres muy amiga de Summer? ¿Y de Victor? –preguntó Dominik, mientras Lauralynn se sentaba en la colcha que había extendido en la hierba, en Regent's Park.

La propuesta de una comida campestre había sido idea de ella. Ese fin de semana, de acuerdo con las predicciones meteorológicas, iba a hacer bueno; un último coletazo de sol clemente, antes de la amenaza del otoño. Qué rápido pasan las estaciones, se dijo Dominik, y pensó en la obra de Vivaldi. Hacía casi un año desde la tarde en que se aventuró a coger el metro en la parada de Tottenham Court Road y oyó la embriagadora melodía de un violín que resonaba por el pasillo subterráneo. En pocos segundos se había quedado encandilado con el embrujo de Summer tocando el instrumento y de su expresión mientras interpretaba la música.

–Pues, Victor ha sido un colega, una especie de socio de mis aventuras, desde hace unos años. Nos conocimos en una fiesta y se ofreció a ayudarme a montar unas escenas. Supongo que detectó mi vena agresiva. Es un tipo peligroso, ¿sabes? Utiliza a la gente. Tiene un sentimiento muy fuerte de afán de venganza... Pero también muchos contactos. Y mucha experiencia.

–¿Y Summer?

–La vez aquella, después del concierto especial en la cripta, que

le pediste que tocara desnuda, me resultó... ¿Cómo decirlo?..., interesante.

–¿Tú con ella? –preguntó Dominik–. ¿Pasó algo?

–Por desgracia, no –confesó Lauralynn–. Creo que no va por ahí. A lo mejor algo de jugueteo, sin pasar a mayores, pero nada serio. Conozco a las de su tipo. Son como polillas atraídas por la llama. Y son peligrosas, además. Cree que controla, pero a veces se confunde bastante. Los árboles no la dejan ver el bosque y no se da cuenta de qué es lo que la motiva. No acaba de reconciliarse con sus deseos. Se cree muy moderna y abierta, pero es tan fácil engañarse... ¿Verdad que sí, Dominik?

Sus ojos mostraron una malicia descarada, al tiempo que buscaban su complicidad.

Sacó dos vasos de plástico y sirvió con mucho cuidado el café del termo que había llevado al parque en la cesta del picnic. Dominik se había encargado de los bocadillos. A poca distancia de donde estaban, por la pista asfaltada que dividía en dos el parque, pasaron varios grupos de chiquillos ruidosos a los que unos monitores llevaban al zoo cercano.

–¿Qué pasó? ¿Cuándo quedasteis?

–Jugamos. Cité a uno de mis «juguetes», a un sumiso, un chico. Creo que Summer lo pasó bien, le enseñó unas cuantas variaciones nuevas.

–Ya veo.

–Pero como te decía, conozco a las de su tipo. He coincidido con otras como ella antes. Son su peor enemigo. Si se las deja a su suerte, tienen un talento especial para dejarse arrastrar por toda clase de tentaciones. Les pierde la soberbia.

–¿En serio? –repuso Dominik, algo molesto con la manera de Lauralynn de exponer unas opiniones acerca de la estructura psicológica de Summer que a él mismo le causaban perplejidad y que no terminaba de entender.

Lauralynn dio un bocado a un sándwich de huevo con berros y mayonesa.

–Si tan apegado estás a ella, yo no la dejaría sin nada que hacer en Nueva York –afirmó–. Ya puestos, en ningún otro sitio. La perderás.

–¿Victor?

–Es posible. Pero él no es el único lobo de la manada. Summer es un tipo de sumisa a la que algunos, como yo, le echaríamos el ojo enseguida, a la que nos gustaría desarmar.

–¿Desarmar?

–Su alma. Es fuerte, eso te lo garantizo, pero nadie es inmune a determinadas presiones. Y a mí me parece que Summer es muy abierta respecto a cómo usa su cuerpo o a cómo deja que lo usen otros. Los miembros alfa querrán ir a por su mente. Ahí es donde tratarán de someterla a su voluntad. Y una vez desarmada, ya nunca más puedes volver a colocar las piezas. Ella no es consciente de eso, me parece a mí, de que más allá de cierto punto no hay retorno.

–Muy melodramático, Lauralynn.

–Tal vez... Pero hay dominaciones para todos los gustos, Dominik. Para unos, la dominación consiste en ejercer el poder. Para otros, es un mero juego de...

Dominik la interrumpió; quería explicarle su postura.

–Para mí el poder es lo de menos, y soy consciente de que para Summer es algo más que un juego. Yo quiero que sea fuerte. No tengo la menor intención de desarmarla, como tú dices. Quiero verla crecer, asumir su naturaleza. Eso, y no el control, es lo que a mí me da placer. La aceptación de sus sentimientos...

–Ese es terreno resbaladizo, Dominik.

–¿Y tú? –preguntó él–. ¿Qué es lo que buscas tú con esos con los que juegas? ¿Control, o qué?

–Es un juego de poder. A veces cruel, pero un juego al fin y al cabo. Mira, yo pensaba que estábamos en el mismo bando, pero ahora veo que hay en ti ternura, Dominik. Y me parece muy admirable. En tu caso, el sexo no es lo único que te guía.

–Me horrorizaría lo contrario. Pero tampoco quisiera pasar olímpicamente de él –dijo él con una sonrisa.

–Pase lo que pase, Dominik, me gustaría que fuésemos amigos, ¿sabes?

–Estaría muy bien.

–Con Víctor el tema iba de cuál sería la siguiente víctima. Era incansable. Al principio, me hacía gracia, pero tiene un punto perverso; un deseo muy arraigado de plegar a su voluntad a sus sumisos, a sus esclavos. Ve con cuidado.

–Lo haré –dijo Dominik.

Llevaba unos días tratando de comunicarse con Summer, pero cada vez que lo intentaba saltaba su buzón de voz, fuera cual fuera la hora del día en Manhattan, y estaba empezando a preocuparse un poco. Le había prometido que le mantendría al corriente de cualquier aventura que tuviera allí, pero hasta la fecha sus noticias habían sido

bastante sosas y evasivas. ¿Incompletas?

–Mañana doy una fiestecilla con un par de mis «juguetes», y estaba pensando en invitar a más gente. ¿Te interesaría venir? ¿Para mirar, quizá? –le preguntó Lauralynn.

–¿No se opondrían tus... acólitos a que esté presente un desconocido? –quiso saber él.

–Para nada. Saben cómo comportarse como siervos y hacen lo que se les dice. Aunque sospecho que no te van los chicos, ¿no? ¿Quizá sería ir demasiado lejos, para ti?

–No –confirmó Dominik, ocultándole a Lauralynn el hecho de que alguna vez se había planteado cambiar de lado, ser pasivo con el fin de entender mejor lo que podría sentirse siendo un sumiso, más que por gusto propio. De acuerdo con la tradición del BDSM, supuestamente muchos amos habían cumplido su condena de sumisos. Eso los ayudaba a entender mejor la dinámica. El problema era que a él los hombres no le atraían nada. Sí, le fascinaban sus miembros, pero no sus caras ni su personalidad. De modo que habría resultado interesante, incluso educativo, acudir de mirón, pero sabía que no estaba del todo preparado para algo así.

–Quizá no esta vez –respondió, con la cautela de no cerrar la puerta a una futura ocasión. En estos momentos su mente estaba concentrada en Summer, y en el torbellino burbujeante de planes obscenos que ella hacía aflorar en su imaginación.

–Qué pena –dijo Lauralynn–. Habría estado bien tener compañía nueva. Podría enseñarte un montón de cosas –añadió.

–No lo dudo.

–Algo me dice que no eres hombre de juguetitos, ¿verdad?

–Tu instinto no te engaña –respondió Dominik.

–Victor sí –comentó Lauralynn–. Lo vuelven loco. Le encantan las barras separadoras, vaya que sí. En mi opinión, van bien para chicas, pero los chicos acaban siempre con calambre en las piernas... Bueno, la mayoría. Porque luego los hay que, sobre todo los gays, soportarían cualquier cosa y más. Pero en mi entorno no me encuentro muchos de ese tipo; supongo que no salen de su círculo ni de sus rituales –añadió como pensando en voz alta, y Dominik percibió un punto de pena en su voz mientras ella le contaba todo eso.

El sol del mediodía cada vez calentaba más, y solo una levísima brisa movía las copas de los árboles del entorno. Lauralynn se quitó una miga de la comisura de los labios.

–Qué bonito está todo, ¿verdad? –dijo, mirando hacia el sol.

Dominik se había quitado la chaqueta de lino—. Probablemente este sea el último día de calor que vamos a tener este año. Así es Londres, ¿eh? Cómo me gusta el sol...

Él sonrió.

Su melena rubia le tapaba totalmente los hombros, abierta en abanico. Se desperezó, se incorporó para sentarse y, con un movimiento rápido y despreocupado, se quitó la blusa ceñida. No llevaba sujetador. La mirada de Dominik bajó hasta sus pezones, delicadamente perforados por un *piercing*, dos exquisitas manchas rosadas expuestas sin el menor pudor. A continuación, su mirada se detuvo en un tatuaje azul de su hombro izquierdo, un ideograma chino. Se dio la vuelta para tumbarse boca abajo, se desenfundó los vaqueros ajustados y desgastados que llevaba puestos y, cuando se quedó solo con el tanga, se dedicó a tomar el sol. Sus nalgas eran como una sinfonía geométrica; delineaban una curva perfecta con precisión matemática. Tenía muy subida la tira del elástico y, a juzgar por su bronceado total, se veía que solía tomar el sol desnuda.

Los hombres que pasaban por allí cerca, andando por el sendero más próximo a la hierba, empezaron a ralentizar el paso para poder contemplarla más tiempo, mientras que varias familias repartidas por la pradera del parque les dirigieron miradas molestas. Era innegable que la manera de Lauralynn de estar tumbada era muy provocadora, con el trasero desnudo, con las nalgas tostándose al sol.

Era una desvergonzada y ella lo sabía.

Abierta de esta manera, con las piernas exageradamente separadas, en un parque público, cualquiera que la viera a lo lejos creería que estaba totalmente desnuda.

Antes de que se diera la vuelta, Dominik se fijó en cómo se le pegaba a la piel el fino tejido del tanga, y en que a través de él se veía la profunda hendidura de su sexo.

Lauralynn le gustaba y pensó que, si tenían la oportunidad, podrían hacerse muy buenos amigos.

Él se quitó la camisa; le tocaba aprovechar los últimos rayos de sol del año.

Al cabo de un rato el perezoso calor del otoño los envolvió en su abrazo y se quedaron medio dormidos.

Pero Dominik no soñó con Lauralynn, sino con Summer.

El encanto de la cuerda

El minúsculo jardín tapiado que se veía por mi aún más minúscula ventana del piso del East Village había empezado a cubrirse de sombras, y la luz apenas iluminaba mi cuerpo en el espejo. Con el corsé puesto casi parecía una muñeca de cera, una extraña mujer de algún espectáculo de cabaré de la época victoriana.

Aquella prenda me aprisionaba la piel con el duro confort de un abrazo de acero.

Aflojé los cordones de la espalda y me doblé hacia delante, y fui poco a poco desabrochando la hilera de corchetes que mantenían la estructura en su sitio. Las ballenas me habían dejado un interesante conjunto de marcas en el torso, un efecto *art déco* de surcos simétricos paralelos alrededor de la cintura hasta los senos, de un color rojo intenso que contrastaba con el blanco de mi piel.

Mis compañeros de piso y yo acabábamos de tocar al aire libre en Union Square, dentro de una serie mensual de conciertos informales dedicados a compositores estadounidenses, como preparación para las celebraciones del Día de Acción de Gracias. Estábamos a principios de noviembre y el sol empezaba a ponerse más temprano; su ausencia anunciaba la llegada del frío penetrante del otoño. Íbamos a salir a uno de los locales que hay en las azoteas del Midtown, con la idea de aprovechar las noches de buen tiempo al máximo antes de que el invierno extendiese su frío manto sobre la ciudad y obligase a todo el mundo –salvo a los fumadores más recalcitrantes– a encerrarse entre cuatro paredes.

Me puse aquel corsé negro, con los cordones apretadísimos, para actuar. Dejaba mis pechos al aire. Me lo compró Dominik con la orden expresa de ponérmelo para una de las fiestas de mi amiga Charlotte en Londres y, gracias a él, durante el concierto, mi pecho y otras partes de mi cuerpo habían conservado el calor debajo del fino vestido de punto que llevaba.

Ahora me parecía que había pasado una eternidad desde aquella primera experiencia en la que me había vestido y actuado como una doncella en una fiesta, con la intención de averiguar cómo

me sentía en el papel de sumisa, obedeciendo órdenes de otras personas que no fuesen Dominik.

Después de la fiesta, me fue imposible analizar mi comportamiento. Vestida con aquel atuendo, y acudiendo al toque de una campanilla que también me regaló para que los invitados me llamaran, me había sentido como si estuviera cumpliendo órdenes de Dominik más que de las personas que me pedían otra porción de postre o que les volviese a llenar la copa.

Lo echaba muchísimo de menos, más de lo que habría imaginado en mi vida, y más de lo que estaría dispuesta a admitir nunca delante de él. Desde que se fue, nuestra comunicación había sido breve, esporádica. El sonido de su voz me infundía tal nostalgia que casi siempre dejaba activado el buzón de voz para no tener que hablar con él.

Dominik no me ordenó que me pusiese el corsé debajo de la ropa para la actuación. Lo había decidido yo por mi cuenta, con la idea de tratar de recrear la sensación de dominación que tanto echaba de menos.

Intenté aprovechar ese estado de hipersensibilidad que me provocaba su ausencia para volcar mi energía en la música, canalizando el dolor y la frustración en el violín, como si fuese un pararrayos. Aun así, inevitablemente quedaba siempre un poso de soledad y mi cabeza se llenaba de los recuerdos de las escenas que Dominik había montado en Londres, y de las fantasías de todas las cosas que yo deseaba que me hiciera. Me volví irritable y retraída, molesta por la intensidad de mis propios sentimientos.

Intenté contactar con Charlotte por correo electrónico para pedirle consejo, pero o se había esfumado misteriosamente o pasaba de mí. Chris había terminado su breve gira por América con el grupo. Estaba en Londres y no tenía previsto viajar a Estados Unidos a corto plazo y, aparte de eso, como Dominik no era santo de su devoción, preferí no contarle nada. Hablé por Skype con viejas amigas de Nueva Zelanda, pero en esta etapa de la vida estaban ocupadas con sus respectivos trabajos en empresas y sus relaciones de pareja con vistas a un futuro a largo plazo. Mi vida era tan diferente, con la orquesta, en Nueva York, con Dominik... que me sentía a años luz de ellas.

En cuanto a vida social, me sentía un poco colgada, pero en lo musical al menos mis esfuerzos no pasaban desapercibidos.

Simón, el director invitado venezolano que llegó a la orquesta la

temporada anterior, había ganado la plaza, y él sí parecía haberse fijado en mí. Alababa sutilmente mi ejecución con algún que otro guiño o con miradas prolongadas desde su atril. Yo no había reparado en sus atenciones hasta que comenzamos los ensayos de la serie de conciertos de Acción de Gracias, tal vez porque sentía cierta afinidad con el estilo americano; un estilo que tenía influencias de sonidos de lugares lejanos, y que se veía enriquecido por el colorido y por la disparidad cultural de unos compositores que emigraron a América en busca de una nueva vida, cargados de optimismo, y que fueron incorporando los ritmos de las nuevas ciudades, mezclando el jazz y la música tradicional americana con sus viejas tradiciones europeas.

No me dio ninguna pena que se marchara el director anterior. Tenía un planteamiento académico que, en mi opinión, carecía de matices. Bajo su dirección, la sección de cuerda perdió expresividad. Simón era más joven, y sus métodos no tenían absolutamente nada que ver con el estilo al que estábamos acostumbrados. Los chismorreos en la orquesta se reducían a eso y poco más.

Simón desprendía cierto aire bohemio, y al menos en los ensayos cualquiera habría podido confundirlo con el guitarrista de un grupo de rock por su forma de vestir, con vaqueros y camisetas holgadas. Todo él vibraba, desde la punta de los zapatos –que variaban entre unas cómodas Converse y unos lustrosos botines de piel de serpiente– hasta la coronilla, poblada por un pelo que brotaba de su cabeza formando una masa compacta de rizos negros, que rebotaban en una floritura con sus movimientos más frenéticos. Dirigía la orquesta como si estuviera poseído por la música, marcando el ritmo con las manos, que entrechocaban como las fauces de un cocodrilo. Cada modificación de sus músculos faciales respondía a impulsos internos aparentemente inconscientes: cuando enarcaba una ceja o fruncía los labios, era la señal que avisaba de algún cambio infinitesimal en el modo de tocar o en el tempo.

Yo esperaba que bajo su dirección la sección de cuerda pudiera animarse a ejecutar con mayor pasión. Y si nuestros últimos conciertos podían servir como referencia, entonces su influencia era justo lo que necesitábamos.

Baldo y Marija, mis compañeros de piso, que tocaban la trompeta y el saxofón respectivamente, se mostraban ambivalentes respecto del cambio de director. Hacía poco que se habían prometido, y su felicidad se plasmaba en todos los aspectos de su vida. Solo un rayo caído del cielo que amenazara la supervivencia en el planeta

habría podido con sus ánimos.

Tras el éxito de su historia de amor, Marija estaba empeñada en buscarme novio, y solía interrogarme sobre mi relación con Dominik, con el rigor y la astucia de un sabueso.

Aquella mañana le conté la historia de cabo a rabo, quizá con la única razón de explicarle por qué había estado tan irritable.

–Ya sabes que la mejor forma de olvidar a alguien es buscarte a otro en su lugar –me dijo cuando nos juntamos en la cocina a última hora de la mañana para desayunar, antes de preparar los instrumentos y salir camino del concierto.

Se había cortado el flequillo, y con su melena negra lisa y la severa línea que le cruzaba ahora la frente, sus palabras adquirieron un tono autoritario.

–Ya, pero es que no necesito olvidarlo. Seguimos viéndonos.

–Qué va, mujer. ¿Cómo vais a veros si tú estás aquí y él en la otra punta del globo?

–No es una relación de pareja exactamente. Somos amigos, con derecho a roce.

–Pues roce no estás teniendo ninguno.

Había omitido adrede los detalles sobre nuestras proezas sexuales, pero sí le conté a Marija que, teniendo en cuenta nuestra naturaleza y la distancia que nos separaba, acordamos darnos libertad para explorar relaciones casuales con otras personas.

–Claro que sí –dijo–. Si no está, es problema suyo. Toda mujer tiene sus necesidades.

Me invitó a ir con Baldo y con ella esa noche a tomar algo al 230 Fifth, el típico local para ligar, que los fines de semana se ponía hasta los topes de jóvenes de Manhattan que querían rollo. Yo en el fondo no estaba muy animada, pero le dije que sí de todos modos. Aunque solo soportara la compañía de aquella pareja de tortolitos en pequeñas dosis, y aunque el local fuese justo el tipo de sitio pretencioso que yo procuraba evitar a toda costa, no podía quedarme todas las noches encerrada en mi cuarto con el corsé de Dominik puesto.

Al llegar, vi que habían invitado a otro integrante de la sección de metales, un trombonista que se llamaba Alex y que había entrado en la Gramercy Symphonia un año antes, después de dejar su trabajo de abogado matrimonialista en Wisconsin y venirse a vivir a Nueva York a luchar por su sueño de vivir de la música. Marija me había liado para un plan de parejas y la idea no me volvió loca.

Alex era majo pero aburrido, y llevaba una camisa morada que

quizá le habría ido mejor a un hombre más alto y menos rechoncho. Pero en él, y además sentado en uno de los sofás de color malva del local, me recordaba a un pastel de arándanos azules.

Los dejé a los tres juntitos, sentados en los sofás. Marija con sus largas piernas enroscadas como dos limpiapipas alrededor de las de Baldo –más cortas–, y Alex lanzándome de tanto en tanto miradas ilusionadas, y me fui con mi copa al bar ajardinado de la terraza.

El cóctel no era nada del otro mundo y la música no era de mi estilo, pero tenía unas vistas soberbias del Midtown. El Empire State Building, imponente, se veía tan cerca que me pareció que si alargaba el brazo podría tocarlo, asirme a un lateral y trepar hacia el cielo como King Kong, o como un moderno Jack subido al tallo de la planta de las habichuelas mágicas.

–¿Una preciosidad, eh? –dijo una voz a mi izquierda, con un deje sureño.

La voz pertenecía a un hombre rubio, con traje azul marino de raya diplomática y corbata fina. En una mano sostenía un vaso de whisky y en la otra un puro. Había corrido una de las mesas hasta una esquina y se había subido encima. Apoyado contra la baranda, con todo el peso de su cuerpo, se asomaba a la noche con la seguridad de alguien convencido de su inmunidad frente a esos trágicos accidentes en los que la gente se mata al caer desde un balcón, convencida de que la ley de la gravedad no se aplicaba en su caso.

–Sí, lo es –respondí yo, inhalando la tenue bocanada de humo del puro que lo envolvía.

Con una elegancia asombrosa, se bajó de un salto de su privilegiado mirador y se acercó a mí.

–¿De dónde eres? –me preguntó.

–Originariamente de Nueva Zelanda; después, de Londres; y entre medias de Australia.

–Sí que te mueves, ¿no?

–Podría decirse que sí.

Vi que sus ojos pestañeaban al oír mi respuesta, y me acerqué un poco más a él, por si el coqueteo implícito en mis palabras no hubiese sido suficientemente explícito.

–¿Quieres que te traiga otra copa?

Bajé la vista para ver lo que quedaba de mi mojito.

–En otro sitio, quizá. ¿Quieres salir de aquí?

No hizo falta que se lo preguntara dos veces. Cuarenta y cinco minutos más tarde estábamos en su apartamento del Upper East Side;

uno de esos pisos de minimalismo chic. Antes de conocer bien a Dominik, yo pensaba que ese sería su estilo, pero después comprendí que tener dinero no equivalía necesariamente a llevar una vida sofisticada. Aunque la verdad es que, por aquel entonces, aún no sabía con certeza si Dominik tenía dinero. A lo mejor se había gastado los ahorros de toda una vida en comprarme el Baily y viviría el resto de su existencia con su sueldo ramplón de profesor universitario.

El hombre al que me ligué se presentó diciendo que se llamaba Derek, que era de Nueva York y que trabajaba en seguros. Yo le conté que me llamaba Helen y que ejercía de secretaria en un bufete de abogados. Por experiencia, sabía que casi todos los hombres reaccionan positivamente ante secretarias y enfermeras. De este modo no tendría que preocuparme la posibilidad de que rastreara mis conexiones musicales y se presentara de pronto en un concierto.

Derek se llamaba realmente Derek; lo comprobé al echar un vistazo a un montón de cartas que tenía en la encimera.

Su apartamento delataba buena posición económica, pero olía a salmón frito y a nicotina. Me fijé en que la mayoría de las ventanas no se abrían. Probablemente fumaba dentro, para ahorrarse la molestia de tener que salir al balcón.

—¿Te apetece?

En un primer momento creí que estaba ofreciéndome algo de beber. Pero al ver que no hacía ningún movimiento para calentar agua para un té o sacar una botella de la nevera, caí en la cuenta de que se refería a si me apetecía acostarme con él. La franqueza de la pregunta me pilló desprevenida.

—Pues...

Se adelantó hacia mí y rompió el hielo con un beso. No besaba mal, pero no pude evitar notar el aroma de la cena de pescado.

Me planteé dar la cosa por concluida, pero como soy una optimista incorregible preferí pensar que tal vez aquello mejorara en cuanto nos pusiéramos manos a la obra. Además, estaba intentando reducir mis gastos en taxis para ahorrar dinero, con la esperanza de poder hacer alguna escapada antes del final del año, y si me quedaba esa noche allí podría volver a casa por la mañana en metro o andando.

A duras penas logré reprimir un estremecimiento mientras Derek me inspeccionaba la boca con la lengua, haciendo el tipo de movimientos que quizá serían más apropiados para lugares situados más abajo.

Este pensamiento me hizo recordar a Dominik, que tenía un verdadero don. Me pregunté si desde su regreso de Nueva York había mantenido en estado latente aquella habilidad o si, por el contrario, estaría enzarzado en ese momento en un *tête-à-tête* él también. La sola idea de Dominik con otra mujer me estimuló. Empujé a Derek para salir de la cocina y pasar al salón, donde olía mejor.

–Ooh –dijo–. Una mujer que quiere llevar las riendas. Me gusta.

Aquello no estaba resultando como yo esperaba, en absoluto.

Derek me bajó con cautela los finos tirantes del vestido y recorrió mi piel con las manos como si estuviese mimando a un gatito. Cada caricia era suave, delicada. Probablemente fuese el resultado de un sinfín de lecturas con consejos sobre el gusto de las mujeres por las largas dosis de caricias preliminares antes del sexo, ideales si encima se mojaban en chocolate y si iban seguidas de un baño caliente. El tipo de mitos que perpetuaban los medios de comunicación, tan ridículos como dar por hecho que los hombres solo quieren porno, sexo oral y cenas picantes.

Había esperado que Derek me arrancase el vestido, y pegándome contra el cristal me lo hiciese por detrás, al estilo sensual de las pelis de Hollywood. Pero la realidad fue mucho menos excitante. Después de forcejar un poco, logré desabrocharle el cinturón y los pantalones se le cayeron a los tobillos con escasa elegancia. Debería haberle quitado primero los zapatos, porque ahora tenía las piernas apresadas, dejándolo prácticamente inmovilizado de rodillas para abajo.

Nos fuimos hasta su dormitorio, arrastrando los pies, y él me colocó tiernamente en la cama y me cubrió de besos desde el cuello hasta el ombligo. Luego alzó la mirada y sonrió antes de hundir su cabeza entre mis piernas. Seguramente el sexo oral era el plato fuerte de la fiesta, el as en la manga que se reservaba para las mujeres a las que deseaba impresionar. Era entusiasta pero delicado. Traté de imaginarme a Dominik en la misma situación. Además de la lengua, me habría metido cuatro dedos y estaría estimulándome sin ningún miramiento. De tanto en tanto presionaría en mi parte más profunda y oscura y me prometería, en un tono irónicamente cortés, que su miembro iba a seguir el mismo camino. Dominik y yo nunca habíamos practicado el sexo anal. Me preguntaba por qué no lo hacíamos ya, sin más, aunque debo reconocer que la emoción de la espera me gustaba. Para él, parecía ser una de las prácticas más escabrosas del menú de alcoba, mientras que para mí era algo que cabía reservar

para una segunda cita. Yo interpretaba su actitud como encantadoramente anticuada y esperaba con ilusión el día en que decidiese que había llegado el momento oportuno.

Mi mente volvió a Derek y me esforcé en concentrarme en él, por consideración más que nada. Había terminado de dispensarme sus «servicios» orales. Yo me incorporé y me dispuse a bajar la cara hacia su entrepierna, pero él me detuvo y me tumbó en la cama.

–No, nena, esto va a ser todo para ti –dijo.

Yo suspiré, una expresión que él interpretó como manifestación de placer.

Por lo menos la tenía grande y muy firme, y su torso al contacto con mi pecho daba una agradable sensación de firmeza. Pero deseé que, en lugar de sus interminables y suaves caricias, usase los dedos para pellizcarme los pezones o para constreñirme ligeramente la respiración. A lo mejor solo necesitaba una pista para ir en la dirección correcta.

Tomé su mano y la acerqué a mi cuello.

–Caramba. No serás una de esas, ¿no? No me molan nada las cosas raras.

Dentro de mí noté que se le ponía blanda.

Moví las caderas mientras le daba un beso, el equivalente sexual a cambiar de tema, pero el momento había pasado. Se separó y se fue al cuarto de baño. Oí correr el agua en la ducha y después volvió con un par de tazas de chocolate.

–Es tarde –dijo, tendiéndome una de las tazas humeantes–. Quédate si quieres, estaré encantado.

Aunque no fuese mi estilo, por lo menos era amable y conocía el protocolo del sexo casual.

Me pasé toda la noche tumbada a su lado, incómoda, hasta que amaneció. Entonces decidí huir de allí enseguida; tampoco esperaba que Derek fuese a pedirme el teléfono.

Los puestos callejeros de comida en los alrededores de Central Park estaban a tope; los vendedores atosigaban a los turistas que tardaban más de dos milésimas de segundo en decidirse entre ketchup o salsa de tomate. Me compré un *bagel* y un café en la esquina de la 78 con la Quinta Avenida y aproveché que tenía la mañana libre para acercarme al Metropolitan.

Tenía la cabeza demasiado llena de cosas como para apreciar obras de arte, y acabé renunciando al intento de decidirme por una de

las muchas exposiciones que había. Me tiré una hora en la sección dedicada a Asia, contemplando una cabeza de Buda del siglo V procedente de Afganistán, con la esperanza de absorber algo de la serenidad que transmitía aquella faz de piedra de orejas largas y colgantes y grandes ojos somnolientos. Observé con atención las cejas simétricas, su unión con una nariz angulosa y, debajo de esta, la boca carnosa y sensual de labios suaves que confería a la criatura divina un sutil toque de humanidad.

Pensé en la noche que acababa de pasar con Derek, en el último fin de semana que había estado con Dominik, en las semanas anteriores, con Victor, y en la vez que fui sola al club de fetichistas de Londres, donde gocé cuando me azotó un desconocido. Reflexioné acerca de cómo todas esas cosas que, sin lugar a dudas, al menos la mitad del mundo consideraría anormales, a mí me resultaban muy excitantes mientras que una noche con alguien como Derek, un tipo majo, un buen partido, no me decía absolutamente nada.

¿Tenía que ir siempre por ahí? ¿Necesitaba verme atada, sorprendida o zarandeada para gozar del sexo? ¿De verdad quería a Dominik por ser como era, o lo que me gustaba era simplemente cómo me hacía sentir en la cama?

Opté por una larga caminata hasta mi casa en lugar de la mugre húmeda del metro. Las imágenes y los sonidos de la ciudad que ayer mismo me habían parecido majestuosos y excitantes, me hacían recordar que estaba enjaulada, encerrada, apresada entre avenidas rectas, ordenadas, y bloques de edificios cuadrados. Estaba rodeada de vidrios monolíticos y estructuras de hormigón que se extendían hacia las alturas por encima de mi cabeza, como centinelas gigantes. El pedazo de cielo azul que se veía entre las cimas de los edificios era un destello lejano, amenazador, como el filo de una guillotina que se cernía sobre mí.

Echaba de menos Londres, con sus rincones subterráneos, sus calles angostas y serpenteantes, sus callejones oscuros, sus callejas empedradas con nombres de épocas pasadas como Cock o Clitterhouse, flagrante recordatorio de los tiempos en que las calles eran testigos del erotismo y las casas de alterne estaban rebosantes de cortesanas con enaguas, meretrices lujuriosas y políticos libertinos, caballeros y damas de la noche entregados a la satisfacción de apetitos de muy diversa naturaleza.

Desde entonces, imperaba una moral más puritana, y los nombres más desvergonzados de calles y callejas habían sido

sustituidos por otros que reflejaban las costumbres sociales modernas. Pero Londres seguía siendo una ciudad cuyas calles estaban impregnadas de sexo. Si las piedras pudieran hablar, lanzarían vítores al ver lo que pasaba por ellas. Londres era de las mías.

Ese día me sentí como si Nueva York fuese una hermana a la que mi comportamiento provocase reprobación.

Llegué unos minutos tarde al ensayo de esa tarde y Simón me dedicó una mirada escrutadora mientras yo ocupaba mi asiento. Puse el piloto automático y toqué las notas sin ninguna de mis florituras habituales, esperando que no se me notase demasiado la dispersión mental ni el entumecimiento de la mano con la que sostenía el arco, que ejecutaba los movimientos maquinalmente.

Esa noche dormí con pesar en el corazón.

Me desperté a las tres de la madrugada, la hora en la que se pagan las consecuencias de todos los problemas, y envié un mensaje de texto a Dominik:

«Te echo de menos».

Me dormí sintiéndome culpable, porque no estaba segura de si realmente era verdad.

Al día siguiente decidí armarme de valor e indagar a ver si encontraba ambiente liberal en Nueva York. Supuse que en todas partes tenía que haber algo. A pesar de mi depresión pasajera del día anterior, sabía por mis correrías londinenses que había más gente en el mundo que pensaba y actuaba como yo. Solo tenía que encontrarla.

No me sirvió de mucho hacer una búsqueda rápida en Google. Quizá en Nueva York los entusiastas del fetichismo lo tenían más difícil. Había oído comentar que en algunos lugares las fuerzas del orden público tenían en muy baja consideración la práctica de desnudarse en grupo y de someterse a actos de violencia consentida. O puede que fuera la manera de actuar de los fetichistas neoyorquinos. A lo mejor llevaban sus tendencias sexuales con más discreción y había que conocer a gente para encontrar los sitios donde se celebraban las escenas. Aunque unos cuantos locales anunciaban eventos, ninguno me llamó especialmente la atención: un par de noches de cabaré, una fiesta de fetichismo temático sobre el pie, una

sociedad masculina de azotes.

Al final encontré un taller de introducción al *bondage* con cuerdas, que se anunciaba para el próximo sábado a mediodía. Con la cuerda no tenía mucha experiencia, pero las fotos me atrajeron, y si podía fiarme de mi reacción al sentir la constricción del corsé y las ataduras que Dominik me había hecho en las muñecas con las medias, seguro que sería ideal para mí. Además, asistiendo a una clase introductoria eliminaba el riesgo de toparme con Victor o con alguno de sus colegas, cosa mucho más probable si optaba por ir a un club nocturno.

Por motivos de protección de la intimidad, la dirección no aparecía publicada. Mandé un correo electrónico a la dirección de información que salía en la web, explicando que era nueva en la ciudad y que me interesaría asistir al taller.

Casi de inmediato recibí un mensaje de correo electrónico de una tal Cherry Bangs, su nombre «de guerra», seguro. Me decía que se ocupaba de organizar el evento y me animaba a asistir como «conejita de cuerda» –chica que se ofrece voluntaria para que la aten los alumnos del arte del *shibari* o *bondage* japonés–, y aclaraba que no tendría que hacerlo si no quería. Me proponía quedar a tomar un café, al ser yo novata en el ambiente neoyorquino, y quedamos en vernos el sábado por la mañana, un par de horas antes de empezar.

Ante la perspectiva de liberar tensiones ese fin de semana en el taller de *bondage*, acudí al ensayo con alegría en el corazón y paso liviano. Mi buen ánimo se notó en la música y al final de la actuación me sentí henchida de energía. Seguía echando de menos a Dominik pero estaba aprendiendo a seguir adelante sin él. Las cosas empezaban a colocarse en su sitio.

–Esta noche has tocado bien –dijo Simón, no tanto como un cumplido sino más bien como una afirmación, pero yo me sonrojé de todos modos, muy orgullosa. Sus ojos castaños destellaban a la luz, llenos aún de la adrenalina del ensayo.

–Gracias –respondí–. Tú también has estado espectacular.

–Es bueno oírlo decir. Siempre es duro ser el sustituto, sobre todo de alguien con más experiencia. Nunca sé si comportarme con flexibilidad o con firmeza, no sé cómo ganarme el respeto de la gente sin hacer de malo de la película.

–Pues a mí me encanta que seas nuestro director. –Quizá lo que me desató la lengua fue la euforia de la música de esa tarde–. ¿Te apetece ir a tomar algo?

Se me quedó mirando mientras se decidía. Nunca jamás me había planteado salir con ningún director, todos habían sido hombres muy mayores, por lo que no estaba segura de si era ético. Además, no sería una cita: solo éramos dos forasteros que se sentaban juntos a tomar algo. Supuse que él también era nuevo en la ciudad.

–Claro que sí –dijo con una gran sonrisa.

Fuimos a un café italiano en la avenida Lexington. Yo pedí un *affogato*: helado de vainilla con café y un chorrito de Cointreau. Un chico italoamericano, con un torrente de voz y mandil color azul eléctrico, lo trajo en una bandeja. En una copa de Martini sin pie, servida encima de un platillo blanco, venía el helado. Al lado, una servilleta roja y una cucharilla de plata con el mango larguísimo; y detrás, en sendos vasos de chupito, el café muy caliente y el licor. Echó los líquidos por encima del helado con una floritura y después regresó con dos carquiñoles en un plato.

Simón observó mi complicado mejunje y luego miró su sencilla copa de vino tinto.

–Me das un poquito de envidia –dijo.

Le ofrecí la cucharilla.

–Adelante, prueba, por favor.

Él aguardó unos segundos antes de aceptar aquel gesto de intimidad, y cogió una cucharada.

–Mmm, qué rico.

Me devolvió la cucharilla; el mango conservaba el calor de sus dedos, aunque la cuchara estaba helada.

–En Venezuela tomamos coco con caramelo de postre –dijo.

Pronunció las ces de una manera que hacía pensar que tenía en mente otra cosa más picante que coco y caramelo, pero la expresión de sus ojos solo dejó entrever afecto y simpatía. No podía saber con seguridad si estaba ligando conmigo.

–Una combinación excelente. ¿Cuánto hace que vives en Nueva York? –le pregunté.

–Nací aquí. Mi madre trabajaba en Wall Street. Conoció a mi padre unas vacaciones. Él tocaba en un grupo. Emigró para estar con ella, pero nunca logró asentarse del todo, por lo que regresamos a Sudamérica cuando yo era pequeño. Ellos viven aún allí. Pasé gran parte de mi infancia viajando entre Nueva York y Caracas, donde estudié música. Empecé estudiando violín...

–Vaya... ¿Y por qué lo dejaste?

–No se me daba muy bien. Cuando tocaba, el sonido del resto de la orquesta siempre me distraía. Quería controlarlo todo.

Me eché a reír.

–Entonces, eras un director de orquesta nato.

–Supongo que sí. Tú tocas muy bien, ¿sabes? Tocas como una latina. Tienes pasión.

–Gracias –respondí.

–No es solo un piropo. Pero creo que tocar en una orquesta limita tus posibilidades. Tu sonido funcionaría mejor sin acompañamiento, como solista.

–Eres muy amable, pero no sé si podría. Estar sola en el escenario me aterraría.

–Acabarías acostumbrándote. Yo creo que lo disfrutarías.

Estiró el brazo y por un momento pensé que iba a tomar mi mano, pero en vez de eso agarró la cucharilla y tomó un poco de helado.

¿Lo decía en serio? Mi modestia era sincera hasta cierto punto. Me encantaría tocar como solista delante del público; la idea me asustaba y me entusiasmaba a partes iguales.

Durante unos segundos nos quedamos sin decir nada, cortados. Rebañé con los dedos el final del postre, concentrada en el helado derretido para distraerme del silencio repentino que se había creado entre los dos.

–Lo he pasado bien estas últimas semanas –dije, rompiendo el silencio–. Me gustan los compositores estadounidenses. Especialmente, Philip Glass.

–Qué bueno –dijo, riéndose–. Pero no creo que todo el mundo comparta tu opinión. Hay quien lo encuentra repetitivo.

–¿En tu familia celebráis el Día de Acción de Gracias?

–Ya no. Antes mi madre lo celebraba, pero ahora solo celebramos las fiestas venezolanas. Yo voy a hacer una especie de reunión de amigos en mi casa el jueves. Con otros cuantos «huérfanos» de la ciudad que no tienen cena familiar a la que acudir. Estás más que invitada. Me gustaría presentarte a una persona.

–Iré encantada –respondí, haciendo oídos sordos a una preocupación que me rondaba la cabeza y que decía que no debía dar alas a Simón, pues no sería justo ni para él ni para Dominik.

Unos días después volví a ese mismo café para encontrarme con la mujer que había respondido mi consulta acerca del taller de

cuerda.

El físico de Cherry cuadraba exactamente con su nombre. Llevaba el pelo teñido de rosa y cortado a lo paje, perfectamente liso. Era baja, pechugona e iba vestida de rosa de los pies a la cabeza, salvo por una cazadora corta de piel negra que le daba un toque duro; de no haber sido por eso, el resultado habría sido más bien cursi. Se había embadurnado los labios de brillo y llevaba un montón de anillos gigantes, y cuando movía las manos destellaban a la luz. Cherry hablaba con las manos casi tanto como Simón.

–Eres nueva en la ciudad, ¿no? –preguntó con un ligero acento que indicaba que quizá ella fuese de algún estado más al norte de Nueva York. Me explicó que era de Alberta, de los alrededores de Calgary, y supuse que eso explicaba sus esfuerzos por echar una mano a otra forastera recién llegada.

–No exactamente –respondí–. Llevo ya unos meses. Solo soy nueva en... la escena.

–Por eso tú no te preocupes. Somos todos muy simpáticos. ¿Te han atado alguna vez?

–Con cuerda no.

–Vale, es mejor aprender en un sitio como este que toparte en una fiesta con gente sin ninguna experiencia en las ligaduras, o que te aten y te dejen colgando. Yo velaré por ti.

Observé sus manos recargadas, que acariciaban con suavidad una gran taza de café con hielo. Me fijé en que uno de los anillos imitaba una araña enorme, cuyo grueso cuerpo era una piedra negra y alargada, y tenía ocho patitas de plata que se ceñían a su dedo como una reja. Otro era una calavera, con unos brillantes falsos en las cavidades de los ojos. Dudé de que aquella mujer fuese de las que trataban con delicadeza, pero eso no siempre se puede saber. Si el comportamiento en público reflejase nuestra manera de ser en la cama, presumo que yo tendría mucho más éxito con mis ligues.

El taller se celebraba en un espacio diáfano, entre el Midtown y el Meatpacking District –una zona de Manhattan cuyo nombre, barrio de las carnicerías industriales, no podía ser más apropiado–. La sala pertenecía a un apartamento particular, pero el pasillo que comunicaba con las habitaciones estaba tapado con un biombo, y el salón se había convertido en «zona de juegos». Era luminoso y aireado, más parecido a una sala de yoga que a una mazmorra. Había cojines repartidos por toda la sala, donde se sentaban los asistentes al cursillo, hombres y mujeres de todas las edades.

En un gran puff de falsa piel de vaca había una parejita joven, acurrucados el uno junto al otro, con cara de principiantes; se podría decir que estaban algo nerviosos. Todos los demás parecían distendidos y charlaban alegremente. El sonido de un hervidor de agua otorgaba a la sala cierta sensación hogareña, y la cocina estaba llena de asistentes aguardando su turno para servirse agua en sus respectivas tazas de té o café. A un lado había una mesa con toda clase de infusiones y una bandeja con fruta y chocolatinas ecológicas. Junto a ella, un tipo solitario, con el pelo largo y una chaqueta de piel ajada, se comía un cuenco de patatas fritas con actitud desafiante.

Cherry me presentó a varias personas y tomé asiento a su lado, en la parte delantera, al lado de Tabitha, que era quien daba el cursillo. Parecía una diosa pagana, con una larga melena negra que le caía en cascada por encima de los hombros y un vestido que llegaba hasta el suelo, de color carmesí con vívidas florecillas azules. Iba descalza y, aunque no era alta, presidía el lugar de un modo que lo parecía.

Tabitha comenzó esbozando las cuestiones relativas a la seguridad durante la práctica del *bondage* con cuerda, entre otras la manera de evitar daños neuronales y asfixia. (No poner nunca el arnés alrededor del cuello.)

Sostuvo en alto unas tijeras de punta roma de las de cortar cables.

–Tened siempre a mano unas de estas –nos recomendó–, por si tenéis que soltar rápidamente al compañero, en caso de incendio, lesión o una visita inesperada de la suegra.

Todos reímos por lo bajo.

Hizo una demostración de los nudos básicos con un cabo de cuerda estirado en el suelo, anudándolo poco a poco.

Seguí la explicación y me sorprendió experimentar una sensación de satisfacción al conseguir realizar correctamente un as de guía simple alrededor de la muñeca de Cherry.

Ella sonrió de oreja a oreja.

–Ves, ¿a que es divertido?

La segunda parte de la sesión se adentraba más en el tema, que era lo que me interesaba.

Tabitha me invitó a hacer de «conejita», como dijo ella, para una demostración de un nudo plano sencillo, con el que se empezaban la mayoría de las ligaduras del cuerpo, nos dijo.

–Pon los brazos a la espalda.

Su voz serena pero firme me aflojó las rodillas, como esperaba.

Colocó correctamente mis brazos en la misma posición de rezo que me pidió Dominik cuando me ató las muñecas con las medias, pero con los antebrazos superpuestos de tal manera que la punta de los dedos de una mano quedaba a la altura del codo contrario.

Empezó por atarme los brazos, enrollando una cuerda alrededor de la zona intermedia entre las muñecas y los codos, y a continuación la ató primero por la parte superior de mi pecho y después por la inferior, creando un marco alrededor de mis senos e inmovilizándome los brazos a los costados. Con manos expertas, recorrió mi brazo y a continuación hizo un nudo prieto, después comprobó que la ligadura hubiese quedado colocada de manera segura, sin apresar ningún nervio.

Se hizo el silencio en el salón. Todos los asistentes seguían en silencio las indicaciones de Tabitha. Ya no me decía que girase a un lado o a otro, sino que era ella la que me movía como si yo fuese un muñeco, carente de vida salvo para responder a sus preguntas sobre si me apretaban los nudos. Empecé a relajarme en sus manos, aflojando piernas y brazos y manteniendo los hombros hacia atrás, dejando que me inmovilizara a su antojo. Cerré los ojos, consciente de que todos me miraban.

Tabitha terminó de hacer el arnés y me dejó en el centro de la sala para pasearse entre los asistentes y comprobar el trabajo de los alumnos, que habían ido atando a sus parejas con nudos similares. Cada cierto tiempo regresaba a mi lado y me pellizcaba las manos, atadas a la espalda, para comprobar el estado de mi circulación y asegurarse de que no se me hubiesen dormido. Yo había empezado a mecarme suavemente de pie, como si acabara de levantarme después de un masaje relajante.

Estaba medio adormilada cuando Tabitha volvió a mi lado y empezó a desatarme. Al deshacer los nudos, la cuerda me rozaba suavemente la piel. Salir de aquel estado era casi tan agradable como seguir en él. Liberada de las ligaduras, estiré los brazos y moví los dedos para reactivar la circulación.

Me quedé mirándome los antebrazos, observando el dibujo que había dejado la cuerda en mi piel: unas marcas de cierta profundidad, como reacción a la presión de la ligadura, blancas en los lugares en los que se había interrumpido la circulación y rojas alrededor. Creaban unas formas muy familiares, parecidas al estampado del mantel típico de los restaurantes italianos.

Cherry me aseguró que desaparecerían en unas horas, y menos mal, porque esa tarde tenía ensayo otra vez. Nos despedimos prometiéndonos que pronto quedaríamos para una incursión en la escena fetichista neoyorquina.

Aquel día toqué bien; estaba contenta de haber hecho amigos nuevos.

Las marcas de los brazos desaparecieron tan rápido que deseé que volviesen a aparecer, para no olvidar aquella mañana tan agradable, pero lo único que conservé fue el recuerdo de la experiencia vivida, al que podría recurrir cuando quisiera. Como requisito del taller, durante la clase de nudos había estado vestida en todo momento, para que los alumnos no se distrajeran con la desnudez y pudieran concentrarse en la lección. La próxima vez, pensé, me gustaría probar desnuda, para poder sentir la cuerda en la piel de todo el cuerpo y no solo de los brazos.

–Has hecho un buen trabajo –me dijo Simón desde lejos mientras yo guardaba el Baily en su estuche. Estaba atrapado en una conversación con Alex, el trombonista.

Volvimos a ir a la misma cafetería italiana y empezábamos a trabar una amistad agradable. Mi ejecución musical había mejorado al conocerlo más. Empecé a seguir movimientos suyos tan sutiles que incluso dudaba de que él fuese consciente, y mi interpretación de las piezas era exactamente igual que la suya. Me sentí muy halagada cuando me dijo que no paraba de crecer.

–Hasta el jueves –le dije al despedirnos.

La situación no me hacía sentir del todo tranquila. Había dejado pasar el momento de sacar el nombre de Dominik en una conversación, como quien no quiere la cosa. Y aunque él no había hecho ningún amago de acercamiento, yo no podía evitar una sensación de culpabilidad al saber que estaba dándole esperanzas.

Ahora ya era demasiado tarde. Acababa de llamar al timbre de su apartamento, en un codiciado bloque de pisos del Upper West Side, a tiro de piedra del Lincoln Center, y estaba de pie delante de su puerta con una humeante tarta de calabaza en las manos. La había hecho Marija por mí, pese a mis objeciones, en cuanto se enteró de que tenía una «cita» con el director.

Simón abrió la puerta y se hizo cargo de la tarta. Esa noche llevaba puesto un chaleco dorado, gemelos dorados a juego y botines

de punta de pitón, un atuendo que recordaba el de los gánsteres de las películas de los años treinta. Ese estilo le pegaba mucho, porque en ocasiones blandía la batuta como si fuese una metralleta. Me reprendí a mí misma por no haberme arreglado más. Decidir qué ropa ponerme había sido un suplicio y al final había optado por unas suaves mallas negras, una rebeca larga de J. Crew y unas sandalias bajas, para que no pensara que aquello era una cita. En cuanto se me presentó la oportunidad, me colé en el cuarto de baño para ponerme unos pendientes de perla y gargantilla a juego, que había echado en el bolso por si la velada resultaba más formal de lo que yo había esperado.

Los demás invitados formaban un grupo de lo más variopinto. La mayoría de los norteamericanos estaban en casa con la familia, por eso Simón había reunido a todos sus conocidos que no tenían adónde ir aquella noche: Al, un arquitecto que trabajaba para una empresa de Oriente Medio, que habían destinado a Nueva York para trabajar en la construcción de un lujoso complejo hotelero en la avenida Madison; Steve, poeta y *performer* inglés que había actuado justo antes que nosotros en el concierto de Union Square; Alice y Diane, una pareja que tenía una galería de arte y *performance* en Nolita; y Susan, una mujer de mirada aguda y risa fácil a la que Simón sentó a mi lado durante la cena. Me contó que era agente y que tenía en su agenda a toda una colección de intérpretes solistas.

Simón se pasó prácticamente toda la noche charlando con Steve, el poeta, lo que me facilitó el conversar con Susan de cosas intrascendentes.

Al final de la noche me dio su tarjeta.

–Sigamos en contacto –dijo–. Simón habla maravillas de ti, y tiene un gusto exquisito.

Yo fui la última en irse. Simón me acompañó a la puerta, manteniendo entre él y yo una distancia amigable pero profesional.

–Gracias otra vez por la invitación –dije educadamente.

–No tienes que dármelas –respondió él, inclinando la cabeza en ademán de reverencia–. Me alegro de que hayas tenido la oportunidad de hablar con Susan.

Su mirada era intensa; sus ojos no pestañeaban.

–Parece muy maja.

–Lo es. Y muy buena también.

Al volver a casa me encontré con que Baldo y Marija estaban

levantados, despatarrados uno encima del otro en el sofá del salón, felices y contentos de celebrar el Día de Acción de Gracias ellos dos solitos.

–Bueeenooo –dijo Marija–, cuenta, cuenta.

–Tu pastel fue un éxito.

–Espero que no haya sido el único éxito –bromeó.

–No tenemos ese tipo de relación. Trabajamos juntos.

–Ya, sí, claro. «Por la boca muere el pez.»

Le lancé una mirada furibunda y empujé la puerta de mi dormitorio.

Pero seguramente Marija estaba en lo cierto, pensé, y me dejé caer en la cama, suspirando.

Ahí estaba mi corsé, abandonado, tirado encima de mi burra de ropa, con sus presillas plateadas brillando por efecto de la luz de la lámpara de la mesilla de noche como una hilera de lunas diminutas.

Bourbon Street

Dominik interpretó como una señal del destino que la reseña de un libro de ensayos en el que él había participado apareciese publicada en un número del *Book Forum* junto a un anuncio en el que se ofertaba una docena de becas de investigación en la Public Library de Nueva York para investigadores y autores, financiadas por un consorcio familiar del que nunca había oído hablar. Al parecer, reunía todos los requisitos enumerados en el formulario de solicitud que encontró en Internet, en lo concerniente a publicaciones previas y a credenciales académicas.

Llevaba tiempo planteándose escribir sobre una idea en concreto, antes de que la llegada de Summer a su vida lo distrajese de aquello, y esa idea implicaba sus buenas sesiones de documentación en la Biblioteca de Londres o en la Británica. Inmediatamente se le ocurrió que sería ideal tener su propio despachito en la Public Library de Nueva York, una excusa perfecta para pasar nueve meses en Manhattan, más cerca de Summer. Las clases obligatorias que tendría que impartir, si recibía la beca, eran una ridiculez y podría encargarse fácilmente de ellas; además, el sueldo era generoso. De todos modos, la cuestión económica no era un problema para él, aun conociendo los precios de los alquileres en Nueva York.

Solicitó una beca y entró en la lista de preseleccionados, tal como le comunicaron a vuelta de correo.

Las entrevistas tendrían lugar la semana antes de Navidad.

Todo encajaba a las mil maravillas.

Summer le había informado sobre un reciente rollo de una noche que había tenido en Nueva York. No le había puesto celoso. Menos aún al leer entre líneas su divertida confesión, centrada en los muebles del susodicho y en la combinación de colores de su apartamento, y en cómo ella se habría reído para sí cuando le reveló que la casa no tenía ni un solo libro a la vista. Evidentemente, no había sido una historia seria, solo algo pasajero. En un lugar como la Gran Manzana, no podía esperar que se comportase como una monja virginal. De hecho, se alegraba de que ella se sintiera lo

suficientemente segura como para mantenerle al tanto de sus escauceos amorosos.

También le había informado de que estaba pensando acudir a una clase de *bondage* con cuerda la semana siguiente, y parecía muy ilusionada ante la perspectiva. Él estaba deseando escuchar su crónica del evento y la animó a participar.

Al mismo tiempo, Dominik sabía que no podía permitirse que siguiera a su aire en América.

Aunque renovado, su vínculo seguía siendo endeble y estaba sujeto a los caprichos de la distancia y el azar. Dominik deseaba volver a verla, pasar tiempo juntos. Era consciente de que Summer sentía lo mismo. También de que el relativamente inocente rollo de una noche con un desconocido, cuyo nombre ni siquiera recordaba, solo era una manera de sustituirlo, un parche hasta que pudiesen volver a estar juntos. Todo formaba parte de lo que había que hacer si querían que su relación funcionase.

La llamó y, por una vez, consiguió hablar con ella evitando el tedio de dejar un mensaje o de fijar una hora para poder mantener una conversación en condiciones.

–Soy yo.

–Hola, yo. –Notó una alegría genuina en su voz–. Tenía el presentimiento de que ibas a llamar.

–¿En serio?

–Sí. Lo notaba en los huesos.

–¿Solo en los huesos?

–Bueno, a lo mejor también en otra parte –añadió ella, coqueta.

–Escucha. Tengo que estar en Nueva York dentro de tres semanas.

–Qué maravilla.

–Para una entrevista con una institución de allí sobre una posible beca. Igual tengo que quedarme a vivir en Nueva York nueve meses. ¿Qué te parece?

Hubo un instante de vacilación, porque, sin duda, aquello podría suponer un importante paso adelante en la aventura que compartían.

–Mmm... Me parece increíble.

–Ya te contaré más detalles cuando llegue, pero podría ser maravilloso.

–Sí. –Él percibió que, al otro lado de la línea, Summer se retraía, escondiéndose en el silencio.

Dominik había estado a punto de proponerle que, si lo

conseguía, podrían buscar un sitio para vivir juntos durante el tiempo que estuviese en la ciudad trabajando y documentándose para su futuro libro, pero se contuvo al oír la vacilación en la voz de Summer. Sí, sería un gran paso. Para ambos. Un experimento para el que, quizá, ninguno de los dos estuviese preparado.

–Y...

–¿Y?

–Es solo una idea. No hay ninguna razón para que me vuelva a Londres de prisa y corriendo después de la entrevista. No tengo clase hasta mediados de enero. Podría quedarme a pasar las vacaciones, y podríamos ir juntos a algún rincón de América. Siempre has dicho que te encanta viajar y que hay un montón de sitios en Estados Unidos a los que siempre has querido ir, ¿no?

–Tenemos previsto un concierto en Nochebuena, aunque está por confirmar –respondió Summer.

–No pasa nada –dijo Dominik–. Podríamos viajar al día siguiente. Quizá a algún sitio donde haga calor, ¿eh?

Como él había supuesto, ella no respondió.

–A las orquestas se les suele acumular el trabajo durante los días festivos, con conciertos que son un verdadero tostón –añadió–. Aborrezco ese repertorio, esas piezas de segunda categoría que, por alguna razón, el público espera escuchar. Para colmo, será con un director invitado al que van a traer directamente de Viena. Valses de Strauss, pompa y circunstancia y todo eso. Simón está feliz de no tener que participar.

–¿Quién es Simón? –preguntó Dominik.

–Nuestro director. El permanente.

–¡Oh! No sabía que estuviese ahora con la Symphonia. Leí un artículo sobre él. Es sudamericano, ¿no?

–Sí. Está haciendo un trabajo magnífico. Vive la música de una manera muy intensa.

–¿Como tú?

–Supongo que sí. Probablemente por eso me gusta trabajar con él.

–Qué bien.

Hubo una pausa en la conversación. Dominik percibió perfectamente cómo crecía la impaciencia de Summer. Detestaba las largas conversaciones por teléfono.

–Entonces, ¿cuánto tiempo libre tienes después de Nochebuena? –preguntó.

Oyó cómo se movía por su pequeña habitación para consultar la agenda.

–La siguiente tanda de ensayos no empieza hasta el cuatro de enero –contestó Summer.

–Perfecto –dijo Dominik–. Resérvate esos días.

Oyó un suspiro.

–Yo me encargaré de todo –añadió, sabiendo que a ella le gustaba que fuese firme. Dominik debía seguir siendo el de siempre, y tenía toda la intención del mundo de serlo.

No salieron de la habitación del hotel de Nueva York en tres días, solo interrumpidos por un par de ensayos finales con la orquesta, de cuatro horas cada uno, previos al concierto de Navidad que cerraría la temporada. A Summer le daba cierto pudor, como ya había confirmado en los Proms en Londres, que los músicos tuviesen que ponerse sombreritos graciosos de fiesta, barbas de Santa Claus o algún otro detalle humillante para conmemorar la ocasión, pero los gerentes de esta orquesta no parecían darle mucha importancia al asunto. La única sugerencia que apareció pinchada en el tablón de anuncios fue el posible adorno de una ramita de acebo en la solapa de la chaqueta o en el tirante del vestido, y ni siquiera era obligatorio ponérsela. Bastante era ya el repertorio del concierto –todo piezas archiconocidas–; un programa más bien flojo pensado para espectadores de las zonas residenciales que solo acudían a conciertos cuando se encendían las brillantes luces de Navidad. Un público sin interés por la música, que se acercaba desde Long Island o New Jersey a la gran urbe para pasar una velada simpática después de la locura de las compras navideñas en Macy's o en FAO Schwarz.

Hicieron el amor ante la mirada de unas jóvenes Ingrid Bergman y Marlene Dietrich inmortalizadas en sendas láminas enmarcadas que colgaban de la pared del cabecero de la cama. Dominik no pudo reservar con tan poca antelación una habitación de lujo con cama *king size*. La cama de matrimonio era un tanto estrecha, y tuvieron que dormir pegados en la postura de las cucharas. Summer pensó que, obviamente, aquella cama no estaba diseñada para alguien con sobrepeso.

Pudo haberlo invitado a que se quedara en su casa, aunque la cama fuera aún más pequeña, pero se puso nerviosa solo de pensarlo. Aquello era más íntimo que follar durante horas y horas hasta caer rendidos.

Durante los ensayos había estado como en una nube, con la mente totalmente ida, indiferente a la música y tocando su instrumento como un autómatas, deseando acabar cuanto antes con su deber para regresar a la acogedora calidez del lecho de Dominik.

La habitación del hotel de Washington Square no estaba en la misma planta que la vez anterior, pero era idéntica. Aunque la recordaba rosa, se fijó en que tiraba más a morado cuando las persianas estaban echadas. Le resultaba curioso cómo la memoria, ese curioso filtro de las emociones, podía variar, de manera imperceptible y aleatoria, hasta la gama de colores del arcoíris. Ahora aquella habitación se había convertido en una cápsula familiar, amable, en la que de buen grado se entregaba a los brazos de Dominik y a sus apaciguadoras palabras.

Su cuerpo era un mapa que ella ya conocía, con zonas inexploradas y sumido en el delicioso caos de su ritmo cardiaco. Summer escuchaba con los cinco sentidos cómo el sonido de la respiración de Dominik le recorría la piel, percibía con los cinco sentidos el roce de sus dedos. Le parecía –era un estrafalario pensamiento que le rondaba por la cabeza mientras estaban follando– que quizá hubiese dos Summers diferentes implicadas en aquel juego. La que ella conocía, que se preguntaba por qué no le bastaba con aquello, por qué albergaba esa compulsión, esa necesidad de más. Y un álter ego diabólico y provocador, que le susurraba traicioneramente al oído que no podía ser que todo quedase solo en eso.

Sin embargo, aquel pensamiento se desvanecía al poco de sucumbir al vigoroso abrazo de Dominik.

Él era su hombre. De momento. Sus brazos la inmovilizaban en la cama tal y como a ella le gustaba que los hombres la dominasen sexualmente. Su miembro la colmaba con una intensidad imperiosa, y los gemidos que emitía estando dentro de ella contenían la mezcla justa de cariño e instinto animal. Eso bastaba. Summer sabía que tenía que vivir el presente y que esos instantes especiales no durarían eternamente.

–Cuéntame, dime todas las cosas que deseas hacerme – dijo ella con voz ronca, y otra inclemente embestida subió el fuego de sus entrañas un punto más. Por un segundo, se sintió mareada.

–Oh, son tantas, Summer... Tantas. Cosas malas, cosas extraordinarias, cosas sucias, cosas peligrosas. –Las palabras le salían ligeramente entrecortadas.

A Summer le impedía respirar bien el peso del cuerpo de

Dominik, que se pegaba a sus costillas.

Al verla debajo de él, con los ojos cerrados y aquella piel tan suave y dócil, en comunión con su propio deseo sexual, Dominik sintió una tenue oleada de generosidad que se impuso a las tiránicas exigencias de su miembro, acoplado totalmente al cuerpo de Summer. En esos momentos sentía que podría morir feliz allí mismo, en el interior de aquella habitación de hotel, apenas iluminada por las luces del arco de Washington Square que entraban a través de los agujeritos de las persianas echadas.

Levantó la vista. Durante unos segundos, la visión del rostro de Summer se hizo casi insoportable; Bergman y Dietrich le dedicaron una sonrisa enigmática desde lo alto.

Ralentizó el ritmo, casi se detuvo por completo, y Summer entreabrió un ojo, preguntándose a qué se debía ese parón. Dominik no quería correrse aún. Deseaba que aquello durase eternamente, seguir dentro de ella, formando parte de ella, sintiendo la implacable fuerza de su entrega. ¿De su amor?

Sus manos vagaron con delicada atención por la piel ardiente de Summer. Bajo su cuerpo las sábanas estaban arrugadas y húmedas por el sudor. Se retiró un momento y cambió de posición, antes de penetrarla otra vez. Ella le acarició sensualmente la espalda de arriba abajo, luego le clavó las uñas suavemente, como en un falso masaje.

Oh, sí, había tantas cosas que quería hacer. No ahora. Algún día. Con ella. Observaría la inquietud ante el instante inicial de dolor y, después, la aceptación convertida en placer gracias a las grapas o a las pinzas de la colada con las que, un día, inevitablemente, adornaría sus oscuros pezones. Calibraría la intensidad de su respiración mientras sus dedos añadían presión a su delicado cuello y todo su cuerpo se convulsionaría salvajemente bajo su dominio. Oh, Dominik, unos pensamientos peligrosos, se dijo. Gozaría rasgándole la entrada del ano con juguetitos y después con su miembro, cuando llegase el momento adecuado, cuando salvaran ese otro tabú que se interponía entre ellos aún como un hito... Ya basta, Dominik, basta...

Se le disparó la imaginación mientras proseguía con sus embestidas, percibiendo el placer de ella, en aumento, en sintonía con el suyo, y ralentizó el ritmo para acoplarse lo mejor posible, y entonces notó que Summer le metía un dedo en el ano... Se corrió al instante y con tal violencia que temió haber roto el condón.

Sin duda, la caricia inesperada de ella lo había pillado totalmente desprevenido.

Jadeando, acercó los labios a los de Summer y la besó cariñosamente, al tiempo que le enjugaba el sudor de la frente con la mano.

No cabía duda de que aún tenía mucho que aprender de Summer Zahova.

Y lo aprendería.

La entrevista con los representantes de la fundación que concedía la beca en la Public Library había transcurrido con absoluta fluidez esa misma tarde y confiaba plenamente en que le darían el puesto. Estaba entusiasmado ante la perspectiva de pasar nueve meses con Summer en Manhattan. Bajó la vista para contemplar su cuerpo desnudo, tendido en la cama, abierto, pálido, expuesto en toda su intimidad. Dispondrían de tanto tiempo... Y podrían hacer tantas cosas...

La decisión respecto a la beca se emitiría formalmente a principios de enero y, si se la daban, tendría que incorporarse poco después de Semana Santa.

Estaba a punto de decir algo, cuando se dio cuenta de que Summer se había quedado dormida.

Dominik recibió bien aquel repentino silencio, era una oportunidad para reflexionar.

–Quiero exponerte –le había avisado Dominik.

Después del concierto de Navidad con la Symphonia, que a fin de cuentas no había resultado demasiado insufrible por exceso de jovialidad, Dominik le pidió a Summer que hiciera una maleta con ropa suficiente para una semana. Ella quiso saber adónde iban, pero lo único que le dijo Dominik fue que se suponía que haría buen tiempo.

–Pero creo que no necesitarás bañador –añadió.

Pese a todo, Dominik no pudo ocultar mucho tiempo el destino del vuelo cuando estuvieron en el aeropuerto. La Guardia era un hervidero de gente que iba en todas direcciones a todo correr, pues coincidía con las vacaciones invernales. Cualquiera hubiera creído que la mayoría de la gente estaba ya de vacaciones el día de Navidad, y no dando vueltas por terminales de aeropuerto como pollos descabezados. Dominik y Summer, turistas en viaje de placer sin reuniones familiares a la vista, detectaron enseguida el pánico y la desesperación de la mayoría de sus compañeros de viaje. Los delataban las miradas frenéticas a los paneles de información y los respingos que daban cada vez que un aviso del sistema de megafonía

advertía del retraso de un vuelo en algún rincón del continente por las malas condiciones atmosféricas o por alguna otra razón.

Summer hubiera preferido no saber adónde la llevaba, en plan viaje misterioso, mágico, pero al facturar el equipaje no hubo modo de no enterarse: su vuelo, y con suerte también su equipaje, tenía por destino Nueva Orleans.

Había leído mucho sobre esa ciudad, y casi tenía la sensación de conocerla, por la cantidad de películas en las que había quedado consagrada, algo que compartía con Nueva York. Cuando llegó a Nueva York, descubrió que tanto Manhattan como los otros barrios neoyorquinos eran mucho más que la suma de sus partes, y que entre la imagen y la realidad faltaba un matiz: la vida y sus sonidos, olores y colores. Y la gente. Supuso que Nueva Orleans le reservaba una revelación parecida.

Dominik había visitado Nueva Orleans, la ciudad del cuarto creciente, en numerosas ocasiones, antes de la devastación del huracán Katrina, y guardaba de ella recuerdos agridulces. Mientras el taxi avanzaba a paso de tortuga bajo una lluvia torrencial, callejeando por el Barrio Francés hasta su idílico hotel, las vistas a través de las ventanillas subidas del vehículo le resultaron familiares, con las luces, los balcones de hierro forjado, las terrazas llenas de magnolios en flor, la intensa mezcla de músicas y las risas que flotaban en el aire.

Solo un rato después, cuando se ducharon, se cambiaron de ropa y salieron a disfrutar de la primera comida del viaje, Summer se percató de las pequeñas particularidades de la ciudad. Había menos gente que en Nueva York, como en un rodaje que hubiese tenido que reducir la presencia de figurantes en las escenas multitudinarias. En muchos escaparates, o en puertas de bares y restaurantes, colgaban carteles buscando personal, vaciadores de ostras o servicio doméstico.

–Es como si no estuviésemos en Estados Unidos –observó Summer, mirando de un lado para otro, tratando de ubicarse.

–Sí, lo sé –dijo Dominik–. Es bastante especial.

–Nunca tuve la oportunidad de viajar por Europa, solo estuve un fin de semana en París, pero tampoco se parece del todo al viejo continente, ¿verdad? –preguntó.

Se había puesto un vestido blanco, largo, de tela muy fina, con mangas que le cubrían solo los hombros, ceñido en la cintura por un estrecho cinturón rojo, y unas sandalias de tacón bajo. La lluvia había

cesado y se respiraba un aire cargado, de bochorno, preñado de futuras tormentas.

–Es una mezcla de influencias diversas –confirmó Dominik. Francesas, españolas, criollas, el colonialismo inglés... Muchos de los primeros moradores eran acadianos, descendientes de los primeros franceses que llegaron a Canadá, nada menos, que llegaron aquí huyendo de la intolerancia religiosa. Es un crisol de culturas curioso.

–Me gusta –señaló Summer.

–Una lástima que hoy haga tan malo. No es la forma ideal de conocer la ciudad por primera vez.

–A mí no me importa.

–Según el pronóstico del tiempo, no lloverá en los próximos días –dijo él.

–Estupendo.

Como Dominik no la había informado de su destino, Summer estaba preocupada por no haber traído la ropa adecuada.

–¿Te acuerdas del Oyster Bar, debajo de Grand Central Station? –le preguntó, y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios.

–Por supuesto –respondió Summer–. Sabes lo mucho que me gustan las ostras.

–Pues aquí estamos en el lugar perfecto. Para comer ostras y cangrejo de río. Y langostinos. Y *gumbo*. Esto va a ser un festín tras otro.

Había bastante cola para entrar en el Acme Oyster House, en la esquina de Iberville con Bourbon. Estaban muertos de hambre. Ninguno de los dos había desayunado en Nueva York y habían rechazado la comida del avión. Continuaron andando otros diez minutos por la calle principal y se sentaron en una mesa junto a la ventana del Desire, la marisquería especializada en ostras del selecto hotel Sonesta.

La camarera, una mujer mayor, les llevó panecillos calientes y mantequilla, mientras esperaban que les sirvieran la comida.

–Ya verás –le explicó Dominik–, con las ostras crudas ponen una salsa que es una mezcla de ketchup y rábanos picantes. En un primer momento tenía mis dudas sobre las cualidades culinarias del ketchup, pero combinado con los rábanos la mezcla es espectacular. Si la quieres todavía más fuerte, le puedes añadir otra cucharadita de rábano. Es fortísimo pero combina de maravilla con el sabor y la consistencia de la ostra. Yo además le echo un buen chorro de limón y espolvoreo pimienta por encima.

Cuando la camarera apareció con una enorme bandeja, le hizo una demostración. Se llevó a la boca la primera ostra, inmensa, y se la tragó de un bocado.

Summer observó la maniobra con atención y lo imitó.

Enseguida vaciaron la bandeja, que quedó convertida en un campo de batalla de conchas vacías sobre el hielo picado.

A su trío final de ostras ella le había añadido unas gotas de Tabasco; notó cómo le ardía la garganta al beberse de un trago un vaso de agua helada que calmara el sofoco.

Levantó la vista hacia Dominik y vio que estaba limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta mientras la devoraba con los ojos. Ella no pudo evitar reprimir una sonrisa.

–Si no fuese porque te conozco bien, pensaría por tu manera de mirarme que quieres comerme a mí también, que las ostras eran solo el entrante. Ya sé que supuestamente son un afrodisíaco, pero recuerda que en tu cama ya estoy... No hace falta que me tientes de ninguna otra manera –le dijo ella en broma.

–Como si no lo supiera... –respondió Dominik.

Los días siguientes estuvieron dedicados a las actividades turísticas obligadas: ir en tranvía hasta el Garden District; visitar el Audubon Park; dar un par de paseos en barcaza por el río Misisipi para explorar las marismas y divisar caimanes, tan reacios a dejarse ver. Peregrinaron a varios cementerios y a los dos o tres museos del vudú. Tomaron un café con *beignets* de madrugada en el Café du Monde, en Jackson Square, abierto las veinticuatro horas. Tenían el cuerpo y el alma exhaustos, y necesitaban recarga energética después de pasarse horas haciendo el amor en la habitación del hotel. También fueron al Mercado Francés en busca de baratijas, y comieron y comieron. La comida estaba para chuparse los dedos. Dieron paseos sin rumbo por Bourbon Street, oyendo el duelo entre los distintos estilos de música que salían de los bares, un variopinto rompecabezas de jazz, rock, folk, zydeco, soul y todas las variantes melódicas imaginables.

En la esquina de Royal Street los chavales limpiabotas bailaban claqué para divertirse, y en la intersección de Magazine con Toulouse un músico ciego tocaba el acordeón con el acompañamiento al violín de una *hippy* flaca como un fideo que lucía toda una colección de tatuajes en ambos brazos. No tenía ni punto de comparación con Summer, ni en talento ni en el físico, pero por pura solidaridad ella se

empeñó en dejarle una propina descomunal, liberando de paso a Dominik de toda la calderilla inútil que llevaba en los bolsillos.

Dominik se mostraba visiblemente impaciente. Ya había estado allí antes y había hecho todo aquello en su día. Se sentía cada vez más intranquilo, y Summer se daba cuenta.

Aún les quedaba un día entero antes de la víspera de Año Nuevo. Dominik se las había ingeniado para conseguir una reserva en el prestigioso restaurante Tujague, en el comedor de la primera planta con vistas, a tiro de piedra de Jackson Square y de la destilería Jax Brewery, donde al toque de las doce campanadas subiría desde la calle hasta el tejado la rutilante esfera tradicional que daría la bienvenida al nuevo año. Era uno de los acontecimientos de la temporada, y por lo general el restaurante limitaba la entrada a los clientes habituales, residentes de Nueva Orleans o a personas ilustres del Rotary Club.

Summer salió del cuarto de baño –se acababa de dar una ducha– envuelta en una toalla blanca, suave y esponjosa, que apenas le tapaba los muslos y dejaba ver un tentador atisbo de su sexo. Sentado en la cama, leyendo, Dominik desvió la vista de la página y la clavó en ella. Summer se miró y se dio cuenta de lo corta que era la toalla. Trató de estirar la tela pero solo consiguió deslizarla, dejando los pechos al descubierto. Dominik sonrió.

–¿Te entra la timidez? –dijo él.

–Un poco tarde para eso, vaya –repuso ella.

Dominik no apartó la mirada de ella, reconcentrado en sus inescrutables pensamientos.

Summer se asomó a la ventana para ver qué tiempo hacía. El cielo estaba gris, pero sabía que la temperatura sería lo bastante suave para ir en manga corta, al menos hasta que anocheciera.

–¿Qué quieres que me ponga hoy? –le preguntó.

Sus ojos se iluminaron con una indisimulada picardía.

–Nada.

Summer soltó la toalla, dejándola caer al suelo.

–¿Así?

–Perfecto –dijo Dominik. Apartó de su cuerpo la colcha roja que lo cubría, mostrándole su miembro en semierección, y empezó a acariciarse.

Summer inició un movimiento para acercarse a la cama.

–¡No!

–No quieres que te eche una mano –sugirió ella.

–No. Quédate ahí. Tal como estás.

Él amplió el ángulo de sus piernas y continuó acariciándose el pene asiendo en la palma de la mano el grueso tallo mientras deslizaba el dedo pulgar a un lado y a otro del glande, morado por la excitación. Mientras jugaba con su miembro, sin apartar la mirada del cuerpo desnudo de Summer, los testículos parecieron aumentar de tamaño. Summer recordó aquella primera noche en la casa de él en Londres, cuando Dominik le pidió que se masturbara. Se estremeció.

A Dominik enseguida se le empezó a entrecortar la respiración.

Summer estiró la mano hacia su sexo, pero de nuevo él le ordenó que permaneciera inmóvil. No quería que se diera placer. Debía mirarlo. En silencio.

Por un momento, la luz que se colaba por la persiana iluminó el centro de su erección, formando una especie de línea de fuego que partía en dos la punta en forma de seta de su miembro, mientras sus testículos parecían a punto de estallar. Un segundo después, Dominik se corrió.

Soltó un hondo suspiro.

–Ven –dijo, moviendo la cabeza en gesto afirmativo.

Ella recobró la movilidad.

–Límpiame con la lengua –le dijo.

Sabía a ostras y a rábanos picantes y a todo el morbo del mundo. Summer volvió a sentir un hambre voraz. Al traste con su esbelta figura.

Salieron del local House of Blues justo antes de que dieran las doce de la noche. Habían escuchado a un grupo bastante bueno y Summer se imaginó en el escenario con ellos, improvisando con su violín al son de sus *riffs*. Hacía meses que no tocaba nada que no fuese de corte clásico, nada improvisado, variaciones, algo espontáneo. Ahora que formaba parte de una orquesta echaba de menos esa libertad.

La calle estaba abarrotada. Con el rabillo del ojo, Summer vio que Dominik cruzaba unas palabras con un tipo alto vestido con una chaqueta de tela de algodón indio, unos vaqueros con agujeros estratégicamente situados y unos zapatos negros de piel de puntera superestrecha. Seguro que no está comprando droga, pensó Summer. No es para nada el estilo de Dominik.

Los dos hombres se separaron, pero ella vio cómo se despedían

dándose la mano y que Dominik deslizaba unos dólares.

–¿Quién era ese? –le preguntó a Dominik cuando volvió a su lado.

–Uno de aquí. Quería preguntarle por un sitio.

Reconoció ese destello de sus ojos. Lo había visto antes.

Tomaron un taxi en Canal Street, y Dominik le dio la dirección al taxista en voz muy baja. Después de los combinados engañosamente fuertes que había tomado en el club mientras escuchaban el concierto, Summer se sentía un poco adormilada. Pasadas unas cuantas manzanas, cerró los párpados, y cuando los abrió de nuevo vio que habían recorrido la Bourbon Street hasta mucho más allá de donde habían llegado en sus anteriores paseos nocturnos, y se disponían a entrar en una zona relativamente oscura, comparada con las vías públicas bien iluminadas por las que ya se había acostumbrado a patear.

El taxi se detuvo delante de un edificio anónimo que tenía una verja de acero. Dominik pagó al conductor y cuando el coche se perdió a lo lejos, Summer sintió sobre los hombros el peso del silencio. Esa parte no se parecía en nada al resto de Nueva Orleans. A la derecha del portal había un portero automático, iluminado con una luz muy tenue, y Dominik pulsó el timbre. El mecanismo electrónico de la verja emitió un chasquido, tras lo cual él la empujó para abrir.

Entraron a un patio muy amplio, rodeado de construcciones bajas.

–Eso eran las dependencias de los esclavos –le explicó Dominik, señalando las edificaciones del perímetro–. Hace muchos años, claro está. –Agarró a Summer de la mano y la llevó hacia el edificio central, que se alzaba en medio de la oscuridad, visiblemente más grande que los demás: una estructura de tres plantas con un balcón de madera y unos peldaños blancos que subían a un porche. Por los laterales de algunas de las ventanas de la planta baja y de la primera planta se escapaban haces de luz.

Subieron los peldaños y la puerta de la entrada se abrió. Los saludó, al mismo tiempo que los ojeaba de arriba abajo, un hombre negro enorme, con la cabeza rapada, vestido con un esmoquin impecable. Una vez superado su escrutinio, los hizo pasar. Sobre una mesa de líneas muy bajas, al lado de las escaleras que subían a los pisos superiores de la casa, había una bandeja con unas copas de tallo altísimo. El imponente portero les sirvió champán, después les pidió que esperasen allí, y desapareció por una puerta lateral.

–¿Qué es esto? –preguntó Summer, dando un sorbito de su copa. El champán era bueno. Dominik no tomó.

–Un club de *striptease*, a decir verdad, solo que privado.

–¿Un club de *striptease*?

–Muy exclusivo –añadió Dominik–. Hubo una época en Nueva Orleans en la que todo valía, pero con los años la ciudad se ha hecho más comercial y se han vuelto más insulsos. En los garitos de *strippers* de Bourbon Street se podían ver desnudos integrales, pero ahora ya no. Se desvisten, pero se quedan en tanga o braguitas. Además, ahora los espectáculos son chabacanos y han perdido autenticidad. Por lo que me contaron, este sitio es como debe ser.

–¿Donde todo vale? –sugirió Summer, notando el conocido cosquilleo del deseo.

–Exactamente.

–He estado en espectáculos de *burlesque* –comentó Summer– y me gustaron mucho. Solo espero que no sea demasiado hortera –añadió.

–Me han dicho que este no lo es –dijo Dominik.

Una mujer se dirigió hacia ellos. Escondía su rostro bajo una máscara blanca de carnaval y tenía una melena azabache que le caía por los hombros como un manto de seda. Llevaba un vestido muy ceñido de terciopelo rojo y manga larga, hasta los pies, que podría haber rescatado del baúl de los recuerdos. Solo le dejaba al aire el cuello y los tobillos, increíblemente finos sobre unos peligrosos zapatos de plataforma.

–Seré su anfitriona esta noche. Vengan por aquí, por favor –dijo, y señaló las escaleras.

Si había algo que Dominik detestaba, era la vulgaridad. Esperaba que esa noche no acabase siendo un absoluto bochorno.

Las mesas a las que se sentaban los invitados formaban un semicírculo orientado hacia un escenario improvisado, no más grande que un *ring* de boxeo. Serían unos cincuenta espectadores, como mucho, y Dominik se fijó en que aparte de Summer y él solo había otras tres parejas entre el público. Los ocupantes de las mesas apenas miraban a sus vecinos.

Al principio estaba todo a oscuras. Luego se vio el haz de luz blanca de un foco, que iluminó con muchísima potencia el centro del improvisado escenario. Después se hizo de nuevo la oscuridad total durante una milésima de segundo. Acto seguido el foco volvió a

destellar y apareció como por arte de magia una mujer joven, de pie en el centro de aquel sol artificial.

Tenía una estatura majestuosa y su cabeza estaba rodeada, como un halo, de una jungla de rizos rubios a lo Medusa. Su piel parecía de alabastro. Por toda vestimenta llevaba un salto de cama de algodón, increíblemente fino, casi transparente bajo la inclemente luz del foco que caía sobre ella, que destacaba la fragilidad de su talle y las infinitas avenidas de sus largas piernas. Iba descalza.

En un primer momento estaba totalmente inmóvil, como una estatua, mientras los espectadores la miraban conteniendo la respiración.

Entonces se oyó un leve zumbido cuando conectaron el sistema de altavoces, acompañado de una vaga cortina de sonido estático.

–Me llamo Luba –se presentó con un susurro.

Acento ruso, voz de alcoba. Los altavoces rodeaban al público, creando en todos los presentes la sensación de que aquella voz grabada fuese un regalo personal solo para sus oídos. Dominik vio que Summer dejaba su copa en la mesa para bajar la mano por debajo del mantel y aferrar su muslo. La mujer era espectacular, al igual que el resto del montaje.

Entonces comenzó la música.

Clásica. Una impresionante cascada de notas suaves, delicadas, que a Dominik le recordaron el mar y la superficie de las aguas turbulentas en las que podía ver su reflejo.

–Debussy –dijo Summer en voz baja.

Luba cobró vida. Un ojo pestañeó; un hombro se movió imperceptiblemente; un pie se levantó del suelo; una mano movió los dedos, desplegándolos como una flor al abrirse.

Bailaba con la elegancia de una bailarina entrenada y con la provocación calculada de una ramera, aparentemente ajena al público que la contemplaba, como si el arte de desnudarse y de excitar fuese algo en esencia privado que estuviese haciendo solo para sí misma, un viaje personal al corazón de su propio placer.

–Inmejorable –le susurró Summer a Dominik. Los dos estaban extasiados con la bailarina.

Rápidamente Luba se deshizo de la vaporosa prenda que llevaba puesta. La intensidad del foco donde estaba apresada hacía que su piel pareciese más blanca que el mármol. El único toque de color que destacaba era la delicada mancha rosada de los pezones en sus senos, menudos y firmes, y las apenas perceptibles líneas de sus

suaves genitales; su cuerpo entero se derramaba como la leche entre las trémulas melodías del compositor francés. Dominik no pudo evitar reparar en el pequeño tatuaje que lucía a poco más de dos centímetros de su sexo: una florecilla azul, o tal vez fuese una pistola en miniatura, algo totalmente inadecuado para estar allí. La imagen parecía cambiar con cada movimiento de su cuerpo, y no lograba enfocarla del todo. ¿Qué razones la habrían llevado a dejarse pintar una pistola en ese punto del cuerpo, incrustando sus trazos en lo más hondo de su piel?, se preguntó.

Qué poco sabía de la vida de los demás...

Pero ansiaba saber.

¿Cuál sería la historia de Luba?

Los dedos de Summer, que ahora arañaban el lugar donde su miembro empujaba la tela de sus pantalones, lo hicieron volver de golpe a la realidad. Hasta ella estaba excitada con aquella actuación.

La bailarina rusa se contorsionaba formando posturas imposibles, con la elegancia de una paloma en pleno vuelo, inmune a la dosis de intimidad que ponía a la vista de todos con generoso abandono: el círculo arrugado y de color marrón claro de su zona más oculta, el nacarado rosa de su sexo cuando se abría de piernas o las elevaba como si fuera un paso de ballet. Su semblante permanecía impassible en todo momento, distante, majestuoso, superior.

Dominik reconoció el tramo final de los acordes de la pieza de Debussy y suspiró, lamentando que aquella actuación no pudiese durar eternamente. Summer había dejado de mover los dedos y él podía percibir el pulso de su corazón en sus yemas. Se inclinó hacia ella, acercando los labios a su oreja.

–Summer, un día a lo mejor te pido que salgas a un escenario y te exhibas de un modo tan impúdico y bello como este. ¿Te gustaría?

Ella se ruborizó y trató de decir algo pero no fue capaz; era evidente que un torbellino de sentimientos se agolpaba en su interior. Eso fue respuesta suficiente para Dominik.

Cuando las últimas notas de la música se desvanecieron y los movimientos de Luba se detuvieron al unísono, irguiendo la espalda, juntando de nuevo las piernas, apretando las nalgas firmemente hacia arriba, Dominik vio con el rabllo del ojo que la anfitriona de la máscara y del vestido de terciopelo rojo encendido se dirigía de nuevo al escenario y se acercaba a la bailarina, justo en el instante en que Luba quedaba totalmente quieta y se transformaba en una estatua viviente.

El foco se apagó de repente, sumiendo en la más absoluta

oscuridad el pequeño escenario.

Ningún espectador de las otras mesas hizo el más mínimo ademán. A lo mejor la actuación no había terminado.

El equipo de sonido volvió a vibrar.

–Muestran su aprecio hacia Luba –dijo una voz de mujer, rompiendo el hechizo, y los espectadores desperdigados comenzaron a aplaudir, primero despacio y luego con más fuerza, al ver salir al escenario una menuda silueta caminando de puntillas.

Era Luba. La bailarina.

Vestía una bata con estampado de leopardo, que escondía sus curvas, y resultaba mucho más bajita de lo que aparentaba bajo la deslumbrante luz del foco.

–Qué pequeñita parece ahora –comentó Summer.

–¿Qué tal bailas? –preguntó Dominik.

–Nada que ver con lo que hace ella –respondió.

–Me gustaría verte.

–Soy un pato mareado. No tengo sentido del ritmo, ni gracia.

–Estoy seguro de que bailarías de maravilla. Eres músico. Lo llevas en la sangre, ¿no?

–Te llevarías una sorpresa.

Dominik dio un sorbo de su bebida. Las notas del hipnótico *Bolero* de Ravel salían por los altavoces en forma de música de ambiente, amortiguadas, distantes. Se preguntó si iba a salir otro artista, o si la enigmática Luba volvería al escenario.

Miró a Summer a los ojos y estuvo seguro. Sí. Ya estaba.

Aquella conocida sensación de poder y dominación le recorrió las entrañas con toda su fuerza.

–Pues ha sido muy bonito –dijo Summer por fin–. No me lo esperaba. Temí que pudiera acabar siendo sórdido. Y para nada.

Levantó su copa de champán de la mesa.

La anfitriona se acercó a ellos.

–Espero que hayan disfrutado del espectáculo –les dijo, casi como una pregunta.

–Desde luego –respondió Dominik. Se había quedado sin saber qué decir.

–Solo contratamos a artistas de fuera de la ciudad –dijo–. Casi siempre rusos. Desarrollan un cuerpo espléndido. Una estructura ósea preciosa –añadió–. Las chicas de la zona carecen de ese refinamiento. Luba, por ejemplo, parece totalmente a gusto con su cuerpo desnudo.

–Mi compañera de mesa también –comentó Dominik, señalando

a Summer con un ademán afirmativo de la cabeza—. Increíblemente a gusto. —Le salió así, como si el demonio le hubiese hecho decir aquello, y como cimentando su opinión sobre la idea de que Summer bailase para él.

—Y será también muy hermosa, no me cabe duda —dijo la mujer del vestido rojo, examinando a Summer con renovado interés.

Dominik no pudo resistirse:

—¿Aceptan tratos privados?

—Podría hacerse algo —dijo la anfitriona.

—¿Mañana, tal vez? ¿Después de los festejos de Año Nuevo?

Summer comenzó a moverse en su asiento, incómoda. La mayoría de los espectadores comenzaban a marcharse.

—Tenemos una reserva para la cena de Nochevieja, pero podríamos estar aquí a..., ¿la una, por ejemplo? —propuso Dominik.

—Está bien —respondió la mujer—. ¿Cuánto público requeriría? —preguntó a Dominik.

—Como esta noche. No mucha gente. Íntimo. Discreto, por supuesto.

La anfitriona se volvió hacia Summer.

—¿Está dispuesta a jugar, señora? ¿Es consciente de que la decisión está en sus manos?

Summer asía con fuerza el borde de la mesa. Evitó mirar a Dominik a los ojos y respondió con toda la firmeza de que fue capaz:

—Sí.

—¿Solo un baile o... algo más? —preguntó la mujer a Dominik.

—¿En qué consistiría eso de «algo más»? —quiso saber.

—Es usted un hombre imaginativo. Lo dejaré a su juicio —respondió la mujer con una sugerente sonrisa.

Dominik se lo pensó.

—Creo que solo baile —dijo finalmente, lanzando una mirada de soslayo al pálido rostro de Summer.

Summer contuvo la respiración.

—Nuestros artistas actúan también para fiestas privadas —dijo la mujer—. ¿Podría interesarles?

A Summer se le terminó de desbocar el corazón; el temor inicial remitió y una oleada nueva de tensión invadió todo su organismo.

—Creo que me gustaría simplemente ver bailar a mi acompañante —zanjó Dominik—. En este mismo escenario —dijo, indicando con la barbilla.

—Estupendo —afirmó la mujer—. ¿Quiere que acordemos las

particularidades, entonces?

Indicó a Dominik que debían apartarse un poco para acordar los términos económicos sin que Summer lo oyese.

La negociación fue muy breve, y Summer se fijó en que Dominik entregaba a la anfitriona una de sus tarjetas de crédito, que ella pasaba por un pequeño terminal portátil.

Una vez hecha la transacción, la anfitriona del vestido de terciopelo rojo bajó con ellos a la planta baja.

–Nos ocuparemos de proporcionarle a la señora el vestuario para la ocasión –dijo–. Estoy segura de que sabremos ofrecerle gran variedad de prendas que le sentarán divinamente. Dispondremos de una hora antes de presentarla a nuestro público, de modo que habrá tiempo para dar una puntadita aquí o allá si es necesario.

–Me parece perfecto –dijo Dominik.

Abrió la puerta para dejarles salir a la oscuridad de aquel tramo de Bourbon Street. Parecía que había bajado la temperatura.

–Oh, ¿caballero?

–¿Sí?

–¿Alguna preferencia musical?

Dominik captó la mirada de Summer, que destelló con un brillo que denotaba ilusión y miedo a la vez, como si suplicase por dentro que dijese lo correcto.

–*Las cuatro estaciones* de Vivaldi.

–Magnífica elección –proclamó la anfitriona–. Será un gusto tenerlos aquí mañana.

A medianoche, cuando la esfera brillante culminó su ascensión, lanzaron fuegos artificiales desde las gabarras fondeadas en el Misisipi. Dominik y Summer los contemplaron desde el balcón del Tujague, mientras la muchedumbre, abajo, bramaba envuelta en los vapores del alcohol.

Con las doce campanadas la tomó entre sus brazos y la besó. Fue un gesto sencillo, pero a ella le llegó al alma.

Ojalá las cosas pudiesen ser así de sencillas, ojalá esto fuese suficiente, pensó Dominik.

Pero, por lo pronto, tenían que cumplir un cometido.

Bailando en la oscuridad

Yo quise bailar desnuda, pero la dueña del local se negó en redondo.

Era una mujer que imponía. Llevaba su vestido rojo hasta los pies y su máscara nariguda. Aquella máscara me daba escalofríos. Parecía un médico de la peste para ricos, sacado de las páginas de los libros de historia. Pero la seguí hasta el vestuario de detrás del escenario, donde se guardaban los conjuntos de ropa.

La sala era enorme y tenebrosa, pintada de un rojo intenso, oscuro, que recordaba a una víscera. Tenía los techos muy altos y era muy amplia, y junto a las paredes estaban vestidos de noche de gasa de todos los colores; había saltos de cama de seda, con abalorios cosidos y zapatos a juego; taconazos de vértigo y bailarinas elegantes, al lado de complementos como abanicos de plumas y hasta una enorme jaula de pájaros dorada suspendida del techo. Dentro de la jaula había una mujer sentada vestida toda de blanco, como una paloma, supervisando desde lo alto con mirada curiosa todo lo que hacíamos.

Yo también la miré.

–No le haga caso, está ensayando para el espectáculo de mañana por la noche –me explicó la enmascarada con impaciencia. Hizo un ademán para indicarme la inmensa variedad de conjuntos que tenía a mi disposición–. Algo ha de ponerse.

–Yo prefiero bailar desnuda.

Quería salir a escena de acuerdo con mis propias normas, no estaba dispuesta a darle gusto a un público de mirones, sobre todo porque me resultaba supercomplicado quitarme el vestido con elegancia y echarlo a un lado. No, si iba a bailar desnuda, quería empezar desnuda, y no irme quitando prendas para agradar al público. Ni siquiera a Dominik.

Nos quedamos mirándonos la una a la otra en silencio, desafiantes. Le sostuve la mirada, dentro de lo que me permitía su máscara, pero bajo aquella careta no era fácil saber en qué dirección estaba mirando ella.

–Se pondrá estas cositas –dijo finalmente, ignorando mi sonrisa de satisfacción al comprobar que había ganado la partida, y me mostró un estuche de madera forrado de terciopelo negro y lleno de adornos de toda clase: dos aros para los pezones, de quita y pon, unos accesorios a juego que se acoplaban cada uno a los labios de mi sexo, y un taponcito para el trasero. Cada objeto llevaba una gema de color rojo gastado, casi del mismo tono que mi pelo. La mujer sostuvo hacia la luz uno de los aros para los pezones y lo agitó para que se moviese adelante y atrás, mostrándome los destellos de la piedra.

El taponcito del trasero no me hizo ninguna gracia, pero ella insistió en que me lo pusiera.

–Su benefactor lo preferiría.

¿Quería eso decir que Dominik le había dado instrucciones, o era cosa de ella?

Me puso cada uno de los adornos en el cuerpo, y hasta me introdujo ella el taponcito, con más ímpetu de lo estrictamente necesario, tal vez como castigo por mi insolencia al negarme a ponerme ninguno de sus disfraces.

La mujer de la jaula había presenciado nuestro diálogo en silencio, pero noté nítidamente sus ojos puestos en mí.

Los aritos hacían un poco de daño, en especial los cierres de los pezones, pero era un grado de dolor que quedaba justo en el umbral del placer.

Seguí a la mujer por otro pasillo, que terminaba en un telón de terciopelo, por cuya abertura saldría al escenario. Contuve la respiración, como si esperara que quedándome quieta el tiempo suficiente quizá podríamos olvidarnos de todo aquello o quizá Dominik cambiara de idea. Todavía no había pensado qué iba a hacer cuando comenzase la música.

La directora de escena apoyó una mano en mi espalda y me empujó para que saliera por el telón.

En un primer momento solo hubo oscuridad.

Luego salió de la nada un potente haz de luz, un intenso fognazo que iluminó mi cuerpo como el inclemente rayo de un sol artificial.

El resplandor me cegaba.

Busqué a Dominik en nuestra mesa, a la derecha, pero lo único que podía ver era la luz del escenario reflejándose en mis ojos.

Comenzó la música.

Inmediatamente levanté los brazos, de manera instintiva, como

cogiendo el arco y el violín.

Entonces me quedé inmóvil. Soy músico, no bailarina. Sin embargo, me quedé como paralizada en el sitio, atrapada en los confines de las órdenes recibidas de Dominik, como si me hubiese puesto los hilos invisibles de un maestro titiritero. Al pensar en él, los hilos empezaron a moverse. Primero un brazo, luego el otro. Empecé a mecarme, a bailar, más rápido al son de la «Primavera», más despacio al compás del «Otoño».

Todo terminó antes de que me quedara sin resuello, y de nuevo el escenario se quedó a oscuras. Una mano fría asió la mía y tiró de mí hasta el vestuario.

–Ha estado fabulosa –dijo la directora de escena, todavía con su máscara picuda.

Me dio pena decir adiós a todos aquellos abalorios y decidí comprarme unos aritos de pezones en cuanto tuviera la oportunidad. Serían más fáciles de llevar bajo la ropa que un corsé, y sin duda mucho menos complicados de poner por las mañanas.

Cuando regresé a nuestra mesa, Dominik estaba ligeramente ruborizado. Sus ojos, de color marrón verdoso, brillaban tanto como el foco del escenario.

Pensé que me tomaría en el asiento trasero del taxi, durante el camino de vuelta al hotel, bajo la atenta mirada del conductor a través del retrovisor. Pero Dominik era un individuo extrañamente reservado, pese a su deseo de mostrarme en público. Prefirió hacerlo a su manera, y en sus planes no entraba follar en el asiento trasero de un taxi mientras el vehículo se abría paso lentamente entre el gentío que había salido a celebrar la llegada del Año Nuevo por las callejuelas del Vieux Carré.

Dominik miraba fijamente por su ventanilla, absorbiendo las últimas imágenes de Nueva Orleans, estirando el cuello para no perderse los últimos estallidos de fuegos artificiales que centelleaban en el exterior como fuentes de color que iluminaban el firmamento. Yo aproveché para echar una ojeada a los mensajes de texto de mi móvil, las habituales felicitaciones de Año Nuevo de amigos lejanos con los que hacía meses que no hablaba. Una de mis mejores amigas de Nueva Zelanda cumplía años en Nochevieja. Durante casi una década, antes de irme al extranjero, había pasado con ella todos los 31 de diciembre, casi siempre en alguna fiesta en casa de alguien, emborrachándonos con vino espumoso barato y peleón que

comprábamos ilegalmente por ser menores de edad. Después, cuando terminamos los estudios y empezamos a trabajar, nos dábamos a licores más caros y a cubatas. Este año se me había pasado mandar una felicitación, por primera vez desde que nos conocimos, y me sentía culpable. Había estado evitando a todas mis amistades de siempre, por miedo a que pudieran encontrarme cambiada y a que quizá no aprobasen a la nueva Summer.

Simón me había mandado un mensaje. «¡Feliz Año Nuevo! Espero que el nuevo año te traiga todo lo que siempre has deseado.»

Ojalá supiera lo que deseo...

Dominik se inclinó hacia mí y apoyó suavemente la mano en mi rodilla. Apagué la pantalla de mi móvil y lo guardé en el bolso. Ya respondería por la mañana.

–Estabas perfecta –dijo cuando llegamos a la entrada del hotel–. Mi ramera enjoyada particular. ¿Cómo te sentiste?

–Rara. Como si tú y yo fuésemos los únicos en la sala, pero no podía verte. No podía ver a nadie con ese foco.

Me rodeó con un brazo y metió sinuosamente la mano por debajo de mi vestido, y recorrió con un dedo la hendidura de mi trasero.

–No pude evitar fijarme en el taponcito de atrás. En mis instrucciones no había dicho nada de eso. ¿Fue idea tuya o de la señora?

–De ella.

–¿Te gustó?

–Sí. Temí que pudiera caérseme, pero era imposible.

–A lo mejor te compro uno y te obligo a que lo lleves en tus ensayos.

–Podría desconcentrarme.

–Te las apañarás, no me cabe duda. Te hará pensar en mí mientras estoy lejos, ¿eh?

Dominik me levantó del suelo cogiéndome en brazos y me llevó a la habitación, y allí, sin ninguna ceremonia, me echó sobre la cama, boca abajo. Un intenso olor a sexo impregnaba la estancia, pese a que durante el día había venido la camarera y había cambiado las sábanas. Nuestras interminables sesiones de cama habían dejado su aroma en el aire, volviéndolo dulzón y pegajoso, como la energía húmeda de un día caluroso justo antes de que descargue la tormenta.

Me subió la mitad inferior del vestido hasta la cintura y, colocándose entre mis piernas, separó los muslos y a continuación se

arrodilló en la cama. Apartó con las manos mis nalgas y recorrió el profundo surco con la lengua, hasta rodear con ella el perineo. Su respiración era caliente; su lengua no se arredraba. Me revolví, a modo de leve protesta, pero él apoyó la mano en la parte inferior de mi espalda para que no me moviera y siguió lamiéndome.

Luego fue su dedo, y luego otro más, y de este modo dilató el orificio más de lo que había hecho el taponcito que me había introducido la directora de escena. Esa noche había decidido ser cruel; y estaba tan concentrado en lo que hacía que no decía absolutamente nada. Aunque yo tenía la cara hundida en la ropa de cama, podía figurarme a Dominik mirándome desde arriba, tanteando mis puntos de placer con una actitud como de interés curioso, sin implicarse. No se valió de ningún tipo de lubricante, aparte de la humedad natural de su lengua, que en estos momentos estaba más abajo, lamiéndome el sexo, generando ondas expansivas de placer por todo mi cuerpo. Cuando mi respiración se volvió más profunda y desigual, sacó los dedos, me agarró por las caderas y me pegó a él; al mismo tiempo que me penetraba profundamente cayó sobre mí con un gemido sin esperar a que yo alcanzara el clímax.

Este era el Dominik que más me gustaba: duro, implacable; la consideración y la amabilidad, dominadas por su instinto más primario.

Celebramos con más ostras nuestra última noche juntos en Nueva Orleans. Había comido tantas que podría no probarlas hasta la siguiente vez que nos viésemos, como mínimo. Pero pensé que por mucho sexo que pudiésemos conseguir practicar entre nuestra última cena y el momento de salir del hotel, nunca sería suficiente para cubrir el vacío que crearía su inminente ausencia.

Me había dejado en carne viva, y yo a él, pero no por ello se privó de hacerlo una última vez antes de nuestra despedida. Plantó la mano en la puerta de la habitación justo cuando yo la abría y la cerró de nuevo de un portazo; entonces me sujetó con una mano las muñecas por encima de la cabeza, me bajó las bragas con la otra y me penetró por detrás.

Noté el bombeo de la sangre dentro de mí palpitando en mi sexo durante todo el vuelo, como un recuerdo, físico y muy intenso, de Dominik que perturbó mi intención de flirteo con el atractivo hombre que iba sentado a mi lado.

Nos habíamos dicho adiós en el aeropuerto. Para disfrutar de una noche más en Nueva Orleans, en lugar de volver conmigo a

Nueva York y viajar desde allí de vuelta, tomaría un avión con destino a Londres vía Chicago.

Teníamos que esperar noticias de su solicitud de beca.

La idea de tener a Dominik de forma permanente en Nueva York me causaba una mezcla de placer y preocupación. Me había acostumbrado a mi independencia y me encantaba disponer de todo el tiempo del mundo para ensayar, conocer gente nueva, pasar los días haciendo lo que me diese la gana, sin rendir cuentas a nadie.

Nada más entrar por la puerta, Marija se abalanzó sobre mí; estaba deseando conocer con pelos y señales todo lo que habíamos hecho esos cuatro días juntos. No se anduvo con rodeos, pero teniendo en cuenta que no hacía ningún esfuerzo por amortiguar los sonidos de sus relaciones sexuales nocturnas con Baldo, pensé que no debía sorprenderme.

–Bueno, y de sexo ¿qué tal? ¿Es bueno?

–¡Marija! –protestó Baldo desde el sofá, donde estaba tumbado, con unos calzoncillos apretados por toda vestimenta y los pies apoyados en el brazo del sofá. Era tan velludo que podría haberse confundido con una manta, lo cual explicaba por qué iba tan poco vestido aun siendo enero en Nueva York.

–Es muy bueno.

–¿Y la tiene grande? –Se llevó la mano a la altura de la entrepierna y con gestos dibujó en el aire algo parecido a la trompa de un elefante.

Yo respondí poniendo las manos a una distancia de sesenta centímetros la una de la otra.

Baldo se levantó de un brinco del sofá, resoplando por la nariz, y se marchó muy digno a su cuarto, dando un portazo al salir.

Abrió de nuevo y le dijo a Marija desde el umbral:

–Vente aquí conmigo cuando terminéis de cotorrear como dos cacatúas.

Ella me guiñó un ojo y cruzó el salón pavoneándose en dirección a él.

Diez minutos después el cabecero de su cama ya estaba aporreando la pared.

Yo me metí en mi habitación y me tumbé en la cama tan pronto como solté la maleta. Me quedé dormida nada más cerrar los ojos, como si el manto de agotamiento con el que había estado cargando hubiese hallado al fin la oportunidad de envolverse, ahora que estaba sola.

En mis sueños me vi a mí misma bailando en una jaula dorada colgada del techo. Dominik me miraba desde abajo, solo que no era él, estaba segura; era otro hombre, con una máscara picuda.

Me desperté con la sensación de no haber pegado ojo.

En unas horas comenzarían de nuevo los ensayos. Con el calendario que nos había marcado Simón, dispondría de escasas probabilidades de tomarme algún respiro en el futuro cercano.

Por lo menos, viéndole el lado positivo, habíamos dejado atrás todo ese pestiño de las piezas navideñas. Había llegado a pensar que si tenía que tocar un solo villancico más, arrojaría el violín por la ventana. Durante el resto del mes de enero Simón nos tuvo interpretando piezas de una serie de compositores latinoamericanos; aquella noche estábamos ensayando una de Villa-Lobos. Siempre he disfrutado mucho cuando he tenido que hacer algo nuevo, y la obra de Villa-Lobos tenía cierto aire folk. Si el chelo acaparaba un poco más de atención que la sección de violín, por mí ningún problema, ya que al parecer Simón me dedicaba una atención especial, destacándome de mis compañeros, y eso no siempre era algo bueno, pues percibía y corregía hasta el último defecto de mi ejecución.

Esa noche seguía cansada del viaje en avión y me sentía algo afectada por el bajón posvacacional. Dominik me había dejado exhausta, y aunque yo sonreía cada vez que descubría otra parte dolorida de mi cuerpo, la verdad era que no facilitaba mucho la ardua labor de llegar hasta el final del ensayo.

Simón se acercó a mí cuando me disponía a guardar el Bailly en su estuche. Su cuerpo se distendía tan pronto como finalizaba la música, haciendo que desapareciera la tensión que tenía siempre cuando estaba ante el atril. Me pregunté hasta qué punto su actitud autoritaria era puro teatro para tener a raya a la orquesta, y hasta qué punto era verdaderamente parte de su personalidad.

–Tienes buen color, Summer. Poco propio de un invierno en Nueva York. ¿Pudiste salir a algún sitio?

–Estuve unos días en Nueva Orleans... Debí de estar quizá demasiado rato al sol en la barcaza del río... El *Creole Queen*.

–¿Fuiste con alguien especial?

–Con un amigo. De Londres.

–Qué bien. Te habrá venido bien desconectar. Nos esperan un par de meses muy intensos.

–Así que no prevés más vacaciones en un tiempo, ¿no?

–Bueno, no es para tanto, ¿no? Tampoco quiero dejaros

exhaustos.

La sala de ensayo se había vaciado y los componentes de la orquesta dispersado por las entrañas de la noche para aprovechar lo que quedaba del día. Hasta Baldo y Marija se habían acostumbrado a ese rato extra que dedicábamos a charlar al final de los ensayos y nos dejaron solos para que hablásemos.

Simón se había acercado a mí tanto que podría besarme. El aroma de su colonia flotaba a mi alrededor como una nube: una combinación de almizcle y especias, muy diferente al olor a jabón de Dominik. Nunca le había visto ponerse loción de afeitado.

Su melena de rizos parecía eléctrica, más tupida aún que la mía. Le enmarcaba la cara como un halo negro. Por un instante pensé que si él y youviésemos hijos, con toda seguridad tendrían el pelo como los perros de aguas. Pero fue un pensamiento absurdo. Yo ni siquiera quería tener hijos.

Cambié de sitio el violín para que me cubriera la parte frontal del cuerpo, bloqueándole el paso a Simón, por si había planeado algún avance, y me dirigí a la salida, en línea recta. Él cogió su bolsa y fue conmigo a la puerta.

La bocanada de aire gélido me produjo escozor en la garganta. Rebusqué dentro de mi bolso para sacar mis guantes.

—Qué rabia, no llevo guantes —suspiré. La sala de ensayo quedaba a solo un par de calles de mi apartamento. Llegaría antes de que me diera tiempo a parar un taxi.

Simón se quitó la bufanda, cogió mis manos entre las suyas y me enrolló el tejido alrededor de las muñecas. Todavía conservaba el calor de su cuerpo.

—Oh, no —protesté yo—, te vas a congelar.

—Insisto en ello —dijo él, estrechándome las manos a través de la lana—. Tus manos son mucho más importantes que mi garganta.

—Gracias —contesté, con la actitud más educada y profesional que fui capaz de adoptar.

Di un pasito atrás, aumentando así el espacio que nos separaba, y moví la cabeza arriba y abajo a modo de despedida.

—Hasta mañana —dijo, y dio media vuelta sobre la punta de sus botines de pitón con la elegancia de un bailarín, para desaparecer en la noche.

Con las manos envueltas aún en su bufanda enrollada, me apreté con ellas la cara para mantener el calor. Su aroma me acompañó hasta casa y por mucho que intenté no pensar en ello, no

pude evitar preguntarme a qué olería su piel desnuda. A lo mejor no era a colonia; a lo mejor Simón desnudo olía a especias, a canela y a nuez moscada mezcladas con sudor.

Esa noche soñé con dos hombres. Cada vez que evocaba a Dominik, el sonido de su voz, la complejidad de sus deseos, la imagen en mi cabeza se desdibujaba y se transformaba en Simón, en la manera en que imaginaba sus densos rizos entre mis dedos, el calor de sus manos, el rico color miel de su piel, tan distinto del cuerpo inglés, blanco, de Dominik. Me pregunté si sería velludo, como Baldo. Siempre me ha gustado el vello en los hombres, pues lo asocio a fogosidad y testosterona, a hombría. Dominik solo tenía una suave línea de pelusa en el pecho, que desaparecía a la altura del ombligo y luego volvía a empezar en la zona del vientre, como una flecha oscura que indicase directamente su miembro.

Acabé renunciando a separarlos mentalmente y me imaginé que los tenía a los dos a la vez: a Dominik en la boca sujetándome la cara, y a Simón en mi sexo.

Pero por alguna razón pensé que ninguno de los dos era muy proclive a compartirme.

Había renunciado a toda esperanza de obtener consejo de Marija sobre la cuestión. Aunque no conocía a Dominik, desconfiaba de él. Era firme defensora de Simón y una y otra vez me empujaba a que ligase con él.

–Estás loca, chica. Con ese hombre podrías tener el mundo a tus pies. O por lo menos el Lincoln Center. Y el inglés, ¿qué hace por ti, eh?

Le había copiado a Baldo la costumbre de andar por casa en ropa interior, con la calefacción a tope. Siempre llevaba conjuntos de algodón de colores vivos. Marija no era amiga de encajes ni de satenes. Afortunadamente, mi parte del alquiler incluía los recibos, y ellos corrían con el gasto extra de calefacción. Marija tenía unas piernas largas y finas como las aves zancudas y, aunque comía como una lima, sus muslos no eran más gruesos que mis brazos. Baldo estaba permanentemente a régimen, pero su cuerpo conservaba tozudamente su volumen. «Mi monito gordinflón» lo llamaba Marija, y soltaba una risita cuando él le devolvía una mirada de pocos amigos.

–No se trata de lo que hagan por mí –suspiré yo.

–No seas tonta. Por supuesto que se trata de eso. Al menos, si vas a cometer la locura de salir con el inglés, no lo vayas diciendo por ahí. El director dejará de concederte su favor si pierde la esperanza de

quitarte las bragas.

–Y yo que pensaba que estabas conmigo por amor... –intervino Baldo.

–Yo solo estoy contigo por tu cuerpo –respondió ella, y enroscó los brazos alrededor de él y frotó la cara contra su cuello.

Agarré el bolso y salí a toda prisa, deseando estar fuera de allí antes de que se pusieran más melosos.

Esa noche había quedado con Cherry. Iba a hacer un número de *burlesque* en un local de Alphabet City, dentro de un espectáculo de cabaré. Era un buen bolo y ella una de las estrellas. Empezaba a las ocho, pero Cherry no actuaba hasta las once, así que disponíamos de un par de horas para tomar algo y charlar.

Ya estaba allí cuando llegué. Incluso a la luz suave del club su pelo rosa chillón brillaba como una lumbrera. Cuando entré en el local me hizo una seña con la mano para que fuese a su mesa y me ofreció un Cosmopolitan.

–Hace siglos que no tomo uno de estos –le dije.

–Desde que se acabó *Sexo en Nueva York*, ¿no?

–Sí, más o menos –respondí, riéndome.

–Pues tienes que alcanzarme, que yo voy por el segundo. El truco a la hora de actuar es encontrar ese puntito entre estar un poco pedo y estar pedo perdida, ¿sabes? Y luego desmelenarse a gusto.

–En una orquesta creo que no funciona igual –comenté. Si me tomo una caña el director me pondría de patitas en la calle.

–Pues entonces deberías tocar rock.

–Demasiado tarde para eso... Con Vivaldi me da para vivir.

–¿Qué tal Año Nuevo en Nueva Orleans? ¿Vino tu chico a verte?

–Estuvo fenomenal. Pero necesito unas vacaciones para recuperarme. Me dejó para el arrastre.

–Deberías considerarte afortunada. Mis dos novios están fuera, trabajando.

–Espera un momento. ¿Tus «dos» novios?

Cherry sonrió de oreja a oreja.

–Pues sí. Soy muy afortunada, ¿eh? Tengo dos.

–¿Y saben el uno del otro?

–Claro que sí. Pete tiene otra novia. En estos momentos está de viaje porque ha ido a verla. Tony está de gira con su grupo de música. Solo está conmigo, pero sus fans le dedicaban bastantes atenciones.

Es un chico muy ocupado.

Me la quedé mirando.

–¿Y no te entran celos?

Ella suspiró.

–Eso es lo primero que me dice todo el mundo.

–Bueno, es una pregunta razonable. ¿No te pones celosa?

–De vez en cuando. Creo que como todo el mundo. Llevo cinco años saliendo con Pete y nos las ingeniamos para que la cosa funcione. Tony es una relación complementaria. Creo que no podría soportar estar solo con uno. Me aburriría.

–¿De quién fue la idea? ¿Tuya o suya?

–Mía, supongo. Empezamos yendo a dos o tres clubes de intercambio de parejas, por echarle un poco de picante a la cosa, nada más. De ahí surgió todo. ¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? ¿Vas en serio con ese inglés? –Levantó su copa hacia la luz–. Nunca echan suficiente Cointreau en estos chismes. Recuérdate que se lo diga al barman.

Sus pestañas postizas lanzaron destellos por efecto del reflejo de la luz en la copa. En el extremo de cada pestaña llevaba un cristalito, tan pequeño como las huellas de una araña en la nieve.

–Bueno, digamos que más o menos estamos abiertos a otras relaciones.

–¿Qué quieres decir con eso de «más o menos»? O sí o no. Los términos imprecisos son terreno peligroso. ¿Lo habéis hablado? ¿Habéis acordado qué es aceptable y qué no?

–Es complicado.

–A ver, ahí es donde te equivocas. No es complicado. Es muy sencillo. O por lo menos debería serlo.

–Es posible que se venga a vivir aquí en breve. Se ha presentado para un puesto en Nueva York.

–Bueno, pues entonces será mejor que lo aclares lo antes posible. –Cherry apuró su copa–. ¿Otra?

Comprobó la hora en su reloj; era del tamaño de una pelota de golf y estaba hecho de teselas brillantes, como las bolas de discoteca; se abría por la mitad y tenía dentro una pantalla digital.

–Por qué no. Aún me quedan un par de horas.

Me bajé del taburete y me acerqué a la barra. Las luces bajaron de intensidad. En el escenario empezaba el primer número, al ritmo del «Goldfinger» de Shirley Bassey. La bailarina era alta y esbelta y llevaba un biquini estilo años cincuenta, de talle alto, con estampado

de leopardo, y a juego unos tacones de una altura desorbitante. Era mulata, tenía la piel color bronce y una tupida melena de pelo negro a lo afro. Además de bailar, cantaba; dominaba el escenario con la seguridad de una joven leona que acabase de derribar a una gacela de ochenta kilos para zampársela de cena.

–Gracias –me dijo Cherry cuando le llevé su Cosmopolitan, bien cargado de Cointreau–. ¿A que no habrías adivinado que es un hombre? –me preguntó en un susurro, indicando el escenario con la cabeza.

Lancé otra ojeada a la bailarina. Sí, tenía entre las piernas un bulto inconfundible, aunque remetido y muy prieto, pero sus movimientos eran exquisitamente femeninos, poseían un toque felino y decidido. Hasta en posturas relajadas parecía a punto de saltar sobre una presa. Deseé que esa presa fuese yo, aunque no parecía muy probable.

En comparación con el primero, el siguiente número era muy soso: una chica bastante guapa hacía un *striptease* vestida de hombre. Le faltaban tablas y, al salir del escenario, se tropezó y se le cayó el disfraz que llevaba. Me dio un poco de pena.

–Bueno, me toca. Cuando termine el siguiente, tengo que estar lista.

Cherry desapareció por una puerta lateral del escenario. Llevaba un bolso tan voluminoso que parecía que fuese a vivir dentro de él, como una tortuga en su caparazón.

Casi no la reconocí cuando apareció sobre el escenario, después de un segundo número de *striptease*, el de un hombre disfrazado de oso vestido con ropa de hombre que acabó desnudándose y quedándose como un oso desnudo, algo tan absurdo y cómico como prometía.

Cherry salió de rosa de los pies a la cabeza, con un vestido largo de satén, de corte sirena, que llegaba hasta el suelo, con la parte de abajo de gasa. En las manos llevaba sendos abanicos de plumas rosas casi más grandes que ella. Se había puesto unos tacones de aguja de vértigo, como nunca había visto en mi vida, también de color rosa intenso, cubiertos de cristallitos que destellaban a cada paso. Solo se le veían los pies calzados con aquellos tacones de aguja. Había imaginado que su número sería muy similar al anterior: otra canción de *femme fatale* para acompañar un *striptease* lento, mientras ella bailaba con elegancia hasta quedarse en ropa interior. Pero el número de Cherry fue mucho más picante; además, lo hizo al ritmo del «Super

Freak» de Rick James.

El público aplaudió a rabiar cuando, agitando todo el cuerpo enérgicamente para quitarse el vestido y dejándolo escurrir hasta el suelo con golpes de cadera, meneó sus grandes pechos para mover las borlas que le colgaban de los pezones, que se pusieron a dar vueltas como aspas de molinos. Terminó el número tumbada en el suelo de espaldas, con las piernas encima de la cabeza, haciéndonos una demostración de su capacidad para lamerse a sí misma si quería.

–Madre mía –le dije cuando regresó a su asiento–. Impresionante. Ahora entiendo que tengas dos novios.

Ella soltó una risita.

–Deberías venirte a casa uno de estos días. Te puedo enseñar algunos movimientos.

Llevaba los labios aún maquillados con un pintalabios rosa fuerte, que había intensificado aún más añadiéndole una capa de purpurina y otra de brillo.

La acompañé hasta el metro.

–Oh, casi se me olvida –dijo, mientras buscaba algo en el interior de su enorme bolso–. Te había traído una cosita.

–Pero si no es mi cumpleaños.

Sacó una cuerda de metro y pico de largo y me la dio.

–Para que practiques. No olvides que si te atas a la pata de una mesa, por ejemplo, debes tener a mano unas tijeras o dejar los nudos lo suficientemente sueltos para salir rápidamente si fuera necesario. Sería un corte tener que dar explicaciones a los servicios de Urgencias.

–Gracias –le dije, y me guardé la cuerda en el bolso–, pero ya sabes que no me va mucho atar. Prefiero que me aten.

–Pero, de todos modos, deberías aprender a hacer los nudos. Así valorarás el arduo trabajo que supone para la persona que te ata.

Cuando llegué a casa y me miré en el espejo, vi que tenía una mancha de purpurina en una mejilla. Sin embargo, no recordaba haberme despedido de ella con un beso.

El resto de la semana se me pasó volando, sin una división clara entre los días, que se habían reducido a ensayar, comer, dormir y prácticamente nada más. No había tenido noticias de Dominik, ni un simple mensaje.

–Tienes cara de cansada –me dijo Simón cuando le devolví la bufanda.

–Gracias –respondí con un punto de amargura.

–Tendrías que relajarte más. Cuando empecé en la orquesta vi que tocabas con todo el cuerpo. Ahora tocas con la cabeza. Deberías dejarte llevar otra vez. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de casa para otra cosa que no fuera ensayar?

–La semana pasada. Fui a ver un espectáculo de *burllesque*.

–Pues no es suficiente. No podrás meter el mundo en tu música si no sales a verlo.

Estaba demasiado agotada para discutir. Me limité a asentir en silencio y agarré el estuche del instrumento para marcharme.

–Tengo dos entradas para un rodeo este viernes en el Madison Square Garden. ¿Quieres venir? Se suponía que iba a ir con mi padre, pero ha tenido que retrasar su viaje y ahora me sobra una entrada.

–¿Un rodeo? –No era lo que me había esperado.

–No me mires así. Es un rodeo, no una corrida de toros. No es exactamente como los de Venezuela, pero sí lo más parecido que te puedes encontrar en Manhattan. Empieza a las cuatro. Luego te llevaré a cenar, como premio por haber aguantado sentada dos horas viendo deporte.

Me eché a reír.

–Vale, de acuerdo. Puede ser divertido.

Cuando llegué a casa, Marija y Baldo estaban muy juntitos en el sofá viendo cine de terror. Marija se tapaba los ojos con las manos y cada pocos segundos separaba los dedos para echar un vistazo furtivo a la pantalla y ponerse a gritar. Baldo tenía un brazo apoyado encima de ella y con la otra mano mojaba tortitas de arroz en una tarrina de queso fresco bajo en grasas; después de cada bocado hacía muecas.

–¿Vosotros habíais oído hablar de rodeos en Manhattan?

–¿Tienes entradas para el viernes? –respondió Baldo–. Pues estás de suerte, porque se agotaron hace meses.

–Ah –dijo Marija, quitándose la mano de la cara–. ¿Una cita con Simón?

–No es una cita.

–Lo que tú digas –replicó ella, y volvió a mirar hacia la tele acurrucándose contra Baldo cuando una de las actrices soltó un grito ensordecedor.

El viernes transcurrió tan deprisa que casi no tuve tiempo de ponerme nerviosa ante la perspectiva de pasar la tarde y parte de la noche con Simón. Cada vez que lo miraba, me agobiaba pensar que

podría leerme el pensamiento y descubrir que me había masturbado aspirando el aroma de su bufanda.

Solo había ido una vez con un chico a ver un acontecimiento deportivo. Fue con un novio que tuve en Nueva Zelanda; vimos un partido de rugby siete de kiwis contra Samoa en el estadio Westpac de Wellington. Fue un partido muy animado y, teniendo en cuenta que no soy para nada una habitual de los deportes, me sorprendió lo bien que me lo pasé aunque estuve casi todo el partido fantaseando con la idea de darme una vuelta por los vestuarios para estar con los jugadores después del partido. Tenían unos brazos y unas piernas increíblemente macizos, unos cuerpos de dioses y unos calzones tan cortos que me sorprendió que nadie se hubiese quejado de que el partido no era apto para los más jóvenes. Después del encuentro follamos y yo cerré los ojos para imaginarme que me poseían uno tras otro los musculosos jugadores de los dos equipos. Aunque, si me hubiesen obligado a elegir, habría elegido el combinado samoano. Eran más guapos.

Decidir qué ropa ponerme para este tipo de citas era siempre misión imposible. Si me ponía tacón alto para ir a un encuentro deportivo, pasaría por tonta, pero si iba demasiado informal, me sentiría poco arreglada para la cena. Opté por un vestido suelto de lana en color teja, con medias, botas planas de piel con cordones y mi bolso de imitación de piel de serpiente.

Simón se había presentado vestido de arriba abajo como un auténtico vaquero: camisa blanca, pantalones vaqueros y sombrero *stetson* de cuero marrón coronando sus rizos. Llevaba también un cinturón negro con una gran hebilla de plata en forma de calavera y botas burdeos de punta con una calavera en cada tobillo, como si hubiese querido conjuntar la exuberancia de su cabellera con la de los pies. Cualquier otra persona habría estado ridícula con aquel atuendo, pero Simón era uno de esos hombres tan estilosos que nadie pondría nunca su buen gusto en entredicho.

Me tomó de la mano y me llevó por las instalaciones del estadio, hasta que bajamos las escaleras para llegar a unos asientos situados a solo unas filas del burladero, desde donde tendríamos unas vistas inmejorables del espectáculo. La mitad del público, como mínimo, llevaba sombrero vaquero, y la mayoría de las mujeres vestía camisa a cuadros azules y rojos y pantalones vaqueros. Por lo visto, yo era la única persona con vestido. Allí dentro hacía calor, debido a la temperatura del gentío, la intensa luz de los focos y la excitación

propia de los momentos previos a que dé comienzo el espectáculo. Me llegaba el olor de la pista de arena, donde en breve jinetes y toros harían sus cabriolas a pocos palmos de nosotros. Olía a una mezcla de tierra y cobre que me recordó al norte de Australia, donde estuve trabajando una temporada antes de irme a vivir a Reino Unido.

–Tendrás que explicarme las reglas –dije–. La verdad es que no sé nada de rodeos.

–Olvídate de las reglas y disfruta del espectáculo. Cada rodeo puede durar no más de ocho segundos, y eso si el jinete es bueno, así que no habrá mucho tiempo para explicaciones.

Simón estaba en lo cierto: algunos jinetes aguantaban solo tres o cuatro segundos a lomos de los toros. Supuse que encima de un animal como ese unos pocos segundos serían una eternidad. El toro en ningún momento tenía las cuatro pezuñas en el suelo a la vez. Uno de ellos dio un brinco con las cuatro patas en el aire que se llevó en volandas al jinete, después cayó con todo su peso en el suelo, y sin pararse ni un instante volvió a la carga. Parecía que el suelo estuviera electrizado: bufaban, saltaban y contorneaban sus ochocientos kilos de carne como si estuvieran sometidos a los efectos de un estimulante.

Los jinetes no eran lo que me había esperado. La mayoría eran de poca estatura y con cuerpo de gimnasta. Reaccionaban a cada movimiento del toro con otro equivalente pero en sentido contrario, echándose para atrás o hacia delante, a izquierda o derecha con una velocidad y una precisión perfectas; parecían muñecos de cuerda y no hombres de carne y hueso. Varias veces el jinete salió despedido y rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos, se apartó de los poderosos pisotones del toro, librándose por los pelos de morir pisoteado.

Simón seguía el espectáculo con la mirada encendida, gritando y poniéndose de pie de un salto cuando un jinete conseguía aguantar sobre el animal más de unos cuantos segundos.

–Imagínate tener entre las piernas un bicho como ese –me dijo, suspirando.

–Mmm –respondí, sorbiendo con una pajita lo que me quedaba de coca-cola.

–En Venezuela los jinetes persiguen al toro montados a caballo y compiten para ver quién es el primero en derribarlo tirándole de la cola. Lo llamamos coleo.

–Parece más fácil que esto.

–¡Es muy peligroso que le digas eso a un venezolano!

–Me gustan las pequeñas dosis de peligro; si no, no estaría aquí.

–Eso ya lo había supuesto. No se puede invitar a cualquier chica a un espectáculo de rodeo con toros –me dijo, inclinando la cabeza hacia mí. Yo volví a agarrar la pajita con la boca.

–¿Te importa si bebo un poco? –me preguntó.

–Perdona..., pero ya no queda.

–No pasa nada. El espectáculo casi ha acabado. Podemos ir a tomar algo a otro sitio.

Fuimos al Caracas Arepa Bar, en la Séptima, en el East Village. Todavía era bastante pronto, pero ya había mucha cola en la entrada.

–Merece la pena, te lo prometo.

–No te preocupes. Puedo ser muy paciente si la situación lo requiere.

–Estoy convencido de ello. ¿Sabes?, he estado pensando...

–Una costumbre peligrosa.

–Sé que últimamente me he comportado un poco como un negrero, pero creo que deberías pelear por conseguir ese concierto de solista. Tienes talento. Yo puedo hablar con dos o tres promotores. Creo que podríamos llenar un teatro entero.

–Creía que habías dicho que estaba tocando con la cabeza.

–No seas así. Siempre hay sitio para la improvisación. ¿Qué te parece? Sé que el lugar en el que ensayas es un agujero. Puedes usar mi sótano. Está insonorizado. Cuando me instalé allí, encargué que lo reformasen, así que es muy agradable. Puedo darte clases particulares.

–Eres muy amable pero...

–Nada de peros. Tienes talento. Confía en ti. Esto podría ser tu gran salto, ¿sabes? Moveré algunos hilos para poner en la lista de invitados a unos cuantos agentes.

–Está bien.

–¿Sí?

–Sí. Está bien.

Me echó los brazos alrededor y me levantó del suelo, plantándome un par de besos húmedos en cada mejilla. El sombrero se le cayó al suelo.

–Da igual. Probablemente es mejor que me lo quite, ¿no? –dijo, sonriendo, y se agachó para recogerlo.

Nos apretujamos en el extremo de una mesa junto a otras cuatro personas. Iban por la mitad de sus platos, y si podía fiarme de la expresión de su rostro, la comida debía de estar deliciosa.

–Guacamole y tortillas para empezar –propuso Simón y unos Margaritas. ¡Estamos de celebración!

–Te dejo a ti que pidas el resto de la cena –le dije–. No tengo ni la menor idea de lo que son todas estas cosas, pero me fío de ti.

–A lo mejor te arrepientes.

–Lo dudo.

Comimos tanto que acabé sintiéndome como si fuera a salir rodando.

–¿Has pedido todo lo que ponía en el menú? –le pregunté, lanzando una mirada a las últimas «tajadas», lonchas de plátano fritas acompañadas de queso salado, y dándome unas palmaditas en la barriga con gesto contrito. Está claro que quedar con un chico no es bueno para la línea.

–Todo no –dijo él, riéndose.

Me acompañó hasta mi apartamento, dando un paseo. Nos habíamos bebido cuatro o cinco Margaritas cada uno, por lo que estábamos bastante achispados. A decir verdad, yo estaba más bien borracha. Era agradable no ser la única que bebía, para variar.

Revolví el bolso en busca de las llaves del apartamento, y tuve que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio.

–¿Me dejas? –dijo–. Creo que estoy más sobrio que tú.

Le sostuve el bolso abierto mientras él se aventuraba a meter la mano.

–¿De verdad tienes que llevar tantos chismes encima? –preguntó.

–Una nunca sabe cuándo podría necesitar un par de zapatos de repuesto.

Sacó la cuerda que Cherry me había regalado después del espectáculo. La había llevado sepultada en el fondo del bolso desde aquel día.

–¿Tenías planeado secuestrarme? –me preguntó, sacudiéndola delante de mis narices.

–Es que soy *girl scout* –respondí alegremente.

–Desde luego, eres una caja de sorpresas. –Me rodeó la cintura con la cuerda, sin apretar, y agarrándola por los extremos, tiró de mí hacia él–. Ahora te tengo presa –dijo.

Entonces me besó.

Sus labios eran cálidos; su beso, más brusco que los besos de Dominik, probablemente porque estaba bebido. Sabía a tequila y, cuando aspiré, lo único que pude percibir fue el aroma de base de su

colonia, parecido al olor que impregna una cocina después de hacer galletas de jengibre.

Dejó caer la cuerda y escondió las manos entre mi pelo, asiéndome la cabeza con fuerza.

Yo contuve la respiración, con la esperanza de que me agarrase del pelo como hacía Dominik y me besase de nuevo. Empezaba a notar un calor familiar recorriéndome todo el cuerpo, y me sentí tentada de invitarlo a subir.

En lugar de eso, se echó hacia atrás, bajando las manos a los costados, rígidamente.

–Perdona... No he debido hacerlo.

–Está bien. Somos compañeros de trabajo.

–Sí. No sería buena idea.

–No, desde luego.

Recogí la cuerda del suelo y volví a guardarla en el bolso. Mis llaves brillaron en el bolsillo interior, exactamente en su sitio de siempre.

–Estoy segura de haberte visto metiendo la mano ahí – dije, en tono acusador.

–Es verdad. Solo pretendía ponértelo un poco más difícil.

–Gracias por la cena y por el rodeo.

–Gracias a ti por haber venido conmigo.

Volvía a ser el de siempre, simpático, profesional, coqueteando pero como si no fuera en serio. Aunque si me fiaba de aquel beso, sí que había ido en serio.

–Bueno, voy a subir.

–Y yo debería irme a cumplir con mi secreto de belleza: dormir. Mañana, a ensayar. Y podemos empezar a planear tu actuación de solista.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Lo dejé allí, al otro lado de la entrada, y cerré el portal.

Seguía sin saber nada de Dominik, pero noté el peso de su desaprobación desde la otra orilla del océano.

Una isla en Spring Street

La oferta formal de la beca apareció en el buzón de Dominik quince días después de su regreso de Nueva York. Como se fue pensando que la respuesta llegaría antes, había pasado una semana bastante intranquilo, debatiéndose entre la ilusión por el futuro y una curiosa variante de depresión leve, a la espera de la decisión de la junta directiva de la fundación.

Cumpliendo sus expectativas, la respuesta era positiva: le habían concedido la beca y el sueldo correspondiente, y lo emplazaban a incorporarse después de las vacaciones de Semana Santa. Le daban un pequeño despacho en la sede de la Public Library y acceso a sus fondos digitales y físicos, a cambio de una conferencia mensual de no más de una hora sobre el tema que él eligiese. El tiempo que pasase investigando en el imponente edificio de la Quinta Avenida, esquina con la Calle 42, con sus leones de piedra en la fachada, quedaba a su entera discreción.

Dominik disponía ahora de algo menos de tres meses para llevar a cabo los preparativos: pedir el año sabático en su trabajo en Londres, ayudar a encontrar a alguien que le sustituyese durante su ausencia y, lo más importante, buscar alojamiento en Nueva York, dado que la biblioteca no podía ayudarle en ese aspecto.

Llamó a Summer.

–Ya ha llegado la contestación. Me conceden la beca.

–Genial. Qué maravilla, en serio.

–Llegaré justo después de Semana Santa.

–Oh...

–¿Qué pasa?

–Que en esas fechas estaré a tope con los ensayos para el recital de solista.

–No será problema. Encontraré un sitio donde puedas tocar el Baily a todas horas del día y de la noche, sin temor a molestar a los vecinos.

–Eso sería fabuloso –comentó Summer–. Hasta entonces, mi sala de ensayo será un cuartito de las profundidades del edificio de la

Symphonia. No es precisamente un refugio muy evocador. Además, hay que reservarlo con días de antelación, y hay mucha gente de la orquesta que necesita horas de ensayo. Simón me ha ofrecido su apartamento en el Upper West Side, pero no quiero aprovecharme de su generosidad.

–Haces bien.

–En cualquier caso, me gusta estar sola cuando estoy preparando algo –añadió Summer.

–¿Y yo? ¿Ya no me vas a dar recitales privados?

–Bueno, eso es totalmente diferente –respondió ella.

Encontrar piso de alquiler en Manhattan, hasta con el presupuesto más holgado que se pueda imaginar, nunca es tarea fácil, sobre todo si se hace a distancia. Las búsquedas por Internet fueron una pérdida de tiempo. Dominik acabó contratando los servicios de una agencia inmobiliaria y encontró un espacio tipo *loft* en el SoHo, en la quinta planta de un edificio de Spring Street, cerca de la esquina con West Broadway.

Summer fue a ver el sitio por él y lo encontró absolutamente perfecto. Le contó que era inmenso, muy luminoso y con una acústica increíble. Aunque estaba amueblado con un estilo demasiado minimalista, estaba segura de que los libros de Dominik y su tendencia a acumular más volúmenes en poco tiempo le aportarían enseguida un toque de calidez y personalidad.

El contrato de alquiler era para un período de doce meses y quedaron en que Summer se instalaría allí un mes antes de la llegada de Dominik, para aprovechar el espacio. En un primer momento se sintió reacia a dejar a sus amigos los croatas, pero enseguida empezó a ilusionarse y no veía el momento de huir del jolgorio que armaban aquellos dos animales en celo y de su persistente distracción nocturna.

Cuando hablaba con Dominik por teléfono, le contaba sus proezas; escuchar las aventuras sexuales de los croatas siempre le hacía reír con ganas. Y a ella le hacía pensar que rara vez se reía a carcajadas estando con ella. Se preguntaba por qué.

Como Dominik solo había visto el *loft* en fotos, Summer se lo describió nada más mudarse.

–Además del dormitorio, que queda a un lado y está separado del resto, todo lo demás es un único espacio enorme, con un suelo de madera muy lustroso. Parece una sala de baile.

–¿En serio?

–La cocina es supermoderna. Nunca había tenido una cocina así, con encimeras de granito y lo último en electrodomésticos. ¡Parece una nave espacial! No sé yo si voy a saber hacer tostadas y huevos revueltos con beicon en semejante cocina... Va a ser como profanar la tecnología culinaria.

–Podemos comer fuera –dijo Dominik.

–No –replicó Summer–. Quiero cocinar para ti. Es algo que no he hecho prácticamente nunca para un hombre, para un amante.

–Estupendo. Conque, por lo que veo, nada de regalarte corsés o violines antiguos. Ahora tendré que regalarte libros de cocina con recetas difícilísimas, ¿no?

Summer rio, contenta.

–Tenemos ventanales gigantescos. Entra muchísima luz. Lo que no hay son vistas, porque da directamente a la enorme fachada gris del edificio de enfrente, que no tiene ni una sola ventana, solo tubos y rejillas metálicas. Un poco feo. Pero, bueno... Por la noche hay un silencio sepulcral, y eso que fuera en la calle hay un montón de restaurantes que abren hasta tarde. Un sitio fantasmagóricamente tranquilo.

–¿Y tiene privacidad?

–Toda la del mundo –respondió.

–Maravilloso. Cuando esté yo, quiero que ensayes desnuda, por supuesto.

–Empezaba a pensar que esa era la única razón por la que escogiste este sitio.

–Pues has dado en el clavo –confirmó Dominik.

Por decisión propia, y sin que él lo supiera, Summer había adoptado enseguida la costumbre de pasearse por el *loft* totalmente desnuda, tanto para tocar el Bailly como para hacer sus cosas por la casa. Se sentía a gusto, la excitaba, como si aquel *loft* fuese un nuevo jardín del Edén, el paraíso de la inocencia.

Le gustaba la energía del piso, tan vacío de cosas superfluas. También su estilo minimalista, las paredes blancas y los techos de ladrillo visto que se intercalaban entre las vigas de acero a intervalos regulares, como si fuesen manchas de pintura.

Summer compró unas cuantas orquídeas, que repartió por toda la casa para dar un discreto toque de color al *loft*. Dudó de si poner también una de las plantas tropicales en el dormitorio. No estaba segura de si a Dominik le gustaban las plantas. Había tantas cosas que aún le quedaban por descubrir de él...

¿Cómo sería vivir juntos?

Al mudarse a Nueva York, Dominik la había puesto en una situación totalmente desconocida. La decisión de vivir con él había sido una decisión muy importante, aunque ella no recordaba exactamente haberla tomado. Más bien había sucedido, sin más, de manera espontánea, como si lo hubiese decidido su cuerpo sin consultarlo con su mente.

Habían pasado siglos desde la última vez que vivió con un amante bajo el mismo techo. En sus viajes por el mundo llevaba años compartiendo piso: en Australia, en Londres, en Nueva York...

¿Saldría bien?

¿Podía salir bien?

–Me va a encantar tenerte aquí –dijo.

–Y yo estoy deseando llegar –respondió Dominik.

A Summer se le ocurrió algo.

–¿Vas a hacer algún envío de libros, para tu trabajo de documentación? –le preguntó–. Porque tal vez debería comprar unas estanterías tipo Ikea. No me cuesta nada.

–No hace falta –respondió Dominik–. En la Public Library tendrán de todo. Más de lo que voy a necesitar.

–Vale.

–Solo me queda un mes para estar ahí –dijo Dominik.

–Sí.

–Pero... una cosa: Acuérdate de nuestro pacto. Si en las próximas semanas sientes que tienes que estar con alguien...

–¿Sí? –Se le paró un segundo el corazón.

–Ve a su casa o adonde queráis, pero no al *loft*.

–Entendido.

No estuvo segura de si era una orden o si más bien la estaba animando.

Muchas veces las mejores intenciones se van al traste por culpa de la casualidad. La mujer que ocupaba el asiento de la ventanilla, a su izquierda, en el vuelo Londres-NuevaYork, iba leyendo *El gran Gatsby*, lo que brindó a Dominik la excusa perfecta para entablar conversación. Casi podía recitar de memoria aquel libro, de principio a fin; lo había leído con devoción muchas veces. La mujer se llamaba Miranda.

¿De haberse tratado de otro libro, la conversación habría adquirido tan rápidamente un tinte de coqueteo? ¿O quizá el divertido

relato de Summer con aquel rollo de una noche seguía pululando por algún rincón de su cerebro y llevaba semanas consumiéndolo en silencio?

Dominik sabía que no era celoso. Era realista.

Por esa misma razón le había dejado a Summer tan claros los términos de su relación y había accedido a esa especie de falta de exclusividad. Aun así, algunas veces el corazón desoye los dictados de la razón.

A diferencia de Summer, él no se había esforzado en iniciar otras relaciones. De hecho, había sido ella quien provocó el encuentro con el tal... ¿Gary? ¿Greg? Él prefería dejarse llevar por el discurrir natural de los acontecimientos y la interacción humana. Muchos años atrás, cuando aún no había cumplido los treinta y andaba tan escaso de fondos que solo podía permitirse un billete de avión con descuento para ir a París, recurrió a lo más barato: un billete de autobús que comunicaba las dos capitales desde la estación de autobuses de Waterloo hasta la Place de la République. Así conoció a Danielle, una joven francesa de pelo negro. Igual ella también iba leyendo un libro que él conocía muy bien; ya no se acordaba. La conversación había sido muy agradable.

Danielle volvía a París desde Londres, donde trataba de mantener una relación a distancia con un estudiante de medicina de origen indio; al parecer, la relación estaba en las últimas. Dominik no tenía pareja por aquel entonces. Los dos habían disfrutado de la conversación y antes de seguir cada uno por su camino, al llegar a París se intercambiaron los teléfonos y las direcciones. Era evidente que la joven era abierta y extrovertida. En menos de una semana él la llamó y acabaron en la cama. Estuvieron juntos dieciocho meses. Mejor dicho, Dominik pasó a engrosar su numerosa lista de amantes, puesto que Danielle prodigaba sus favores con una generosidad poco corriente y le reconoció sin ambages que no era el único hombre con quien se acostaba con regularidad. Hubo incluso una noche en que otro tipo llamó a su puerta mientras estaban los dos en la cama, exhaustos, en su pisito próximo a la cárcel de La Santé. Ella lo invitó a pasar, encantada. Al final terminaron los tres metidos en la cama. Ellos dos se turnaban para montarla mientras ella alternaba entre uno y otro.

Cuando volvió a Londres, perdió todo contacto con Danielle, hasta una tarde en que lo llamó presa del pánico. Él estaba en el trabajo. Le contó que el hombre con el que estaba acostándose la

había echado a la calle porque le había robado la cartera. En esos momentos estaba sin blanca y necesitaba desesperadamente que Dominik la ayudase. Ella estaba pasando canutas, no conocía a nadie en Londres y ni siquiera tenía ropa de muda, pues el tipo se había quedado con su maleta. Se vio tan desesperada que incluso había intentado prostituirse en los callejones del Soho, sin éxito. Dominik le encontró a las dos de la mañana una pequeña habitación en un hotel de Bloomsbury y le prestó el dinero para pagarse el billete de vuelta a París al día siguiente. Aquella noche se le hizo demasiado tarde para volver a casa y se había quedado sin dinero para un taxi, por lo que acabó con ella en aquella angosta habitación de hotel y estuvieron follando hasta el alba. Danielle se pasó casi todo el tiempo llorando. Quizá porque ambos sabían que era la última vez que se verían, o porque una cosa lleva a la otra, el caso es que acabaron practicando sexo anal. Para él había sido la primera vez. Como tenía que irse a trabajar, se marchó muy temprano, mientras Danielle dormía profundamente, con el maquillaje corrido y la oscura areola de un seno asomando por la sábana revuelta. Era una amante efusiva y a veces su temeridad le asustaba. Ni siquiera le dijo adiós, algo de lo que se arrepentiría durante años.

Siempre sospechó que Danielle acabaría mal, por unas cosas o por otras, pero diez años después, por pura curiosidad, la buscó en Google y descubrió que era profesora de sociología en Burdeos y que había publicado una tesis sobre un tema académico muy específico que realmente no le interesaba gran cosa.

Había sido pura casualidad que sus billetes de autocar fuesen correlativos, y aquel hecho fortuito acabó uniéndolos y, al final, inesperadamente, lo llevó a él a tener su primera experiencia con el sexo anal. Desde entonces, Dominik había actuado en la vida con la tranquilidad necesaria para permitir que el curso de los días lo llevase en cualquier dirección, sin planearlo previamente ni oponerse a la corriente.

¿Acaso llevaba consigo el olor de los libros, y por eso tantos de sus encuentros fortuitos habían tenido alguna conexión académica? Miranda, su compañera de asiento en el vuelo a Nueva York, era auxiliar administrativa en el Hunter College. Dominik siempre había sido un orador con cierto carisma. Era una de sus bazas como profesor. Si se sentía a gusto con el tema, era capaz de improvisar alegremente durante horas, elaborando teorías, relacionando pensamientos al azar e ideas estrambóticas, sin caer en la pedantería

ni hacer alardes. Ante Gatsby, se podía decir que estaba en terreno conocido. El vuelo se le hizo de lo más agradable, pues lo pasó charlando amigablemente sobre el tema con Miranda. Las siete horas se le pasaron volando. Menos tiempo para pensar en Summer y en cómo les iría viviendo juntos en Nueva York.

Miranda vestía un traje de chaqueta gris que le daba aspecto profesional. La falda le llegaba por la rodilla, pero poco a poco, a medida que iba moviéndose en su asiento, se le fue subiendo. Llevaba una blusa blanca ceñida que dejaba ver algún hueco entre botón y botón, con la tela muy tensa por encima del sostén negro que se transparentaba visiblemente. Miranda tenía un cuello delicado, maravilloso, que fue sonrosándose poco a poco conforme transcurrían las horas y aumentaba el calor en el avión.

Estaba divorciada y vivía sola en el Upper East Side, según le contó. Absorta en la conversación, de tanto en tanto, cuando quería incidir en un argumento, estiraba los dedos y le tocaba el antebrazo o incluso la rodilla. Dominik no era ningún experto en lenguaje corporal, pero sabía que él mismo solía hacer eso, de un modo bastante inocente e instintivo. Pero solo con mujeres hacia las que se sentía atraído.

Cuando llegaron al JFK, se intercambiaron los teléfonos y quedaron en mantener contacto. Dominik anotó el número de ella en el dorso de una de sus tarjetas de visita. Tenía pensado hacerse con un móvil nuevo para usarlo en Nueva York, pues no podría utilizar el de Londres, lo cual dejaba la pelota en su campo. Había omitido adrede que viviría con una mujer durante su estancia.

Por pura coincidencia, sus equipajes salieron juntos en la cinta transportadora. La sonrisa en la cara de Miranda ante aquella casualidad valía más que mil palabras. Al parecer, ella también creía en las casualidades.

Ya en la hilera de taxis, Dominik usó el pretexto de la distancia e insistió en que cada uno fuera por su cuenta. Qué fácil es engañar.

Esta vez el taxista era de origen vietnamita, y le costó Dios y ayuda entender el acento británico de Dominik cuando le pidió que lo llevase a Spring Street.

La carretera fue desplegándose ante él a medida que se alejaban del aeropuerto. La familiar concatenación de barrios periféricos, la autopista Southern State Parkway, el obligado rodeo por Atlantic Avenue, seguido de la autovía Van Wyck y su cortejo de

pilares de hormigón sobre los que cruzaba el AirTrain, luego el hospital Jamaica y finalmente la recta hacia el túnel de Midtown. ¿Cuántas veces había hecho esa ruta y padecido los atascos que se formaban en ambos sentidos de la carretera?

Respiró hondo.

Esta vez sería diferente.

Summer estaba al final del camino.

Cuando llegó al SoHo, había empezado a caer un chaparrón de primavera. Entre el taxi y el portal del edificio no había dónde resguardarse. Dominik llamó al timbre.

–Soy yo.

Summer, tal como habían planeado, estaba en casa y abrió con el portero automático.

El ascensor estaba en la planta baja, de aspecto industrial. Por lo que sabía, el edificio había albergado tiempo atrás varios talleres, en los que trabajaba mano de obra inmigrante, hasta que el negocio textil se trasladó más al norte de la ciudad, una zona que acabaría convirtiéndose en el Garment District, el barrio de la moda. Y aquellos enormes espacios vacíos pasaron a ser ocupados por artistas atraídos por su magnífica luz y por los bajos precios de los alquileres. Hoy eran pocos los artistas que podían permitirse un *loft* en el SoHo; los habían reemplazado profesionales de la banca de inversión, expertos en fondos de capital riesgo y personas del mundo de los negocios.

La quinta planta se dividía en tres apartamentos. El que había alquilado Dominik era el del fondo del pasillo.

La puerta estaba entornada.

Agarrando con fuerza el asa de la maleta, la empujó con el pie para abrirla del todo.

El suelo de madera subía formando una suave pendiente, paralela al pasillo exterior, y a su derecha estaba la zona de la cocina. Detrás se abría el espacio del *loft*, completamente diáfano hasta los ventanales, a través de los cuales una cortina de lluvia amortiguaba el cielo gris.

Debido al tiempo inclemente, Summer había encendido las luces. Toda una serie de focos empotrados recorría el techo a lo largo, partiendo en dos el espacio del *loft*.

Justo en el centro de la zona del *living*, y bañada por un torrente de luz, estaba Summer.

Desnuda.

Con su precioso violín en una mano y apoyado a un costado.

Una sonrisa cómplice se dibujó en su rostro.

La mirada de Dominik se detuvo en sus labios pintados y luego pasó a la explosión de rizos que le coronaba la cabeza y al impactante rojo de sus pezones. Había utilizado carmín de labios para destacarlos, como cuando él se los pintó una vez meses atrás.

Sus ojos bajaron un poco más. Estaba creciéndole de nuevo el vello púbico, pero vio que se había maquillado también los labios del sexo.

Se le paró un segundo el corazón y soltó la maleta.

Summer se acercó ceremoniosamente, con el violín a la barbilla, ejecutando este ritual privado que ambos reconocían como suyo, y comenzó a tocar.

El segundo movimiento de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi.

La emoción embargó a Dominik.

Permaneció inmóvil, dominado por un complejo torbellino de sentimientos.

Estaba impactado por su ofrenda. Por su recibimiento. Por esta obertura que inauguraba su futuro juntos en Manhattan.

Cada una de aquellas notas era familiar y a la vez nueva para él. Evocaba recuerdos, hechos pasados, visiones de Summer en todo su esplendor. Oh, qué tierna prometía ser aquella primavera...

Mientras la música trazaba arabescos por las paredes del *loft*, Summer, concentrada en sus notas, cerró los ojos. Como siempre, no necesitaba partitura. Las notas de Vivaldi formaban ya parte de ella. ¿De los dos?

Dominik se quitó los zapatos sin ayuda de las manos. Llevaba unos ejecutivos negros, como siempre. Se los quitó; aquellos suelos de madera estaban hechos para ir descalzo. Dio unos pasos hacia Summer, percibió la calidez que irradiaba su cuerpo, el aroma cítrico de su perfume, la tenue corriente subterránea de sudor abriéndose paso hasta la superficie de su piel, a medida que la ejecución al violín iba subiéndole la temperatura poco a poco.

Respiró hondo.

Caminó a su alrededor. Tenía la espalda blanca como la leche, pero Dominik no pudo evitar imaginar antiguas señales, casi invisibles, difuminadas a lo largo de su espalda y en las nalgas; formaban algo similar a una celosía olvidada tiempo atrás, con pequeños dibujos de líneas rectas y perpendiculares sobre la blancura de su piel. Tal como imaginaba que las cuerdas de las que le había hablado la habrían marcado temporalmente.

Se acercó un poco más a ella, quedándose a escasos milímetros del cuerpo de Summer. Y le dio un delicado beso en el lóbulo de una oreja.

Con los ojos aún cerrados, Summer se estremeció, y aquel gesto involuntario provocó un ligero temblor en el flujo de la melodía que estaba interpretando. Enderezó la espalda.

Dominik dio uno o dos pasos hacia atrás y volvió a rodearla hasta quedar frente a ella.

Sin entorpecer el movimiento de sus brazos mientras ella tocaba, recorrió con un dedo uno de sus hombros, bajando por un lado, flexionando la mano para seguir por el pubis y rodear los bordes de los labios pintados. Se arrodilló delante de ella y con las dos manos separó un poco el hueco entre sus piernas. Acercó la cara, casi tocándola pero sin llegar a rozarla. Era consciente de que con el violín en ristre ella no podía verlo, no podría ver su lengua acercándose despacio a sus labios húmedos, invitadores.

Summer siguió tocando, pese a que él sabía que todas las células de su cuerpo clamaban que arrojase a un lado el valioso instrumento, se aferrase a Dominik y lo incitase a recorrer su cuerpo más aprisa, con más ahínco. Sabía que estaba llevándola al límite. Que estaba jugando con ella. Tentándola para que dejara de concentrarse en el violín y pasara a la acción. Era consciente de lo inestable que estaba tornándose la melodía, de lo poco profesional de su ejecución. Como músico, se sentía acongojada ante la penosa calidad de la interpretación, pero como mujer, simplemente no podía evitarlo.

Dominik se detuvo un instante, deleitándose en el presente, en el sabor de Summer. La textura cerosa del pintalabios tenía un sabor dulce y empalagoso que le pringó los labios. Si pudiera mirarse en un espejo en ese momento, seguramente parecería un payaso, pensó, divertido. Summer estaba muy mojada y él percibía sus reacciones a cada pasada de su lengua dentro de ella, pero continuó tocando como si nada. Él enterró la cara en su sexo, y con la punta de su lengua le tocó el clítoris. Notó que se endurecía, lo apresó entre sus labios, luego apretó, lo masajeó y tuvo que reprimir el fuerte deseo de morderlo. Ella reacomodó el ángulo de sus piernas sin saltarse ni un compás de la melodía, para invitarlo a que su lengua quedara aún más dentro. Los cabellos de él acariciaron la cara interna de sus muslos, al aceptar de buen grado aquella invitación y hundirse más en ella. Sus labios saborearon el manantial de sus fluidos.

Summer se corrió con un hondo estremecimiento que afloró desde el centro de sus entrañas, justo cuando la música alcanzaba su anunciado final.

Fuera había dejado de llover, y se produjo un largo silencio. Summer aguardaba, atenta, como una estatua de sal en el centro del espacio diáfano, con los ojos firmemente cerrados, y Dominik la miraba, de rodillas. Ambos vacilaban sobre cuál de los dos debía hablar primero, decir algo, como si esa decisión pudiera tener consecuencias terribles.

El silencio se rompió cuando Summer tuvo que jadear, en *staccato*, para estabilizar su respiración.

Dominik se levantó del suelo de madera, lanzó una ojeada a su alrededor y vio que había una cuerda extendida sobre una de las encimeras de granito de la cocina, junto al bolso de Summer, su móvil rosa y un juego de llaves. ¿Una cuerda del taller al que había ido, quizá?

–Quédate aquí, y no abras los ojos –dijo, acercándose a la encimera para coger la cuerda. La sopesó en las manos. Era de la medida exacta, calculó. Justo la que necesitaba.

Regresó junto a Summer.

Se puso a su lado y pasó delicadamente la cuerda alrededor de su cuello, tras lo cual la ató con un nudo flojo para que no se cayera.

Pudo notar que se había puesto nerviosa, pues intentó controlar la respiración, ralentizarla.

–Ven –dijo Dominik.

Tiró suavemente de la improvisada correa. Summer juntó las piernas, con vacilación echó hacia delante un pie y empezó a andar en la dirección hacia la que se tensaba la cuerda.

La llevó al dormitorio.

Habían pasado dos semanas desde la llegada de Dominik a Nueva York, y Summer y él habían establecido sin ningún esfuerzo una cómoda rutina.

Acopló sus horas de trabajo en la biblioteca con los ensayos de ella. Hasta la fecha, no habían surgido conflictos, pero los dos sabían que conforme se acercase el día de su recital como solista las cosas se pondrían más difíciles. Ella tendría que dedicar más horas a los ensayos y había pactado con Simón unas cuantas sesiones extracurriculares. Dominik había sugerido que podrían cenar los tres juntos, pero Summer no se había animado a organizarlo, aduciendo

como pretexto que deseaba mantener estrictamente separadas su vida personal y la profesional.

–Pero no podemos vivir encerrados todo el tiempo –señaló Dominik.

–¿No?

–Es como si estuviésemos prisioneros aquí, en el *loft*. Solos tú y yo frente al mundo.

–¿Pero estar juntos no va precisamente de eso? –dijo Summer, con un punto de irritación.

Cuando accedió a compartir casa con Dominik, lo hizo sin estar segura de lo que podría esperar. No sabía si estaba preparada para la rutina doméstica. Es verdad que había momentos en los que él la sorprendía, era impredecible y conectaba con su deseo sexual más recalcitrante. Eso sucedía cuando él tomaba las riendas y le hacía cosas imprevistas que ella deseaba pero que no siempre era capaz de expresar. Summer sabía que era imposible mantener ese sentimiento día tras día. Por un lado, se sentía cautiva de la rutina de su relación; por otro, esperaba que pasase algo que los pusiese a prueba. Oh, maldita sea, era todo tan complicado...

Dominik mostró curiosidad cuando le habló de Cherry, del taller de *bondage*, de las escenas nada subidas de tono en las que había participado. Quizá debería presentársela. Sería algo totalmente inofensivo, desde luego.

–Hice una amiga, ¿sabes? Cuando probé lo del *bondage*. Se llama Cherry. Igual podríamos quedar para que la conozcas, tomar algo juntos. Creo que te gustaría.

–Genial. ¿Por qué no?

Summer la llamó y lo organizó todo. Quedaron a las cuatro en un bar de Bleecker Street. Dispondrían de unas dos horas, porque Cherry actuaba esa misma noche en un garito del Bowery.

Bleecker Street estaba sumida en el habitual bullicio de primeras horas de la tarde: llena de bohemios, modernillos y turistas. Fueron andando, cruzando Houston y dejando atrás tropecientos bares antes de llegar a su destino.

–¿Por qué habéis quedado en el Red Lion, precisamente? –le preguntó Dominik.

–Porque es inglés, ¿no? Pensamos que a lo mejor te gustaba ir a un sitio que te recordase Inglaterra.

Como buen abstemio, Dominik nunca había sido persona de

pubs, cosa que Summer parecía desconocer. Todos sus encuentros no sexuales habían tenido lugar en pequeñas cafeterías o en locales especializados en café italiano que había por todo Londres.

Dio la casualidad de que esa misma noche se emitía en directo por la televisión un importante partido de fútbol europeo, y el Red Lion estaba hasta los topes, abarrotado de una escandalosa multitud de expatriados y yanquis curiosos, por lo que se vieron obligados a irse al Kenny's Castaways, en la misma calle, un club de estilo folk que había sobrevivido al apogeo de Greenwich Village de Baez, Dylan y compañía. Estaba bastante vacío y quedaban aún mesas libres que ofrecían un mínimo de privacidad.

A Dominik le chocó lo bajita que era Cherry, no le cuadraba con la imagen que se había formado de una bailarina de *burlesque*. Era menuda y compacta, con aquel corte de pelo casco, de un rosa impactante. La abultada bolsa de lona que cargaba a cuestas empequeñecía aún más su silueta.

–Aquí llevo todo mi equipo –comentó, al tiempo que dejaba la bolsa en el suelo–. Creo que siempre meto más cosas de las que luego necesito, por lo que se ve. Llevo un conjunto de recambio, complementos, seis pares de zapatos... Así es este curro: nunca sabes lo que vas a necesitar –dijo como justificándose, peinándose la melenita teñida con sus dedos cargados de sortijas.

Dominik se había olvidado de avisar al camarero de que no le pusiera demasiado hielo en la coca-cola, y el refresco llegó al más puro estilo norteamericano: lleno de cubitos hasta arriba. Las chicas habían pedido sendos cócteles rosas en honor a los cabellos de Cherry. No era lo que Summer solía beber, observó Dominik, sobre todo si el bar ofrecía una amplia selección de cervezas japonesas, que se exponía detrás del mostrador.

–¿Así que tú eres Dominik? –dijo la bien dotada amiga de Summer, mirándolo de arriba abajo. Ella llevaba una chaqueta negra de piel con los bordes algo raídos y algún que otro remiendo; unas mallas muy ajustadas de estampado de leopardo y unos tacones de vértigo que emitían destellos. Un conjunto más apropiado para un número de cabaré que para tomar algo en un pub.

Dominik había olvidado preguntarle a Summer cuánto le había desvelado a su nueva amiga acerca de su relación y de su pasado juntos.

–El mismo –respondió.

–Muy británico –comentó Cherry.

–Y tú eres Cherry, la dama de la cuerda.

Summer sonrió, atenta a lo que sucedía en ese primer toma y daca.

Cherry alzó su copa.

–Por los nuevos amigos –proclamó.

Ellos la imitaron.

–Se me da fatal distinguir los acentos de Estados Unidos –dijo Dominik–. ¿De dónde eres, Cherry?

–En realidad, soy de Canadá –respondió ella, exagerando el acento para recalcar su procedencia.

–Ah. Mis más humildes disculpas.

–Soy de Alberta, de Turner Valley, una pequeña población del suroeste de Calgary. Probablemente nunca hayas oído hablar de ella, pero es tal como te la imaginas: campo por todas partes, ni un rascacielos en cientos de kilómetros y, desde luego, nada de locales de cabaré. Me largué a la primera oportunidad que se me presentó. Empecé trabajando de camarera en *topless*, y conocí a unas cuantas chicas que me enseñaron a bailar. En cuanto ahorré lo suficiente con las propinas, me vine a la Gran Manzana. Y no pienso volver nunca más.

–Un rincón perdido de Nueva Zelanda, Alberta y Londres –observó Summer–. Los tres somos exiliados, forasteros en un tierra extraña. –Se sentía incómoda, tirando de tópicos para que no decayera la conversación. No estaba segura de si reunir a Dominik y a Cherry había sido buena idea.

–Brindo por eso –dijo Cherry.

–Entonces, ¿aquí estás sola? ¿Tu familia sigue en Alberta? –preguntó Dominik.

Summer se acomodó en su taburete, cada vez más alerta por los derroteros que estaba tomando la conversación.

–Sola exactamente, no. Mis novios me dan calorcito por la noche, pero en estos momentos los dos están fuera. Uno de viaje con su grupo y el otro por trabajo; es comercial y pasa mucho tiempo en la carretera.

–¿Tienes dos novios? –Dominik sonrió y levantó una ceja con gesto socarrón.

–No sabes el tiempo que paso sola... A lo mejor debería buscarme un tercero.

–¿Queréis otra copa? –interrumpió Summer, en un intento por poner punto final a la conversación sobre Cherry y sus múltiples

parejas.

–Esta ronda me tocaba a mí, creo –respondió Cherry, echando el peso del cuerpo hacia delante, sobre la mesa, para bajar al suelo. El taburete era demasiado alto para sus piernas cortas y antes de cargar todo su peso sobre los tacones, aguardó unos segundos para comprobar su estabilidad, y se digirió tambaleándose a la barra.

–Tu amiga es una mujer interesante.

–Sí, es... diferente. Pero me gusta. Es sincera.

–¿Tú crees que le va bien, con dos a la vez?

–Parece que sí. A ellos no los conozco, pero se la ve bastante contenta. No entiendo cómo se lo monta. Con tantos ensayos, a mí prácticamente no me queda tiempo ni para uno. Dice que el truco está en una buena gestión de la agenda.

–Sé que estás muy ocupada, pero espero que te las puedas ingeniar para sacar tiempo para mí.

–Oh, no, no quería decir eso. Claro que tengo tiempo para ti.

–Espero no interrumpir –dijo Cherry, llevando a la mesa una bandeja con dos cócteles rosas llenos hasta el borde y una coca-cola–. Me he fijado en que no eres muy amigo del hielo, Dominik, así que he vigilado bien al barman para que no se pasase. Espero que así esté bien.

–Perfecto. Muy amable por tu parte.

Primero tuvieron que buscar el vestido idóneo para la actuación de Summer. Dominik había insistido en que estrenase uno nuevo, en lugar de tirar de alguno de sus socorridos vestidos habituales. El precio no sería un obstáculo, añadió. Su propuesta de pasarse un fin de semana recorriendo las tiendas de ropa del primer tramo de la Quinta Avenida y de Houston, en Broadway, fue rápidamente desechada por Summer. Sabía que en ese tipo de tiendas no encontraría la prenda adecuada. Pero la tarde que pasaron dando vueltas por el SoHo, entrando y saliendo a toda velocidad de tiendas de ropa de diseño, tampoco resultó exitosa. Summer tenía la sensación de que esos estilos no le iban nada, aparte de los precios desorbitados de la mayoría de los vestidos que vieron, aunque eso no preocupara a Dominik. Se sentía terriblemente en deuda con él, y ese concierto tenía que ser su momento de gloria, por lo que se mostraba confusa sobre la participación de Dominik en aquello. Él había pagado ya quién sabía cuánto por el Bailly, y sabía que el precio del alquiler del *loft* era un disparate. Ella había insistido en contribuir al alquiler,

pero sabía que su aportación no llegaba ni a la mitad. Lo del vestido ya era demasiado. Sabía que la movía el orgullo, pero ella era así y no tenía intención de cambiar a esas alturas y convertirse en una mantenida.

Faltaba una semana para el concierto. Summer estaba derrengada por los ensayos, por la perseverancia con que Simón la cortejaba y por las calladas miradas de desaprobación con las que la recibía Dominik cuando volvía al *loft* al anochecer, horas después de lo que él había esperado. Llegaba exhausta por la creciente presión del concierto inminente y por su inseguridad sobre su verdadera calidad como intérprete, y se preguntaba si realmente merecía un recital como solista. Era consciente de que esos días no resultaba fácil convivir con ella.

Cenaban en silencio y se iban a la cama, donde el sexo estaba empezando a ser rutinario. Dominik también andaba muy callado esos días, nunca comentaba gran cosa sobre el trabajo de investigación en la biblioteca, y trataba a Summer con guantes de seda. No le había dicho nada de Miranda ni de su plan de quedar a comer con ella, sintiendo en su interior los rescoldos de los antiguos demonios que estaban deseando encenderse de nuevo.

A medida que se acercaba el final del mes de junio empezó a hacer más calor. Una perezosa tarde de domingo decidieron salir a dar un paseo, acercarse tranquilamente hasta Washington Square, sentarse junto a la fuente a escuchar a los músicos y tomarse un helado, para huir un poco de la prisión del *loft* y de los incómodos silencios que se creaban entre los dos. A un par de calles de Waverly Place, había un mercadillo que estaba muy de moda. En el aire flotaban los olores a comida: kebabs, cebolla frita, hamburguesas, fajitas mexicanas... Había infinidad de puestos de baratijas, *pashminas*, artículos de cuero, camisetas, además de carritos de limonada y de batidos de frutas y una hilera de puestos de libros viejos, muy sobados y gastados. Dominik fue derecho a los libros, mientras que a Summer la atrajo un tenderete montado como una tienda de lona, lleno de ropa antigua repartida sin ton ni son. Era un auténtico revoltijo de colores y telas diversas, pero rápidamente llamó su atención un vestido algo arrugado que colgaba en una percha al fondo del improvisado toldo.

Un vestido negro.

Summer se acercó a la prenda sintiendo un hormigueo en la punta de los dedos.

¿A que iba a ser ese?

Estaba confeccionado con una capa doble de gasa, casi transparente pero sin llegar a serlo del todo. Atrevido, pero lo suficientemente recatado para recibir el visto bueno de los exigentes organizadores del concierto. Era escotado por la espalda y tenía unos tirantes finísimos y una tira de cuentas color turquesa en la parte delantera, que cubría el escote, al tiempo que resaltaba las curvas del cuerpo femenino. En la parte inferior había una franja de cuentas del mismo color, lo que daba peso a la caída y, además de mantener la forma, hacía que la tela ondease con cada movimiento. Se conjuntaba con unos guantes largos sin dedos, decorados con una tira del mismo motivo, que salía de los dedos índice y corazón y acababa más arriba del codo.

El propietario del tenderete, detectando una posible venta, se acercó enseguida.

–Pertenece a una bailarina de *burlesque* inglesa. Se lo hicieron a medida. Es único en el mundo. La bailarina tenía exactamente el mismo cuerpo que usted.

–Es precioso. Con solo tocarlo... El tacto es maravilloso. –Llamó a Dominik para que lo viera.

–Este es –confirmó él.

Summer le dio la vuelta buscando la etiqueta que indicase la talla. Pero no había.

–Sería demasiada coincidencia que encima fuese justo de mi talla –señaló, suspirando con cierto aire de resignación.

–¿Cómo vas a saberlo?

–No es muy probable.

–Pruébatelo –le sugirió él.

–No hay dónde cambiarse –señaló Summer, e indicó con la mano hacia el gentío que los rodeaba, como una riada a la sombra del arco de Washington Square y, a solo unos pasos de distancia, un recinto de columpios para niños, de donde provenía una algarabía de gritos y risas.

–Ya lo sé –dijo él–. ¿Y qué?

–No puedo hacerlo –insistió Summer.

–Claro que puedes.

Antes de salir del *loft* para ese paseo se había puesto un vestido suelto de verano, de estilo informal, con estampado de flores. Como la parte de arriba le sujetaba bien el pecho, no llevaba sostén.

–Dominik...

–¿Desde cuándo eres tímida?

–Las otras veces era diferente –protestó Summer.

–Ya lo sé. Era sexual. Aquí no. Aquí será cualquier cosa menos sexual. Conque, hazlo, sin más. Así de sencillo –le dijo con tono perentorio, severo.

Ella lo miró a los ojos y reconoció aquel punto familiar de picardía y autoridad que a veces lo transformaba en una persona totalmente diferente, en el Dominik malicioso y exigente que a ella tanto le gustaba, un hombre al que ahora conocía bien.

Intentó retirarse un poco, retrocediendo un par de pasos bajo el toldo de la improvisada tienda para quitarse el vestido, pero oyó que Dominik chasqueaba la lengua.

–No... Donde estás ahora estará bien.

Eludiendo las miradas de los numerosos viandantes, Summer asió los tirantes finos del vestido que llevaba y tiró hacia arriba, recogiendo la tela de algodón con los dedos hasta poder sacárselo ágilmente por encima de la cabeza. Debajo solo llevaba unas braguitas negras de cintura baja.

Estaba en una calle de Nueva York, prácticamente desnuda, rodeada de personas desconocidas que la sorteaban a toda velocidad. Con el rabillo del ojo vio las miradas de sorpresa, había quien se detenía para verla más de cerca, otros apartaban la mirada. Contuvo la respiración y agarró el vestido negro, con las mejillas al rojo vivo, y se lo metió por la cabeza. Le quedaba como un guante, incluso alrededor de la cintura, que en ella era singularmente fina. Al contacto con su piel, la tela parecía de seda y aplacó un poco el terrible calor que sentía en todo el cuerpo solo de pensar en todos aquellos desconocidos que habían presenciado su operación de desvestirse y alcanzado a ver algo más que un pequeño atisbo de su cuerpo. Sentía vergüenza y al mismo tiempo una intensa excitación sexual, lo que le recordó la primera vez que se había desnudado y excitado en público, en el club de fetichistas de Londres.

Quizá era un poquito demasiado largo, pero sabía que aquello tenía fácil arreglo.

–¿Has visto? –dijo Dominik.

Ella asintió con una sonrisa.

Dominik pagó al tendero.

Estuvo a punto de proponer que podía hacer el corto paseo a casa con el nuevo vestido puesto, pero Dominik pidió al vendedor una bolsa de plástico para guardarlo y le dijo a Summer que volviese a

ponerse el vestido de verano. Una vez más, se desvistió ante el gentío que se había congregado lentamente en torno al puesto de ropa para mirarla.

–Te ha gustado, ¿a que sí? –le preguntó Dominik, insinuante.

–Me ha gustado el vestido negro que hemos comprado – respondió ella en tono de desafío, negándose a morder el anzuelo.

El nuevo vestido había pasado por la tintorería para un lavado en seco y le habían acortado el bajo. Summer estaba lista para su actuación de solista. Tal y como había predicho, Dominik insistió en que no se pusiera nada debajo. Era emocionante. Se preguntó qué pensaría de ella Simón si se enterase.

Esa noche dirigía él, como de costumbre.

El concierto, que iba a tener lugar en el Webster Hall de la Calle 11, entre la Tercera y la Cuarta Avenida, comenzaría con la orquesta al completo tocando *Una noche en el monte pelado* de Mussorgsky, con la orquestación de RimskyKorsakov. Después Summer tocaría el Concierto para violín en Re mayor de Korngold, y la actuación finalizaría con toda la orquesta interpretando la Sinfonía nº 5 en re menor de Shostakovich.

Simón había elegido las obras como perfecto escaparate de la nueva dinámica que había introducido en la Gramercy Symphonia, y estaba convencido de que la pieza de Korngold era idónea para el temperamento y el talento de Summer.

Dominik pidió un taxi para Summer, ya que ella debía estar en el Webster Hall con antelación. Él acudiría después, por su cuenta. Conocía el auditorio, pues en su día había visto allí un concierto de Patty Smith. Y había encargado a Summer que le reservara sitio en la galería, desde donde tendría unas vistas cenitales del escenario.

Se oyó un murmullo en la sala cuando la orquesta y Simón –que era una auténtica masa cargada de electricidad, con sus rizos agitándose a cada movimiento de los brazos– saludaron al terminar la primera pieza, la de Mussorgsky, breve y por momentos pirotécnica. El público sabía que llegaba el turno de la violinista que se disponía a ofrecerles su primer concierto de solista, tal como anunciaba el programa. Dominik había insistido en su propuesta de que en el cartel apareciese la foto de Summer, sin cabeza, sosteniendo el violín contra su pecho desnudo, con apenas un mechón suelto de sus cabellos pelirrojos visible, de tal modo que no se supiese que era ella hasta el día de la actuación. La foto se la había hecho un amigo en Londres, y

él se la había quedado porque le evocaba muchos recuerdos íntimos. Cuando habían sugerido la idea a los promotores del concierto y a la gerencia de la orquesta, estos habían respondido con sorprendente entusiasmo. Hasta había aparecido en el *Village Voice* y *Time Out*, ayudando a que el evento fuera un éxito de taquilla.

Las luces de sala se apagaron y Summer salió al escenario. Los murmullos del público cesaron.

Summer se acomodó bien, colocó el arco en posición y comenzó con la ejecución de los primeros compases del primer movimiento del concierto de Korngold, *moderato nobile*, que en cinco notas pasaba de una octava a la siguiente.

El vestido negro nuevo le quedaba como una segunda piel.

En su asiento, Dominik sintió un nudo en la garganta.

Estaba paralizado ante la belleza de Summer y de la música. La iluminación del auditorio acentuaba la jungla de sus rizos, alborotados, exuberantes, destacando su melena de un modo sensual, mientras que la piel blanca de sus brazos desnudos contrastaba marcadamente con la tela negra del vestido y con el fondo oscuro de los trajes del resto de la orquesta.

Cerró los ojos, imaginó su cuerpo desnudo, su manera de tocar para él, llena de sensualidad y belleza. Recreó el modo en que la visión de su cuerpo absorto en la música era casi capaz de llevarlo al orgasmo, como un mártir voluntario del deseo.

A su alrededor desapareció el mundo entero.

El tiempo se ralentizó sin dejar de avanzar, sin detenerse, acunado por aquellos sublimes sonidos y por la actuación del resto de la orquesta, cuya sección de metales poseía un particular grado de virtuosismo, y en la que se contaban los amigos croatas de Summer, quienes lucían sendas sonrisas inmensas al tocar sus instrumentos con los carrillos llenos y rebosantes de una calculada agresividad.

En un abrir y cerrar de ojos –el concierto de Korngold apenas duraba veinte minutos, en el mejor de los casos–, el movimiento *Romanze* de la obra había terminado y Summer iniciaba el *staccato* con que comenzaba el último movimiento, el *allegro assai vivace*. Se trataba de la parte más difícil de la composición, en la que había trabajado duro, ensayando horas y horas, pero lo tocó como si fuese sencillísimo; su cuerpo se movía en sintonía con el instrumento y con la música.

Cuando Dominik volvió a abrir los ojos, estaban desvaneciéndose en la distancia los últimos ecos del concierto y el

público se ponía en pie, aplaudiendo con energía, mientras Simón sonreía como loco a Summer y ella hacía una primera reverencia.

Dominik, desde su privilegiado mirador, centró la mirada en el semblante de Summer, haciendo caso omiso de los otros espectadores de la galería, todos en pie, dándole empujones al aplaudir con entusiasmo. Mientras Summer saludaba una y otra vez al público con repetidas inclinaciones de la cabeza, en su cara se veía la más sutil de las sonrisas, y los componentes de la orquesta, a sus espaldas en el escenario, se levantaron todos a la vez y se unieron a los aplausos. Era una sonrisa en la que Dominik pudo detectar su serena satisfacción, pero también tristeza, como tomando conciencia de que esa noche habían llegado a un cruce de caminos a partir del cual la vida nunca más volvería a ser como antes.

Uno de los asistentes de la sala de conciertos salió por un ala del escenario y le ofreció a Summer un enorme ramo de flores. Por un instante, ella se quedó inmóvil, confusa, sin saber cómo agarrarlo, con el violín todavía a un costado del cuerpo. Simón se le acercó para susurrarle algo al oído, y la liberó del Bailly. Summer agarró las flores y, sin mirar hacia la galería ni una sola vez, hizo mutis, un mutis demorado por un interminable aplauso.

Fue su noche, su triunfo. Sin duda querría pasarla junto a sus compañeros músicos, celebrando el éxito entre bastidores, y Dominik lo sabía. Poco después de que el tumulto remitiese y de que la orquesta iniciase la obra que cerraba el concierto, la pieza de Shostakovich, Dominik se levantó y se retiró. Bajó las escaleras y abandonó el Webster Hall para regresar a solas al *loft*.

Preludio de la carretera

Lo único que deseaba era un poco de paz y silencio, un rincón en el que sentarme en soledad a sentir el poso de energía que había dejado en mí la actuación. Pero entre bastidores me topé con otro concierto: una cacofonía de felicitaciones y parabienes.

Marija me rodeó con los brazos y yo la abracé con todas mis fuerzas, notando la dureza de su cuerpo apretado contra el mío con tal firmeza que me dio miedo que pudiese partirme una costilla.

–¡Has estado geniaaaaaaaaaa! –exclamó.

Baldo, de pie a su lado, aplaudía.

–Será mejor que vengas al piso a llevarte las cosas que dejaste –dijo, entre risas–. Marija tiene pensado venderlas ahora que te has hecho famosa.

Ella me liberó y se volvió para propinarle un cachete en el trasero.

Al fondo oí cómo descorchaban una botella de champán, y a una de las percussionistas lanzando un gritito cuando el burbujeante líquido amenazó con derramarse sobre su vestido. Un instante después alguien me puso una copa en la mano.

De pronto me di cuenta de que no tenía el violín y me entró el pánico. Ahora más que nunca deseaba tenerlo conmigo.

–No te angusties –me dijo Simón suavemente al oído–. Tu Bailly está a salvo. Lo he guardado detrás con mis cosas.

Me quitó la copa de champán de la mano y la sustituyó por un botellín de cerveza.

–Pensé que preferirías esto.

–Oh, gracias. Eres demasiado amable.

–No, para nada. Has estado increíble. En serio.

–Gracias. Solo desearía que...

–¿Qué?

–No quiero parecer desagradecida, pero estoy como si me fuera a estallar la cabeza. Solo quiero sentarme y descansar.

–Sé lo que quieres decir. Ven conmigo.

Me tomó de la mano y me llevó por una puerta lateral que daba a

una de las salitas adyacentes del teatro, luego seguimos por otro pasillo y después cruzamos otra puerta, que a su vez comunicaba con un tramo de escalera que bajaba directamente hasta otra puerta misteriosa que se distinguía en medio de la oscuridad, en un sótano. Dudé. Aunque los escalones eran de madera en lugar de piedra, y no tenían ese aroma que impregna todo lo antiguo, me recordaron a los de la cripta de la iglesia a la que me había llevado Dominik, donde lo hicimos por primera vez.

Dominik. Debería estar celebrándolo con él, no con Simón. Si él no me hubiese visto tocando Vivaldi en la estación de Tottenham Court Road, hacía ya más de un año, seguramente no estaría aquí. La mayoría de los hechos que habían ocurrido desde entonces probablemente no habrían ocurrido sin él; nuestro encuentro fortuito era como la corriente que me había sacado de un camino para encauzarme a toda velocidad por otro distinto.

Dudé.

–No tengas miedo, aquí abajo no hay fantasmas. Solo es un viejo almacén, pero es el único rincón de este edificio en el que podemos estar sin que nadie nos vea, por lo menos durante cinco minutos.

Lo seguí por la escalera. No nos ausentaríamos mucho rato. Creía que Dominik estaría esperándome.

El almacén no se parecía en nada a la cripta: contenía unas pocas estanterías con productos de limpieza, unas cajas de embalar y cubos y fregonas.

Simón le dio la vuelta a un cubo amarillo y se sentó encima, de modo que sus largas piernas quedaron estiradas no muy cómodamente delante de él.

–Unos sencillos zapatos negros hoy, por lo que veo, ¿eh? –dije, divertida ante el contraste entre la formalidad de su traje, el polvoriento almacén que nos rodeaba y el colorido brillante, infantil, de nuestros asientos improvisados.

Di la vuelta a otro cubo y me senté a su lado, con cuidado de limpiar antes el polvo con la mano para no mancharme el vestido.

–Solo es una de tantas cosas –dijo él–. Siempre habrá partes de mí que están mejor fuera de la vista cuando hay que estar en un acto social. No a todo el mundo le parece correcto que un director de orquesta vaya con botas de piel de pitón. Pero veo que tú has ido más al límite que yo, poniéndote ese vestido.

Probablemente desde donde estaba, tan cerca de mí, podía

distinguir que no llevaba sujetador.

Me encogí de hombros.

–El sexo vende –dije–. ¿Cuándo fue la última vez que viste triunfar a una intérprete que tenga una imagen anticuada y sosa? Hoy en día la música clásica también erotiza.

–La música clásica siempre ha estado relacionada con el erotismo. Y no solo en el caso de las mujeres.

–¿Así que tú tienes que quitarte de encima a las fans para llegar al camerino sin un arañazo, eh?

–Bueno, yo no diría tanto, pero algo de eso hay. Ya casi no salgo con chicas. Nunca sé si una mujer está realmente interesada en mí o simplemente le atrae salir con un director de orquesta. ¿Y tú? ¿Tu amigo inglés ha venido a verte al concierto?

–Sí. De hecho ha venido a Nueva York para quedarse unos meses. Vivimos juntos.

–Pues sí que se da prisa, ¿eh? Pero no puedo decir que lo culpe.

Clavé la vista en mis zapatos para eludir la mirada de Simón.

–Debería subir en breve. Estará preguntándose con quién estoy celebrándolo.

–Sí, supongo que sí. ¿Por qué no le dijiste que bajase después del concierto? Esta noche más que ninguna otra seguramente habrías podido invitar a una tropa de elefantes a los camerinos si hubieses querido.

–No sé... –murmuré–. Simplemente me pareció que debía mantenerlo al margen. No es buena idea mezclar trabajo y placer.

–Sí. Ya me había dado cuenta de que eras de ese parecer... Y ahora, antes de que te marches, quiero que hables con una persona.

Se había levantado impulsándose con las manos contra el cubo y me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie. Me así a él y relajé el cuerpo, dejándole que tirase de mí, y aspiré aire al mismo tiempo para disfrutar del aroma de su colonia. Esta noche se había puesto en cantidad y se había echado gomina en el pelo, con lo cual había eliminado algo del encrespamiento de sus rizos y les había dado un toque de brillo. Con sus cabellos lustrosos, su chaqué negro y su almidonada camisa blanca, parecía el mago de un circo ambulante.

Entreabrió la puerta y la mantuvo abierta cortésmente para dejarme pasar primero y que subiera delante de él las escaleras. Sospeché que le motivaba más una curiosidad de voyerista que la buena educación. Antes de salir de casa, Dominik me dijo que cuando

la luz incidía en el ángulo correcto en la parte de atrás de mi vestido que no tenía ningún tipo de adorno, la tela resultaba casi transparente, ofreciendo a cualquiera que mirase unas vistas perfectas de mi trasero desnudo.

En lo alto de las escaleras, en la penumbra, distinguí un destello rosa chillón, el único toque de color de todo el pasillo.

–Parece que me equivocaba en cuanto a lo anónimo de nuestro escondite –comentó Simón–. Creo que ya has cosechado una fan. Y además tiene pinta de ser de las chifladas.

–Simón –dije yo, presentándolos–, esta es Cherry. Cherry, Simón.

Cherry tendió la mano educadamente. A pesar de sus tacones infinitos, Simón tuvo que encorvarse para estrecharle la mano. Cherry se había puesto un vestido de fiesta de satén amarillo fuerte, con zapatos a juego. Su melenita rosa remataba el conjunto; parecía un engendro salido de una central nuclear.

–No me digas que te escondes de tus fans, Summer –dijo ella–. Has estado increíble. Tendrías que estar en el vestíbulo, disfrutando de la luz de los focos.

–Estábamos buscando un sitio seguro para su violín, nada más –intervino Simón.

–Sí, claro –replicó Cherry, y sus ojos pasaron de mí a él y viceversa a toda velocidad.

–Y lo siento, pero voy a tener que robarte otra vez a tu amiga, porque tiene que hablar con unos admiradores.

Me dio la mano y tiró de mí para llevarme por otro laberinto de pasillos, hasta una de las cafeterías del teatro, que por suerte estaba relativamente tranquila. Me sentí un tanto cohibida, la iluminación era mucho más potente que las luces tenues de detrás del escenario, y de repente fui consciente de mi desnudez bajo la fina tela del vestido. En el escenario formaba parte del espectáculo, pero fuera de él podría considerarse más bien chocante. Me reprendí por no haberme traído ropa de repuesto. Un error de aficionada, que nunca más volvería a cometer.

–¿Te acuerdas de la agente que estuvo en mi fiesta, Susan? –me susurró Simón al oído–. Pues ahora tienes tu oportunidad. Ve a hablar con ella.

Yo respondí moviendo la cabeza en gesto afirmativo, mientras él ponía una mano en la parte inferior de mi espalda y me empujaba hacia delante.

Me apoyé en la barra de la cafetería al lado de Susan, como si estuviese casualmente por allí, esperando a pedir algo. Ella había ido muy elegante, con un vestido tubo en color ciruela, estiloso pero a la vez recatado, y llevaba un peinado impecable de peluquería, exactamente la imagen adecuada para una mujer que estaba trabajando y a la vez disfrutando del ocio. Susan era pelirroja natural, cosa que para mí contó como otro punto a su favor. Tenía una BlackBerry en la mano y tecleaba a toda velocidad, como ajena a lo que la rodeaba, pero en el momento en que me vio se le iluminó la cara.

–¡Summer! Cuánto me alegro de verte. Has estado maravillosa, un triunfo absoluto.

–Gracias. Ejem... Qué zapatos tan bonitos llevas.

Me reñí por no haber pensado en algo más inteligente que decirle antes de acercarme a ella.

–Oh, gracias. Mocasines con tacones. En Nueva York no los encuentro. Me los compré en Londres.

Yo moví la cabeza afirmativamente.

–Verás, voy a ir al grano. Sé que seguramente tendrás una tropa de admiradores esperando para felicitarte, y probablemente estarás deseando librarte de ellos para irte a casa, pero, en mi opinión, tienes algo especial. Quiero organizarte una gira.

–¿Una gira? –Tragué saliva.

–Sí. Contigo y un grupo de músicos de la sección de cuerda. Creo que eres lo bastante buena en lo musical y lo bastante sexy como para llevar tú sola todo el peso de un recital como solista. Y no solo en Estados Unidos. Quiero llevarte por todo el mundo. ¿Pero qué es eso que oigo? ¿Tienes acento de las antípodas?

–Sí, soy de Nueva Zelanda, y he vivido un tiempo en Australia.

–Magnífico. A los promotores locales de por allí abajo les chiflará. Al parecer, les encantan los artistas que hayan triunfado en el extranjero y que vuelven a casa de visita.

–Y a mí me encantaría hacer un viaje a mi tierra –respondí–, y a cualquier rincón del mundo al que quieras mandarme, por supuesto –añadí, enfatizando mi entusiasmo.

–Estupendo. Entonces, todo arreglado. No te me vayas a ir con otro promotor, ¿eh? Pásate el lunes por mi despacho y organizaremos todo el papeleo. –Sacó una tarjeta de uno de los bolsillos de su traje y me la puso en la mano–. Esto va a ser grande, ¿sabes, Summer? Antes de que te des cuenta, estarás relajándote en una casa con

acceso a la playa en Long Island.

–¿Cuándo quieres que empecemos? –pregunté, temiendo su respuesta.

–Ya mismo, por supuesto. El tiempo es esencial en estos casos. ¿Te has fijado en toda esa gente que había fuera? Tienes que aprovechar la ola, porque nunca se sabe cuándo podría desaparecer. El público es impredecible. Nunca sabemos cuál va a ser el siguiente bombazo. Y en estos momentos eres tú. Aprovéchate mientras dure.

–Vale. Muchas gracias –dije, procurando sonreír de oreja a oreja. Me sentía terriblemente cansada. Solo quería volver a casa con Dominik.

Cuando llegué era la una de la madrugada. Dominik ya estaba dormido. Se había destapado por completo, cosa que le recordaría por la mañana, porque siempre se quejaba de que le robaba la colcha.

Su blanca piel inglesa parecía todavía más blanca en contraste con las sábanas negras. Le gustaba la ropa de cama oscura, igual que a Lauralynn. Pero cuando compró las sábanas yo le había dicho que el color era poco práctico y que enseguida se llenarían de manchas. Las compró de todos modos, pero no montó ningún número cuando las cambié por un juego de sábanas mío color crema. A estas alturas habíamos llegado a un acuerdo tácito e íbamos turnándonoslas. Yo daba gracias por que no tuviese afición a las rayas o a los estampados de flores.

Dormía desnudo, igual que yo. Y hecho un ovillo en la cama, destapado, transmitía una extraña vulnerabilidad. Casi estaba en posición fetal, con una pierna flexionada en ángulo recto y la otra estirada, dejando ver su miembro «dormido», parecía pequeño y arrugado, pero aun así era bastante guapo. Me incliné para acariciarlo con extrema delicadeza, y me sorprendió lo suave que era su piel en aquel lugar que mi mente siempre imaginaba en erección, duro, como un sable, el lugar en el que residía todo su poder. Nunca había mirado de cerca un pene cuando estaba blando. Aquello me hizo preguntarme qué otras cosas había dado por hecho de los hombres en general, y de Dominik en particular.

Desde que vivíamos juntos, pensaba en despertarlo chupándosela, pero él siempre se despertaba antes que yo, y me dejaba en la mesilla al menos una y hasta tres tazas de café que se enfriaban antes de que yo abriera un ojo.

Cuando nos conocimos, Dominik estaba moreno. Debió de ser

como consecuencia de unas vacaciones, y no el resultado de una herencia genética mediterránea, pensé, dejando caer el vestido al suelo y agazapándome bajo las sábanas que él había apartado de la cama.

Había aún tantas cosas que no sabía de él, tantas cosas que yo nunca le había preguntado...

Decidí ser mejor novia, y empezar al día siguiente. Al menos lo sería durante todo el tiempo que pudiera, hasta que tuviese que dejarlo solo en Nueva York, lo que parecía inevitable si realmente la propuesta de Susan iba en serio.

Fue Dominik quien me despertó a la mañana siguiente con su boca sobre mi sexo. Como antes de acostarme no me había duchado, tiré de sus cabellos suavemente con la mano al notar su cabeza entre mis piernas, tratando por todos los medios de disuadirle de prodigarme sus atenciones hasta que me aseara. Pero me apartó la mano y prosiguió. Contradecir a Dominik no tenía sentido, ni de viva voz ni sin palabras. A veces, pensaba que le gustaba más cuando no me había lavado, como si al excitarme sintiéndome indigna de ser deseada le confiriere cierta sensación de poder.

Acababa de empezar a relajarme y a disfrutar de la firme caricia de su lengua, cuando se desplazó hacia arriba y me besó.

–Mi desayuno predilecto –me susurró al oído–. Sabes todavía mejor, ahora que eres famosa.

Me reí.

–Pero qué tonterías dices...

–No, para nada. Deberías haber visto a los hombres del público. Para mí, que todos y cada uno de ellos se excitaron cuando ejecutaste el movimiento final, en especial tu adorado Simón.

Me enfurecí.

–Eso no es verdad.

–No –dijo –, si a mí me gusta; me gusta que te deseen. No los puedo culpar, a ninguno de ellos. Yo soy el único que te tiene, el único al que perteneces.

Movió la pelvis para elevarla y así poder penetrarme. La sensación de sentirlo dentro, allí donde unos instantes antes había estado su lengua, bastó para borrar de mi mente cualquier otro pensamiento. Olvidé los temores sobre el futuro y gemí de placer cuando me asió por las muñecas y las sujetó con fuerza mientras embestía, ignorando el golpe del cabecero contra la pared.

–Supongo que ahora tendré que tener cuidado con tus manos –

dijo—. ¿Te las vas a asegurar?

Ahogó mi risa con un beso.

—La postura del misionero está infravalorada —comenté, acurrucándome debajo de su brazo después de que se hubiese corrido dentro de mí. Tanto él como yo habíamos pasado por el nada romántico, pero necesario, trance de hablar de nuestros respectivos historiales sexuales y de métodos anticonceptivos. Yo había empezado a disfrutar de la conmoción que mostraban los ginecólogos cuando les relataba mi historial de relaciones sexuales. Había merecido la pena pasar por aquellas situaciones embarazosas para disfrutar de la sensación que me producía el semen caliente de Dominik escurriéndose por entre mis piernas sin el menor rastro de sentimiento de culpa o preocupación; sin temor a que algún día pudiese haber unos cachorrillos correteando de acá para allá, una posibilidad que yo estaba decidida a evitar.

Dejé transcurrir un día antes de sacar el tema de la gira, en el Toto, el restaurante de *sushi* Thompson Street, que se había convertido en nuestro puerto de escala habitual. Había supuesto que en público, y contento ante la perspectiva de una cena a base de pescado crudo, tal vez se tomaría mejor la idea.

Me equivocaba.

—¿Te marchas? —me preguntó, incrédulo—. Pero si acabo de llegar. Solo teníamos unos meses para estar juntos. ¿No puede esperar esa gira?

—Mi agente me ha dicho que es esencial aprovechar el momento.

—Oh, claro, seguro que es un experto.

—Experta —lo corregí.

Retorció con saña su servilleta de papel.

—Vale. ¿Y qué se supone que voy a hacer yo mientras tú estás fuera?

Su voz era tranquila, pero me fijé en que asía con fuerza su vaso.

—Pues supongo que continuar con tu trabajo de investigación. En principio solo serán unos cuantos meses. Entre concierto y concierto podré venir a verte. Además, tendré que hacerlo, para recoger ropa y cosas así.

—¿Y no se te ocurrió consultármelo antes de decidirlo? No me he venido a vivir aquí para ser tu lavandería personal, ¿sabes?

—No quería decir eso. Te voy a echar de menos, en serio, pero ¿no te das cuenta de que no puedo dejar escapar una oportunidad

como esta? A lo mejor nunca vuelve a presentarse.

Suspiró.

–Tienes razón. Lo entiendo –dijo, ensartando otro trozo de pescado en el tenedor con una violencia alarmante–. Solo que para mí no ha sido fácil organizar el traslado a Nueva York, y que lo he hecho todo pensando en que pasáramos una temporada juntos. No estoy disfrutando especialmente de mi trabajo de investigación, ¿sabes? Tal vez sea el momento de recordarte que nunca me has preguntado, ni una sola vez, qué tal me va.

–Lo siento.

–Está bien. Vale. Tienes que irte. No discutamos ahora, no echemos a perder el tiempo que nos queda.

Durante el resto de la cena no nos dirigimos la palabra. El *sashimi*, por lo general uno de mis platos favoritos, se me quedaba atascado en la garganta y no conseguí bajarlo ni con una botella de cerveza Asahi.

El despacho de la agente se encontraba cerca de Central Park. Era pequeño pero estiloso, con elementos decorativos de vivos colores y varias plantas repartidas aquí y allá; el tipo de decoración que un experto en *feng shui* recomendaría como la mezcla ideal de profesionalidad y hospitalidad pensada para ganarse la confianza de un cliente sin experiencia. Tenía un perro, un viejo basset que se pasó el rato sentado en el sofá que yo tenía enfrente, encima de un cojín rojo raído, y que me miraba fijamente con sus ojos de pesados párpados.

La presencia del perro me resultó reconfortante. La gente que tiene mascotas, sobre todo perros, suele inspirarme confianza. Si hubiese sabido que Dominik no tenía animales antes de pisar su casa, habría podido ser un dato en su contra. Pero como ya habíamos follado antes de que fuésemos a su casa, era demasiado tarde para apuntar ese defecto en mi valoración inicial.

Supuse que si el perro quería estar por allí debía de ser señal de que Susan era buena gente. Por eso, renuncié a leer de cabo a rabo la tonelada de papelotes que me entregó y, después de leer las primeras hojas, las firmé todas. Estaban llenas de palabras interminables y porcentajes. Por lo que vi, en realidad yo no tenía mucho margen para cambiar un punto o una coma. Era consciente de que había tenido una suerte tremenda solo con encontrarme en esa situación, y no estaba en condiciones de negociar. Eso ya vendría en la siguiente gira, si esta

tenía éxito. Aparte de la presencia de la mascota, mi instinto me hacía confiar en Susan. Era calculadora, pero también auténtica.

Después de firmar los papeles, había quedado con Cherry, pues trabajaba cerca. Era profesora de primaria, según me dijo.

–¿Qué opina la dirección del centro de tu vida privada? –le pregunté mientras tomábamos un café en el Lenny's, en la Segunda Avenida.

–Mujer, no saben nada. Por eso uso mi nombre artístico para todo. Solo me llaman por mi verdadero nombre mi familia y mis compañeros de trabajo. Básicamente, llevo una doble vida. Acabas acostumbrándote. Y tú probablemente deberías hacer lo mismo, si es que vas a estar en el ojo público y quieres seguir con alguna práctica de sexo alternativo.

–Creo que no sería capaz de ponerme otro nombre. Sentiría que estaba engañando a la gente.

–Pero en el fondo tú ya engañas un poco, ¿no crees?

–¿Qué quieres decir? –le pregunté, ofendida. Siempre me había enorgullecido de ser franca. Me desagradaba la gente que no se mostraba tal y como era. Lo consideraba una señal de debilidad, una falta de valentía.

–Tus dos chicos no saben el uno del otro, ¿verdad?

–Es que no son mis dos chicos. Con Simón no tengo nada.

–Pues a mí no me lo parece.

–Bueno, pero es que tú lo sabes todo, ¿o qué?

Notaba cómo me bullía la sangre. Habían sido unos días muy estresantes, llenos de críticas y comentarios hirientes de Dominik, y no tenía por qué escuchar eso mismo de Cherry.

–Oye, mira, Summer, lo que hagas con tu vida es asunto tuyo. Pero no creo que tu forma de actuar sea ética. No se trata de no ser monógamo; es poner los cuernos.

–¡Pero si yo a Simón no le he tocado un pelo!

–¿Ah, no?

Ante eso no tenía mucho que decir. Lo había besado, pero nada más.

–Lo que yo tengo con Dominik no tiene nada que ver con lo tuyo con tus dos... novios. Quienes, al parecer, nunca se dejan ver –añadí con mala baba.

–Solo estoy diciendo que entiendo perfectamente por qué quieres mantener contento a Simón: es evidente que está haciendo maravillas por tu carrera. Pero no sacrifiques a Dominik. Es un buen

tío. Podrías arrepentirte, eso es todo.

–¿Estás diciendo que lo estoy usando? ¿Para mi carrera?

–No, para nada. Estoy convencida de que sin un adinerado benefactor para comprarte un violín magnífico y sin un joven director famoso para abrirte las puertas de los despachos de los agentes, acabarías tarde o temprano consiguiendo tú sola todo esto.

De pronto lamenté haberle contado cómo nos conocimos Dominik y yo. Ella no lo entendía.

Agarré mi bolso y puse encima de la mesa un billete que alcanzase para pagar las bebidas y dejar una buena propina. Mientras salía de allí, me sentí un tanto mezquina; era consciente de que en el fondo tenía parte de razón, y en todo caso no tenía derecho a restregarle en la cara mi suerte recién estrenada. Pero, demasiado tarde, me dije. Ralentiqué mi paso furibundo para retomar uno más tranquilo, cuando me di cuenta de que caminaba por Central Park. No tenía ni la más remota idea de cómo había llegado ni hacia dónde iba; la furia me había impedido fijarme en el camino.

El parque estaba lleno de niños jugando, chillando, y estaba muy lejos de ser el sitio solitario y sereno que esperaba encontrar. Estaba cerca de la estatua de Alicia en el País de las Maravillas, próxima a la Calle 74, por lo que ahora al menos sabía dónde me encontraba.

Papás y cuidadoras estaban dándolo todo con la chiquillería, y los niños trepaban y retozaban por la seta gigante en que se sentaba Alicia, con su superficie de bronce tan lisa como el mármol. Seguramente ya era así desde el principio, pero también habría ayudado a alisar su superficie la miríada de pequeños que le habían pasado las manos por encima a lo largo de las décadas, esperando encontrar el botón mágico que los hiciera caer en la madriguera del conejo blanco.

Me entraron ganas de decirles que se olvidasen de los cuentos de hadas, que cosas más extrañas suceden en la vida real. Pero sospeché que sus cuidadores, a quienes se veía estresados y a punto de explotar, no lo aprobarían. Una niña pequeña con una chaqueta roja y unos zapatitos a juego con cordones amarillos estaba intentando quitarle la chistera al Sombrero Loco. Y se puso a berrear cuando su mamá la alzó en brazos.

Me senté en la hierba e intenté imaginar cómo habría sido mi vida si hubiese elegido el camino más trillado, si la niña pequeña de la chaquetita roja fuese mía, si tuviese una casa con jardín y un perro que me diera la bienvenida al volver a casa, y un trabajo normal que

no implicase pasarme noches en auditorios o en un autocar, de gira.

Podría tener eso, si lo quisiera. Probablemente, no con Dominik, pero sí con Simón o con cualquier otro. Tendría dónde elegir entre una docena de hombres cortados por el mismo patrón, y durante un tiempo llegaría a pensar que estaba enamorada. Acabaría aburriéndome a pesar de que podría presentárselo a amigos y familiares, salir con él de marcha, pasar vacaciones en familia y, si teníamos suerte, envejecer a su lado.

Solo pensarlo me llenó de espanto.

Seguramente mi vida con Dominik en el SoHo no era lo suficientemente convencional como para resultar del agrado de la mayoría, y seguramente elegir la vida del músico de gira pondría aún más difíciles las cosas para que algún día pudiese llevar una existencia normal y corriente, pero era el estilo de vida que había elegido y el que iba conmigo.

Siempre había sido de las que prefería nadar contra corriente, aunque fuese el camino más difícil.

Mi recién hallado optimismo perdió fuelle a lo largo de los siguientes quince días. Las dos semanas previas al comienzo de la gira que Susan había diseñado tan rápidamente pasaron en un abrir y cerrar de ojos, como si la vida estuviese ansiosa por lanzarme hacia esa nueva senda y avanzase a cámara rápida para alcanzar cuanto antes el objetivo.

Solo unos cuantos músicos de la Gramercy Symphonia pudieron venirse conmigo de gira, y a ninguno de ellos lo conocía especialmente bien. Durante el proceso de las audiciones me di cuenta de lo egocéntrica que había sido mi existencia desde que llegué a Nueva York. Aparte de Marija y Baldo no había hecho amistad con nadie más de la orquesta. Había pasado la mayor parte del tiempo hablando con Simón. Entre Susan y él completaron el elenco, tirando de conocidos, recomendaciones y de la ristra de profesionales que Susan tenía en sus ficheros. Todos ellos estaban habituados a ir de gira y a trabajar con compañeros nuevos sin aviso previo.

Pasamos horas ensayando juntos, aprovechando el ofrecimiento de Simón de prestarnos su sótano como lugar de ensayo. Era un espacio mucho más agradable que el vetusto edificio que habíamos estado alquilando. Aunque quedaba más cerca de mi antiguo piso compartido, era oscuro y lúgubre y estaba lleno de corrientes de aire que acababan colándose dentro por mucho que nosotros cerrásemos bien las ventanas.

Nuestra primera parada de la gira sería Calgary, donde estaríamos varias noches, seguida de Toronto y Quebec ciudad. Desde allí bajaríamos a la costa este de Estados Unidos; estaría más cerca de casa y podría acercarme a ver a Dominik.

Apenas lo había visto en los últimos diez días. Desde que le anuncié la gira, se había recluido. Se excusaba diciendo que iba retrasado con su trabajo de investigación y sus compromisos docentes y se pasaba cada vez más tiempo en la biblioteca. No habíamos hecho el amor desde la mañana posterior a mi concierto, y todo intento por mi parte para dirigirlo en esa dirección fue un fracaso estrepitoso.

Una tarde que él pensaba que yo estaba ensayando, regresé temprano para darle una sorpresa cuando volviera de una de sus conferencias. Al abrir la puerta, me encontró en la cocina preparando una tarta de manzana, vestida de colegiala. Había comprado el disfraz por Internet; no le faltaba detalle: calcetines cortos con puntillas, minifalda escocesa y tirantes. Y el pelo recogido en dos coletas. Mi idea había sido que fuese todo como una broma, aunque también esperaba que, además de hacerle gracia, lo pusiera a tono.

—A veces me pregunto si me conoces mínimamente —dijo, dedicándome una mirada cáustica antes de meterse en nuestro dormitorio dando un portazo.

Tiré la tarta a la basura y encendí la campana de la cocina para eliminar el olor.

Después de aquello me limité a esperar que se le pasara el mal humor, pero todas las noches, al meterme en la cama a su lado, me daba la espalda y yo me sentía como si nos hubiesen paralizado a los dos con alguna técnica de congelación y separado por una pared de hielo.

Me daban ganas de extender el brazo para tocarlo, arreglar un poco las cosas con un cálido abrazo, pero tenía los brazos inmovilizados a los costados con tanta eficacia como si me los hubiesen escayolado.

En contraste con esto, Simón se mostraba encantado de pasar conmigo cada vez más tiempo y me pregunté si acaso la disponibilidad de los demás músicos obedecería a un plan minuciosamente trazado por él, porque nada más terminar cada ensayo el resto del grupo salía corriendo para cumplir con otros compromisos, dejándonos a los dos solos en el sótano mientras yo guardaba mis partituras y recogía mis bártulos. Simón quería que le contase con pelos y señales todos los pormenores de la gira, y qué música íbamos a tocar cada velada. Yo

había dejado toda la organización en manos del destino y de mi agente, quien planificó hasta el último detalle de la gira con la eficacia de una agente secreta de la CIA. Y yo desconocía las respuestas a casi todas las preguntas de Simón sobre dónde iba a alojarme y durante cuánto tiempo.

Había empezado a cansarme de sus atenciones. Su colonia me daba dolor de cabeza. El encrespamiento de sus cabellos me hacía sentirme tentada de dejarle un bote de mi champú en el armario de su cuarto de baño. Incluso su infinita colección de zapatos, alineados junto a la entrada, y que antes me habían parecido encantadores y elegantes, me ponía de los nervios.

Después de los ensayos me iba pitando a casa, con la esperanza de que Dominik me hubiese perdonado y volviese a ser el mismo de siempre, al menos durante los últimos días que nos quedaban juntos. Pero el *loft* estaba siempre vacío y cuanto más rato pasaba allí, más sola me sentía.

Cuando ya no pude posponerlo más, empecé a preparar el equipaje. Metí el menor número posible de cosas en la maleta, para que Dominik tuviese la certeza de que no estaría lejos mucho tiempo. Puse los vestidos de los conciertos, el largo negro que me había comprado para mi primera actuación de solista, un par de vestidos más cortos de cóctel para conciertos más reducidos e íntimos o para aquellos que pudiesen ser demasiado conservadores como para tolerar un vestido transparente.

La noche antes de mi partida Dominik estaba fuera, trabajando.

Simón llamó para desearme suerte, mi avión despegabá muy temprano. Dejé sonar el teléfono hasta que saltó el contestador y no escuché su mensaje.

En un intento desesperado por arreglar las cosas con Dominik, me puse el corsé negro, atando bien todos sus cordones lo más fuerte que pude sin ayuda y me pinté el cuerpo con la barra de labios color carmesí que era su favorita, igual que nuestra primera noche en el *loft*, igual que él me había pintado cuando toqué en su casa para él y su público secreto.

Apagué todas las luces del apartamento, salvo un foco del techo que enfocaba justo el suelo de madera de la zona del salón.

Entonces, colocando en posición el violín y el arco, me dispuse a esperar.

Y esperé y esperé.

El reloj dio la medianoche y Dominik seguía sin aparecer.

Si hubiese sido cualquier otro hombre, habría imaginado que volvería borracho, pero como Dominik no bebía alcohol eso quería decir que estuviese donde estuviese sabía perfectamente qué hora era y también que aquella era mi última noche en Nueva York antes de la gira.

¿Estaba con otra mujer? No era probable, pensé. Estaría solo, rodeado de libros seguramente, canalizando todo su enfado a través de un torrente de palabras.

Me metí en la cama y cerré los ojos, sin tomarme la molestia de desatarme el corsé ni de limpiarme el carmín.

Me despertó antes del amanecer, cuando solo están despiertos los pájaros, los basureros y los adolescentes que vuelven a casa después de pasar la noche fuera.

–Estuve esperándote –dije, soñolienta.

–Lo sé.

Agarró los cordones de la espalda del corsé y tiró de mí para ponerme de rodillas. Respiraba con intensidad, produciendo un sonido gutural.

Percibí la sutilísima corriente de aire que hizo su brazo al levantarse, y a continuación su mano se estampó contra mi trasero dando un fuerte cachete, primero un lado y después el otro.

Di un respingo, del susto, y entonces agaché el tronco para pegar el pecho a la cama de modo que mi trasero se levantase más, ofreciéndoselo para que me tomara.

Cuánto había echado de menos el peso de sus manos en mi cuerpo –una sensación que borró todos mis pensamientos–, la oportunidad de demostrarle que no había nada que no estuviera dispuesta a hacer por él, la deliciosa espera atenta de las cosas que él deseara pedirme. Cuánto me excitaban sus peticiones. Era como si estuviese claudicando ante su propio deseo de mí cuando se ponía así, dejando que su pasión dominase sus actos a pesar de las reservas que pudiera albergar su mente. La capacidad de someterme a su deseo me confería una impresionante sensación de poder, aunque fuera yo quien estaba de rodillas.

Me acarició con delicadeza, dulcificando el escozor de los cachetes, y a continuación me separó las piernas.

–Ábrete.

Con un dedo, me recorrió los labios, barriendo su humedad hasta mi ano.

–Por lo que veo, me has echado de menos.

–Sí, muchísimo.

–Ponte las manos a la espalda.

Me incliné un poco más hacia delante, a horcajadas, para poder encontrar el punto de equilibrio al echar los brazos hacia atrás y juntar las manos en la posición de rezo. Lamenté haberme borrado de las clases de yoga, pero con tantos ensayos no me quedaba tiempo. Me dolían los hombros, pero esa sensación punzante no hizo sino aumentar mi excitación. Quería que Dominik fuese un poco más lejos que la última vez, que eliminase con su tacto todo el desasosiego de los últimos días.

Oí la cuerda antes de sentirla en la piel: el sonido silbante al desenrollarse. Al contacto con mi piel era áspera. Su perfil despeluchado me arañaba las muñecas. Me ató los brazos con fuerza, como si me esposara.

–Pega las rodillas al pecho.

Su voz era baja, serena, firme, un tono que por experiencias anteriores yo sabía que era un preludio de un trato mucho más brusco.

Me ligó los tobillos, de modo que mis piernas y mis muñecas quedaron conectadas por la cuerda. Así, con la cara pegada a la cama, me quedé a gatas delante de él completamente inmóvil.

Entonces volvió a levantar la mano y a estamparla contra mi trasero, con otro sonoro revés y luego otro y otro y otro más, hasta que los ojos empezaron a llenarse de lágrimas y el tiempo se detuvo. El escozor vino acompañado de otra sensación totalmente distinta, y mis exclamaciones iniciales de sorpresa y dolor se transformaron en gritos de placer.

Por un instante, me sentí parte de su cuerpo, como si de alguna manera, a través del choque de la palma de su mano contra mi piel, nos hubiésemos vuelto uno solo. Era algo sexual, pero iba más allá, como si él y yo estuviésemos explorando juntos zonas desconocidas de nuestras respectivas psiques, en una intimidad mental y física.

Entonces oí cómo se desabrochaba el cinturón y se lo sacaba por las trabillas de los pantalones, emitiendo otro sonido silbante. Luego oí el leve crujido del cuero al juntar los dos extremos del cinturón y, a continuación, la suave corriente de aire al blandir su improvisado látigo y estrellármelo contra las nalgas. Curiosamente, la sensación era muy parecida a la de su mano. Poco después ya no fui capaz de distinguir entre el impacto de su piel y el del cinturón.

De tanto en tanto sentía el roce de un tejido en los pies, cuando

él se inclinaba sobre mí, todavía totalmente vestido. Y a la luz del amanecer imaginé cómo debíamos de estar a ojos de algún vecino curioso o de una mosca posada en la pared. Unos habrían podido decir que era hermoso; otros, obsceno; otros más dirían que estábamos ridículos. Un tipo de aspecto cansado, vestido con un traje de chaqueta arrugado, y una joven desnuda, hincada de rodillas, doblada delante de él. Luciría las señales de su mano y de su cinturón buena parte de la semana, y cada vez que me sentase notaría el agudo recordatorio de nuestra última hora en la cama juntos.

Pero de momento me limité a dejar que mi mente bucease en la sensación de su mano contra mi trasero, con toda esa humedad escurriéndome por las piernas como vívido recordatorio de la respuesta de mi cuerpo a esta extraña manera de hacer el amor que nos unía mediante un vínculo tan fuerte como la cuerda que me ataba los tobillos.

Hizo un alto para recuperar el aliento. Apoyó sus manos delicadamente encima de mis nalgas, se inclinó hacia delante y me frotó las manos para que no se enfriasen ni se pusieran azules. Yo moví un poco los dedos para confirmarle que estaba bien, siendo aquel prácticamente el único movimiento que era capaz de hacer, dado que la sesión de azotes me había dejado en trance.

El me tocó entonces todo el cuerpo, acariciándome las piernas, metiéndome otra vez los dedos, notando sin duda la viscosidad de mi vagina, la lubricación que él había creado; entonces se puso de rodillas y metió su cara entre mis muslos, mordisqueándome el clítoris, follándome con la lengua.

Oí el chirrido del cajón de su mesilla de noche al abrirse, un sonido que cuando lo escuchaba durante una sesión de sexo me producía el mismo regocijo que el de una lata de coca-cola al abrirse en un día de mucho calor. Sin ninguna duda, era el anuncio de que algo muy gozoso iba a pasar.

El lubricante estaba helado al contacto con la piel de mi ano, pero enseguida se calentó cuando él me introdujo un dedo, primero, y a continuación otro. Cualquiera otro hombre habría hecho el comentario de que estaba muy cerrada ahí detrás, pero Dominik, aunque su respiración iba siendo cada vez más entrecortada, permanecía en silencio. No podía oír los latidos de su corazón ni ver la expresión de su rostro, pero imaginé que estaría tan ensimismado como yo por efecto del deseo, con los ojos cerrados y sonriendo de satisfacción al sentir mis reacciones a sus estímulos.

Me pasó el pene arriba y abajo por la hendidura de mi trasero: su cabeza suave y sedosa, resbaladiza por el lubricante –tanto el natural como el químico–. La apoyó contra mí y empezó a empujar, tímidamente, y entonces pareció cambiar de parecer. Se inclinó a toda prisa hacia delante y me desató los tobillos; su miembro erecto chocó contra mis muslos.

La sangre volvió a circular por mis pies y mis manos y me los froté un poco para mitigar la inevitable sensación de hormigueo.

–¿Estás bien? –dijo mientras me acariciaba las extremidades para dar calor a unas partes de mi cuerpo que habían peligrado con enfriarse si no recibían el beneficio de la circulación sanguínea.

–Sí. Por favor, no pares.

El sexo anal tiene algo especial. Solo lo he experimentado algunas veces, pero siempre me otorgó la sensación de pertenecer al otro, de entregarme por entero a un hombre.

Dominik volvió a centrarse en mi parte más profunda y oscura. Yo contuve la respiración mientras iba presionando lentamente, luego con más fuerza, cada vez más dentro a cada empujón. Yo fui relajándome, abriéndome para él. Asiendo el cobertor con las dos manos, noté que entraba totalmente dentro de mí. A partir de este momento rompió su silencio y su placer era audible a cada embestida.

Me agarró del pelo con la mano y tiró de mí hacia arriba, como si fuesen unas riendas, de este modo pudo empujar más fuerte. Sus movimientos se volvieron cada vez más rápidos y menos controlados, y acabaron acelerándose hasta desbocarse; entonces se corrió dentro de mí y se derrumbó encima de mi espalda. Noté su semen caliente derramándose por la cara interna de mis muslos.

Se quedó tumbado dentro de mí hasta que percibí que su erección había desaparecido, mientras su aliento caliente me acariciaba la oreja.

Había amanecido.

Empecé a moverme para poder levantarme.

–No. Quédate –dijo–. Quiero que me sientas dentro, así, como estamos ahora.

Se tumbó detrás de mí, acurrucándose contra mi cuerpo, con una mano rodeándome el pecho, sosteniéndome un seno en la palma, hasta que sonó mi despertador: era la hora de irme, la limusina que Susan había contratado llegaría enseguida para llevarme al aeropuerto.

Dominik estaba en la cocina haciéndome café; cuando me

levanté de la cama vi que los moratones empezaban a asomarme por todo el cuerpo y que las sábanas estaban salpicadas de manchas rojas, como de sangre.

Eran los restos del pintalabios que había utilizado para convertirme en mi personaje nocturno: se había esparcido por toda la cama, ahora de un rojo más intenso a la luz del día.

Medianoche en Calgary, donde al parecer todos los hombres usan sombrero de vaquero. Mi habitación parecía sacada de un catálogo de hoteles de la década de los cincuenta. Funcional, gris, y decorada con una deprimente paleta de colores. Las ventanas eran dobles, por lo que ningún sonido exterior podía entrar en la habitación. Un reducto de vacío, y una chica vacía, de pie, en el centro.

Otra vez, vivir sin Dominik.

Las imaginadas señales de sus manos recorrían todo mi cuerpo, como un mapa de carreteras de nuestra relación.

Justo cuando dejaba Nueva York, siguiendo un impulso disparatado, metí en la maleta la corta cuerda.

Me la até al cuello y me paseé desnuda por aquel páramo de habitación.

Bajé los dedos por mi torso y un poco más, y me acaricié, con la imagen de Dominik impresa en mi mente, ansiando que se materializara a mi lado, que cogiese la cuerda y simplemente tirara de ella, apretándola, hasta que yo me corriese, o me desmayase, o muriese.

Nueva Zelanda, Australia, Londres, Nueva York y ahora nada menos que Calgary. Otra vez en la carretera.

Infidelidades

En teoría, a Dominik le habían concedido la beca para que pudiese investigar y llevar a cabo un proyecto, que acabara siendo un artículo de investigación o un libro, sobre autores y músicos norteamericanos exiliados en París en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El tema le interesaba y le proporcionaba la gran oportunidad de profundizar en un terreno que había caído en el olvido. Sin embargo, conforme se documentaba, fue perdiendo interés por el tema.

Sospechaba que podría encontrar más material de investigación en París que en Nueva York; en ocasiones, durante las frecuentes ausencias de Summer, cuando pasaba de la indiferencia al hastío, llegó a plantearse tomar un avión para abandonar Manhattan una semana e investigar en Francia.

Pero se le ocurrió una idea, y buscó el contrato de la beca para comprobar los términos específicos que subyacían al acuerdo. Recordaba que en el anuncio del *Book Forum* se dirigían no solo a docentes e investigadores, sino también a novelistas que necesitasen ayuda económica para terminar un proyecto. Su beca había sido una de las doce que se habían concedido. Conoció a los demás beneficiarios durante la fiesta de recepción a su llegada a Nueva York. Y, de hecho, dos eran escritores de narrativa: un tipo rubio y delgado, de Portland, Oregón, y una finlandesa rechoncha, con el pelo corto y un marcado acento.

Quizá podría llevar todas aquellas ideas y datos a una novela. No solo sería un gran reto, también algo que no podía comprarse con dinero. Inventaría un montón de personajes nuevos y haría que se entremezclasen con los protagonistas de carne y hueso que habían estado en París durante la época dorada de Saint-Germain-des-Prés y el existencialismo: Miles Davis y todos sus amigos del jazz, Juliette Gréco, Boris Vian y Jean-Paul Sartre. Mezclar ficción y realidad, y entrelazar el romanticismo con una historia de amor picante.

Podría funcionar, pensó. Hacía ya un tiempo que venía dándole vueltas a la idea de escribir una novela, y a menudo había fantaseado

con publicar.

Esto lo animó muchísimo. Aquella mañana en concreto estuvo esperando la llamada de Summer. Ella estaba en Maine, donde había dado un concierto la noche anterior, y muchas veces lo llamaba temprano a la mañana siguiente, después de haber cargado las pilas, para contarle cómo había ido la actuación. Él no se apartó del teléfono, como un adolescente atribulado, pero ella no llamó. Era la segunda vez en una semana que pasaba. Después del concierto en New Hampshire no se puso en contacto con él durante dos días. Por una parte, se sentía triste y olvidado pero, por otra, soñaba con los castigos que le infligiría, con un punto de humillación que a los dos podría llevarlos al clímax. Sin embargo, por alguna razón, tuvo la sensación de que empezaban a agotársele las ideas.

La noche que regresó solo al *loft* después del debut triunfal de Summer en el Webster Hall, había cancelado su cita con Miranda aduciendo que tenía un compromiso fuera de la ciudad, porque de alguna manera sintió que no era el momento adecuado para una infidelidad.

La culpa es tuya, Summer, pensó para sí, mientras miraba en la tarjeta de visita en cuyo reverso había anotado el teléfono de Miranda.

–Vaya, el escurridizo hombre de letras viajero –dijo ella cuando la llamó.

–El mismo. ¿Sigues apeteciéndote que nos veamos?

–Me encantaría –respondió Miranda.

Él le propuso quedar por la tarde en el Balthazar, en la Spring Street, a solo unas manzanas del *loft*. Como Summer pasaba tanto tiempo fuera, se había acostumbrado a tomar un succulento desayuno allí, que le permitía saltarse la comida y aguantar hasta la cena.

Apenas habían transcurrido unos segundos desde que dejó el teléfono sobre una de las encimeras de granito de la cocina, cuando entró una llamada. ¿Summer por fin? Tal vez, aun en la distancia, había percibido su inquietud y adivinado que tenía planes de ver a otra mujer. ¿Había elegido bien el momento, o no?, se preguntó.

–Hola.

–Hola, desconocido.

No era Summer, pero sí una voz conocida.

–Hola, Lauralynn.

–Estoy aquí.

–¿En serio? ¿De paso nada más, o para quedarte?

–Va a depender de unas cuantas cosas. Pero, en fin, no quiero

aburrirte ahora con eso. Me encantaría verte, contarte algunos cotilleos sabrosos, saber cómo te está yendo en la Gran Manzana... He leído algunas noticias sobre la señorita Summer: al parecer, está causando cierto revuelo, en plan joven celebridad. Me ha dado envidia y estoy empezando a arrepentirme de haber escogido chelo en lugar de violín cuando me dieron a elegir a los ocho años, pero a una edad tan madura como esa es imposible saber lo que es sensual y lo que no, ¿verdad?

Dominik sonrió.

–Bueno, ¿qué dices? Esta noche estoy totalmente libre.

–Yo no.

–Summer te tiene atado en corto, ¿eh?

–Para nada. Está fuera, de gira por Canadá. Ayer estaba en algún sitio de Toronto, o quizá fuese ya Quebec... No estoy seguro. ¿Qué tal te va mañana?

–Imposible. Hago las pruebas para una serie de conciertos en Connecticut, como suplente de una baja de tres meses por maternidad. En una orquesta de cámara dependiente de la Universidad de Yale. Viviré en New Haven, pero creo que solo está aproximadamente a una hora en tren de Nueva York. Una de las chicas de la orquesta va a dar a luz. Victor me pasó el contacto.

–¿Victor?

–Sí. Ese tío se entera de todo lo que pasa en nuestros círculos. Fue un encanto al darme la información. ¿No os habéis visto desde que vivís en Nueva York?

–Pues no –respondió Dominik.

No estaba seguro del papel que habría desempeñado Victor cuando Summer estuvo sola en Manhattan. Cuando le preguntó si se habían puesto en contacto, ella se mostró evasiva. Sospechosamente evasiva. Suponía que habría ocurrido algo entre ellos, pero una parte de sí mismo no deseaba conocer los detalles. El pasado no se puede reescribir, y lo sabía.

–Bueno, en fin, mañana por la tarde salgo en tren para New Haven desde Grand Central Station, y luego me esperan tres días de audiciones y de ensayos con el resto de los músicos. Después me comunicarán si soy lo suficientemente buena para ingresar en la orquesta. Por eso había pensado que tal vez esta noche...

Dominik sintió unas ganas inmensas de estar con Lauralynn. Aquella mujer siempre lo había intrigado y atraído, aun a sabiendas de que él no era su tipo y de que prefería la compañía femenina. Su

sentido de la diversión resultaba contagioso. Reflexionó, y entonces le propuso lo siguiente:

–Escucha, ya he quedado con otra persona. ¿Qué te parece si te vienes con nosotros? A ver qué tal sale... Si congeniamos, podemos irnos a cenar y a pasar juntos una agradable velada. Y si no encajamos, me daré cuenta enseguida y tú y yo podremos irnos juntos. Es solo una mujer a la que conocí en un avión y que me pareció interesante.

–Oh, pero qué malo eres –replicó Lauralynn, riéndose entre dientes al otro lado de la línea–. Me gusta. No me digas que también se dedica a la música...

–No. ¿Qué te hace pensar que tengo fijación con las intérpretes de instrumentos de cuerda? También podría ser que tuviese debilidad por las de la sección de percusión, ¿sabes?

–Perverso. Pero yo que tú me mantendría alejado de las percussionistas. Dicen que son unas mojigatas –respondió Lauralynn.

Acordaron el sitio y la hora. Para no quedar mal con Miranda, quedaron en que Lauralynn se dejaría caer por el Balthazar quince minutos después de la hora de su cita, y que fingirían que se trataba de una casualidad. Él sabía que era buena actriz y que lo haría bien, y así la reunión parecería una afortunada coincidencia.

Miranda se excusó y se levantó para dirigirse a los aseos. Iban ya por la tercera ronda de copas.

–Le gusto –dijo Lauralynn.

–¿Ah, sí? –preguntó Dominik.

–Se lo noto. Las chicas tenemos un radar especial –añadió.

–¿Como nosotros para los gays? –preguntó él.

–Exactamente –respondió ella susurrando, inclinándose hacia Dominik por encima de la mesa llena de copas para acercarse más a él–. También tú le gustas. Fíjate nada más en su manera de mirarnos a los ojos a los dos cuando se anima, en cómo te roza el brazo con los dedos; a mí, la pierna, mientras se echa el pelo hacia atrás con la mano. Menuda coqueta está hecha.

–Coquetear es una cosa –dijo Dominik.

Miranda salió contoneándose de las profundidades del café, tambaleándose apenas un poquito sobre sus altos tacones, con una gran sonrisa en los labios y su falda blanca de vuelo en contraste con una blusa negra de seda. Fue acercándose lentamente a la mesa, que rodeó para ocupar su sitio entre Lauralynn y Dominik en el banco

corrido. Lauralynn llevaba su consabido conjunto de caza: camiseta blanca, vaqueros y botas de piel negras; parecía cualquier cosa menos una violonchelista.

–Me lo estoy pasando genial con vosotros –dijo Miranda, apoyando suavemente las manos en los muslos de sus compañeros de mesa, casi arañando de pasada la fina tela de los pantalones de Dominik allí donde ocultaba su miembro. Él supo que no había sido un accidente. Lauralynn estaba en lo cierto. No era solo efecto del alcohol, que únicamente sirvió como mero estimulante.

Dominik y Lauralynn se miraron mientras Miranda apuraba su copa de vino tino, el primer Beaujolais *nouveau* del año.

En los ojos de Lauralynn había un destello de verdadera malicia. Se movió en el asiento hasta quedar apoyada en Miranda.

–¿Miranda?

–¿Sí? –Miranda volvió la cabeza hacia Lauralynn.

Lauralynn tocó la barbilla de Miranda con una mano, la sujetó unos segundos y entonces, lánguidamente, acercó sus labios a los de Miranda y la besó. La norteamericana se ruborizó, pero no rehuyó aquel inesperado contacto íntimo. Buscó con la mirada a Dominik y después paseó la vista a su alrededor, entre los camareros y los clientes del café, para comprobar quién podía haberla visto. Apretó con los dedos el muslo de Dominik. El beso continuaba. A tan solo unos centímetros de las dos jóvenes, Dominik vio, por la agitación de la carne de sus mejillas, que las lenguas se habían encontrado y estaban enroscándose con avidez la una en la otra. Notó un nudo en el estómago, junto con un conocido hormigueo en la entrepierna que poco a poco adquiriría un movimiento ascendente.

El mundo se congeló.

Finalmente, el embrujo se deshizo y, a su pesar, los labios de las dos mujeres se despegaron, como si ambas necesitasen tomar aire. Dominik vio que Lauralynn había metido su mano derecha en lo más profundo de los pliegues de la falda blanca de Miranda y que la estaba acariciando, orquestando así su deseo.

Permanecieron los tres unos instantes en silencio. Y levantaron sus respectivas copas como si fuesen autómatas, aunque dos de ellas ya estaban vacías.

Lauralynn sonrió al ver confirmada su teoría, y una dulce mirada triunfal le transformó lentamente el gesto de su cara luminosa.

–¿Vamos? –dijo.

–¿Por qué no? –confirmó Dominik.

Miranda se limitó a asentir en silencio.

–¿Dónde?

Miranda se las ingenió para salir de entre los dos, y poder levantarse.

–¿Qué os parece si vamos a mi casa? –sugirió.

El taxi amarillo que encontraron parado justo delante del Balthazar tomó por Park Avenue en dirección norte, hacia Central Park, y luego doblaron hacia el este. Por una vez, el tráfico era fluido y en menos de veinte minutos estuvieron en el apartamento de Miranda, en el Upper East Side.

Era un estudio pequeño pero amueblado con elegancia, con un fino biombo de estilo japonés que separaba el salón del dormitorio.

Cuando Miranda se dio la vuelta al entrar, para cerrar la puerta con llave y echar el cierre metálico de seguridad, Lauralynn se apoyó contra ella y, metiendo los dedos por detrás de la banda elástica que le ceñía a la cintura la voluminosa falda blanca, se la deslizó hacia abajo.

Llevaba un tanga rojo de encaje.

Dominik se acercó a las dos mujeres, acariciando distraídamente la piel tersa del voluptuoso trasero de Miranda con una mano, mientras se deshacía de la chaqueta de lino de color beis. Miranda tenía unas marcas de bronceado alrededor de la cintura, coincidiendo con la braguita del bikini que había usado para tomar el sol y que evidentemente cubría bastante más que la minúscula prenda de lencería que llevaba puesta.

Miranda levantó los brazos y, después de que Lauralynn hubiese desabrochado los dos botones superiores de la blusa negra de seda, se la sacó por la cabeza, levantándole al hacerlo su sedosa melena castaña. Al ver el sujetador de encaje negro, Dominik se sorprendió por la chocante combinación de colores de su ropa interior. Casi todas las mujeres que había conocido procuraban llevar siempre prendas a juego.

Las dos mujeres pegaron sus cuerpos y se besaron de nuevo.

Dominik, de pie a su lado, estaba como un pasmarote. ¿Qué debería hacer?

Estar con dos mujeres, o incluso simplemente ver a dos mujeres haciendo el amor, era supuestamente una extendida fantasía masculina y estaba bien documentada en los anales de la pornografía, pero por alguna razón a él nunca le había atraído seriamente. No era algo que hubiese buscado de manera activa, y por eso nunca se había

visto en esa situación. Hasta ese momento.

Se acercó un poco más y besó a Miranda en el cuello. Entonces movió un poco la cabeza y comenzó a mordisquearle el lóbulo de la oreja. Dominik no estaba seguro de cómo tenía que tratar a Lauralynn, sabiendo que en principio no le iban los hombres.

Lauralynn, totalmente vestida, percibió su vacilación y apartándose un poco de Miranda, agarró la mano de Dominik y la llevó a la espalda desnuda de Miranda, insinuándole que debía desabrocharle el sujetador. Dominik reprimió la risa que le provocó el recuerdo de la primera vez en que se vio en la situación de tener que desvestir a una mujer o, mejor dicho, a una chiquilla de diecisiete años –él tenía unos infantiles dieciséis–; había tardado una eternidad en dominar el arte de desabrochar un sujetador. Un recuerdo penoso, pero, visto en retrospectiva, bastante cómico.

O la ingeniería de las prendas íntimas femeninas había alcanzado mayores cotas de eficiencia en esos años, o bien su habilidad había aumentado misteriosamente, porque no tuvo más que aplicar una ligera presión con un solo dedo para que los cierres se abrieran y los grandes pechos de Miranda se liberaran de su sujetador de encaje.

Lauralynn le hizo una señal con la cabeza para indicarle que se desnudase, mientras el trío se dirigía al dormitorio dando unos pocos pasos tambaleantes. En la cama había una ingente colección de ositos de peluche sobre un cubrecama rosa. Lauralynn se inclinó, apartó con aire de impaciencia los muñequitos barriéndolos con el brazo y los dejó caer por el lateral al suelo de madera.

Los tres se derrumbaron sobre la cama.

Y Lauralynn dirigió la sesión.

El primer trío de Dominik.

Posteriormente reflexionaría acerca de la curiosa naturaleza de aquel encuentro, de sus múltiples frustraciones, del hecho de que en ninguna de sus fases hubiese sido capaz de gozar plenamente de la experiencia. Demasiado consciente de sí mismo. Recordaba haber cabalgado sobre la flexible estructura de Miranda en la posición del misionero, y haber sentido los perezosos dedos de Lauralynn acariciándole el escroto al jugar con el tallo de su pene mientras entraba y salía de la vagina de la norteamericana, distraído por sus gemidos exageradamente afectados, como de niña pequeña, y por los enronquecidos susurros de aliento por parte de Lauralynn, en cuclillas detrás de la pareja en celo. Su mente era incapaz de concentrarse en

el acto sexual; no podía dejar de pensar en lo vulgar y hasta ridículo que debía de parecerle el espectáculo a Lauralynn desde su perspectiva privilegiada; los estaba viendo follar como animales. Sabía que en un momento dado Lauralynn se la había chupado –¿había sido antes de penetrar a Miranda, después o en una fase posterior de sus excesos? También recordaba haber lamido el sexo de Lauralynn, mientras ella hacía lo propio con Miranda. A él le había chocado lo particularmente oportuna que había sido la simetría que formaban las tres figuras. Lauralynn tenía un sabor nuevo para él, pero difícil de aprehender de tan fuerte y salvaje.

Había contemplado a las dos mujeres frotándose una contra otra hasta quedar sin aliento, y observado los ágiles dedos de músico de Lauralynn colándose por el sexo de Miranda hasta hundirse tan profundamente que hubiera podido meterle el puño entero. Mientras él, sentado detrás de la cabeza de Miranda, dejó que su pene le acariciara las mejillas y jugase con su boca. Notó cómo la respiración entrecortada de ella, por la marea de deseo que le provocó Lauralynn, le refrescaba los muslos. En un momento dado se corrió encima de los pechos de Miranda, mientras observaba el gesto de placer de Lauralynn.

Entonces se alejó y se limitó a observar. Al perder la erección se había dejado llevar por la indiferencia de después del coito. Siguió mirando mientras las dos mujeres persistían en sus juegos y caricias, dando forma a su placer como si él no estuviese delante. Era cierto que las dos eran guapas, aunque de belleza diferente: Miranda era el paradigma de la dulzura y, Lauralynn, de piernas infinitas. Sus proporciones de amazona al desplegarse sobre la cama, su anchura de hombros, eran un deleite para la vista, como lo era la avidez no fingida con que su boca devoraba a Miranda. Si hubiese recobrado la erección, habría podido intentar montar a Lauralynn, que estaba inclinada sobre Miranda con las nalgas totalmente expuestas como invitándolo. Pero Dominik no estaba seguro de romper el hechizo si se aprovechaba de la coyuntura, así que se limitó a seguir mirando a las dos mujeres que se contorsionaban y gemían. A él ya lo habían usado y ahora estaban muy ocupadas con su propio disfrute. No tenía nada que objetar.

Al final salió discretamente del dormitorio, se lavó a toda prisa, se vistió y se marchó del apartamento.

Ninguna le dijo que volviese, ni siquiera para sugerir que se uniera de nuevo a ellas.

Hacía una agradable noche de principios de verano y fue andando por el borde exterior de Central Park hasta la Quinta Avenida, con el hotel Plaza elevándose hacia el cielo a su derecha. Decidió continuar andando hasta el centro. Echó una ojeada al móvil. Ningún mensaje. ¿Qué se hace en Maine por las noches?, se preguntó.

–Me he acostado con otra.

–¿Y?

–¿No te molesta?

–No.

La comunicación telefónica era tan buena que hubiese pensado que Summer se encontraba en la otra punta del *loft*, de lo cerca que parecían estar sus labios de su oreja.

–¿No quieres saber con quién y cómo ha ocurrido?

–Ocurrió, ¿no? Pues no.

Deseaba desesperadamente darle celos. Que se enfadara.

–A decir verdad, eran dos.

–No es preciso que entres en detalles.

–Ya me lo supongo. ¿Qué tal el concierto?

–Bien. El público era provinciano. Muy formal, en un primer momento. La gente tardó un montón en relajarse, lo noté. Pero la agente me lo había advertido, y por eso variamos un poco el repertorio dependiendo del sitio. Nos adaptamos. Para las ciudades pequeñas, melodías a lo grande, por así decir. Acabaron entrando en calor. Pero siempre toco *Las cuatro estaciones*.

–Qué bien.

La primera parte de la gira, en Canadá, solo la hacían Summer y un pequeño conjunto de cuerda. Habría resultado demasiado caro que la acompañase la orquesta al completo, teniendo en cuenta la logística que implicaba.

–Dentro de un par de días pasaré por Nueva York. Solo unas horas, lo justo para dejar la ropa sucia, supongo, y coger un par de mudas –dijo Summer–. El jueves a última hora de la tarde. Me va a encantar verte, porque después estaré fuera otras dos semanas.

Unas horas nada más, mientras un coche de alquiler la esperaba abajo para recogerla, pensó Dominik. ¿Para qué? ¡Me vine a Nueva York para estar contigo! Y ahora pasamos más tiempo separados que juntos. Por otra parte, sabía que ella también se estaba sacrificando mucho; se trataba de su carrera profesional y era el momento de capitalizar el concierto del Webster Hall y las magníficas críticas.

–Procuraré estar en casa –dijo–. ¿Summer?

–¿Sí?

–Si te sientes sola, ya sabes que...

–Sí, lo sé, que tengo permiso para estar con otros. Me lo has dicho más veces.

–¿Y lo has hecho ya? –le preguntó, con un nudo en la garganta.

–No. Es que cuando volvemos al hotel estoy demasiado cansada.

–Pues quiero que lo hagas.

–¿Quieres que lo haga?

–Quiero que lo hagas.

–¿Y quieres que te lo cuente luego, no?

–Sí.

La conversación se interrumpió sin que ninguno de los dos dijese nada. Dominik no podía figurarse cómo sería el paisaje de Maine desde la ventana de su habitación. ¿Vería campos? ¿Montañas? ¿El mar?

–Tengo que colgar –dijo Summer–. Me están esperando abajo para desayunar. Me han dicho que por aquí hacen unas tortitas alucinantes. Con sirope de arce.

–*Bon appétit* –se despidió él, haciendo esfuerzos por sonreír para que se le notara en la voz.

–Hasta el jueves.

Dominik ya sabía que no iba a estar en el *loft* el jueves, porque ese día había quedado en dar una conferencia en la biblioteca. Todavía no había decidido sobre qué tema. En cualquier caso, nunca había más de diez o doce personas en el público. Se le daba bien improvisar. Era una de las condiciones que establecía la beca, pero ni la Public Library ni la fundación se tomaban muchas molestias en publicitar las charlas, aparte de colgar dos o tres carteles, hechos apresuradamente a ordenador, en tabloneros de anuncios situados en lugares poco estratégicos de las zonas públicas del edificio. Su único consuelo era que ninguno de los otros becados, entre los que se contaban los dos escritores –uno de ellos finalista al Booker Prize y otro del National Book Award–, mucho más conocidos que él y con una lista más larga de publicaciones en su haber, atraía un público significativamente más numeroso.

Estaba acabando la charla –una serie de reflexiones inconclusas

pero amenas sobre las diversas películas que se habían hecho a partir del *Gatsby* de Fitzgerald y sobre los actores que habían interpretado a Jay, Daisy y Nick— cuando apareció una persona. Entró en la pequeña sala de conferencias sin hacer ruido y tomó asiento en la última fila. Dominik lo reconoció enseguida: era Victor.

Sabía que también vivía en Nueva York, pero no había hecho nada para averiguar por dónde andaba.

¿Cómo había podido enterarse de aquel acto insignificante? Entonces recordó haberse lo mencionado de pasada a Lauralynn. Eso debió de ser. ¿Seguiría en New Haven; habría conseguido superar con éxito las pruebas?

—¿Qué pasa, querido, has estado intentando evitarme? — le dijo Victor, acercándose a él mientras los demás asistentes abandonaban la sala.

No había cambiado nada desde la última vez que se vieron, varios meses atrás. Bajo, canoso, pulcro, con su barba perfectamente recortada, de modales finos, a gusto en su piel. Atraía a las mujeres, pero Dominik no podía encontrar una sola razón que explicase por qué. A lo mejor era su aire de superioridad y la mirada inquebrantable de sus ojos de acero.

—Puede ser, Victor. —Su tono era algo chulesco, pero educado.

—Pensé que éramos amigos, ¿no?

—Yo también.

—¿Entonces, qué pasa?

Victor llevaba una chaqueta de algodón a rayas blancas y azules, pantalones negros y una camisa abotonada hasta el cuello. Pese al calor, se empeñaba en llevar corbata: una extraña prenda parda con un nudo extragrande. Tenía un estilo extraño en el vestir que delataba su procedencia de la Europa del Este, más en la línea de un *apparatchik* vestido para una fiesta formal que de un profesor elegante. Pero tal vez era simplemente la forma de vestir que había conocido en su infancia. Todos somos producto de nuestros orígenes, hasta cierto punto.

Divertido ante la falta de respuesta de Dominik, Victor continuó con la conversación:

—¿La chica? ¿La violinista?

—Exacto.

Victor supuso que Summer no le había contado a Dominik absolutamente todo lo que había pasado entre ellos desde su llegada a Nueva York.

–Así que Lauralynn te lo ha contado, ¿no?

–Que la sugerencia de la cripta había sido tuya, que tú moviste nuestros hilos como si fuéramos marionetas, Victor. Un montaje basado en el embuste, ¿no te parece?

–Era solo un juego, Dominik. Vamos, hombre, ¿a que los dos lo pasamos bien con esos juegos, eh? Tú y yo nos entendemos.

–¿Te liaste con ella cuando se vino a Estados Unidos? – preguntó Dominik. Victor se pensó la respuesta. Si Dominik se lo estaba preguntando, eso quería decir que no sabía nada. Sonrió para sí.

–Por supuesto que no. Nos vimos alguna que otra vez; estamos en el mismo ambiente, al fin y al cabo. Es inevitable... Este mundillo en el que nos movemos es muy pequeño. Casi incestuoso, se podría decir. Pero yo ya sabía que era tu juguete... Se mira pero no se toca, ¿verdad?

–¿Mi juguete?

–Tu mascota, ¿no?

–Tienes una forma muy extraña de expresarte, Victor.

–Es una belleza. Y una violinista maravillosa. Ahora se ha convertido en una joven celebridad, ¿no?

–Sí.

–¿Estáis juntos otra vez? ¿Por eso estás en Nueva York? – preguntó Victor.

–¿Juntos? No, qué va –mintió Dominik–, pero seguimos viéndonos de vez en cuando.

–Qué maravilla.

–Cuando estuvimos en tu casa, cuando tú tan amablemente me permitiste verla tocar... –Victor titubeó.

Seguramente visualizaba la noche en que Dominik le pidió a Summer que actuase desnuda, con los ojos vendados, mientras un desconocido (Victor) miraba. Dominik reflexionó sobre cómo una cosa había llevado a otra y cómo él la había poseído delante de Victor.

–¿Qué?

–Que es demasiado orgullosa. Por mucho que aparente ser una esclava de su erotismo, hay algo en ella... Lo puedes ver en sus ojos, en su postura. Está luchando contra sus propios impulsos, contra su naturaleza.

–¿Tú crees? –Pese a todo, Dominik reconocía la verdad que había en las palabras de Victor.

–Es como un potro salvaje –prosiguió Victor–. Hay mujeres a las

que hay que domar. Forma parte del ritual. Tienen que aceptar quiénes son, en lo más profundo de su ser, y entonces puedes reconstruirlas de nuevo juntando las piezas. Solo que ahora tú eres el que tiene el control.

–Mmm... Conozco bien a Summer –replicó desdeñosamente Dominik–. Y no creo que necesite la ayuda de nadie.

–Era solo una sugerencia –dijo Victor–. Solo un comentario. De todos modos, me alegro de verte. ¿Tienes planes? ¿Para ahora mismo? Conozco un restaurante ucraniano divino en la Segunda Avenida, cerca de St Mark's Place. Hacen *pierogi* y calabaza rellena exactamente como en mi tierra. ¿Qué te parece si te llevo? Invito yo. Tenemos que retomar nuestra amistad.

Dominik miró a Victor, con aquella amplia sonrisa de pirata y la barba primorosamente recortada. Se dio cuenta de que tramaba algo, pero no le importó. El juego podía continuar, cómo no.

–Adelante –respondió.

Summer había pasado por el *loft*, sacó de su parte del armario empotrado prácticamente toda la ropa que tenía colgada y llenó la lavadora, que iba por el centrifugado cuando Dominik llegó a casa. No le dejó ni una nota explicando su ausencia, ni siquiera para saludarlo.

Se tumbó un rato en la cama, donde aún flotaba el olor de su perfume.

Esa noche soñó con Summer.

Y con potros salvajes.

¿Era su forma de torturarlo, de castigarlo por su cita con Lauralynn y Miranda?

Pues no habría podido pensar en nada mejor.

Picado por la curiosidad, Dominik echó un vistazo otra vez al ropero de Summer y vio que el corsé ya no estaba. Aunque lo dejó allí durante la parte canadiense de la gira, se lo había llevado para la Costa Este.

Pensó que obedecería sus indicaciones y se buscaría a un hombre para una o dos noches. Pero ponerse ese corsé para otro era algo totalmente diferente: un mensaje de traición. Como retorcer el cuchillo. ¡Maldita seas, Summer!

Se habían repartido el armario: las prendas de ella a la izquierda y las de él a la derecha. El vestuario de él era funcional y bastante monocromático: pantalones negros, un puñado de trajes, todos negros menos uno, tropecientos camisetitas, un par de docenas de camisas –

unas blancas, otras negras y la gran mayoría azules—, unos cuantos jerséis oscuros de cachemir y el obligado esmoquin para las ocasiones más fastidiosas. Lo sacó del perchero.

Victor lo había invitado a la pequeña *soirée* que organizaba en Brooklyn.

—Un poquito formal, amigo mío —le dijo—, pero estoy seguro de que disfrutarás de la velada.

La casa de piedra rojiza se hallaba a cinco minutos de camino desde una parada de la línea F, en una calle frondosa, pasada una hilera de minúsculos restaurantes de comida exótica. Se trataba de una imponente construcción de dos plantas, al estilo de las casas de las afueras, con su porche de madera en falso estilo colonial y una escalinata para acceder a la entrada.

Lo recibió una mujer madura que lucía una melena corta con las puntas hacia dentro, muy chic. Llevaba un vaporoso vestido largo de fiesta en color azul, y diez grandes anillos en las manos, uno en cada dedo. En el cuello lucía un collar de perlas. Era bastante guapa, a pesar, o quizá por ello, de las arrugas de su tez que delataban su edad.

—Me llamo Clarissa —se presentó—. Tú debes ser el amigo de Victor.

—Sí. Encantado de conocerte. ¿Es tu casa?

—Sí —respondió la mujer—. Lo es desde hace muchos años. Aquí han vivido varias generaciones de mi familia —le explicó. Abrió un poco más la puerta e hizo pasar a Dominik.

—Parece enorme —dijo él.

—Ahora solo somos dos. Nos sobra espacio, pero nunca nos hemos planteado irnos —añadió.

El vestíbulo estaba impregnado de un agradable aroma a comida recién hecha. Parecía proceder del sótano, donde debía de encontrarse la cocina.

La mujer llevó a Dominik por la escalera al piso de arriba, donde entraron en un salón muy grande, de altos ventanales, bordeado por una enorme ventana en chaflán que daba a un jardín alargado y sin cuidar. Habían llegado ya alrededor de una docena de invitados, que bebían champán de unas copas de cristal de pie muy largo. La mayoría eran parejas, y conversaban en voz baja.

—¿No ha llegado Victor? —quiso saber Dominik.

—Él y sus acompañantes tienen que estar al caer —le informó Clarissa—. Ven —dijo, señalando hacia un hombre de cabellos

entrecanos que estaba de pie junto al piano, en un rincón del salón—, deja que te presente. Este es Edward, mi marido.

Edward iba vestido con un chaleco marrón de pata de gallo y esmoquin marrón oscuro. Llevaba la cintura cubierta por un fajín. Su fino bigote estaba recortado primorosamente al estilo de los héroes bélicos de las películas de los años cuarenta, y en su lóbulo derecho destellaba un brillante. Todo un dandi, pensó Dominik. Incluso sin moverse, aquel hombre desprendía un aura de intensa vitalidad.

Le estrechó la mano con vigor y confianza.

—Victor nos ha hablado mucho de ti —dijo.

—¿Sí? En ese caso, me lleváis ventaja.

El timbre de la entrada sonó con un pitido y Edward se excusó. Clarissa y él hacían turnos para bajar a abrir y recibir a los invitados.

Dominik se acercó a la mesa para servirse un vaso de agua mineral, y entonces miró por la ventana al jardín, en cuyos linderos crecían rosales silvestres de los que se desprendían pétalos, por efecto de la brisa, como si fuesen mariposas rojas, rosas y blancas. La vegetación estaba interrumpida a intervalos regulares por una serie de losas de piedra, a modo de altares o pequeñas lápidas.

Por un instante, a Dominik se le disparó la imaginación y su cabeza se llenó de toda clase de pensamientos disparatados, que se inspiraban en sus anteriores encuentros con Victor y en el tipo de personas a las que frecuentaba.

De hecho, aquel jardín era el típico lugar aislado en el que podía pasar cualquier cosa, pensó, con aquella valla alta de madera que lo protegía completamente de las miradas ajenas.

Justo cuando sus pensamientos estaban a punto de dar un giro aún más salvaje, notó que una mano le daba unos suaves toques en el hombro.

—Hola, desconocido.

Dominik se volvió.

Era Lauralynn, y a su vera, con una tímida sonrisa en los labios, Miranda. Iban las dos exquisitamente vestidas, con sendos vestidos de hombros descubiertos. Los esculturales brazos bronceados de Lauralynn emergían de una tela blanca rutilante que parecía una segunda piel, una envoltura natural. Con sus tacones altos le sacaba fácilmente una cabeza y media a la norteamericana, que llevaba un vestido color escarlata totalmente suelto de cintura para abajo. Saltaba a la vista que ninguna llevaba sostén, y Dominik no pudo evitar lanzar miradas a los pezones duros que empujaban por dentro la tela de los

vestidos.

Se controló.

–¿Has podido escapar de New Haven?

–Ya ves. Y he convencido a Miranda para que se viniese con nosotros...

Se disponía a decir algo más, cuando Dominik se fijó en que Victor venía hacia ellos. Vestía un esmoquin al que no le faltaba detalle, y se quedó muy rígido al llegar a su lado.

–Buenas noches, Dominik. Gracias por venir.

–Hola, Victor. Veo que ya conoces a estas dos bellas damas.

–Lauralynn es amiga mía desde hace mucho tiempo – respondió a Victor–, y Miranda ha venido con ella como invitada especial y ha accedido amablemente a amenizarnos la velada, ¿verdad que sí, querida?

Miranda bajó la vista.

–No sabía que conocías a Miranda –le dijo Victor a Dominik.

Claro que lo sabía, se dijo Dominik. Era evidente que Lauralynn no tenía secretos para él. Otra vez estaba con sus juegos. ¿Sería aquello una especie de montaje?

Las mujeres se dirigieron a la mesa para servirse la bebida.

Victor se inclinó hacia Dominik.

–Creo que es el nuevo juguetito de Lauralynn. Nuestra amiga pasa con toda naturalidad de los hombres a las mujeres, ¿sabes?

Aunque Dominik deseaba preguntarle muchas cosas sobre la velada y sus participantes, otros invitados a la cena se acercaron a ellos y hubo que hacer las presentaciones y mantener la consabida conversación intrascendente sobre quién era y qué estaba haciendo en Nueva York. Al parecer, uno de los caballeros era uno de los patronos de la fundación que financiaba su beca y sabía mucho acerca de él. ¿Otra casualidad? La sonrisa fija de Victor seguía siendo tan enigmática como de costumbre, mientras llevaba la batuta de las conversaciones. El perfecto maestro de ceremonias.

Las mujeres regresaron con ellos. Lauralynn llevaba a Miranda cogida de la mano.

Se pidió a todos que se trasladaran al salón comedor, al otro lado del rellano, pues la cena estaba lista.

Debía de haber un cocinero profesional en la cocina del sótano, pues a ninguno de los anfitriones se los veía atareados con los preparativos de la cena. Sirvió los platos un imperturbable mayordomo de librea negra, que parecía sacado directamente de algún libro de P.

G. Wodehouse.

La cena empezó con unas vieiras rellenas, cuya carne esponjosa y suave estaba bañada en una cremosa salsa bechamel con aroma de setas; seguidas de un lenguado a la brasa increíblemente ligero y cortado en exquisitos filetes, con un toque de mantequilla y perejil. Los caldos que acompañaban la cena eran divinos, si se podía creer la opinión de los demás comensales, y una vez más Dominik sintió una punzada de timidez por el hecho de no beber alcohol.

Estaba sentado entre Lauralynn y Victor en una mesa redonda; a la izquierda de Lauralynn estaba Miranda. Se dio cuenta de que las manos de la joven rubia se ocultaban con frecuencia debajo de la mesa para jugar con la cada vez más inquieta Miranda.

La cena terminaba con una variada selección de quesos europeos, suaves y muy olorosos, y fresas con nata. Postres sencillos, pero presentados con elegancia.

Las dos mujeres se excusaron en el momento en que se servían los cafés, y Victor les hizo una señal afirmativa con la cabeza. El patrono de la fundación, sentado justo enfrente de Dominik, se dedicó a preguntarle por los progresos de su investigación y él tuvo que confesar que los documentos que estaba investigando en las instalaciones de la Public Library lo estaban desviando de su idea inicial, para transformarla en una obra de narrativa.

–Vaya –comentó su interlocutor–. Las novelas son siempre mucho más fieles a la realidad, ¿no es así?

–Para mí será una experiencia totalmente nueva –respondió Dominik.

–Estoy seguro de que harás un magnífico trabajo.

–Eso espero, pero todavía no he tomado una decisión definitiva –añadió.

Los que quedaban en la mesa se trasladaron al salón.

Lauralynn ya estaba allí, sentada en el taburete del piano, tocando suavemente una melodía que reconoció, pero cuyo título y compositor no supo identificar. A su lado se sentaba Miranda, ahora sin el vestido rojo de antes, cubierta solo con una camisola oscura que le llegaba hasta el muslo. Un collar de perro, enganchado a una larga correa de eslabones de metal que Lauralynn llevaba sujeta en la muñeca, le rodeaba el cuello.

–Ahh... –dijo Victor, llevando a Dominik hacia una de las filas de sillas dispuestas por todo el salón, mirando hacia el piano y a las dos mujeres. Los invitados tomaron asiento–. El número de la noche.

Lauralynn se dispone a hacernos una demostración de las habilidades de la recién llegada.

–¿De sus habilidades? –preguntó Dominik.

–No será nada extremo –dijo Victor–. No en esta fase. Solo lo justo para poner a prueba su resolución de integrarse en nuestro pequeño grupo.

Una vez que Dominik se hubo sentado, Victor se dirigió a las dos mujeres y Lauralynn dejó de tocar, cerró la tapa del piano y se levantó con un movimiento grácil del taburete, mostrándose en todo su esplendor. Victor apoyó una mano en el hombro de Miranda e indicó a la joven que se arrodillara junto al taburete ahora vacío y que apoyase la cabeza en el asiento. Miranda se movía con inseguridad, al darse cuenta de lo que probablemente iba a pasar, pero obedeció la orden lentamente. Una vez en su posición, Victor, haciendo una floritura para el público, cogió el borde de la camisola de Miranda y la levantó, mostrando así el trasero desnudo y la parte superior de sus muslos. Lauralynn tiró de la correa y Miranda se vio obligada a levantar la cabeza, mirando en dirección opuesta, mientras Lauralynn recogía su melena con las manos, levantándosela en un moño y atándola con una goma para que no obstaculizase las vistas de ninguno de los presentes, y de paso mostrar a todos la vulnerable nuca de Miranda.

De pronto, Victor se colocó entre sus piernas y se las separó aún más. Miranda se vio obligada a reajustar la posición de sus rodillas sobre el suelo de madera, exponiendo el oscuro orificio, que quedó a la vista de todos.

Lauralynn alcanzó de encima del piano una pequeña pala y se la dio a Victor.

Él la levantó por encima de su cabeza y, con un movimiento semicircular y gesto triunfal, azotó con ella las blancas esferas del trasero de Miranda.

El primer grito fue de dolor y sorpresa. ¿Qué le habrían explicado previamente sobre lo que le iban a hacer? Sin duda, tenía que haber dado su consentimiento. Dominik no estaba familiarizado del todo con la práctica del BDSM, pero a juzgar por lo que le había contado Lauralynn, era esencial que todos los participantes estuviesen informados y no se opusiesen.

Al final de la velada, Miranda tenía las nalgas de un tono casi tan escarlata como el vestido que llevaba en la cena. Después de los azotes, Lauralynn la ayudó a incorporarse y Miranda se puso de pie en precario equilibrio, con los ojos embadurnados del maquillaje que se

había corrido por las lágrimas. Asió instintivamente la tela de la camisola, que estaba todavía arrugada por encima de su cintura, y la bajó como para protegerse. Desviando la mirada para no cruzarla con ninguno de los presentes, salió de la estancia.

Edward y Clarissa pasaron a ofrecer licores a sus invitados, mezclándose entre ellos.

–Bueno, ¿qué te ha parecido? –le preguntó Victor a Dominik.

–Fascinante.

–¿Una experiencia nueva para ti?

Dominik vaciló, y sopesó la situación.

–No del todo –respondió–. Summer, la violinista, me contó una vez que había estado en varios clubes y que la habían azotado, o fustigado, no estoy seguro...

–¡No me digas! ¿En serio?

–Yo no estuve presente –añadió Dominik– pero sí sé cuánto le hizo gozar a ella. Aquello me dejó intrigado. Pero he de decir que personalmente nunca me he sentido tentado a hacer de pasivo en una sesión de castigo corporal. Temo que pueda tener un efecto negativo en mis erecciones.

–Qué curioso –dijo Victor–. Pero presenciarlo es un placer, ¿eh? Como has podido ver, no siempre aparece el sexo en nuestro ambiente, en nuestro pequeño círculo. Puede suceder, por supuesto; es simplemente una posibilidad.

–Ya veo –comentó Dominik.

–¿Deseas ver más, te gustaría participar? –preguntó Victor.

–Tal vez.

–Mi contrato en Nueva York se acaba dentro de tres meses, y tengo pensado ir a conocer sitios nuevos o incluso volver a casa un tiempo. Se me ha ocurrido dar una fiesta a lo grande. La fiesta que será el colmo de todas las fiestas. Tengo pensado un número estelar, con una auténtica estrella, que aún no está lista del todo pero sé cómo hacer que resulte bello. Estoy seguro de que será de tu agrado también –continuó Victor–. La mascota te va a gustar. Deberías venir. Voy a poner todo mi empeño en que sea inolvidable, llegado el momento.

Estaba haciéndose tarde. Tal vez Summer le habría dejado un mensaje desde el hotel. Dominik estaba listo para regresar a Manhattan.

–Pues es muy posible, Victor. Muy posible.

Sabía ya que en cuanto Victor lo silbase, él acudiría y

participaría. Era asombroso cómo detectaba los gustos de Dominik en cuanto a mujeres. Y ya se sentía intrigado con la misteriosa naturaleza de la actuación estelar que estaba planeando.

En Maine, dentro de la gira que se desarrollaba en la Costa Este, Summer se excusó y no estuvo en la copa que se ofrecía en los camerinos a la orquesta después del gran éxito del concierto de esa noche. No le apetecía estar con gente ni beber. Tomó un taxi directamente al hotel y al entrar en su habitación cerró dando un portazo.

Se desvistió, se dio un ducha de agua muy caliente, se secó y salió desnuda a la habitación. La maleta estaba debajo de la cama. La sacó y cogió el corsé de la bolsa de plástico en la que lo había metido a toda prisa cuando, llevada por un impulso, lo descolgó del armario que compartía con Dominik. Al terminar de embutirse en el corsé y de abrochárselo lo más fuerte que pudo, se fijó en que ya era la una de la madrugada. Por la ventana de la planta decimoquinta del hotel de lujo podía ver las luces de la estación principal de ferrocarriles y, al otro lado de la vía pública, a lo lejos, el brillo sereno de las aguas de un lago inmenso.

Había estado maniobrando a oscuras hasta que encendió la lámpara principal de la habitación y se volvió para mirar de frente el espejo de cuerpo entero que había dentro de la puerta del ropero. El corsé negro aprisionaba su ya de por sí delgada cintura, haciendo que se le clavarán los huesos con fuerza en la piel blanca; le quedaba justo por debajo de los pechos, resaltándolos como una ofrenda, con los oscuros pezones en posición de firmes, duros como huesos de cereza; de cintura para abajo estaba desnuda casi por completo, pues tenía el pubis solo cubierto por una menuda mata de ricitos pelirrojos, sin depilar. Esta soy yo, pensó. El ceñido corsé destacaba sus atributos, a la niña mala que llevaba dentro. ¿La prostituta?, se preguntó.

Sintió que la inundaba una inexplicable sensación de culpa.

Se sentía como si tuviera que recibir un castigo, unos azotes hasta que las nalgas le escociesen tanto que pareciesen dos brasas al rojo vivo, o una penetración atroz y sin sentido. Sabía que esos sentimientos carecían de fundamento, porque en realidad no había nada por lo que debiera sentirse culpable. Los caprichos sexuales eran simplemente eso, caprichos, nada más. O cedías a su llamada por voluntad propia y aprendías a manejar el placer o te negabas a

ello. Punto. Los sentimientos de culpa estaban fuera de sitio.

Por unos instantes jugó con la idea de llamar a Dominik, pero una parte de ella se resistía.

Se puso la gabardina que estaba colgada en el gancho de la puerta, ese impermeable largo y holgado que solía ponerse para ir y venir de los sitios donde actuaba, pues protegía bien los vestidos de noche y evitaba atraer atención no grata. Luego se calzó los primeros zapatos de tacón que encontró en el revoltijo de ropa y zapatos que tenía esparcido por toda la habitación.

Se abotonó la gabardina hasta arriba. El tosco tejido arañó sus pezones desnudos y rozó su mata de vello púbico. Salió corriendo por el largo pasillo de la planta hasta el ascensor, que estaba allí mismo, esperando. Una vez fuera, echó a andar hasta la calle principal.

Era una calle interminable, por momentos bulliciosa, bien iluminada y próspera. Un poco más allá se sumía en las sombras y se entraba en una zona clandestina y hasta sórdida. Allí los restaurantes de primera y las tiendas de postín daban paso a bares, antros sospechosos y bazares, la mayoría de los cuales estaban cerrados a esas horas de la noche. Después de caminar sin propósito durante media hora, Summer se detuvo. Se encontraba en un punto totalmente oscuro.

Contuvo la respiración.

Se desabrochó el cinturón y a continuación desabotonó la gabardina beis, exponiéndose a la noche.

A solo unos metros pasaban los coches a toda velocidad. Se apoyó contra el cierre metálico de una tienda, totalmente expuesta, bajo una farola parpadeante. Ninguno de los vehículos redujo la velocidad, como si ella no estuviese allí, o no mereciese ni un segundo de atención.

Se había quedado en blanco. Le ardía el sexo. ¿O era la cara? ¿El corazón?

Lentamente, la silueta borrosa de un transeúnte que se acercaba a lo lejos fue cobrando nitidez. Era un hombre. Andaba dando tumbos, visiblemente borracho, y en una mano llevaba cogida con fuerza una bolsa de papel marrón por la que asomaba el cuello de una botella. Cuando llegó a su altura, ralentizó el paso. Se la quedó mirando. Se detuvo.

–Fóllame –le dijo Summer. Se lo imploró, desesperada, olvidando su dignidad.

El hombre se limitó a mirarla, aturdido.

–Por favor.

¿Qué más tenía que hacer? ¿Ponerse a cuatro patas, levantar el trasero, abrirse para él?

El hombre hipó, con los ojos hipnotizados aún por la provocadora imagen. Una débil sonrisa se dibujó en sus labios mientras miraba con deseo los pezones de Summer, su sexo expuesto. Entonces dio un paso hacia delante y luego otro y reanudó la marcha por la calle.

Ignorándola.

Diez minutos más tarde, clavada en aquel mismo lugar, delante del cierre metálico de la tienda, Summer se dio cuenta de que, de alguna manera, se había transformado en la parodia del hombre que se abre la gabardina para exhibir sus genitales. Y le dio un escalofrío.

Juntó las dos partes de la gabardina para taparse, la abotonó y se ciñó el cinturón. En uno de los bolsillos había un puñado arrugado de billetes. Se acercó al bordillo, tomó un taxi y se apeó delante del hotel.

Se dio una segunda ducha, para eliminar de su piel no solo la suciedad sino también el recuerdo de su propia desesperación, y decidió no volver a ponerse nunca más aquel corsé.

Durmió profundamente.

Por la mañana la despertó una llamada de su agente. ¿Estaría interesada en prolongar la gira? Había previsto aplazar el final unas semanas, y tocar quince días por Australia y Nueva Zelanda.

De vuelta en casa

Pocas experiencias en la vida me hacían sentir tan dichosa como cruzar el gran arco de madera del aeropuerto de Auckland, al final del pasillo de llegadas, que marcaba mi vuelta a Nueva Zelanda.

Lo primero que me recibe es su sonido, una grabación de trinos de tuis que se oye alrededor del arco, justo antes del control de pasaportes; es un umbral formado por figuras maoríes tradicionales talladas en madera, que separa mi tierra del resto del mundo.

Cuando llegué a ese punto tuve que reprimir el impulso de echar a correr para salir por las puertas del recinto y besar el suelo como hace el Papa en sus viajes, un gesto que seguramente habría provocado que los agentes de aduanas me persiguieran por todo el aeropuerto acompañados de una manada de perros bien entrenados, a la caza de cualquier indicio de frutas o verduras prohibidas que pudiera llevar ocultas en mi equipaje.

Siempre me sentí un poco boba por mi apego a Nueva Zelanda, teniendo en cuenta que me había marchado por voluntad propia, que casi nunca volvía de visita y que no estaba segura de si algún día regresaría para siempre. Lo que echaba de menos era la tierra, más que cualquier otra cosa. No había nada en el mundo que hiciera cantar a mi corazón tanto como ver aparecer Aotearoa por la ventanilla del avión.

Aotearoa, la tierra de la larga nube blanca, un nombre curioso para un país que no se caracteriza precisamente por sus nubes sino por sus montañas, que emergen como bolas en medio de lisas planicies o como vientres de embarazadas, por un océano cristalino y brillante como el ojo de un pez y por unos ríos que recorren perezosamente el país de una punta a otra, con sus suaves aguas doradas llenas de anguilas y truchas, unos ríos que siempre me hacen recordar las tórridas tardes y los fines de semana en los que pasaba las horas flotando boca arriba en el Waihou.

Había conseguido que me concedieran unos días libres antes del comienzo de la gira para ver a mi familia en Te Aroha, la pequeña población ubicada en la isla del Norte donde nací, a un par de horas

en coche de Auckland.

El instituto en el que estudié se había puesto en contacto conmigo para pedirme que hiciese una breve alocución en la habitual reunión de profesores y alumnos al comienzo de la jornada, cosa que me había parecido una ironía de la vida, porque nunca había sacado muy buenas notas y había dejado la universidad un año después de haber empezado mis estudios de música. También me pidieron que diese un pequeño recital en el auditorio del centro. Mi madre me había informado, muy orgullosa, de que mi foto había salido en el periódico del pueblo. Afortunadamente, no era la foto de los carteles del concierto en Nueva York.

Recogí mis maletas y salí a toda prisa por las puertas correderas para pasar al vestíbulo de llegadas, buscando ansiosa a mi hermano Ben, que había venido a recogerme. Trabajaba en la acería próxima a Pukekohe, pero se había tomado la semana libre para bajar a Te Aroha para estar conmigo durante mi estancia.

No lo veía por ninguna parte.

Mi móvil sonó dentro de mi bolsillo.

–¡Ey, hermana! Sal fuera. Estoy dando vueltas con el coche para no pagar aparcamiento.

Típico.

Le hice una señal para que parase cuando llevaba ya unas cinco vueltas al circuito de la zona de recogida de pasajeros.

–¡Ey, hermano!

–¡Hola, hermanita!

Ben saltó del coche y me rodeó con sus brazos. Olía a sudor y a grasa, y casi no había cambiado desde la última vez que nos vimos. Había ensanchado un poco desde que empezó a trabajar en la acería, y tenía alguna que otra cana.

–Corre, entra antes de que nos pillen –dijo, señalando con la cabeza los amenazantes carteles a los que solo les faltaba dictaminar una muerte segura a quien detuviera su vehículo unos minutos en la zona de recogida de pasajeros.

Depositó el estuche de mi violín en el asiento de atrás con tanta delicadeza como si se tratara de un bebé.

Mi hermano había tenido siempre el mismo coche hasta donde me alcanzaba la memoria, un Toyota familiar rojo que compró de segunda mano por menos de lo que costaba una bicicleta. Con mucha paciencia lo había ido mejorando hasta conseguir que rodase con una eficiencia y una suavidad que sería la envidia de un piloto de carreras.

«De cero a cien en quince minutos», me recordó, henchido de orgullo, la primera vez que consiguió arrancar el motor.

Me hundí en el asiento del copiloto con esa familiaridad que entraña la grata vuelta a algo que ha permanecido invariable a pesar de una larga ausencia. Mi hermano y su coche familiar eran tan infalibles como la puesta del sol.

Había empezado a caer una lluvia fina y los limpiaparabrisas emitían un rítmico sonido cada vez que limpiaban la luna del coche.

En Nueva Zelanda era invierno, pero las temperaturas seguían siendo bastante suaves, mucho más que en los inviernos neoyorquinos. A pesar del cielo gris, tenía todo un aspecto más tropical de lo que yo recordaba.

Miré por la ventanilla las palmeras que bordeaban la carretera de acceso al aeropuerto.

–Caramba –dije–, no recordaba nada de esto. Parece una isla.

–Es que es una isla –respondió Ben, en un tono que confirmaba lo obvio.

–Quiero decir una isla-isla, como una isla del Pacífico.

–Oye, ¿tú has ido al colegio? Supongo que no por vivir en la Gran Manzana te vuelves más lista, ¿no, hermana? ¿Se te han estropeado las neuronas con tanta contaminación?

Me incliné hacia delante y le di una palmada en la pierna.

Ben solo había salido una vez de Nueva Zelanda: para pasar una semana en Brisbane haciendo surf. Y no tenía ningún motivo para irse.

–¿Quieres poner una cinta?

El Toyota seguía teniendo radiocasete, y el hueco para los pies del asiento del acompañante estaba lleno de cintas. Rebusqué entre ellas.

–¿Sade? –dije, en tono de mofa.

–Es buena. Mejor que Beethoven.

Volví a mirar el paisaje y me maravillé ante la escasez de coches y los campos que se extendían a ambos lados de la autopista. La última vez que estuve en Auckland me sentí como si participara en una carrera de ratones, rodeada por todas partes de una marea de gente y del rugido de los motores. Ahora hasta las zonas más concurridas me parecían provincianas.

–Bueno, ¿te ha contado mamá que me caso?

–¡No! ¡Ni siquiera sabía que tuvieras novia! ¿Cuándo lo decidiste?

–Hace cosa de un mes. Se llama Rebecca. Bex. Vivió en Londres un tiempo, así que tendréis algo de que hablar.

–Vaya. Felicidades, hermano.

–Y está embarazada.

–¡Oh! ¿Por qué nadie me cuenta nunca nada?

–¡Pero si nunca coges el teléfono!

–Podríaís escribirme un correo.

–No te voy a decir por *mail* que voy a tener un hijo. En fin, la conocerás en el recital. Está en Tauranga, visitando a su familia.

Nos quedamos callados. La lluvia arreciaba ahora y el tráfico era lento, formado por las habituales colas de coches que escapaban de la ciudad, camino de rincones más apacibles en los que pasar el fin de semana.

¿Cuándo fue la última vez que llamé a casa? Pensaba mucho en ellos, en mi familia, en mis amigos, en Nueva Zelanda en general, pero lo cierto es que no había levantado el teléfono para llamarlos desde las Navidades, hacía ya seis meses, y solo para hablar con mis padres. Con Ben llevaba más de un año sin hablar.

–Me alegro mucho de verte, hermano –dije, mientras sentía que me embargaba la tristeza, y cambiaba repentinamente de humor, que se volvió gris como el del paisaje.

–Y yo de verte a ti, hermanita. Te hemos echado de menos.

Pasamos el resto del camino charlando sobre viejos amigos y conocidos. Nada había cambiado especialmente, aparte de la inevitable serie de bodas y nacimientos entre los más jóvenes, y de divorcios entre los de más edad. Siempre me sorprendía escuchar que parejas a las que conocía cuando me marché, se las habían ingeniado para seguir juntos.

Mis padres, por ejemplo, que llevaban casados más de treinta años. Siempre habían mostrado que se querían, aunque nunca pensé que estuvieran realmente enamorados. Mi hermano y mi hermana no estaban de acuerdo conmigo: ellos pensaban que nuestros padres eran el paradigma del amor verdadero, prueba viviente de que dos personas podían estar juntas a las duras y a las maduras. En mi opinión, si habían conseguido que su matrimonio durara, era porque estar juntos les resultaba más fácil y más agradable que la alternativa de tener que enfrentarse a una ruptura y luego quedarse solos. Yo siempre había sido la cínica de la familia.

Sabía que estábamos llegando a Te Aroha antes de llegar al

letrero de «Bienvenidos» que nos informaba de que entrábamos en el pueblo.

Siempre pensé que allí la luz era ligeramente más oscura que en los pueblos vecinos. Y siempre tuve la impresión de que vivíamos bajo la sombra de la montaña, el pico Te Aroha, que cubría todo el pueblo; era demasiado larga y ancha. Mi familia pensaba que estaba chalada; para ellos, la luz en Te Aroha era exactamente igual que en cualquier otro sitio. Sin embargo, yo la encontraba opresiva, como cuando uno duerme con una manta que está demasiado ajustada a la cama.

La montaña se erguía a lo lejos como un manchurrón negro en el horizonte, fuese cual fuese la estación del año. Era la razón de ser del municipio, y también la primera ruta que encontré para salir de él.

De pequeña la subí con mi padre. Yo tiré la toalla a poca distancia del inicio, porque la tierra estaba muy embarrada y el ascenso que tenía por delante me pareció abrumador. Mis pies no encontraban asidero en la tierra y mi padre tuvo que cogerme en brazos y llevarme a hombros todo el camino hasta la cima.

Cuando miré desde lo alto y vi lo que imaginaba que sería el resto del mundo desplegado ante nosotros, sentí que al fin me libraba de la sombra de la montaña, y desde aquel día consideré todo lo que quedaba más allá de las lindes del pueblo como la Tierra Prometida. Me marché al día siguiente de terminar el instituto, y nunca volví, excepto en contadas visitas.

Yo era la menor de los hermanos y siempre había sido la rara. Mi hermana mayor, Fran, trabajaba en la sucursal local del Bank of New Zeland. Llevaba diez años allí y no tenía ningún interés en marcharse de Te Aroha. Mi hermano había estudiado a distancia en la Open Polytech y tenía una diplomatura en ingeniería. Yo era la única que había ido a la universidad, aunque no hubiese durado mucho.

Nunca había sabido explicar mi necesidad de no parar quieta en ningún sitio mucho tiempo. Probablemente, Nueva York era el lugar en el que más había echado raíces. Me sentía muy cómoda –también lo había estado antes en Londres–, porque era una ciudad en un proceso constante de transformación. En las dos ciudades estaba rodeada de movimiento continuamente y disfrutaba de la paz que sentía viviendo en el ojo del huracán. Allí no tenía que ser yo la que corriera de un lado para otro, para crear mi tornado particular que me sacara del tedio propio de una ciudad pequeña.

De niña, tal como me había contado mi madre, me quedé fascinada con una colonia de gitanos que estaba de paso por Te

Aroha en un viaje por la península de Coromandel. Vendían baratijas hechas a mano, echaban las cartas y ofrecían espectáculos de malabares con antorchas y también visitas a los camiones pintados de vivos colores en los que vivían.

Lo único que deseaba en mi vida era escaparme e irme con ellos, tocar el violín para las muchachas que hacían malabarismos con el fuego, que me parecían tan exóticas con sus pies descalzos sobre la hierba; bailaban moviendo con gracia las caderas, mientras agitaban sus cariocas encendidas impregnadas en gasolina, y las movían tan rápido que era como si el aire mismo ardiera.

Estaba empezando a anochecer cuando aparcamos delante de casa de mis padres, el lugar en el que había pasado diecisiete años de mi vida. Como siempre anduvimos cortos de dinero, y no éramos nada materialistas, la casa no había cambiado mucho con el tiempo.

Había un garaje nuevo, el jardín estaba cuidado y a la valla le habían dado una mano de pintura. Allí seguía el limonero, algo que me resultó curiosamente reconfortante, quizá porque sus frutos habían adornado mis tortitas desde los tiempos en que empecé a poder sujetar un tenedor y un cuchillo por mí misma.

La gatera de la puerta de la casa oscilaba adelante y atrás, y los dos bulldogs de mi madre, *Rufus* y *Shilo*, nos gruñían con su ronco rugido, mientras con sus cortas patitas lograban bajar de uno en uno los escalones de la entrada sin dar una voltereta. Mi madre apareció detrás de ellos. Había salido corriendo a recibirnos nada más oír el bramido del Toyota por la calle.

Pude ver el rostro de mi hermana y de mi padre asomados a la ventana de la cocina, sonriendo de oreja a oreja. Fran vivía a unas calles de mis padres en una casita que compartía con una amiga.

Fran pasó muchos años sin pareja, y la última vez que supe de ella no había indicios de romance a la vista, pero después de la noticia de Benji no me habría sorprendido que apareciese en la puerta con un hombre al lado y un par de críos revoloteando a su alrededor. Mi madre se habría llevado una gran alegría con la boda de Ben. Mi hermana y yo habíamos jurado que nunca nos casaríamos, así que había temido quedarse sin nietos.

—Hola, cariño —dijo, y me abrazó con todas sus fuerzas. Llevaba puesto un mandil color crema, bastante gastado y lleno de lamparones, encima de unos vaqueros y un jersey rosa pastel. Se había maquillado para recibirme: apenas un toque de maquillaje y un poco de colorete. Aunque no se teñía el pelo y tenía canas,

conservaba su abundante melena. Nunca había sido especialmente coqueta. Estaba algo más rellenita que la última vez que la vi, pero le favorecían los kilos, al igual que las canas. Siempre la imaginaba como un árbol, creciendo sin cesar, apaciblemente, permitiendo que la naturaleza moldease libremente su cuerpo. Nunca la oí decir nada peyorativo sobre sí misma, ni –que yo supierase había puesto nunca a régimen, lo cual seguramente explicaba por qué mi hermana y yo gozábamos de una autoestima bastante sólida.

Fran era la única de nosotras que llevaba el pelo corto. De adolescente se lo cortó muy corto y se lo tiñó de rubio oxigenado. Fue el mayor gesto de rebeldía en nuestra familia antes de que yo dejase la carrera y me fuese a vivir a Australia, y desde entonces lo lleva corto. A mi modo de ver, éramos completamente distintas, pero la gente decía que teníamos la misma manera de hablar y de movernos. Incluso habiendo pasado un montón de años separadas, todavía éramos capaces de terminar las frases que empezaba la otra y de aconsejarnos mutuamente qué ponernos.

Fran recordaba a un duende: era menuda, ágil, con una nariz puntiaguda y una gran sonrisa. Montaba en bicicleta y usaba unas gafas con gruesa montura de plástico, aunque veía perfectamente. Tenía el mismo aspecto que las chicas que se veían pasar en bici por el barrio londinense de Shoreditch, y siempre me había parecido un misterio que hubiese optado por quedarse en Te Aroha. Al principio, yo pensé que ella no pertenecía a aquel ambiente, pero llevaba ya tanto tiempo allí que de alguna manera el pueblo había acabado por envolverla y ser parte de ella, como un molusco del casco de un barco.

Fran me dio un abrazo tenso y breve. Nunca le gustaron las muestras de cariño. Después de tanto oír que los británicos eran distantes, me llevé una sorpresa al comprobar que eran mucho más dados al contacto piel con piel que los *pakeha* de Nueva Zelanda, para quienes era poco frecuente saludar a los amigos con algo más que una mera sonrisa o unas palabras simpáticas.

Detrás de ellas estaba mi padre, aguardando con paciencia. Llevaba aún su mono de trabajo, un uniforme sin el cual rara vez lo había visto; era como su segunda piel, tan familiar para mí como ver a mi madre con el mandil puesto. Me levantó del suelo con su abrazo y me mantuvo en vilo tanto tiempo que pensé que tal vez podría dormirme en sus brazos como una chiquilla.

La puerta volvió a abrirse y detrás de ellos apareció una silueta imponente, que se detuvo en el umbral.

El señor Van der Vliet. No era tan alto como lo recordaba, pero estaba tan flaco como siempre y seguía luciendo los mismos escasos mechones de pelo a ambos lados de su calva. Debía de tener ya más de ochenta años, pero conservaba aquella mirada viva y despierta y la misma expresión vivaracha que la urraca de la ópera de Rossini cuando se posa en la cuchara de plata.

–Felicidades, mi niña –dijo, cuando le di un beso afectuoso en la mejilla hundida. Él me devolvió unas palmaditas en la espalda.

No vivía cerca de mis padres, ni los veía con regularidad, de modo que debía de haber venido solo para verme. De pronto sentí que estaba a punto de echarme a llorar.

Fran me salvó. Carraspeó y dijo:

–Deberíamos entrar, ¿no, chicos? No tiene sentido que sigamos aquí fuera todos, ¿eh? Hasta los perros tienen hambre, los muy glotones...

Mi madre debía de haberse pasado semanas cocinando, porque la mesa parecía a punto de hundirse bajo el peso de mis platos favoritos.

–Llevo un mes cocinando y congelando por tandas –dijo, muy satisfecha.

Las hortalizas venían directamente de nuestro jardín, que mi padre cuidaba con esmero, y la carne procedía de un ganadero cercano. Al parecer, papá había canjeado unos neumáticos de camión por una vaca, cuyo cuerpo fue descuartizado y almacenado en el arcón-congelador del cobertizo.

Teníamos refresco de limón L&P y cervezas Speight's para acompañar las viandas, y, de postre, el típico helado neozelandés de vainilla con trocitos de *toffee*, con buñuelos de manzana caseros, seguidos de Pineapple Lumps, las populares chokolatinas blandas neozelandesas rellenas de crema de piña. Cuando fui a por el salero y el pimentero, me fijé en que la despensa estaba llena de paquetes de pan de la marca neozelandesa Vogel's.

–No estábamos seguros de qué sería lo que más echarías de menos –dijo mi madre–, y por eso compramos de todo.

Estaban empezando a empañársele los ojos, pero seguía sonriendo.

–No me va a dar tiempo a comérmelo todo antes –protesté yo.

–Oh, sí, claro que podrás –respondió ella–. Ya me ocuparé yo de que te lo comas.

–Mamá, que en Nueva York también hay comida.

–Pero no como la que prepara tu madre, ¿eh?

–No, eso te lo aseguro –dije, acariciándole los hombros antes de sentarme a la mesa en mi sitio.

Benji me sacó del apuro, pero yo sabía que las chanzas de mi madre solo eran señal de que me echaba de menos.

–Bueno, hermanita, cuéntanos de tu vida en la gran ciudad. ¿Qué se siente siendo famosa? ¿Tienes un camerino para ti solita?

Me eché a reír.

–Qué va, es mucho menos glamuroso de lo que parece. Tocar en público me encanta, pero estoy hasta el gorro de las habitaciones de hotel y de vivir solo con una maleta.

–¿Solo con una maleta? –dijo Fran–. Pues parece que eso te va al pelo. No te planteas volver aquí nunca, ¿verdad?

–Un día volveré.

El señor Van der Vliet fue el siguiente en sacarme de un aprieto.

–¿Cuándo tienes el próximo concierto?

–Bueno, he tenido la suerte de conseguir una semana entera libre antes. Luego iré al sur y desde allí recorreremos el país dando conciertos. Christchurch, luego Wellington, luego Auckland y, después del último concierto, otra vez al aeropuerto para ir a Melbourne y luego a Sydney. Pero solo estaré un par de días en cada una. Es una visita relámpago. En cada ocasión, tocaré con orquestas de aquí. Fue un argumento comercial para cerrar contratos, y además nos ayuda a no disparar los gastos. Por eso tendré que ensayar bastante.

Fran estalló con una risotada y me dio con los dedos suavemente en las costillas.

–«En cada ocasión» –repitió, poniendo un falso acento británico–. ¿Habéis oído? ¿Pero cuándo has aprendido a hablar tan fino?

Uno de los perros ladró desde un rincón como para manifestar su acuerdo.

El señor Van der Vliet los ignoró a ambos.

–Pues sí que te hacen trabajar duro, ¿eh?

–Sí, muchísimo, pero soy consciente de la suerte que he tenido. Para la mayoría de los violinistas esto es un sueño.

–He leído que estabas tocando con el director venezolano, Lobo, ¿no?

–Sí, con Simón –respondí rápidamente.

–¿Te has puesto colorada? –preguntó Fran, que había estado observándome con atención–. ¿Qué? ¿Pasa algo con ese director? Cuéntanoslo.

–Nada, en serio. Somos amigos, nada más.

–Oh, Dios mío, no te nos vayas a vivir a Sudamérica –intervino mi madre, llevándose la mano a la cabeza en un gesto de desmayo–. ¡Bastante lejos está ya Nueva York!

–Pues Venezuela está más cerca de Nueva Zelanda que Nueva York, mamá, pero no te preocupes, que no me voy a ir a vivir allí.

–¿Y con quién estás viviendo en Nueva York? ¿Tienes un hogar en el que refugiarte cuando estás de permiso?

–Pues compartía piso con una pareja de croatas que tocan en la sección de metales de la orquesta, pero cuando comenzó la gira dejé el piso. Cuando vuelvo, suelo quedarme en casa de amigos a pasar una o dos noches, y llevo la ropa a una lavandería.

Hablaba mirando fijamente mi plato, pues la conversación me estaba haciendo sentir cada vez más incómoda. En el fondo no estaba muy segura de por qué no quería hablarles de Dominik. Habría podido mencionar sin ningún problema que estábamos saliendo, sin añadir que me gustaba que me atase las muñecas a la espalda o que me hiciese el amor mientras me rodeaba suavemente el cuello con una mano. Igual que otras personas no entrarían en detalles sobre su vida amorosa en una reunión social, aunque no tuviesen por costumbre dedicarse a prácticas más liberales que hacer el amor al pie de la cama.

Mi padre apenas dijo una palabra en toda la noche, pero no dejó de sonreír de oreja a oreja. Había conseguido invitaciones para todos los conciertos; tenía pensado hacer una gira a su manera, dijo.

Mi madre no podría asistir a todos, pero la familia al completo vendría a verme tocar en Auckland, en el Aotea Centre de Queen Street.

–Alguien tiene que quedarse a cuidar de los perros –dijo, en tono de disculpa.

No fue hasta el momento en que me metí en la cama – una cama individual, primorosamente preparada, en la misma habitación de mi infancia–, cuando empecé a sentirme desesperadamente sola.

Me había habituado tanto al sonido incesante del tráfico a todas horas, que los sonidos de la urbe eran para mí tan relajantes como un CD de sonidos de ballenas o el rumor de las olas en la orilla del mar. Allí no se oía ni un solo ruido fuera de la casa. Aquel intenso silencio me agobiaba, como si estuviese atrapada en un tanque de flotación.

Abrí la ventana, a pesar de que había empezado a llover de nuevo, me senté de rodillas en la cama y me quedé contemplando la

oscuridad. Esperaba ver estrellas, pero aquella noche no había ninguna.

Por lo general, el cielo de Nueva Zelanda está lleno de estrellas, y el aire es tan transparente que brillan como balizas.

La gente decía que era una trotamundos, pero ¿cómo podía ser otra cosa cualquiera que viviera en aquella parte del planeta? Llevamos en la sangre el deseo de ir en pos de lo nuevo. Por supuesto, podía entender por qué regresamos a casa. Nunca dejaría de sentir amor por mi tierra, por mucho tiempo que viviese lejos de ella, pero no podía entender a la gente que no deseaba salir de allí.

Me preguntaba si a Dominik le pasaría lo mismo. Si solo había ido a Nueva York por mí. Si alguna vez realmente podríamos estar juntos. Por una parte, parecía que la cosa estaba condenada a no ocurrir. No tenía claro si alguna vez me perdonaría por haberlo dejado atrás para marcharme de gira. No podía soportar la sola idea de estar sin él. Había probado toda clase de opciones para remedar su compañía, la mayoría absurdas o peligrosas, o las dos cosas a la vez.

Últimamente había evitado atarme en privado la cuerda alrededor del cuello porque las implicaciones que entrañaba me ponían los pelos de punta, y aún me asustaba más el hecho de que el miedo me excitaba. Ni siquiera a Dominik le gustaría, pensaba yo; en cualquier caso, las probabilidades de tropezar con algo, de que la cuerda se enganchara en algún sitio y yo me estrangulase eran prácticamente nulas.

De todos modos, la llevaba en la maleta. Cuando crucé el control de aduanas me habían entrado palpitaciones, imaginando todas las excusas que habría tenido que inventar si me registraban la maleta y la encontraban. La llevaba para hacer escalada. O porque era *girl scout*, como le había dicho a Simón cuando me despedí de él con un beso aquella noche.

A lo mejor podría decir la verdad y explicar con un susurro que simplemente me gustaba jugar un poquito al *bondage*. ¿Acaso era delito? Pero mi equipaje había pasado la prueba sin que me hubiesen preguntado nada ni una sola vez. No había sacado la cuerda de la maleta. Estaba ahí dentro, como una culebra escondida en la arena; un peligro potencial siempre presente pero siempre oculto a la vista.

¿Cómo demonios había ocurrido?, medité, mirando a la luna, con la cara empapada y fría por la lluvia como el alféizar de la ventana. La brisa arrancaba susurros a los árboles, esbeltos compañeros de mis cavilaciones, y distinguí entre las sombras algún

que otro animal.

Hasta la oscuridad parecía más negra, solo la interrumpía el resplandor de alguna farola. Cerré la ventana y paseé la vista por mi habitación, que no había variado ni un ápice desde que me fui.

Había pensado que mis padres se mudarían a una casa más pequeña cuando los hijos nos hubiésemos marchado, para no tener que cargar con su mantenimiento, o que alquilaran una habitación a algún huésped para sacar un dinerillo extra. Como mínimo, que redecorarían nuestras habitaciones, que pasarían a ser cuartos de invitados o trasteros. Sin embargo, estaban exactamente igual que antes, tal y como las habíamos dejado cuando nos fuimos de casa; eran el equivalente arquitectónico de una cápsula del tiempo.

De niña había sido poco consumista. Solo tenía unos cuantos libros, pilas de discos, cintas de audio y CDs, y un globo terráqueo al que me pasaba las horas dando vueltas y contemplando, imaginando todos los lugares que conocería. Ahí estaba mi primer violín, de tamaño infantil, guardado todavía en su estuche original, con un arquito puesto al lado, con la mayoría de las cuerdas rotas. Y un jarrón blanco decorado con motivos orientales –unas diminutas flores de cerezo, que me regaló mi padre, no por mi cumpleaños ni por Navidad, sino porque lo vio en una tienda y se acordó de mí. «Para cuando vayas a Japón», me dijo. Aún no había ido.

Finalmente volvió a brillar el sol la mañana en que tenía que dar la charla en mi antiguo colegio. Era la cosa más extraña del mundo, hablar para unos chavales que parecían mucho más pequeños de lo que yo pensaba que era a su edad. Las criaturitas me llegaban por la cintura. Yo había estado aterrada pensando que me interrumpirían cada dos por tres y que me tirarían cosas, pero permanecieron sentados todo el tiempo, mirando fijamente algún punto en el espacio, con gesto huraño, como si nunca en su vida hubiesen estado más aburridos.

Los pasillos y los edificios del centro estaban casi igual que como los recordaba y seguían allí muchos de mis antiguos profesores. Me invitaron a entrar por primera vez en la sala del claustro docente y me sorprendió el afectuoso recibimiento que me dieron unos maestros a los que yo pensaba que nunca había caído bien. Hasta mi profe de matemáticas, el señor Bleak, que siempre me había parecido un gruñón y que se frustraba hasta estallar por mi incapacidad para comprender el álgebra, sonrió de oreja a oreja cuando me vio, junto al

dispensador de agua.

–Felicidades –dijo–. Saliste al mundo y te hiciste una mujer de provecho. Ojalá la mitad de nuestros alumnos hicieran lo mismo...

Su rostro volvió a ponerse serio al decir estas últimas palabras y se dio la vuelta para irse, con la taza y la bolsita del té en la mano. No había esperado para ponerse agua hirviendo.

Yo cogí una taza. Al ir a buscar un sitio donde sentarme, estuve a punto de arrollar al hombre que tenía detrás de mí; me choqué con él y me derramé el café hirviendo por todo el brazo.

–Ay, cuánto lo siento –se disculpó, aturullado. Trató de secarme la muñeca con su propia manga y acto seguido se echó para atrás, como si él fuese el que se había abrasado.

–¿Graham? –dije yo, en un susurro.

El silencio se extendió por la sala como una ola. Era la única persona a la que llamaba por su nombre, en vez de por su apellido. Debería haber dicho «señor Ivers», igual que a mi profe de matemáticas lo llamaba señor Bleak y a la de música seguía llamándola señora Drummond, aun cuando ella se echó a reír e insistió en que la llamase Marie. Pero no me acostumbraba a llamar a mis profesores por su nombre.

El señor Bleak carraspeó y tuvo el detalle de ponerse a hablar a grito pelado sobre el tiempo con la persona que tenía al lado. Enseguida volvió a instalarse en la sala el runrún normal de las conversaciones, cuando los profesores olvidaron nuestro momento de familiaridad y volvieron a sus asuntos.

Graham había sido mi entrenador de natación, y el hombre con el que perdí la virginidad.

Me había sorprendido masturbándome en los vestuarios de chicas un día después de la clase de natación, y me preguntó si quería experimentar la sensación de tener dentro a un hombre, a lo que yo respondí que sí.

No se lo conté a nadie, ni siquiera a Mary, mi mejor amiga de la época, aunque creo que siempre sospechó algo.

La única persona que lo sabía era Dominik, pero no le había contado la historia entera –que yo había continuado nadando y nadando para Graham, disfrutando de la incomodidad de cada largo bajo su atenta mirada.

Mi madre se mostró entusiasmada con mi inusitado interés por la natación, porque estaba convencida de que estaba obsesionada con la música y que aquello no era sano. Incluso se habló de que tal vez

podría competir en los campeonatos de natación de Waikato. Yo me inventaba cada vez más excusas para quedarme hasta tarde después de los entrenamientos, el tiempo suficiente para que se marcharan todas las chicas y pudiera masturbarme con la puerta abierta, esperando como loca que el entrenador entrase y me follase de nuevo.

Por supuesto, las demás chicas comenzaron a cuchichear y tal vez aquellos chismes llegaron a la sala del claustro de profesores. Un día, al llegar a la clase de natación, nos dijeron que a Graham lo habían trasladado a un colegio de los alrededores. Su sustituta era una mujer de mediana edad con las piernas arqueadas que llevaba un bañador verde con el que parecía un batracio aun más que cuando iba vestida.

Me borré de natación y volví con energías renovadas al aprendizaje del violín.

–Me alegro de que hayas vuelto –dijo el señor Van der Vliet, y eso que no me había saltado ni una sola hora de clase de violín–. Estaba empezando a preocuparme.

Nunca me había enfadado con el entrenador de natación, pero debería haberlo hecho. Solo me dio pena que ya no me deseara. Bien o mal, yo había disfrutado con aquello. En aquel entonces yo me consideraba una adulta; pero viendo a esas chiquillas con sus rostros lozanos y sus fiambreras para el almuerzo, unas crías que seguramente tendrían que estar en la cama a las ocho de la noche después de ver pelis de Disney, me impactó pensar lo joven que era.

No pude evitar sentirme responsable, como si todo aquello hubiese sido culpa mía. El señor Ivers debería haberse comportado mejor, pero jamás me obligó a hacer algo que yo no quisiera, y no puedo decir que no hubiese gozado.

Desde luego, él no era culpable de que yo fuese así, simplemente había avivado una llama que existía en mí de nacimiento y que formaba parte de mi ser igual que mi pelo pelirrojo. Él tenía tanta responsabilidad como la de la arena cuando recibe una ola que rompe en la orilla.

De repente, sentí una arcada. Me disculpé y me fui corriendo al baño de chicas.

Cuando me miré en el espejo, estaba tan gris como el pasillo del colegio. Me eché agua en la cara para recobrar el tono y me sequé la boca con gesto cansino.

Miré la hora en mi reloj. El tiempo pasaba volando y llegaba

tarde a mi encuentro con los alumnos de los niveles superiores de música, con los que esa noche tocaría en el recital. Iba a dedicar el resto del día a ensayar con ellos.

Tenía que hacer de tripas corazón.

Graham estaba esperándome fuera del baño de chicas cuando salí.

–No parece el lugar más idóneo por el que deba estar pululando usted –comenté, impaciente por llegar al ensayo.

Se puso colorado como un tomate. Había perdido un poco su forma atlética de los años de juventud y estaba empezando a salirle papada. Su tupida mata de pelo presentaba entradas, lo que daba a su frente el aspecto de un huevo asomando por el trasero de un pato. Había empezado a fumar y lo envolvía el olor pestilente del tabaco. Contuve la respiración.

–Perdone –añadí–. No he debido decir eso. ¿Viene esta noche al concierto?

Él respondió que sí con la cabeza.

–Pues nos vemos allí –dije alegremente, y me fui en dirección a la sala de música, donde me encontré con los músicos que habían seleccionado para tocar conmigo.

Tenían un nivel correcto, y no estaban ni remotamente tan nerviosos como la señora Drummond. Yo les había enviado por adelantado las piezas que proponía para el concierto. Había dedicado horas a diseñar el programa, con la idea de llevar la música clásica a una población que probablemente en su mayor parte nunca había oído ni una nota de este género.

La mayoría serían piezas de Enzso, el proyecto orquestal de la colaboración de Split Enz con la orquesta sinfónica de Nueva Zelanda. Empezaríamos con «Message to My Girl», la pieza que había tocado en la habitación de hotel de Washington Square después de dejar a Victor, cuando Dominik reapareció en mi vida como por arte de magia. Aquella canción me produjo punzadas de dolor en el corazón, incluso cuando la tocamos por décima vez.

Incluí también un par de temas instrumentales de *El señor de los anillos*, que a los chavales parecieron gustarles especialmente.

Aunque fuera ante un público de bajo perfil, el auditorio del Te Aroha College representaba mi primera oportunidad de hacer las cosas a mi manera y, pese al entorno informal, era el concierto que más me ilusionaba. La programación para el resto de conciertos, en los auditorios de mayor renombre, serían más formales e incluirían

sobre todo recursos clásicos, así como el concierto de Vivaldi, que se había convertido en una especie de banda sonora habitual.

El auditorio estaba muy iluminado, y no había ningún foco especial ni se oscureció la sala. Cada vez que levantaba la vista podía ver al público perfectamente. Aunque procuré dejarme llevar por la música como siempre, no me resultó tan fácil como cuando tocaba en salas mucho más grandes pero de luz tenue donde, incluso con un millar de personas mirándome, me sentía como si estuviese sola en el escenario porque no podía verles los ojos.

Durante la actuación estuve mucho más alerta, consciente de estar cumpliendo la misión de alentar a los estudiantes de música, algunos de los cuales, antes de salir a escena estaban blancos y temblorosos como una sábana tendida un día de viento en Wellington. Además, era la primera vez desde que estaba en el instituto que tocaba en público para mis amigos y mi familia.

Mi familia se había puesto de tiros largos para la ocasión, y hasta mis amigas Cait y Mary, que vinieron desde el norte para el concierto, habían sacado sus vestidos más elegantes, aunque las dos parecían un tanto desconcertadas en el teatro; estaban más acostumbradas a salir de marcha por Auckland o Wellington. La idea de no cumplir sus expectativas me tenía mucho más nerviosa que la presencia de los críticos más duros del mundo de la música clásica.

La primera parte transcurrió bien, y luego tuvimos un breve receso de quince minutos para recuperar fuerzas. No tuve agallas para salir a la sala a recibir felicitaciones y a que me miraran con cara de curiosidad los lugareños que querían ver cuánto había cambiado. Mi agente me había dicho que debía hacer más esfuerzos para conectar con mi público, pero pensé que hasta ella perdonaría mi reticencia esta vez.

Hurgué en el bolso en busca del teléfono móvil, fingiendo que esperaba una importante llamada, y a continuación me escabullí por una salida lateral y me apoyé en un muro del exterior del auditorio para saborear el aire fresco. Había dejado de llover, pero las nubes parecían tan cargadas como siempre, sumiendo al pueblo en un vapor húmedo. La hierba estaba empapada y lustrosa y las gotas de los árboles brillaban a la luz de la luna como cuentas de cristal.

Interrumpió mis pensamientos la tos de alguien que, apoyado en el muro también, un poco más allá, encendió un mechero. Mi compañero estaba oculto en la más absoluta oscuridad, salvo por el breve fulgor del mechero, pero reconocí su aroma y distinguí el perfil

de su cabeza contra el fondo del cielo nocturno. Era el señor Ivers.

–Me alegro de encontrarte a solas –dijo–. Quería hablar contigo.

La punta del cigarrillo encendido se movía como una luciérnaga. Le temblaban las manos.

–¿Ah, sí? –respondí.

No me pareció posible que fuera a hacerme alguna proposición fuera de lugar. Lo miré otra vez, ahora que empezaba a acostumbrármeme la vista a su presencia en la oscuridad. Probablemente acabaría habituándome también al olor del tabaco; había pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuve con Dominik. Con tanto trasiego de una ciudad a otra no había mucho tiempo para ligar y cuando terminaban los conciertos estaba agotada, deseando irme a dormir.

Hasta llegué a plantearme pagar, contratar a un chico de compañía, pero Internet no había sido de gran ayuda en este sentido, porque estaba lleno de mujeres que ofrecían esos servicios pero había muy pocos anuncios de hombres que me pareciesen de fiar. Me dio miedo la vergüenza y el peligro a que me exponía si la cosa salía mal, por lo que decidí renunciar a la idea.

A lo mejor sería interesante volver a estar otra vez con el señor Ivers, en recuerdo de los viejos tiempos. Incluso hasta podríamos regresar a la escena del «crimen».

Transformé mi semblante con una amplia sonrisa coqueta y me acerqué un poco a él.

–¿Sabe?, estoy segura de que después del concierto podríamos encontrar la manera de entrar en los vestuarios... Hasta es posible que usted tenga una llave.

–¿Has perdido el juicio? –dijo él entre dientes, visiblemente conmocionado por mi insinuación.

–Pero pensé que usted...

–Por favor, no. Me caso dentro de un mes. Solo quería hablar contigo y decirte que lo sentía y comprobar que... no hubieses dicho nada por ahí. No tengo mucho dinero, pero si pudiera servir para que... siguieras tu camino como si nada, puedo pagarte. Tengo unos ahorros, no es gran cosa, pero...

–¿Cree que quiero dinero? –lo interrumpí.

–Mira, ya sé que no va a mejorar las cosas, y sé también que ahora eres famosa, ¿no? Así que seguramente ni siquiera necesitas mi dinero –dijo él con desdén.

–No quiero su dinero, y no voy a contárselo a nadie.

–Gracias, gracias.

Relajó la postura y dio una calada larga a su cigarrillo.

–Por cierto, estuviste fabulosa. Con el violín, me refiero –añadió, sonriendo, al tirar a la hierba la colilla que aplastó con un vigor que normalmente solo se reserva para matar insectos especialmente repugnantes.

Se dio la vuelta y entró de nuevo en el auditorio, justo cuando sonaba un timbre que anunciaba que todo el mundo debía volver a sus asientos.

Me agaché y me quedé en cuclillas mirando los rescoldos de la colilla del cigarrillo, que no se habían apagado del todo pese a la presión de su pisada, hasta que titilaron por última vez y se extinguieron.

En ese instante deseaba a Dominik como nunca lo había deseado antes.

Bajo el paseo marítimo

–Se me ocurrió llamarte –dijo Lauralynn.

Dominik llevaba ya unas semanas trabajando en su novela. No tenía mucho más que hacer aparte de eso. Su vida seguía una rutina establecida. Pasaba unas horas en su despacho en la biblioteca, como era su obligación, se dejaba caer por el cubículo de algún que otro compañero para charlar sobre cotilleos literarios varios, y luego cogía el metro para volver al SoHo. Ya ni siquiera salía a comer fuera, y tiraba de los diversos servicios de comida a domicilio: un día *sushi*, otro comida mexicana, italiana, comida ecológica de un sitio que hacía esquina con Greenwich Avenue, o simplemente comía unos *bagels*.

Al principio le costó arrancar. El cursor en la pantalla blanca del portátil parpadeaba sin fin, y la cabeza le bullía llena de ideas dispares, muchas veces demasiado fugaces para cazarlas al vuelo antes de que surgiera otra distinta, que acababa desvaneciéndose a la cruda luz del pensamiento racional. Después de la euforia que había sentido ante la perspectiva de embarcarse en un proyecto nuevo, entendió que escribir acerca de hechos reales era mucho más fácil. Solo tenías que ceñirte a los elementos que habías encontrado en tus investigaciones, presentarlos de la manera más clara y convincente posible y luego encajarlos en tu argumentación. Pero lo de la narrativa era algo totalmente diferente.

Conocía bien el relato que estaba tratando de urdir, casi hasta los últimos detalles. Sabía las cosas que harían sus personajes, sus reacciones, la trama de muerte y placer en la que se encontrarían inmersos, pero, a pesar de ello, seguía sin poder delinearlos debidamente en su imaginación. Meterse en su piel. Percibir plenamente qué los movía. Era como si no terminaran de ser creaciones suyas.

Lo que hizo fue dejar a un lado los libros y los artículos de viejas revistas y periódicos que había ido acumulando acerca del París de la posguerra –sobre músicos negros de jazz, el existencialismo y el ambiente bohemio de las calles y los cafés de la zona de Saint-Germain-des-Prés–, y ponerse a releer por las tardes algunas de sus

novelas favoritas. Quería analizar cómo se las habían ingeniado sus autores para dotar de vida su material, tratando de encontrar la técnica que subyace a la pericia literaria. Aquello solo contribuyó a complicar aún más su propósito de escribir una novela. No se sentía preparado. ¿Sería un talento del que él simplemente carecía?

Summer estaba en Australia. La gira iba bien, pero el regreso a sus raíces había sacado a la luz sentimientos encontrados. Cada pocos días le mandaba un mensaje de texto tratando de expresar cómo se sentía. Él intentaba imaginarse los lugares en los que estaba, las calles mojadas, los rostros de la gente, la impresión que ella causaría a los demás, la manera en que iba vestida o caminaba con esa mezcla tan especial de inocencia e involuntaria provocación que arrastraba a su paso.

Llevaba más de un mes sin verla. Cerró los ojos para intentar recordar su cara, el color de sus ojos, la forma de su boca cuando arrugaba los labios en un mohín durante la agonía del placer.

Su orgullo, su carácter impredecible.

Frente a él el cursor seguía parpadeando, apareciendo y desapareciendo de este mundo.

Huyendo de un desdichado primer amor, su joven heroína había querido escapar de su aburrida existencia en su ciudad natal al este de Texas, en un lugar llamado Nacogdoches, y acababa de llegar a París, donde iba a conocer a un reportero inglés. La historia se desarrollaría teniendo como telón de fondo la insólita pero fascinante etapa histórica sobre la que él quería escribir. Como es natural, el protagonista masculino estaba basado en sí mismo, más bien en cómo habría podido ser él en otra vida. Pero el personaje de Elena seguía escapándosele de entre los dedos y todos sus esfuerzos por hacerla creíble habían fracasado estrepitosamente. Ni siquiera sabía cómo era físicamente.

Por fortuna, una llamada telefónica interrumpió sus reflexiones. Era Lauralynn.

–Hola, Lauralynn. ¿Cómo va la vida?

–Te llamo para pedirte un favor.

–Dime.

–Tengo una semana libre. Quiero ir a Nueva York. Aquí me estoy atrofiando. Esto es muy paleta, por mucho que sea una ciudad universitaria. Si nada lo remedia, podría acabar convertida en una mujer florero...

–¡Qué me dices! ¿En serio? ¿Tú?

–No es broma. En fin, ¿hay alguna posibilidad de quedarme en tu casa?

–Mmm... –Dominik se quedó bastante desconcertado con aquella petición.

–Summer sigue fuera, ¿no? –añadió ella.

–Sí –admitió Dominik–. Estará fuera aún un par de semanas. Está en las antípodas... ¿Y no has pensado en Miranda, tal vez? –preguntó él.

–Lamentablemente, no ha dado señales de vida desde la fiesta de Brooklyn –respondió Lauralynn–. A lo mejor fue un poco excesivo para ella. Supongo que en el fondo es una mujer demasiado convencional. Estará muerta de vergüenza, o puede que quiera llegar más lejos y no se atreva. En cualquier caso, su piso es demasiado pequeño. Podría resultar incómodo para una semana entera. Vosotros tenéis bastante espacio, creo.

–Pero solo hay un dormitorio...

–No pasa nada. Me llevo el saco de dormir. No querría que te sintieras violento. Ya me conoces, soy invisible.

–¿Ah, sí?

–Totalmente.

Dominik sopesó la cuestión unos segundos.

–Supongo que...

–Gracias, eres un amigo de verdad. Ya verás, no te voy a agobiar en absoluto. Además, ¿cuándo fue la última vez que alguien te ha hecho algo de comer como es debido? ¿Summer cocina?

–Lo básico –confesó Dominik–. Casi siempre pedimos comida por teléfono.

–Vaya par de vagos –dijo Lauralynn–. Venga, dame tu dirección. Llego a Grand Central Station a primera hora de la tarde. Iré a tu casa directamente. ¿Hay alguna cosa que quieras que lleve?

–Pues no se me ocurre nada. No estaría mal si consigues encontrar a una chica que está en Australia y la teletransportas hasta aquí, pero me parece que queda fuera del alcance de tus extraordinarios poderes... Puedes dejar en New Haven tus palas, látigos y demás juguetes. No los vamos a necesitar. Oh, y nada de esposas tampoco.

Lauralynn rio para sí.

–Las esposas son para peleles –dijo–. Para parejas de mediana edad en busca de emociones fuertes. Fuera del entorno «vainilla» solo he visto que se usen las esposas en las pelis. Eso es otro mundo,

Dominik. Demasiada gente confunde ficción y realidad –añadió–. Pero si hablamos de ligaduras, eso ya es otro tema...

Ahí fue cuando a Dominik se le encendió la bombilla.

Entendió en qué fallaba Elena, la protagonista de su novela que tan lentamente iba avanzando.

Seguía siendo irreal incluso para él mismo. Pura invención.

Si le prestaba el rostro de Summer, sus palabras y su cuerpo, entonces parecería de verdad. De carne y hueso. Dejaría de ser una parodia.

Rápidamente le dio a Lauralynn la dirección del *loft* en la Spring Street, volvió corriendo a su portátil y se puso a revisar como loco el capítulo inicial de la novela, imaginándose a Summer saliendo de las estepas del este de Texas y de una pequeña población de mentalidad intolerante. Una hora más tarde se sentía como si el personaje tuviese una dimensión nueva, como si fuese creíble. Summer nunca se había sentido muy inclinada a hablar de su vida en Nueva Zelanda, de la vida antes de él. Y tuvo la sensación de que aquello podría servirle para comprenderla mejor.

Lauralynn resultó ser una huésped perfecta: recogía pulcramente su saco de dormir y lo guardaba, y se pasaba el día entero fuera de su vista, en un rincón del *loft*. Además, se ofreció a limpiar el polvo, barrer y limpiar las zonas de estar y la cocina, que habían estado algo descuidadas desde que Summer empezó a ausentarse por la gira. Dominik no tenía ningún interés en tomarse la molestia de hacer de amo de casa. El hecho de que Lauralynn prefiriese ocuparse de las tareas domésticas vistiendo solo unas braguitas y una alegre sonrisa en la cara constituía una distracción agradable, pero como ya la había visto desnuda antes –cuando hicieron el trío con Miranda y también cuando se puso a tomar el sol en *topless*– su actitud no entrañaba nada especialmente provocativo. Era tan solo otra manifestación más de su seducción sin control, por supuesto, pues sabía perfectamente el efecto que causaba en él. Estaban en el ecuador del verano e incluso con el aire acondicionado encendido el calor se filtraba con una facilidad pasmosa desde el letargo de la calle. Dominik solía andar descalzo por el *loft*, así que Lauralynn solo llevaba las cosas un poco más allá, algo de lo más lógico y natural.

–Antes vivía cerca de aquí –le dijo ella–. Nací en Nueva York.

–No lo sabía.

–Mis padres tenían un piso en la planta baja de un edificio de la

Sexta Avenida, casi esquina con Bleecker Street. Nuestras ventanas daban a Minetta Lane. Allí hay una pequeña sala de teatro. Se dedicaban a hacer montajes experimentales, de vez en cuando, pero de cría yo siempre pensaba que aquel sitio era una especie de antro sórdido. Me fascinaba. Ya entonces tenía una imaginación desbordante –le contó Lauralynn.

–¿Cuándo os mudasteis? –le preguntó Dominik.

–Debía de tener unos diez años más o menos.

–¿Eres hija única?

–No, tengo un hermano, pero nunca hemos estado muy unidos.

–¿Adónde fuisteis?

–Nos marchamos de la ciudad, a Long Island, para estar más cerca de mis abuelos. A mis padres les parecía que esto no era lugar adecuado para unos niños. Yo, por supuesto, no estaba de acuerdo. Greenwich Village es un barrio genial para los niños, está lleno de parques y sitios con columpios que el neoyorquino medio ni siquiera sabe que existen, pero a la vez rodeado del ajetreo de la gran ciudad. A mí me encantaba.

–Lo puedo imaginar.

–Me chantajearon, me prometieron que me apuntarían a clases de hípica cuando estuviésemos en Long Island.

–Te imagino perfectamente a lomos de un caballo.

–¿Como Lady Godiva, quieres decir?

–No. –Dominik sonrió—. Solo quería decir que debes de estar muy guapa vestida de amazona.

–Pues sí. Y allí fue donde conseguí mi primera fusta. Una cosa llevó a la otra... Empecé probándola con mi hermano, luego con otros. Era en broma, claro, pero supe lo que se sentía al infligir castigo físico a otras personas, aunque al principio fuese todo muy suave e inocente. Pero era una pendiente resbaladiza. Me entró el gusanillo de dominar a otros. Nunca quise pararme a pensar por qué. Simplemente yo soy así, supongo.

–¿Y ahora dónde está tu hermano? ¿Sigue en Long Island?

–No. Es marine. Debe de andar por Afganistán. No tenemos mucho contacto. Nuestros padres fallecieron. Mi madre, de cáncer, y mi padre en un accidente de tráfico, después de que ella muriera. Nos distanciamos. Él se fue a vivir con unos familiares, en otro estado, yo ya estaba en la universidad. Son cosas que pasan.

–No sabía que a los marines les gustase estar en el lado equivocado de una fusta de hípica –observó Dominik.

–Te llevarías una sorpresa –comentó ella.

–¿Dónde aprendiste a hacer pesto? –le preguntó a Lauralynn cuando se sentaron en el sofá después de la comida. Ella había hecho la rica salsa de albahaca, piñones, ajo, aceite de oliva y queso parmesano. Encargó los ingredientes por Internet y se los llevaron a casa, y coció la pasta *al dente*.

–Viví un tiempo en Italia, en Génova –dijo–, con un conde de la zona al que le gustaba mi estilo de castigos. Entre escena y escena me enseñaba cocina italiana. La gastronomía ligurina es muy particular; usan mucho el ajo. ¿No te ha importado que estuviera tan fuerte, verdad?

–Para nada –respondió–. Aunque haríamos bien en mantenernos lejos de otros seres humanos durante unas horas. ¡Los vamos a repeler! Debemos de oler a ajo a un kilómetro de distancia.

Aún notaba el sabor en los labios y se los lamió para intentar quitárselo.

–¡Al cuerno con la gente! –exclamó Lauralynn–. Siempre me ha dado mala espina la gente que odia el ajo.

–Entonces, primero fueron las clases de equitación, y luego vino el chelo. ¿O fue al revés?

–Más o menos por la misma época –respondió Lauralynn–, después de que nos trasladáramos a Long Island. Mis padres eran grandes amantes de la música, pero se les había pasado el momento de aprender a tocar un instrumento, aunque los dos cantaban en el coro de la iglesia. Tenían una voz preciosa. Al principio a mí no me hacía ninguna ilusión. También toqué el piano, pero nunca con mucho nivel. Fui probando con diferentes instrumentos hasta que di con el mío. El sonido de un violonchelo tiene algo maravillosamente sensual, ¿no te parece?

–Como ya sabes, yo soy más de violín –dijo él, sonriendo–. Su sonido puede ser increíblemente puro, no sucio como el del chelo, a mi modo de ver.

–Lo sucio es bueno –dijo Lauralynn.

–Cómo ibas tú a decir lo contrario.

–Y para una mujer, está ese inefable sentimiento de sujetar el instrumento entre los muslos, notar la madera contra la piel, y los sonidos que le arrancas y que te vibran por dentro como si el cuerpo controlara su resonancia.

A Dominik le estaba costando mantener los ojos abiertos. La

opípara comida que había preparado Lauralynn, unida al calor de la tarde, empezaba a adormilarlo.

–¿Ponemos un CD? –sugirió.

–No –respondió ella–. Esta es mi semana libre. No quiero escuchar ni una sola nota.

–Es que, si no, a lo mejor me quedo dormido –se excusó él.

–Pues entonces vámonos a correr un rato –propuso ella.

–¿A correr, con este calor? –protestó Dominik.

–¿Por qué no?

–Yo hago de todo, pero no salgo a correr.

–¡Venga, hombre! Pues damos un paseo, un agradable y sosegado paseo para un viejecito como tú, ¿vale?

–Con eso sí podría, creo.

Lauralynn le sonrió con mucha alegría.

–No, se me ocurre algo mejor. ¿Y si nos vamos a la playa?

–¿Adónde?

–¿Has estado alguna vez en Atlantic City, en el paseo de madera que hay junto al mar? Hay una playa también, creo.

–No, nunca he ido.

–Yo tampoco –dijo ella–. Así que, venga, vamos –añadió con decisión–. ¿Se sale de Penn Station o de Grand Central? ¿O podemos llegar hasta allí en metro?

–Lo averiguaré. –Abrió el portátil y lo encendió.

–Será como si hubiésemos quedado para una cita –comentó ella.

–Me siento como si estuviera en una película –dijo Dominik.

El paseo marítimo de madera de Atlantic City llegaba hasta donde alcanzaba la vista, como una larga alfombra beis bordeada a un lado por el mar y al otro por una sucesión irregular de edificios multicolor. Era todavía por la tarde y aún no se habían encendido las luces de neón de los altos hoteles de las afueras.

–Quiero un helado –le dijo Lauralynn.

–¿No prefieres un granizado? –le sugirió Dominik, viendo la variedad de opciones en las fachadas de las cafeterías y heladerías que había a lo largo de todo el paseo.

–¡Ni hablar! Lo que yo quiero hoy es un pedacito de cielo. –Y se rio como una chiquilla.

–Podríamos ir luego al parque de atracciones de Steel Pier, si quieres –propuso él–. ¿Te apetece montar en algo?

–A lo mejor sí... Ya veremos. –Se acercó a la cafetería más próxima y se quedó examinando la lista de helados.

A su alrededor pasaban una multitud de turistas y domingueros, horrorosamente vestidos; un grupo con niños ataviados con conjuntos color pastel pasaron a toda velocidad por el paseo de madera montados en unas motocicletas diminutas.

–Dulce de leche con chocolate. ¡Ese es el que quiero! – exclamó Lauralynn entusiasmada, al tiempo que señalaba la lista con un dedo que tenía vida propia—. ¿Y tú? –Lo miraba con los ojos abiertos como platos, y con una sonrisa llena de espontaneidad.

Dominik echó un último vistazo a la selección de sabores y optó por una combinación de frambuesa y chocolate belga.

–¿En cucurucho o en tarrina?

Lauralynn bajó la vista a la ajustada camiseta blanca y luego la dirigió al sol que refulgía en el cielo azul.

–Creo que será más sensato que lo tome en tarrina.

–Perfecto. –Dominik se apoyó en el mostrador, pidió los helados al chico de uniforme y sacó del bolsillo de los vaqueros un billete de diez dólares.

–¿A que es divertido? –dijo Lauralynn.

¿Cómo es que nunca se le había ocurrido llevar allí a Summer, o llevarla a Coney Island, o a algún otro sitio pensado para la diversión más normal y corriente? Ni siquiera habían ido a Central Park a sentarse en la hierba para ver las cometas al viento o para hacer un picnic. Las pequeñas epifanías de la vida. ¿Habían estado demasiado esclavizados por sus emociones, por sus deseos?

A lo mejor algo en ellos no funcionaba correctamente. ¿Eran personas normales, acaso?

–Un penique por tus pensamientos, ¿sí? –La voz de Lauralynn le llegó a través de la bruma de sus cavilaciones mientras rascaba el fondo del recipiente de cartón para rebañar los últimos restos, casi líquidos, del helado.

–No era nada importante –respondió Dominik.

Lauralynn lo miró con gesto burlón.

–¿Summer?

–Supongo, sí –admitió él.

–Estás realmente colado por ella, ¿no?

–Supongo que sí.

–Me da la sensación de que ya no controlas la situación.

–A veces me pregunto qué sentido tiene toda esta historia.

–Ese es precisamente tu problema, Dominik, que piensas demasiado.

–Eso es fácil de decir.

–Deberías relajarte más. Tomarte las cosas según vienen. Dejarte llevar por el fluir de la vida.

–Mmm... –musitó Dominik.

–Te voy a decir lo que vamos a hacer –dijo ella.

–¿Qué?

–Vamos a la arena.

Él miró hacia la estrecha franja de playa que se extendía bajo la tarima elevada del paseo. Había gente aquí y allá esparcida por la arena, y unas cuantas cabezas asomaban en el mar, subiendo y bajando con las olas.

–Ni hablar de bañarnos –señaló Dominik–. No hemos traído nada. –Ni siquiera podían quedarse en ropa interior, porque Lauralynn no llevaba sujetador y él se había puesto los vaqueros sin acordarse de los calzoncillos.

–Solo vamos a mojarnos la punta de los pies –dijo Lauralynn–, por debajo del paseo. Igual que la canción, igual que en la peli, ¿no?

Caminaron un poco más hasta que encontraron unos escalones que llevaban a la arena. Descendieron por ellos y se descalzaron. La arena estaba áspera y húmeda aún. Después de jugar, indolentes, con la espuma que dejaban las olas en la orilla de la playa y de disfrutar de la sensación del agua mojando los tobillos, se apartaron para instalarse en un tramo seco de arena, debajo de las vigas del paseo marítimo.

Lauralynn rio en voz baja como una niña.

–¿Qué hay? –le preguntó Dominik.

–Tengo la sensación de que deberíamos estar en blanco y negro –dijo, pensando en las incontables películas que debía de haber visto de jovencita.

–¿Y mudos? –añadió él.

–Totalmente –respondió con una sonrisa–. Ven aquí. – Le hizo una seña. Él se acercó por la arena hasta quedar pegado a ella.

Y ella lo besó suavemente.

Por encima de ellos estaba el incesante sonido animado de familias y paseantes que recorrían el largo paseo de madera, y el runrún de las motocicletas de los chavales.

Dominik cerró los ojos, con una mano apoyada en un muslo de Lauralynn y la otra en la arena húmeda, escarbando con dos dedos,

dibujando arcanos jeroglíficos con la mente en blanco. Sabía que el repentino beso de Lauralynn no entrañaba sexo, solo era una afirmación de cómo se sentía en ese preciso instante, en paz consigo misma. Pese a ello, notó que se excitaba y por un momento dudó: ¿podía preguntarle si estaría dispuesta a ir tan lejos como para chupársela? Lo hizo cuando estuvieron con Miranda, lo recordaba bien, y rememoró la sensación de su boca alrededor de su miembro, envolviéndolo. Pero supo que aquello podía echar a perder el momento; lo único que quería era que se le bajara la erección.

Pasado un rato, Lauralynn dijo:

–Gracias por haberme traído aquí, Dominik. Ha sido un día precioso, de verdad.

–No tenemos ninguna prisa por volver a la ciudad –dijo él–. Podemos quedarnos a pasar la noche.

–Me gustaría.

Estaban otra vez en el paseo de madera y el sol se había ocultado, aunque el cielo seguía de color azul, ya más apagado y no tan abrasador. Había mucha gente, y vestía ropa ligera. Los noctámbulos empezaban a salir, como vampiros que emergían de sus ataúdes; una raza nocturna diferente, atraída por las luces de neón que ahora sí salpicaban todo el horizonte del paseo marítimo.

–¿Una cena en un sitio bonito? –sugirió Dominik.

–¿Vamos lo bastante arreglados? –preguntó ella. Iban los dos en vaqueros. Lauralynn con su fina camiseta blanca que transparentaba la forma de los pezones, duros bajo el tejido tirante, y con unas bailarinas planas; él llevaba un polo gris de manga corta.

–Esto es Atlantic City. Estoy seguro de que aquí los sitios no son tan formales –dijo él. ¿O sería como en algunos clubes londinenses que conocía, donde el establecimiento procuraba el alquiler de una corbata o hasta una chaqueta para cumplir con las normas de la casa? En el paseo marítimo seguía habiendo tiendas abiertas donde podrían encontrar una chaqueta veraniega si fuera necesario.

A Lauralynn se le iluminaron los ojos.

–Después de cenar, quiero ir al casino –dijo.

–Por qué no.

Acabaron en el Tropicana. No se requería chaqueta.

Para Dominik fue toda una sorpresa descubrir en Lauralynn una jugadora compulsiva y temeraria. Justo lo contrario a él. Había estado en dos ocasiones en la Meca del juego, Las Vegas, donde tenía que

asistir a unos seminarios y unas conferencias, y consiguió la considerable hazaña de no jugarse ni un centavo en las sempiternas máquinas tragaperras, repartidas por toda la ciudad, desde los pasillos del aeropuerto hasta los lavabos de los hoteles y restaurantes. En ningún momento sintió la tentación de sentarse a jugar en una mesa.

En su época de estudiante había jugado al póquer con amigos pero las apuestas habían sido bajas –cuando el dinero de las becas ya no les dio para más, siguieron jugando con cerillas–, pero no conocía otros juegos de cartas ni sentía curiosidad por aprender la dinámica.

Lauralynn atacó primero una de las mesas de ruleta y triplicó en un periquete su pequeña apuesta inicial jugando con prudencia, apostando alternativamente a rojo y a negro, y variando de tanto en tanto según lo que le dictaba el instinto. O tenía buena suerte o dotes adivinatorias. En cuanto perdió dos apuestas seguidas, abandonó esa mesa para trasladarse a otra. En esa el juego era con cartas, pero Dominik no pudo entender de qué se trataba. Una vez más, el éxito de Lauralynn fue sorprendente, y su montoncito de fichas empezó a aumentar rápidamente. Dominik no tenía ni idea de cuánto dinero había ganado, pues desconocía el valor concreto de cada ficha. Era evidente que estaba llamando la atención porque alrededor de la mesa empezaron a congregarse grupos de mirones; muchos de ellos hombres con aire de depredadores, pero también había mujeres.

Pasado un rato, el tamaño de las ganancias se estancó y se trasladó a otra mesa con otro crupier, donde el juego transcurrió con más calma. Dominik estaba empezando a aburrirse de mirarla, y eso que destacaba mucho entre los otros jugadores: aquella larga melena rubia cayéndole por los hombros, lamiéndole el cuello blanquísimo de la camiseta, destacando por su altura, incluso sentada, y por su pose altiva.

Por fin se cansó, juntó todas las fichas y se levantó de la silla, seguida de la mirada de todos los ocupantes de la mesa.

–Necesito una copa –le dijo a Dominik.

–Yo diría que ahora tienes pasta para unas cuantas – dijo él.

Esta vez a él se le olvidó avisar al barman de que no le pusiera demasiado hielo, y su coca-cola acabó insípida y aguada.

–Cómo te gusta jugártela –comentó, mientras daba un sorbo.

A Lauralynn seguían brillándole los ojos tras la excitación del juego.

–Hay que correr riesgos, de eso va la vida –respondió.

–Entre correr riesgos y ser temerario hay una línea delgada –

añadió él.

–Pues yo creo que ese es precisamente tu problema, Dominik – dijo Lauralynn–. Una parte de ti quiere escalar posiciones, asumir riesgos, pero tu otro yo prefiere sopesar las cosas, tomarlo todo en consideración, no adelantarse. No sabes implicarte a tope.

–¿Eso crees?

–Pero, bueno, yo solo soy una pobre chelista, y mujer, para más inri. No tengo título en psicología –dijo, y sonrió.

–Muy graciosa.

–Estoy como una moto –siguió Lauralynn.

No había manera de evitar el espectáculo de sus pezones estirando el fino algodón de su camiseta.

–Estaría bien un poco de sexo ahora –añadió, mirando alrededor, a los demás clientes del bar, que eran o parejas u hombres solos. Ninguno de ellos pareció interesarle.

–Pero no con un hombre, ¿no? Ni conmigo, ¿no?

–No me acuesto con los amigos –dijo ella.

–Solo los besas o se la chupas, si la situación es propicia – observó Dominik.

–Oh, eso... –dijo ella–. Solo estaba aprovechando la cresta de la ola; formaba parte de la dinámica de aquella situación concreta con Miranda. Qué pena. Me pregunto si a Victor le causó rechazo, de alguna manera –añadió–. Quizá, simplemente se acobardó. Me equivoqué, pensé que querría repetir.

–Sea como sea –señaló Dominik–, no te sientas obligada a quedarte conmigo. Puedo volverme a la ciudad. Si te apetece ir a ligar, encontrar a alguien...

–No, no tendría derecho a hacerte eso –dijo Lauralynn.

–Como quieras.

–Te voy a decir lo que vamos a hacer. He ganado casi mil dólares esta noche. Volveremos en taxi a casa. ¡Al cuerno con los trenes! Además, a esta hora de la noche llegaremos antes. Invito yo.

–Muy generoso de tu parte.

Durante el largo trayecto en taxi hasta Manhattan, fue prácticamente dormida, con la cabeza apoyada en el hombro de él. Su respiración se hizo más pausada, y el calor que desprendía su cuerpo formaba una especie de manto suave y caliente.

De vuelta en el *loft*, le dio un beso en la mejilla, se giró y, sin importarle que él la mirase, se quitó la camiseta y los vaqueros y se metió con toda naturalidad en el saco de dormir, bajo la semioscuridad

del apartamento. Su largo cuerpo desapareció rápidamente entre los pliegues del saco, hurtándose de su mirada, desconectándose. Dominik corrió la mampara que separaba su dormitorio de la zona del salón, se desvistió y se echó en la cama.

Se quedó dormido enseguida.

Una hora después aproximadamente lo despertaron unos ruiditos procedentes del rincón donde dormía Lauralynn. La oyó gemir y se dio cuenta de que debía de estar acariciándose, lo cual le provocó una excitación repentina. ¿Qué pensamientos o imágenes, qué rostro o qué cuerpo estaría evocando mientras se tocaba?, se preguntó Dominik, y se llevó la mano a su sexo para masturbarse, aunque sin hacer tanto ruido.

Alcanzaron el clímax casi a la vez.

–Un día parece distante y al día siguiente me escribe como si me necesitase, como exigiéndome algo, como si estuviese enfadada.

Dominik estaba hablándole a Lauralynn sobre Summer y sobre los escasos mensajes de correo electrónico que le había mandado sin ninguna continuidad desde que había vuelto a Nueva Zelanda.

–Al final no sé qué quiere de verdad de nuestra relación. O qué quiero yo...

–Pues a mí me suena a caso típico de «ni contigo ni sin ti» –dijo ella.

–Es posible.

–El problema sigue siendo el mismo –añadió Lauralynn–, tanto si se trata de una pareja normal y corriente como si se trata de dos personas con inclinación a la dominación y la sumisión, a mi modo de ver. La cuestión es saber cómo gestionar eso de «vivieron felices y comieron perdices».

–Le gusta jugar con fuego –dijo él–. Y eso es lo que me atrae de ella, y lo que en ocasiones me hace llevar las cosas al extremo. Por otra parte, también me asusta, porque no sé qué es lo siguiente que va a querer hacer o qué va a querer que le haga. Es como si esperase demasiado de mí, pero también como si se rebelase contra ello. No quiero acabar un día como Clarissa y Edward, como dos desprejuiciados de la vieja escuela, convertidos en una parodia de nosotros mismos.

–Ed y Clarissa son muy divertidos cuando llegas a conocerlos bien. Aquel día solo estaban representando un papel, haciendo de anfitriones de Víctor, en plan obra de teatro. Pero aparte de eso, estoy

segura de que las cosas no necesariamente tienen que ser así.

–Yo también, pero estoy haciendo esfuerzos para entender con claridad nuestra situación. ¿Qué va a pasar cuando termine su gira? Para entonces a mí me va a quedar ya muy poquito tiempo de beca. Tendré que decidir si quedarme en Nueva York o volverme a Londres. Podría pedirle que se viniera conmigo. Seguro que, ahora que es solista, puede vivir donde quiera, ¿no?

–Supongo que sí.

–Por supuesto, yo podría ordenarle, insistirle en que se viniera conmigo, que volviese conmigo a Londres, pero me da pánico que me diga que no y que eso sea el fin de todo lo que nos une.

–¿Por qué no se lo dices? –propuso Lauralynn.

–Lo haría si pudiera. Pero es que tengo la sensación de que no termino de entenderla.

–¿En qué no la entiendes?

–No entiendo bien cómo se siente, qué quiere...

Lauralynn estaba sentada en el borde del largo sofá naranja del *loft*. Dominik estaba en la otra punta, con el portátil sobre las rodillas, en cuya pantalla se veía la página de Wikipedia sobre jazz contemporáneo como un recordatorio de cuál era su vida real. Había estado documentándose sobre los músicos negros que tocaban en la Rive gauche del París de principios de los cincuenta para su novela. Estaba pensando que su heroína, Elena, se acostase con uno de ellos, pero le preocupaba que al incluir una escena interracial al principio de la novela pudiese granjearse críticas por racismo si no describía la escena con mucha delicadeza.

–¿Alguna vez has hecho tú de sumiso? –le preguntó Lauralynn.

La pregunta lo pilló desprevenido.

–No. Nunca. Es que yo no soy así. Seguro que ya te has dado cuenta.

La imagen de Kathryn le vino a la mente de pronto; recordó cómo ella, por pura intuición, había hecho que aflorase el ansia de dominar que llevaba dentro. Habían pasado años. Recordó la mirada que puso, que delató su sumisión, pero no solo en un plano sexual sino también en el sentido de una indudable rendición del alma, además del cuerpo. Pensó en Claudia, que lo había animado a ir más allá de los límites de su ser transgresor y que nunca se arredraba cuando él desataba su lado oscuro. Pensó en Summer...

–A veces –comentó ella–, hay que experimentar ciertas cosas para poder entenderlas debidamente.

Dominik se dio cuenta de que no lo decía tan inocentemente como parecía; la delataba un destello de picardía que iluminaba su iris azul claro.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Que tú ya sabes lo que se siente poseyendo a otro, controlándolo, sabes lo que es tener hasta cierto punto un poder de vida o muerte sobre la otra persona, ¿no?

–Sí, pero lo dices con un punto melodramático que...

–Pero ¿de verdad sabes lo que se siente cuando eres propiedad de otro, por así decir? ¿Cuando te usan, cuando te follan?

–Me gustaría saberlo, claro, pero es que soy hetero. Creo que nunca se me ha ocurrido planteármelo, pero la idea de estar con otro hombre no me excita. Por alguna razón, no me siento atraído por mis congéneres. No son prejuicios, te lo aseguro, es que no me gusta. Me pasa lo mismo con el alcohol.

–No te burles –sonrió Lauralynn–. Que te penetren tiene placeres innegables, es una sensación maravillosa cuando lo hacen bien. Yo lo he intentado... Puede que me gusten más las mujeres, pero también tengo un pasado, ¿sabes?... No nací así.

Dominik recordó aquella vez en que Summer, de golpe y porrazo, le había metido un dedo mientras follaban como salvajes, y recordó lo intensa que había sido la experiencia. Lo llevó más allá del precipicio, haciéndole alcanzar el orgasmo con una intensidad insólita. ¿Se debió a que ella lo había penetrado inesperadamente, o había sido únicamente el resultado del placer que le había causado el que ella se hubiese mostrado tan desprejuiciada y atrevida?, se preguntó.

Lauralynn sonrió mientras lo observaba.

–Veo que te he hecho pensar, ¿eh? –dijo.

Dominik reflexionó.

–Cierto –confesó–. Tengo mucha sensibilidad en ese punto. A lo mejor que me penetraran podría resultar una experiencia interesante, pero, vaya, tendría que ser un miembro independiente, de un hombre sin rostro, o un pene sin cuerpo, como prefieras. –Sonrió él también–. Solo por saber lo que se siente –dijo, tratando de justificarse.

–Oh, creo que yo puedo encontrar una solución mejor, pero vas a tener que confiar en mí. Y nada de restricciones. Cuando hay un componente de sorpresa siempre es más divertido. Tu clave, si es que necesitas una, puede ser «stop». –Lauralynn se humedeció los labios y se apartó el pelo de la cara con gracia, como hacía a menudo cuando estaba excitada.

Dominik la miró con curiosidad.

–Suenas intenso, pero creo que podré con ello.

–¿Qué te parece si el próximo fin de semana te montas en un tren a New Haven? –propuso ella. Ella se iba ese mismo día–. Tengo ensayo el sábado por la mañana, pero si vas en el de la una y media, estarías allí a media tarde. Oh, y tráete muda para la noche –añadió–. Haré que te resulte interesante.

–¿Es una promesa o una amenaza?

Fue a recogerlo a la estación. Apenas poco más de media docena de personas se apearon del tren. Aquello parecía una ciudad fantasma. Del andén salieron directamente al aparcamiento, donde un taxi solitario montaba guardia con la esperanza de encontrar algún cliente. Dominik fue detrás de Lauralynn, que pasó por delante de una hilera de camionetas, todoterrenos y 4 x 4 deportivos de todos los tamaños y colores, hasta una flamante Kawasaki negra como el ébano. Le dio un casco.

–¿Es tuya? –le preguntó.

–Es la niña de mis ojos –respondió ella, recogiendo el pelo y metiéndolo dentro del casco para que el viento no le revolviere su melena salvaje. Llevaba unos vaqueros negros, cazadora de cuero azul y lo que parecían unas botas de vaquera. Era como una reina guerrera de los páramos de los alrededores de la estación de New Haven.

Desde luego, esa mujer era una caja de sorpresas, pero Dominik estaba nervioso con lo que le tenía preparado. Solo para él.

Primero hicieron un alto para tomar algo en una pequeña cafetería en la ribera del río.

Lauralynn tenía un apetito voraz y comió el doble de lo que Dominik consiguió tragar, pues se dejó en el plato casi todo el pantagruélico sándwich de beicon, lechuga y tomate; apenas pudo comerse la consistente ensalada que lo acompañaba.

Volieron a la potente Kawasaki. Dominik se agarró bien fuerte a la cintura de Lauralynn. Los esperaba un ruidoso trayecto de diez minutos por las afueras de aquella ciudad aletargada hasta un bosque en el que Lauralynn viró a la izquierda para meterse por una pista con vegetación frondosa. Enseguida, la moto se detuvo con un chirriar de neumáticos. La casa estaba aislada del mundo. Era de diseño, una especie de amplia mansión de falso estilo colonial, construida a orillas de un apacible arroyo.

–Solo alquilo el estudio del artista, que está al otro lado de la casa –señaló Lauralynn mientras se liberaban de los cascos–. Tiene su propia entrada. De todos modos, los dueños están en la India, así que la tengo para mí sola.

–Es un lugar idílico –comentó Dominik–. Con mucha privacidad.

–Exacto.

Abrió la puerta del estudio con su llave y entraron.

El interior, de planta redonda, era enorme, con el techo abovedado lleno de claraboyas a través de las cuales entraba la luz de la tarde a raudales. Dominik podía imaginarse lo agradable que debía de resultarle aquel espacio a un pintor o a cualquier tipo de artista que trabajase allí, pero se preguntó qué tal sería la acústica para un músico. En un rincón de la improvisada habitación Lauralynn se había hecho su hueco con un par de sillas, un futón, un perchero alargado de metal en el que tenía colgada su ropa, el estuche del violonchelo tumbado en el suelo de parqué y un par de maletas abiertas y revueltas. Tal como él imaginaba, era evidente que Lauralynn vivía en un estado permanente de cambio, siempre lista para hacer las maletas casi sin previo aviso.

Se le acercó por detrás, le dio unos toquécitos en un hombro y le susurró al oído con voz seductora:

–Ha llegado la hora, Dominik. Cierra los ojos. –Él obedeció.

Y esperó unos instantes, durante los cuales la oyó moverse de un lado para otro, trajinando.

Entonces notó que le ponía una venda elástica y la ajustaba por encima de sus orejas hasta taparle los ojos. Los abrió. Ahora lo veía todo absolutamente negro.

Sonrió al recordar las vendas que les ordenó ponerse al conjunto de músicos de la cripta. ¿Era la venganza de Lauralynn? ¿Darle a probar un poco de su propia medicina?

–Desnúdate.

Una vez más, obedeció su orden. Ya lo había visto sin ropa la noche que habían estado con Miranda, así que no era nada nuevo, pero ello no impidió que por un instante se le encogiera el estómago. Puro instinto.

–Ponte de rodillas.

Otra vez oyó sus pisadas, ahora sin las botas, a su lado.

Unas uñas afiladas le arañaron un costado, le recorrieron el trasero desnudo y a continuación le asieron sin miramientos el escroto.

Dominik se estremeció. El ama estaba comprobando su

mercancía. Notó su propia excitación. No podía hacer nada para evitarlo. Pero tampoco estaba dispuesto a que Lauralynn se convirtiera en su «ama». Por nada del mundo.

–Las manos. Ponlas encima de los hombros.

Respondió levantando los brazos y ella le ató las muñecas. Probablemente se trataba de un pañuelo, porque la tela tenía un tacto de seda. Cada vez que Lauralynn se le acercaba, podía percibir el calor que producía la simple cercanía de su cuerpo, su olor, una mezcla de especias desconocidas y sudor. Sintió un escozor en la garganta.

Ella se apartó y de pronto Dominik notó frío sin su presencia cercana. Le llegaban los trinos de los pájaros del bosque de detrás de la casa; el rumor de las aguas que bajaban por el arroyo; más sonidos de pisadas amortiguadas, que casi le parecieron venir de dos direcciones distintas a la vez. ¿No estaba sola? ¿Había entrado alguien más en la habitación? No había oído abrirse ni cerrarse la pesada puerta de madera del estudio, pero a lo mejor había otra forma de llegar desde la casa principal.

De nuevo, una mano dándole unas palmaditas en el costado.

Entonces, algo duro le atizó con fuerza el trasero y le dejó una nalga escocida. El temblor de la sensación inicial de dolor le recorrió todo el cuerpo. Anda ya, pensó, todo esto es demasiado ridículo... ¿Es que cree que me voy a excitar si me azota? Pudo notar cómo se le encogían los testículos, como reacción. Una gotita de sudor se le formó entre la nariz y los labios, al prever el siguiente azote. Pero no hubo más.

–¿Conque quieres saber lo que se siente, eh?

Él respondió que sí moviendo solo la cabeza.

Entonces notó que le metían algo en las orejas. ¿Algodones? ¿Algún tipo de auriculares? El silencio se volvió insoportable y se sintió como flotando en una burbuja de soledad. Desnudo. A solas. Con dos sentidos eliminados: la vista y el oído. No creyó que fuese a amordazarlo también, que le impidiera hablar, emitir sonidos; sería contraproducente, sin duda, si ella quería gozar con sus gemidos, con sus suspiros, con sus probables protestas. Todo formaba parte del juego.

Aguardó.

Percibió que una sombra se cernía sobre él, detrás de él, probablemente oscureciendo el azul del cielo que asomaba por las claraboyas.

Notó un aliento cálido en la nuca, mientras ella se inclinaba hacia él y un dedo frío y untuoso intentaba introducirse en el esfínter, humedeciéndolo, probando su elasticidad, con gran cantidad de lubricante. Dominik contuvo la respiración, percibiendo ya lo que iba a pasar a continuación.

Un instrumento romo, un pene artificial, supuso, fue penetrándolo poco a poco con una sorprendente facilidad. Luego sintió un violento empujón y el objeto se perdió dentro de él, causándole la sensación de que lo estaban partiendo en dos. Se mordió el labio. El dolor era intenso. Todo el contorno del orificio anal estaba distendido, forzado, como si le hubiesen aplicado una crema equivocada que, en vez de calmarlo, lo abrasara. Trató de controlar la sensación, negándose a emitir ni un solo sonido.

Intentó tensionar los músculos para que el objeto no entrase más, pero perdió el control y, tras unos pocos empujoncitos, se deslizó en su interior.

Me están follando, pensó. Ahora sé lo que siente una mujer al ser penetrada.

Aunque tenía los ojos cerrados bajo la venda, eso no cambiaba nada las cosas.

Justo cuando volvía a pensar con claridad, Lauralynn comenzó a hacer una serie de movimientos rítmicos con el dildo: primero lo retiraba un poquito, y rápidamente volvía a introducirlo totalmente; luego le daba un breve respiro, haciéndole sentir como si le faltara algo, para a continuación embestirlo otra vez, y otra y otra. Primero de manera involuntaria pero después ya conscientemente, empezó a armonizar sus movimientos con el ritmo de su penetración, fluyendo con ella conforme el dolor inicial iba remitiendo rápidamente. No lo sustituyó una sensación placentera, como él había esperado, sino un torrente de sensaciones físicas inusitadas que iba registrando y archivando mentalmente a cada minuto que pasaba, siempre en su papel de observador, de académico. Su cuerpo empezó a colaborar y a facilitar el flujo y reflujo del pene artificial con el que ahora lo estaban penetrando.

Enseguida perdió la noción del tiempo, aislado en esa burbuja de silencio ciego.

En un momento dado –no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado así–, ella retiró el dildo. ¿Por qué? Y notó en sus nalgas la caricia del aire que cruzaba el estudio, y deseó ser penetrado una vez más, quería suplicar que lo usara.

Entonces ella volvió a hacerlo y esta vez sus embestidas fueron más delicadas. Ahora el material del dildo conectado a su arnés era más flexible –Dominik sabía que no estaba manejándolo con las manos, a juzgar por los movimientos naturales del cuerpo de ella y del contacto de sus cálidas caderas contra sus nalgas cada vez que avanzaba hacia él, menos rígido, casi como si fuese un pene real, entrando poco a poco dentro de él. Una vez más sospechó que había un hombre en la habitación, que había pasado a ocupar el puesto de Lauralynn. ¿Sería realmente así? Entonces pensó: ¿Qué más da? En esos momentos tenía poco margen de maniobra. Se lo tomaría como una experiencia más de la vida. Ella dijo que nada de restricciones, y había cumplido su palabra. Empezó a tener dificultad para mantener la erección, aunque en un momento dado había estado peligrosamente cerca del orgasmo, cuando una mano le agarró el miembro y lo subía y lo bajaba por el tronco acompasando el movimiento con la penetración anal, como para comprobar sus límites, para incitarlo, para jugar con él.

Finalmente Lauralynn –o quien fuera que se hacía pasar por ella, si es que de verdad había una tercera persona en el estudio, un participante varón– empezó a cansarse y comenzó a disminuir la fuerza de las embestidas. Tras un último empujón bastante violento que casi acabó con él de bruces en el suelo, aquella persona salió de su interior. Una vez más, el peculiar sentimiento de vacío, esa sensación del aire acariciándole las magulladuras: una brisa suave del ambiente que le soplaba las nalgas, unida a una oleada de tristeza prematura posterior al coito.

Recuperó el sentido del oído. Oyó el frufrú de unas pisadas. El sonido del riachuelo, en el exterior, y los locos trinos de los pajarillos a lo lejos.

Dominik esperó a que le quitasen la venda de los ojos. Cambió de postura, ladeándose sobre las rodillas para apoyar en el suelo el trasero, que le escocía levemente. Y se relajó.

Ella le aflojó con delicadeza la venda de los ojos y la pasó despacio por delante de su frente y por encima del pelo, con cuidado de no alborotárselo. Ahora estaba vestida de la cabeza a los pies. ¿Pero se había desvestido para follarlo? Era como si no hubiese pasado nada de nada. Sus pálidos labios tenían dibujada una leve sonrisa, y sus cabellos rubios reflejaban los rayos de sol que se filtraban por el cristal del techo.

–Ahora ya lo sabes –dijo.

Lauralynn había hecho unas patatas al horno y las sirvió con una salsa de nata agria, junto a una selección de embutidos.

Estaban sentados en la hierba de delante de la casa, con el foco del patio encendido, mirando las aguas del arroyo que bajaban por el monte.

–Me ha contado Victor que has accedido a ir a su fiesta de despedida –dijo ella.

–He accedido, sí, pero no sé bien de qué se trata –admitió Dominik.

–Yo tampoco –dijo Lauralynn–. Lo está llevando con un secreto poco habitual, el muy cabrón. Está muy poco comunicativo...

–¿Te ha invitado?

–No, no me ha pedido que vaya, pero de todos modos ese fin de semana tenemos un bolo en Boston. Me parece un tanto sospechoso.

–Solo es una fiesta.

–Ya lo sé. Pero ten cuidado con él. Es más peligroso de lo que parece. –Hundió la cuchara en la patata humeante que le quedaba en el plato de plástico.

Dominik oyó el pitido de su móvil, que vibró en su bolsillo. Un mensaje.

Solo conocía a una persona que le enviase mensajes de texto.

Sacó el móvil, se disculpó con Lauralynn y se alejó unos pasos, hasta el borde del agua.

«Te deseo tanto...»

Summer.

Debía de ser prontísimo en Nueva Zelanda, o Australia, o dondequiera que estuviese ahora.

¿Por qué tenía el don de contactar con él justo en los momentos más inoportunos?

Una visita

Como era de prever, y como sucede tantas veces en el caso de los vuelos de larga distancia, me tocó al lado de un molesto hombre de negocios nada atractivo que sería mi vecino de asiento hasta que bajásemos en San Francisco. Por lo menos era mejor que un crío gritón. Cuando no me acribillaba a preguntas, intentaba ganarse mi simpatía con una lección pormenorizada, y no deseada, en el arte del *streaming* de medios digitales, una materia de la cual acabé sabiendo tan poco como al principio, incluso después de las horas que pasé oyéndolo hablar sin escucharlo mientras el avión surcaba los aires en el largo vuelo desde Sydney.

Llevaba tirantes rojos, iba peinado con raya a un lado y tenía unos dedos cortos y regordetes, la combinación perfecta para no resultarme nada atractivo desde el minuto uno de la conversación.

Intenté dormir, pero saber que en menos de un día estaría con Dominik me hacía sentir totalmente despejada, a la vez que me impedía concentrarme en las películas del vuelo.

Susan había estado hablándome de hacer una gira por Europa, aprovechando el éxito de la que acababa de finalizar, pero me había avisado de que podría tardar al menos otros seis meses en tenerla diseñada. Por mí estupendo. Estaba derrengada y la sola idea de tener que subirme otra vez al escenario me aterraba.

Cuando el hombre de negocios descubrió que en San Francisco yo tendría que esperar seis horas sin nada que hacer hasta mi siguiente vuelo, con su cara inexpresiva me soltó a bocajarro que podíamos coger una habitación en uno de los hoteles del aeropuerto para «echar un quiqui» –palabras textuales. Pero me advirtió de que su vuelo para Omaha salía mucho antes que el mío a La Guardia, y que solo podría dedicarme dos horas.

El tipo se sorprendió de verdad cuando decliné su ofrecimiento. Y yo di gracias al ver que los letreros de la zona de llegadas lo encaminaban hacia una cola para el control de inmigración diferente de la mía; en su caso, la destinada a personas de nacionalidad estadounidense. Con suerte su equipaje saldría antes que el mío y lo

perdería de vista por fin.

Creo que fue un escritor americano quien dijo que «es imposible volver a casa» o algo por el estilo. Lo leí en una revista que encontré en el *loft* de Dominik, un día, pero no pensé mucho en ello hasta hace unos días. El viaje a casa me había hecho entender que Estados Unidos era mi casa y que, por mucho que la idealizara, Nueva Zelanda ya nunca más volvería a ser como antes.

Había hecho una elección.

Miré la hora en mi reloj, un viejo Swatch multicolor que llevaba cuando era una adolescente, que había encontrado en el fondo del cajón de mi mesilla de noche de la infancia. Debía de ser muy tarde en Nueva York, así que seguramente él estaría ya en casa si es que había salido de marcha. Marqué su número.

–Hola. –Sí, su voz sonó dormida, pero amable, profunda, familiar.

–Soy yo.

Carraspeó.

–Qué alegría oírte.

–¿Te he despertado?

–Por supuesto, pero no importa. Ya me conoces, me gusta madrugar.

–Estoy en San Francisco. En el aeropuerto, en la sala de tránsito. Tomo un vuelo nocturno, así que debería llegar a Nueva York a primera hora de la mañana.

–Yo estoy en Londres...

–¿En Londres? –Sentí una punzada en el corazón. ¿Había regresado a Inglaterra?

–He venido solo unos días. Tenía que encargarme de unos asuntos. Temas de familia, cosas pendientes. Vuelvo a Spring Street después del fin de semana.

Sentí una oleada de alivio.

Por alguna razón el mensaje de texto que le envié hacía unos días para avisarle de que volvía no le llegó.

Estuvimos de acuerdo en que no tenía importancia y que eso no cambiaba las cosas. De todos modos, él ya había reservado el billete a Londres, con lo que no habría podido venir a recogerme al aeropuerto. Era prontísimo para él y me sentí culpable por haberlo despertado, pero su voz era suave y dulce como la miel. Sentada allí, en la sala del aeropuerto, acunada por los esporádicos anuncios nocturnos de la megafonía y bebiendo a sorbitos una cerveza

templada, quise mantenerlo al teléfono todo el tiempo posible.

Tenía muchas cosas que contarle, pero la distancia que nos separaba, la diferencia horaria y mi cansancio conspiraban para hacer que las palabras se me atravesaran en la garganta, y lo único que fui capaz de decir fueron comentarios intrascendentes.

Nos despedimos prometiéndonos sin mucha efusividad que estábamos deseando vernos pronto.

Cuando a la mañana siguiente salí dando tumbos del vestíbulo de llegadas de La Guardia, con el estuche del violín debajo de un brazo y tirando de la pesada maleta –las rueditas chirriaban, sometidas al peso de los regalos que me habían hecho la familia y los amigos en Nueva Zelanda–, cara de sueño y en estado semiconsciente, me llevé una sorpresa al oír que alguien gritaba mi nombre.

–¡Summer!

Era Simón. Hice un intento por esbozar una sonrisa, y miré abajo, a sus pies. Las extravagantes botas puntiagudas. Los rizos indomables. La perenne sonrisa entusiasta.

–¿Cómo sabías que llegaba?

Me saludó con sendos besos en las mejillas –el aroma de su loción de afeitado era fresco y embriagador– y galantemente me llevó la maleta.

–Tenemos amigos comunes, ¿no te acuerdas? Susan me contó que volvías. Da la casualidad de que también es mi agente, ¿es que no lo sabías?

–Claro.

–Tienes buen aspecto.

–Gracias.

–Tengo entendido que la gira ha ido muy bien. Todo el mundo habla de ti aquí, o por lo menos todo el mundo de la Gramercy Symphonia... Se alegran mucho por ti. Están entusiasmados. Todos.

–Gracias, Simón.

–Bienvenida a casa.

Nos estaba esperando una limusina con chofer de verdad, uniformado y todo. Al parecer Simón estaba dispuesto a poner toda la carne en el asador para cortejarme.

El trayecto al centro de la ciudad fue lento porque pillamos el monumental atasco de la hora punta, cuando los conductores entraban en la ciudad desde las zonas del extrarradio. Yo no tenía energía ni para conversar, pero Simón tenía de sobra por los dos y

estuvo bombardeándome con preguntas sobre los lugares en los que había estado y sobre cómo había sido recibido el repertorio en cuya elección había desempeñado él un papel decisivo. Tuvo la precaución de no entrar en temas personales, y simplemente me preguntó dónde prefería que me dejara, evitando indagar sobre Dominik o mis planes de futuro.

Cuando llegamos al SoHo, el sol estaba ya en lo alto del cielo de verano. Después de haber estado en Nueva Zelanda y Australia, era como estar ahora en un mundo totalmente diferente. En mi mundo.

Mientras el chofer trasladaba mi muy viajado equipaje del maletero del coche a los escalones de nuestro edificio, Simón me preguntó:

–¿Es que tu novio no podía tomarse la molestia de ir a recogerte al aeropuerto?

–Está en Londres –respondí.

Disponía de cuatro días hasta que volviese Dominik. El primero lo pasé durmiendo. Como un tronco. Casi ni me moví de la cama, y solo me levanté para ir al lavabo cuando ya no podía aguantar más o para arrastrarme hasta la cocina para comerme unos trocitos rancios de queso y beber a morro de un cartón de leche que aún no había caducado.

Era una bendición poder hacer el vago, no tener planes ni compromisos. El *loft* estaba tal cual lo recordaba: espacioso, familiar, hogareño pese a ser un espacio inmeso de líneas elegantes. No había deshecho las maletas, en sentido estricto, ni planeaba hacerlo hasta por lo menos pasado otro día. Andaba desnuda por el piso, bailoteaba por el suelo de madera y me quedaba mirando por las ventanas una bandada de palomas que se había posado en una esquina en sombra de un tejado cercano. Hasta me aventuré tímidamente a abrir el armario y acariciar algunas de las prendas de Dominik, a rozar mi piel desnuda con el cachemir de sus jerséis, a recorrer con los dedos la exquisita tela de sus trajes.

Me rendí a la apacible vulgaridad de la espera.

Simón llamó dos veces, pero no le devolví las llamadas. Luego, apagué el móvil. Aunque me llamase Dominik y no me encontrase, estaría aquí en unos días. Además, había cosas que prefería decirle en persona, y no por teléfono.

El segundo día estaba que me subía por las paredes. Y, después de darme finalmente una ducha, salí a las calles de

Manhattan. Cuando llevaba recorridas una o dos manzanas sentí un hambre canina y me di el gustazo de pedir una hamburguesa maravillosamente grasienta y unas patatas fritas enormes en una cafetería muy bulliciosa de la esquina de La Guardia Place con Houston. Le hingué el diente sin preguntarme si estaba poniendo en riesgo mi salud. Mis zapatillas de deporte estarían esperándome en casa, pero bien podían esperar un día más.

En el parque de Washington Square se congregaban las niñeras extranjeras junto al recinto vallado de la zona de juego de los niños, con sus carritos y sus criaturitas, mientras que los paseantes con perro cruzaban por los senderos con paso firme, tirando de sus mascotas; en algunos casos, era al revés. Las ardillas saltaban de árbol en árbol o correteaban por el borde de la hierba rala. En la esquina noroeste del parque, un puñado de ajedrecistas penosamente vestidos ocupaban las mesas de juego, buscando contrincantes o socios. No había músicos. Me senté a espiar a la gente, centrando mi atención en los críos, con un torbellino de ideas dándome vueltas en la cabeza mientras trataba de imaginar qué podría suponer llevar una vida de normalidad con Dominik. O de saber si la normalidad era algo siquiera posible con dos personas como nosotros.

Me había dejado el móvil en el *loft*, pero recordaba que había una cabina en la esquina de University Place. Eché unas monedas y llamé a Cherry. La última vez que nos habíamos visto había quedado algo de tensión en el ambiente y sentía que le debía una disculpa. El número había dejado de existir. A lo mejor esa noche me pasaba por los bares y clubes que solía frecuentar.

Finalmente inicié el paseo de vuelta al centro.

Me di otra ducha; mi cuerpo estaba todavía adaptándose al calor de la canícula en Manhattan y me estaba asando después de mi breve paréntesis invernal en Nueva Zelanda. Luego hice un poco de yoga. El saludo al sol y el perro hacia abajo son dos ejercicios que siempre me han venido bien para despejar la mente. Mi violín seguía guardado en su estuche en un rincón del *loft*, encima del sofá naranja, donde lo había dejado a mi llegada dos días antes, solo, llamándome, suplicándome que fuese a sacarlo de allí. Con un sentimiento de espanto, caí en la cuenta de que llevaba tres días enteros sin tocar el Bailly, por culpa de aquellos vuelos interminables y de mi último par de días de inactividad total en Nueva York. Jamás había pasado tantísimo tiempo sin entrenar los dedos ni hacer escalas. Pero no había echado de menos tocar, ni siquiera me di cuenta.

Al principio me asusté, pero luego me consolé comprendiendo que eso quería decir que era capaz de cambiar. Que nada era permanente. Ni siquiera mi amor por la música.

Aparté el estuche del violín de mi vista deliberadamente y me dirigí al pequeño escritorio en el que solía trabajar Dominik con el portátil cuando estaba en casa. Se había llevado el ordenador a Londres, y solo había unos lápices y unos bolígrafos en la mesa, así como un par de tarjetas de memoria, una elegante grapadora negra y un puñado de carpetillas casi vacías.

Abrí una de ellas despreocupadamente. Contenía un puñado de páginas que debía de haber impreso en el despacho de la biblioteca, porque aquí en casa no teníamos impresora.

Saqué la primera.

Leí las frases iniciales.

Había supuesto, a medias, que trataría sobre París, sobre el período acerca del cual estaba estudiando Dominik –fechas, datos, citas–, pero no era nada de eso.

Era un relato.

Ambientado en el este de Texas, en una pequeña población que no había oído en mi vida. Sobre una mujer joven de melena roja como el fuego.

Intrigada, saqué el resto de lo que parecía ser el primer capítulo y me senté en el sofá, acomodándome sobre las piernas, plegadas debajo de mi trasero, mi postura predilecta para leer, una actividad que había practicado muy poco en los últimos meses.

Las consabidas nimiedades de la vida cotidiana en una población pequeña, con un curioso parecido con algunas de las pocas cosas que recordaba haberle contado a Dominik sobre mi pueblo en Nueva Zelanda, pero con un toque de fantasía, con sutiles variaciones sobre la historia verdadera y, como resultado, más interesante y a la vez extraña, ajena de alguna manera, como vista a través de los ojos de un observador externo que no alcanzara a aprehender del todo su realidad.

No podía ser...

Dominik estaba escribiendo una novela.

Ojeé rápidamente el capítulo, que parecía inacabado, y miré en las otras carpetillas. Solo una de ellas parecía contener extractos de la novela. Apenas cuatro páginas, con grandes huecos entre las diferentes divisiones. Elena, la protagonista, se encontraba en París, a principios de los cincuenta, el período sobre el que Dominik estaba

investigando. ¿La elección del nombre de la heroína, Elena, era pura casualidad?

Antes de que pudiera seguir leyendo, interrumpió mi lectura el sonido del timbre. Había alguien abajo. Me dirigí al telefonillo. No esperaba a nadie. A lo mejor era Simón, que había venido a ver si me encontraba en casa. Dudé en si contestar o no, pues no tenía claro si estaba preparada para enfrentarme a él y decirle de una vez por todas que había decidido que era mejor que siguiéramos siendo amigos platónicos.

Pero, por si acaso se trataba de otra persona o de algo importante, como una entrega para Dominik, descolgué el telefonillo.

–¿Hola?

–Abre, Summer, déjame subir.

Esa voz me produjo escalofríos, pues la reconocí sin ningún género de duda.

Victor.

Le abrí.

–¿Cómo has sabido dónde vivo?

–Vamos, querida, no me subestimes.

–Victor, no tenemos nada de que hablar.

Su fina sonrisa era inescrutable, como siempre. Iba vestido de un modo muy formal, con traje gris, camisa y corbata, como si estuviese tratando un acuerdo comercial más que visitando a una ex amante. Sus zapatos negros relucían con un brillo casi perfecto.

–Oh, pues yo creo que sí...

Adelantó un pie, se coló en el *loft* y cerró la puerta al pasar como si la casa fuese suya. Yo retrocedí hacia el refugio del sofá y él me siguió con paso lento, silencioso. Llevaba la barba recortada como siempre, perfilada a cuchilla con una precisión exacta.

–Tenemos un asunto pendiente –dijo Victor en voz baja.

–Cambié de idea. Para mí ya es agua pasada –protesté.

–Claro, ahora eres una pequeña estrella, ¿no? Recorriendo el mundo entero con tus bolos musicales...

–No son «bolos musicales», es música clásica –volví a protestar, consciente de que estaba cayendo en su trampa.

–Lo que tú digas.

Me miró de arriba abajo y me di cuenta de que solo llevaba puesta una de las camisas de Dominik, abotonada solo hasta la mitad, que no alcanzaba a taparme los muslos. Me la había puesto

casualmente después de ducharme, luego me perdí por completo en la lectura. Cuando Victor llamó al timbre, me llevé tal sobresalto que ni siquiera pensé en ponerme algo menos indiscreto. Me ceñí la camisa al cuerpo, pero no cambió mucho la situación.

–Sumisa una vez, sumisa para siempre –observó él.

Bajé la mirada. Sentada como estaba en el filo del sofá naranja, con las piernas juntas, totalmente a su merced.

–Me gustas más cuando vas depilada.

–Eso ya no es asunto tuyo. ¿No lo puedes entender?

–¿Entender? Quién fue a hablar...

–¿Qué quieres decir?

–Que eres una mujer que se engaña a sí misma. Que se niega a aceptar lo que es, Summer. Que estás luchando contra lo que está en ti de forma natural. Dime, ¿eres feliz? ¿En estos momentos?

Su pregunta me pilló por sorpresa.

Por supuesto que no era feliz, ni de lejos. Estaba confusa, dividida, pero en relación con Dominik y con cómo podríamos convivir, encontrar el equilibrio. No tenía nada que ver ni con Victor ni con sus absurdas fiestas.

–¿Es que ni siquiera vas a ofrecerme algo de beber? No hace falta que prepares café, con un vaso de agua me basta.

–No.

Por ese hombre no movería ni un dedo, ni siquiera para darle un vaso de agua.

–Qué se le va a hacer...

Estaba de pie en la zona donde empezaba la cocina. No debí haberme sentado, pues ahora él me miraba desde arriba; de todos modos, no era especialmente alto. Dio un paso al frente y yo dije entre dientes:

–Si te acercas un centímetro más, si intentas tocarme un solo pelo, gritaré, lo juro.

–No seas ridícula. En primer lugar, no te oiría nadie. Estos edificios antiguos tienen unos muros muy gruesos y las ventanas están cerradas y, en cualquier caso, solo dan a tejados. –Señaló en dirección a la trasera del *loft*–. En segundo lugar, ¿crees que tengo alguna ambición de volver a follarte? Ni por asomo. Para que lo sepas, me resultaste excesivamente pasiva.

Me ruboricé. Era la primera vez que un hombre me decía algo así. Sabía que era absurdo que me avergonzase, porque aquel tipo era un cretino, pero igualmente me dolió.

–Bueno, entonces ¿qué es lo que quieres? –dije finalmente.

–Continuar donde lo dejamos. Finalizar tu formación. Transformarte, mi querida mascota. Tienes muchísimo potencial; es una pena desperdiciarlo.

–No quiero que nadie sea mi dueño.

–De eso ya me he dado cuenta. Me equivoqué al dar por hecho que ese era tu objetivo, pero, ¿sabes?, hay otras formas... –Sonrió con un rictus tan lleno de insinceridad y paternalismo que me entraron ganas de abofetearlo.

–¿No me digas?

–Ciertamente.

–¿Y si sigo negándome?

–Como he dicho, hay muchas formas.

Por un breve instante, me sentí envalentonada, como si al plantarle cara, al escucharlo como si oyese llover, negándome a entrar en su juego, Victor pudiese o desaparecer o desistir de sus malvados planes.

–Pues sigo diciendo que no, Victor. Ya no me interesa. Lo que yo decida hacer entre las cuatro paredes de un dormitorio no es asunto tuyo. Pero te puedo asegurar que nunca jamás desearé que tú participes en ese ámbito de mi vida. Además, voy en serio con Dominik, que debería estar de vuelta en cualquier momento, así que tal vez sería mejor que te marcharas –mentí.

–Dominik está en Londres –afirmó él con toda la calma del mundo.

Ahora estaba de pie delante de mí. Nerviosa, me abotoné la mitad superior de la camisa, ocultando así mi escote.

Victor metió la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta del traje gris, como si tal cosa, y sacó una BlackBerry. Sus dedos teclearon con agilidad en el diminuto teclado y me pasó la máquina.

–Dirás que sí –dijo, mientras yo la cogía de sus manos.

–¿Por qué?

–Tú solo dale al *play*.

Bajé la vista a la pantallita y a la imagen congelada que mostraba.

Era yo.

De pie, desnuda, ante una sala llena de desconocidos, con un collar de perro.

Tomada en la subasta que Victor había organizado el año anterior.

Me quedé de piedra. Me vinieron al pensamiento un montón de recuerdos y, con ellos, una excitación sorda que fui incapaz de reprimir.

Mi dedo acarició el teclado de la BlackBerry.

–Que lo disfrutes –dijo Víctor.

Con solo un toque, no más suave que un soplo de aire, la imagen cobró vida y toda una galería de fotos se desplegó ante mí.

Debía de haber habido otra cámara, oculta en algún lugar de la sala, donde el tipo medio calvo de las gafas me había poseído después de haber ganado una hora conmigo en la subasta. Yo no la había visto; sin duda, había estado demasiado aturdida para darme cuenta. No era un vídeo, sino más bien una serie de diapositivas. Alguien había configurado la cámara para que disparara automáticamente y tomase las fotos de la habitación a intervalos regulares.

Contemplé con terrible fascinación las imágenes que iban saliendo en la pantalla, como si estuviese viendo una película de terror y no pudiese ni mantener los ojos abiertos ni apartar la mirada. Era la primera vez que me veía a mí misma a través de la mirada de otro. De adolescente, alguna que otra vez me había hecho fotos yo misma, desnuda delante del espejo del cuarto de baño, que después había eliminado a toda velocidad, aterrada al pensar que mis padres o mis hermanos pudieran encontrárselas accidentalmente. Pero aquello era mucho más real.

Me sentí como si estuviese observando a otra persona en una pantalla; una película porno. Había tratado por todos los medios de borrar de mi mente todo lo que había pasado con Víctor. Pero esas imágenes eran aún más impactantes que mis recuerdos de aquella noche. El hombre con el cinturón en la mano, blandiéndolo, a punto de azotarme el cuerpo y la cara, medio escondida entre las sábanas. En aquel momento el dolor había sido una herramienta útil para no perderme a mí misma en la sensación, para no tener que pensar en lo que estaba ocurriendo, pero viendo la escena en las fotografías parecía mucho peor que la visión que se había almacenado en mi memoria.

Después del episodio no había sido capaz ni siquiera de recuperar el recuerdo de aquel hombre; podría haber sido cualquiera. No habría podido describir su cara, ni el tamaño o el grosor de su pene. Ahora lo veía en la pantalla, con una mueca de enfado en la boca y con el cuerpo variando de postura a cada imagen tomada. ¿Me

había preguntado Victor en aquel momento si estaba conforme? No conseguía recordar si había dispuesto de la opción de dar mi consentimiento o denegarlo. Aquella idea me aterró, y más aún la de no haber intentado frenarlo.

Tuve la sensación de que aquel teléfono que tenía en las manos era tan peligroso como una granada, pero era incapaz de encontrar fuerzas dentro de mí para apartar la mirada o para tirarlo por la ventana. El ritmo de las imágenes congeladas era insistente, y todas las fotos eran duras, violentas. La pura obscenidad de contemplar a ese hombre entrando y saliendo de mí, y cómo me acoplaba a él, me estaba causando una auténtica conmoción, al igual que las expresiones de mi rostro, unas veces hermoso, otras veces feo, congelado en el tiempo.

Por fin la galería de imágenes terminó.

¡Pero no es así!, quise gritar. Esto es lo que vería la gente si Victor publicaba las imágenes, cosa que sin duda tenía pensado hacer. Ni los momentos que había compartido con Dominik, ni las lecciones de cuerda con Cherry, ni las escenas que había presenciado en los clubes en los que había estado, nada de eso era así. Todas esas cosas estaban rodeadas de afecto, de diversión, y habían sido disparatadamente excitantes y gozosas. Nada que ver con esas imágenes de Victor, en las que aparecía yo con un collar de perro, con la cara en ocasiones turbada de tristeza y con el hombre descargando con evidente furia su cinturón contra mí. Aquellas noches pertenecían a una categoría de cosas totalmente diferente, a una pesadilla, y a mí me habían manipulado para que entrase en ella. Ya había conseguido casi olvidarme de todo aquello. Quise meterle a Victor el móvil por la boca hasta ahogarlo, pero así solo habría acabado teniendo un problema aún más gordo.

–¿Edificante, eh? –oí que decía Victor, a miles de kilómetros de distancia.

Absolutamente horrorizada, me di cuenta de que estaba húmeda, bajo la escueta cortina de la camisa de Dominik, que ocultaba mi intimidad. La intención había sido malévolamente y las motivaciones de Victor, delictivas, pero las imágenes en sí mismas, el recuerdo de ese tipo de sexualidad, me habían excitado.

Permanecí en silencio, consciente de que dijese lo que dijese como respuesta, él sabría darle la vuelta para volverlo en mi contra.

–Hay que ver qué caras tan lindas pones cuando te follan, ¿eh, Summer? Serías una magnífica estrella del porno duro en la gran

pantalla, ¿verdad? ¡Una pena que no pudiéramos hacer una peli sonora contigo moviéndote y cantando! Acogiendo con gusto el placer que te estaban procurando, y a la vez luchando contra ello con todas tus fuerzas. La mente frente a la materia, ¿eh? –rio de su propia ocurrencia de dudoso gusto.

–¡Eres un monstruo!

Se dirigió a la encimera de la cocina, agarró un vaso y se sirvió agua. Yo me quedé petrificada, sin poder moverme de donde estaba.

Una parte de mí deseaba estampar la BlackBerry contra la pared y ver cómo se hacía añicos; otra ansiaba visionar una y mil veces aquella sucesión de imágenes. Pero supuse que las habría descargado en algún otro dispositivo, para guardarlas en un sitio seguro, y que mi reacción habría sido exageradamente melodramática.

–No creo que te dieran un Oscar, querida –dijo Victor–, pero si estas imágenes se filtrasen, me atrevo a decir que tu vida de músico clásico podría toparse con unos cuantos obstáculos poco deseables, ¿no? Los vídeos porno y cosas por el estilo son más propios de aspirantes a famosas de segunda categoría o de meretrices de *realities*, no para artistas serias, diría yo. Y... Ohhh... ¿Qué opinaría tu preciado Dominik, el dominador aficionado, si lo viera? ¿Le haría feliz?

Estuve a punto de responder que sí a su última pregunta, aunque solo fuera para provocarle. Pero no me dejó tiempo.

Muy recto, depositó en la encimera el vaso vacío y dijo:

–Tú eliges, Summer, querida. Requeriré tus servicios una última vez. Si aceptas, las fotografías serán destruidas. Te doy mi palabra de caballero. Este es mi número en Nueva York. –Dejó una tarjetita rectangular en la encimera de granito de la cocina.

–¿Qué...?

–Nada de preguntas. Si estás de acuerdo con asistir al evento, obedecerás hasta la última orden y la acatarás. Eso es todo. No se te hará daño, no sufrirás físicamente de ningún modo. Una vez más, te doy mi palabra.

Recordé el registro, y abrí la boca.

Él se adelantó a mi pregunta.

–Nada de señales. No se te hará nada que sea imborrable.

–Pero...

De nuevo, Victor me interrumpió.

–Un día y una hora. Un sitio. Tú te presentas allí. No quiero que sepas nada más. Quiero que estés nerviosa. Estás mucho más guapa

cuando eres vulnerable, querida. Infinitamente más guapa.

Me había quedado sin palabras.

–Llámame antes de cuarenta y ocho horas para darme la respuesta. Sé salir yo solo.

Dio media vuelta y se marchó.

Entre la visita de Victor y el regreso de Dominik a Manhattan, caí en una profunda depresión, como si fuese un granito de arena zarandeado en medio de un turbulento mar de emociones.

No había derecho a aquello.

Justo cuando había creído que Dominik y yo podríamos lograr que la relación funcionase, que podríamos labrar juntos una vida, por insólita que pudiera ser, me enfrentaba a otra maquinación de Victor, a una situación que podría echar por tierra mi carrera musical cuando aún estaba empezando. Podría acudir a la Policía, pero solo de pensarlo se me caía el mundo encima. ¿Qué les diría? No tenían más que echar un vistazo a mi estilo de vida para carcajearse de mí y hacer que me marchase de allí con las orejas gachas. E incluso si eran de mentalidad más abierta de lo que imaginaba, sería demasiado tarde si Victor se las ingeniaba para sacar a la luz una sola de esas fotografías. Podría perderlo todo. Si se divulgaban, podían llegar a Te Aroha. Y si mis padres se enteraban por los periódicos, no podría soportarlo.

Quería hablar del tema con alguien, pero parecía que Cherry estaba ilocalizable y de ninguna manera podía comentárselo a Chris, mi mejor amigo de Londres. Para él Dominik era lo peor. Sabiendo lo protector que era a veces, seguro que contrataría a un matón para ajustarle las cuentas a Victor.

Al pensar en Chris me entró nostalgia. Lo echaba mucho de menos. Había sido el único hombre de mi vida, aparte de mi viejo profesor de violín, el señor Van der Vliet, que nunca me había tirado los tejos, y echaba de menos la seguridad que me proporcionaba su compañía y su conversación, sabiendo que nunca seríamos nada más que buenos amigos y que no me daba consejos con la intención de llevarme a la cama. Yo había dejado de darle vueltas al enigma de por qué Chris y yo nunca nos gustamos físicamente. Desde luego, era un hombre atractivo para otras mujeres y tenía toda una cohorte de admiradoras esperándole después de cada concierto. A lo mejor se debía a que los dos éramos músicos, de modo que a mí no me impresionaba tanto como a sus fans.

Chris era un encanto de hombre, y bastante chapado a la antigua, en el fondo. No hablábamos de nuestras respectivas vidas sexuales, pero las pocas veces que él se había enterado accidentalmente de algún detalle sobre la mía me había dejado bien claro que mis aventuras sexuales le preocupaban. No le cabía en la cabeza el morbo que me daban determinadas cosas que me gustaban, y las consideraba peligrosas. Para él, no era algo divertido ni seguro que se llevaba a cabo en un entorno controlado; para él un dominador era un chiflado obseso del control sobre los demás que podía hacerme daño. Yo esperaba hacerle cambiar de opinión algún día, pero de momento pensaba tomarme el tiempo que hiciera falta para conseguir que no tuviese miedo. Sobre todo no quería perderlo, así que para mantener una conversación sobre mis problemas con Victor tendría que buscarme a otro amigo. Con Chris, imposible.

Me acordé de Lauralynn, pero ni siquiera tenía su número y no la veía ni hablaba con ella desde hacía casi un año. Era una persona muy segura de sí misma, y sin duda podría decirme palabras sensatas sobre esta cuestión.

Me di cuenta de lo solitaria y aislada que me había vuelto. Después de ese breve paréntesis en mi tierra, en compañía de mis amigos y de mi familia, vi que tenía muy pocos amigos.

Dominik se había convertido en mi puerto, en mi punto de referencia fijo, en un lugar seguro en medio de la tormenta, pero si le revelaba las circunstancias y qué era lo que las había desencadenado, sabía que podría perderlo para siempre.

Estaba perdida.

Esa noche me emborraché, por primera vez desde donde me alcanzaba la memoria. Mezclé intencionadamente cerveza y otras bebidas alcohólicas, subí dando una vuelta hasta el West Village y entré en la mitad de los bares entre McDougal y Sullivan. No estaba segura de lo que buscaba: consuelo en el alcohol o solo el agradable cobijo, cálido y mullido, de cuando se pierde la consciencia. Nunca he sido de las que al emborracharse se ponen alegres. Por lo general, acabo taciturna e irritable, quizá por eso no llamé la atención de nadie en el bar; afortunadamente, desde luego, porque no me hallaba en condiciones de elegir con dos dedos de frente compañía masculina para esa noche. Tampoco es que estuviese buscando nada ni a nadie, dadas mis circunstancias. La vida ya era bastante complicada tal como era.

Tiré de mí misma para regresar al *loft* justo a tiempo de llegar a la taza del váter, donde eché una vomitona espectacular. Extenuada y con un sentimiento de vacío, me arrastré como pude hasta el dormitorio, me derrumbé en la cama y al instante me quedé dormida.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, aún no había salido el sol y tenía un dolor de cabeza insoportable. En el armarito del baño no había nada para estos casos, Dominik no era de los que se medican por su cuenta y riesgo, y las únicas pastillas que encontré fueron mis propias píldoras anticonceptivas. Me miré en el espejo. Tenía muy mala cara, con ojeras oscuras, un antiestético grano en la mejilla derecha, y los pelos como si acabara de venir de la guerra. Suspiré y regresé de puntillas al dormitorio para intentar volver a dormir. Pero las sábanas apestaban a sudor y a alcohol. Tendría que tenerlas lavadas y secas antes de que volviese Dominik.

Remoloneé en la cama durante horas, incapaz de relajarme para dormir. Con el rabillo del ojo podía ver el estuche del violín, en la otra punta de la zona del salón, incitándome, abandonado, pero me sentía incapaz de reunir las fuerzas necesarias para levantarme a tocar, aunque solo fuera un poquito. El tiempo pasaba con una lentitud increíble. Cada vez que echaba una ojeada a mi reloj de pulsera, veía que el día apenas había avanzado unos minutos.

No quedaba nada para que regresara Dominik y yo seguía sumida en la más absoluta confusión, con la cabeza a punto de estallar del dolor.

Me daban ganas de echarme a llorar, pero ni siquiera tenía energía para eso.

–Soy yo.

–Estaba esperando tu llamada. –Casi podía ver la sonrisilla de suficiencia dibujándose en su cara.

–Eres muy listo.

–¿Y bien?

–Bueno... –Se me hizo un nudo en la garganta al tratar de dominar mis emociones para no darle la satisfacción de escuchar los sonidos estrangulados que estaba intentando escupir.

–Ve al grano, Summer –dijo Victor–. La elección es sencilla: ¿sí o no? Vamos.

–¿Las fotos serán eliminadas, no quedarán copias?

–Así es. Tienes mi palabra.

–Ese es el problema. ¿Puedo fiarme realmente de ti?

–Pues tendrás que fiarte, ¿no?

–Supongo que sí.

–Entonces, eso quiere decir que sí, ¿verdad?

Suspiré.

–Y... cuando todo haya acabado, nunca más volverás a molestarme. Me dejarás en paz. No volverás a aparecer en mi vida, ¿correcto?

–Si eso es lo que deseas...

–Lo es. Absolutamente.

–Bien.

Aun así, era incapaz de decir la palabra fatal y seguí intentando delimitar bien todo el tema.

–Y esta vez nada de cámaras, ni teléfonos ni nada, ¿de acuerdo?

–Por supuesto.

¿Tenía elección? Era o esto, o mandar a paseo mi carrera musical y, de paso, a Dominik.

–De todos modos –dijo Victor–, tengo pensado que vayas enmascarada para la ocasión.

–Menuda horterada.

–Para nada, querida mía. ¿No nos gustan los rituales a todos? Estarás espléndida. Será una máscara negra, por supuesto, salvo que tengas otra preferencia cromática.

De pronto visualicé a la mujer de la jaula de Nueva Orleans. Ni siquiera estaba segura de si realmente llevaba un antifaz, pero la mención de Victor, como de pasada, del gusto por el ritual concitó en mí ese recuerdo y sentí una punzada conocida en el estómago.

–Como quieras –le espeté.

–Así pues, ¿estamos de acuerdo? –preguntó Victor.

–Estamos de acuerdo. –Me dio un vuelco el corazón.

–Perfecto.

Me dije a mí misma que sería una sola noche, una sola de entre las miles de noches en que a partir de ese momento sería totalmente libre de disfrutar exclusivamente bajo mis condiciones. Una noche. Y solo sería mi cuerpo, no mi mente ni mi corazón. A ellos los dejaría bajo llave durante las pocas horas que durase, lejos de los malvados pensamientos de Victor y de la mirada de unos extraños; los mantendría puros. Por desgracia, sabía demasiado bien que el cuerpo se cura rápido y que la vergüenza no deja rastro, al menos en el exterior. Solo esa última aventura, y después sería libre y volvería a

llevar las riendas de mi vida. No era un precio demasiado alto, ¿no?
¿O sí?

–¿Cuándo? –pregunté.

Él se rio.

–¿Tanta prisa tienes?

–No. Es que quiero quitármelo de encima –respondí.

–En ese caso, tendrás que moderar tu entusiasmo algún tiempo.
Te mantendré informada.

–Oh...

Había esperado que todo el asunto tuviese lugar antes de la vuelta de Dominik. Que cuando estuviésemos juntos, todo aquello fuese cosa del pasado, como tantas otras cosas que le había ocultado.

–Me pondré en contacto contigo, Summer –anunció Victor.

–Por favor...

–Oh, no sufras, seré la viva imagen de la discreción – añadió, y colgó.

Ahora no podía hacer nada más que esperar.

Dominik dejó en el suelo el equipaje y caminó hacia mí. Yo había estado esperándolo sentada en el sofá, con una de sus camisas, la Ralph Lauren color azul grafito con la que le gustaba que durmiese cuando hacía demasiado frío para dormir desnuda. También llevaba unas braguitas blancas de algodón que me había comprado el día anterior en Gap. Recatada, casi inocente.

–Has vuelto –me dijo, y la más cariñosa de las sonrisas transformó la tristeza general de su semblante.

–Sí, se acabó la gira. Nada a la vista en meses –dije.

–Maravilloso.

Me levanté para besarlo.

Sus labios eran suaves, pero estaban resecos. Los lamí, y de nuevo me sumergí en la sensación de su presencia física, de su calor, de su olor.

Sus ojos me radiografiaron, cargados de preguntas no formuladas que yo no deseaba responder en esos momentos.

–Bienvenido a casa.

–Y tú.

Su mano bajó hasta mi hombro y me estrechó con firmeza contra su cuerpo. Yo abrí la boca, pero sus dedos volaron hacia la suya, insinuando que no debía decir ni una palabra más.

–Shhhh.

Volví a notar en el estómago esa conocida sensación. Recuerdos de todos los silencios que habíamos compartido. El silencio que siempre seguía a la música. Un ritual no forzado que se había vuelto específicamente nuestro. El Dominik que yo conocía había vuelto, y no quería saber nada del pasado. Lo único que contaba era el «ahora», nosotros dos juntos en esta habitación, con el resto del mundo expulsado fuera.

Estrechándome con fuerza, nuestros corazones palpitando al unísono y a tan solo unos centímetros de separación, su otra mano subió y agarró con firmeza mis cabellos en un puño. Tiró. Mi cabeza se echó hacia atrás, siguiendo el ángulo de su movimiento, y mi cuello quedó expuesto. Acercó su boca y pellizcó con los labios la piel estirada, y tiró hacia sí. Yo me estremecí. Entonces su boca me soltó y sus dientes me mordieron delicadamente, sin llegar a clavármeme en la piel, solo comprobando su docilidad. Yo me pregunté, en algún rincón recóndito de mi cerebro, si así me arrancarían el pellejo un caníbal, o si el vampiro en el que Dominik se habría metamorfoseado durante mis viajes por el mundo se alimentaría de mi sangre. Noté que me flojeaban las rodillas.

Sabía que sus dientes me dejarían una marca en el cuello. Su marca.

Se quedó así un rato, como dudando entre morderme del todo, perforarme la piel y chuparme la sangre, o comerme simplemente de un solo bocado salvaje, como se comería un manjar.

Finalmente me soltó el pelo y con un solo movimiento me reventó la camisa tirando de los botones, algunos de los cuales salieron volando por el suelo del *loft*.

De pie delante de él, semidesnuda, sentí de pronto el impulso de arrodillarme, bajarle la bragueta de los pantalones negros, sacar su firme miembro y que se perdiera dentro de mi boca, jugar a la zorra que siempre había deseado ser para él. Pero esperé, ansiosa por saber qué haría a continuación.

Dominik me rodeó y, con otro toque sobre mi hombro, me indicó que me diese la vuelta sobre los talones para quedar de nuevo mirando hacia el sofá naranja. Entonces me hizo inclinar hacia delante y me bajó las bragas, hasta la altura de los tobillos. Primero un dedo se deslizó en mi interior. Luego, me separó las piernas y de pronto me penetró sin ambages, con mi copiosa lubricidad facilitando su acceso. Me encantó su manera de hacerlo, encajando en mí a la perfección.

En esos momentos no había ninguna necesidad de cuerdas ni

ataduras ni mordazas ni juguetes, pero esperaba que tuviese guardado alguno de esos objetos para otra ocasión. Ahora lo único que quería era el movimiento inquebrantable de su miembro dentro de mí, oír el sonido de la respiración a medida que su placer iba en aumento, y la sensación de sus testículos contra mis nalgas cada vez que lo sentía entero.

Estábamos en Nueva York y ya quedaba menos para el otoño, y Dominik estaba dentro de mí y la música de sus movimientos puntuaba la ruda manera en que sus dedos jugaban con mis nalgas. En ese instante sí era feliz. Sin pensar en mañana. Sin pensar en ayer.

Ojalá el tiempo pudiera detenerse y que aquello no cambiase nunca.

Bailaré este vals

A Summer esto le parecería un horror, pensó Dominik mientras entraba en el edificio que Victor había alquilado para el evento e inspeccionaba el interior.

El lugar era muy lujoso, pero con un gusto chabacano. Seguramente le habría costado un ojo de la cara, aunque solo fuese para una noche, si bien tal vez perteneciera a algún adinerado integrante de su círculo de conocidos.

El edificio era una imponente mansión con vistas al Hudson en un área de Manhattan que apenas conocía; un grupo de casas de millonarios que únicamente frecuentaban unos pocos. El suelo estaba totalmente enmoquetado de rojo en un estilo que imitaba a las residencias reales pero que únicamente alcanzaba a resultar macabro, como los edificios de las películas de miedo en las que hay charcos de sangre en el suelo.

Unos ornados espejos con marcos dorados cubrían la totalidad de ambos lados del pasillo, creando un efecto de amplitud. Dominik podía verse reflejado desde todos los ángulos, una visión en absoluto agradable que le hizo apresurarse a salir de aquel corredor lo más rápido posible.

Subió el tramo de escaleras que había al final del pasillo, el cual se bifurcaba en dos direcciones distintas sin que ningún letrero indicase a los invitados qué camino tomar. Dominik eligió el de la izquierda.

La puerta se abrió antes de que pudiera levantar la mano en dirección a la anticuada aldaba. Una mujer joven apareció en el vano de la puerta, y con un elegante movimiento de la mano le hizo una seña para que se acercara.

Solo llevaba un conjunto de lencería de color rojo sangre, el mismo rojo de la moqueta. En vez de cubrir sus pechos y su sexo, las minúsculas piezas de tela simplemente los enmarcaban, pues el tanga se abría en el pubis y el sujetador era apenas un triángulo por el que asomaban sus pequeños senos. Era castaña y llevaba la melena recogida en un moño, en lo alto del cual lucía una esbelta pluma roja

que tenía el efecto de alargar sus facciones de tal modo que parecía una jirafa muy femenina. Portaba una bandeja de plata, aparentemente demasiado pesada como para que pudiese con ella su delgado brazo. Sobre la bandeja había varias filas de vasos de chupito.

La tendió hacia Dominik.

–No, gracias –dijo educadamente–. No bebo.

–Oh, no –respondió la mujer–. No es alcohol, es chocolate. Los antiguos aztecas creían que el chocolate era uno de los afrodisíacos más potentes, ¿sabías?

–Bueno, si lo dices así, sería una falta de educación rechazarlo.

Se sorprendió al comprobar que, además, el dulce líquido estaba caliente, como si lo hubiesen servido de una cazuela de chocolate puesta a calentar en un fogón. Tenía un toque ligeramente picante, como a guindilla y nuez moscada.

–Delicioso, gracias.

Por toda respuesta, ella inclinó la cabeza para hacer un leve gesto afirmativo.

Mirando a su alrededor, a la gran zona abierta en la que se encontraba, Dominik observó que la casa era como un palacio.

Le agradó ver que la moqueta no cubría totalmente la gran sala, sino solo el perímetro, creando un marco alrededor del centro, el cual era una gran pista de baile. De hecho, había una pareja bailando un vals sobre el suelo de madera, aunque no sonaba ninguna música.

Dominik vio que eran Edward y Clarissa, la pareja que organizó el evento en el que participó Miranda. Clarissa iba vestida también a juego con la moqueta, con un vestido largo hasta el suelo, de color rojo con una gorguera de encaje blanco como una reina victoriana. Empezó a sospechar que Victor había dado algunas indicaciones de vestuario a los demás invitados de las que no había informado a Dominik.

Edward iba ataviado con un uniforme militar de gala y parecía un héroe de guerra, o un dictador, según se mirase.

Dominik avanzó hacia la larga mesa del fondo de la sala en la que habían colocado varias botellas de champán en sendos cubos, infinitas hileras de copas de champán, bandejas de madera con grandes racimos de uvas y mangos cortados en trozos, y hasta una escultura de hielo: un rollizo Cupido apuntando su flecha directamente a la sala. Dominik reflexionó acerca de la figura, que no era el dios del amor romántico como mucha gente creía, sino el dios del amor erótico,

que con sus flechas inyectaba un deseo incontrolable en sus víctimas.

Tuvo que reprimir una risa al reparar en la fuente del chocolate, probablemente un antiguo obsequio de alguna tía bienintencionada que no había sospechado que acabaría siendo el objeto protagonista de una fiesta de esta naturaleza. Conque así era como mantenían caliente el chocolate. Había empezado a pensar que Victor era una especie de mago.

–¿Estás disfrutando de la velada?

Dominik se volvió y vio a una mujer japonesa que llevaba puesto un corsé blanco con un delicado estampado de florecillas rojas. En otras circunstancias el estampado de la prenda le habría resultado atractivo, pero en este contexto le hizo imaginar que a la pobre mujer acababan de descerrajarle un disparo en un costado.

–Sí, gracias. Al menos de momento... Acabo de llegar.

–¿Has estado alguna vez en una fiesta de Victor?

–Solo una vez antes, pero se trató de una ocasión más informal. Nada que ver con esto.

Ella agarró una copa y se inclinó sobre la mesa para alcanzar una botella, exponiendo parte del pecho y un pezón marrón claro.

–Permíteme.

Dominik cogió la botella de sus manos y la ladeó para verter el burbujeante líquido en su copa, despacio para que no rebosase.

–Gracias. ¿No brindas conmigo?

–Solo si puedo encontrar un refresco sin alcohol. Normalmente no bebo.

Decidió dejar de justificarse. ¿Por qué todo el mundo parecía asombrarse tanto ante su elección de evitar las bebidas alcohólicas? Como si no pudiera uno divertirse sin emborracharse.

–Seguramente sea lo más sensato en esta clase de situaciones.

Dominik arrugó el ceño, buscando con la mirada una alternativa. A juzgar por las bebidas que veía expuestas, no era una fiesta para abstemios. Cuando volvió a darse la vuelta, su acompañante había sido arrastrada a la multitud por un tipo vestido con unos pantalones cortos de látex, negros y dorados, y máscara de luchador. Dominik observó la musculatura de la espalda de aquel hombre, que iba ondulándose al andar, y sintió una punzada de envidia. Quizá debería empezar a correr, como le había sugerido Lauralynn, o por lo menos recuperar de alguna manera el gusto por el atletismo de sus años universitarios.

Pero tampoco se podía decir que Summer mostrase ni el más

mínimo interés cuando él engordaba o adelgazaba un kilo de más. Dudaba de que incluso se diese cuenta.

Edward interrumpió sus cavilaciones.

–Creo que nos hemos visto antes, pero no estoy seguro de que nos presentaran formalmente. Estuviste en la pequeña *soirée* de Victor, ¿estoy en lo cierto?

–Sí, Clarissa y Edward, ¿verdad? Soy Dominik.

–Llámame Ed, por favor. Solo Victor me llama Edward, y Clarissa cuando quiere fastidiarme. Como puedes ver, a Victor le encanta mantener siempre cierto aire de teatralidad.

Ed arrancó una uva de una de las bandejas, la mojó en la fuente del chocolate y a continuación se la metió en la boca con una sonrisa de satisfacción.

Clarissa continuó la conversación.

–Se deja la piel organizando estos festejos. Por lo que se ve, nos tiene reservada una sorpresa para más tarde. Sabe Dios lo que será. ¿Tú lo conoces bien?

–No, no especialmente. Somos conocidos, esto es todo.

–Mejor. No querría que te ofendieras, si es que eras amigo suyo. Pero para serte sincero creo que no le cae bien a nadie. La gente acude a sus fiestas por el espectáculo, y porque el champán siempre es bueno.

–¿Esta es la fiesta, entonces? Pues me parece poca cosa, conociendo a Victor. Había esperado algo más.

–Creo que la acción de verdad tendrá lugar en la mazmorra, y en la sala de juegos, una vez que hayan llegado todos los invitados y estén un poco entonados. –Señaló en dirección a dos puertas con forma de arco, en la pared de enfrente, ambas tapadas con sendos cortinajes de grueso terciopelo rojo–. Creo que las abrirán a medianoche.

–¿Una mazmorra y una sala de juegos?

–Sí. Esta noche Victor tiene cosas preparadas para todos los gustos. Hay una sala de juegos de BDSM, con todo el equipamiento habitual, y otra para los aficionados a los intercambios de parejas.

–O para los liberales, para aquellos de nosotros a los que no nos agrada que nos etiqueten como *swingers* –interrumpió Ed. Se le había manchado de chocolate el filo del bigote.

–Sí, querido –repuso Clarissa, poniendo los ojos en blanco–. ¿Así que tú eres nuevo en la escena, pues?

–Supongo que podría decirse así, sí.

Dominik nunca había sido muy fan de las fiestas de BDSM ni del intercambio de parejas, él prefería representar sus fantasías en la privacidad de su mente o en la intimidad de su casa. Echando la vista atrás, los episodios en los que había participado en Londres, donde se había unido a otros hombres en noches de fiesta y excesos, habían carecido de erotismo, en cierto modo, y simplemente fueron episodios de sexo desenfrenado. Nunca había ido a un club fetichista, y rara vez había presenciado juegos fetichistas públicos a parte de la escena de Victor azotando a Miranda. Por lo menos, él había esperado que estuviese castigándola y no cometiendo una agresión sexual. Pero por lo que sabía de Victor, la realidad podría haber sido tanto una como otra.

–Tienes suerte de tener todo esto a tu disposición. Cuando empezamos nosotros, pensábamos que en el mundo no había nadie más que tuviese interés por las prácticas sexuales alternativas.

–¿Entonces no sois nuevos en esto? ¿Cómo lo descubristeis?

Dominik sentía que le había picado la curiosidad. A lo mejor sí era posible mantener una relación de pareja en este tipo de entornos.

–No, nosotros ya somos viejos conocidos de este mundillo. Nos conocimos en el instituto. Llevamos treinta años casados. Nuestra relación empezó a declinar un poco al cabo de un tiempo, y por eso tratamos de echarle un poquito de picante, y una cosa fue llevando a la otra y hasta hoy. Era más complicado cuando los chicos aún vivían en casa. Entonces contratábamos una canguro y les decíamos que nos íbamos al cine, poco sospechaban ellos que sus padres se escabullían para acudir a los locales *underground* más picantes de Nueva York. Ahora que tenemos la casa para nosotros solos, podemos hacer lo que nos plazca.

–¿Y vuestros hijos...? –empezó a decir Dominik, pero entonces se cortó sin acabar la pregunta, y buscó una manera educada de desviar la conversación de este tema tan íntimo e incómodo.

–¿Que si salieron bien, quieres decir? Sí, los dos son un amor, aunque más sosos que un lavaplatos. Uno de ellos se hizo abogado matrimonialista, nada menos, y se fue a vivir a Wisconsin. Ahora ha vuelto a Nueva York, y toca el trombón en una orquesta. Nuestra hija se casó con el hijo del pastor de nuestra parroquia. Solo Dios sabe cómo pudo ocurrir. No nos soportan, pero nosotros tenemos la precaución de no sacar los pies del plato delante de ellos, por así decir, por si nuestra hija decide que somos una mala influencia para los nietos. La gente es así de tonta, ya ves.

–Sí, supongo que sí.

–Oh, aquí viene, el amo y señor de la mansión. Va un poquitín ridículo, ¿no creéis? El látex debería ser solo para la gente joven y esbelta.

Edward la miró con el ceño arrugado.

–Tonterías. Los jóvenes y esbeltos no tienen el monopolio del *glamour*. Nosotros dos somos buena prueba de ello, no me digas que no –añadió con una sonrisa de satisfacción.

–Sí, la verdad.

Victor llevaba un disfraz de maestro de ceremonias de caucho rojo, negro y dorado. Se había maquillado como un payaso, con un montón de carmín alrededor de la boca a modo de parodia de una sonrisa. En una mano llevaba un látigo, e iba tocado con una chistera ladeada con desparpajo. Se la quitó al llegar ante ellos e hizo una profunda reverencia.

–Cuánto me alegro de que hayas podido venir –le dijo a Dominik con una sonrisa viperina de satisfacción.

–Gracias por la invitación.

–Estoy seguro de que te va a encantar el espectáculo que he preparado.

–¿No nos vas a dar ni siquiera una pista de lo que estás tramando?

–¿Y estropear la sorpresa? Ni hablar. Bueno, si me disculpáis..., he de saludar al resto de invitados. No es fácil hacer de anfitrión, pero alguien tiene que hacerlo.

Clarissa esperó hasta que no pudiera oírlos y entonces retomó el hilo de la conversación.

–Este hombre es absurdo. Y bastante loco. Voy a averiguar qué está preparando.

–¿Estás segura de que es buena idea? –preguntó Ed.

–Bueno, alguien tendrá que controlarlo. El gusto por las prácticas sexuales alternativas no es lo mismo que tener tendencias psicópatas, ¿sabes? No podemos permitir que los novatos crean que estamos todos chiflados, si pretende ofrecer un numerito disparatado a un público sin ningún deseo de ver cosas raras.

Dio media vuelta en sus tacones y desapareció por la entrada a la mazmorra.

Summer había recibido la llamada de Víctor cuatro días antes, el tiempo justo para hacerse la depilación brasileña y que desapareciera

el enrojecimiento.

Seguramente no había sido casualidad, pensó ella mientras la esteticista aplicaba el líquido caliente y espeso, aguardaba unos segundos a que se secase un poco y a continuación lo arrancaba cuando ya era una tira flexible, para apoyar entonces rápidamente la palma de la mano sobre la piel de Summer con el fin de calmar el dolor.

Había oído comentar que existían varios tipos diferentes de dolor. Solo porque a la gente le diese placer recibir azotes en el trasero desnudo no quería decir que hiciesen cola para el dentista o les deleitase darse un golpe en un dedo del pie.

Summer, por descontado, no era masoquista. Pero de todos modos la visita al centro de depilación era para ella uno de los pequeños placeres de la vida. Tal vez fuese el acto de quitarse las bragas ante una desconocida, o quizá fuese el leve toque de los suaves dedos de la chica al apartarle los labios del sexo para asegurarse de que la cera llegase a los lugares adecuados y no le hiciera daño, o tal vez fuese el hecho de que la joven era realmente muy bella y que olía a champú.

Fuera cual fuera la razón, todo el proceso le resultaba muy excitante, y esa noche, mientras Dominik, dormía se había quedado despierta y se dio placer hasta provocarse un orgasmo. Por motivos que ni ella misma era capaz de explicarse, pensar que él estaba allí tumbado a su lado sin saber que estaba masturbándose la excitaba muchísimo. La idea de estar haciendo algo malo, de poder ser sorprendida con las manos en la masa, era lo que había desviado sus reflexiones hacia el sexo. Eso, y el tacto de su propia piel, que era extra-suave después de los cuidados de la esteticista.

Dominik aún no la había visto depilada, pero ya se daría cuenta, por supuesto. Le diría que le apetecía un cambio. Desde que en la fiesta de Charlotte él le ordenó que se rasurara con una maquinilla delante de todos los invitados, no había vuelto a manifestar ninguna preferencia respecto a su modo de lucir el vello púbico.

Le gustaba verla elegir qué ropa ponerse o cómo variaba su peinado de acuerdo con su estado de ánimo, pero él nunca le sugería ningún estilo concreto. A Summer eso le gustaba. Era una libertad a la que le habría costado mucho renunciar.

Le había dicho a Dominik que esa noche había quedado con Cherry para aclarar las cosas con ella, de modo que no debería extrañarse si volvía tarde a casa, o si no volvía en toda la noche.

Dominik había farfullado que él también había quedado con otra gente, pero sin entrar en detalles. Estaba como distraído y callado. A lo mejor pasar la primera noche de sábado desde su reencuentro cada uno por su cuenta era una mala idea, pero ya no había remedio.

Summer no podía contarle a Dominik los planes de Victor. Formaba parte del trato que ella no revelase jamás ningún detalle al respecto, a cambio de su silencio. Además, la aterraba que Dominik pudiera abandonarla si descubría lo que había hecho. Él la conocía hasta cierto punto, pero no creía que supiera hasta qué extremos había llegado, o qué fronteras había cruzado sin él.

Afortunadamente, aquella tarde Dominik se fue a trabajar a la biblioteca mucho antes de lo habitual, y ella había dispuesto de tiempo de sobra para prepararse y pedir un coche que la llevase a la dirección que le había dado Victor.

Simón llamó justo cuando salía por la puerta.

–¿Qué tal está nuestra estrella? ¿Recuperada del largo viaje de vuelta a casa? ¿Lista para un ensayo improvisado esta noche?

–Pues, lo cierto es que aún no estoy del todo bien. ¿Me das un par de días más de descanso?

–¿Hay algo que no me estás contando? ¿Te ha dado un disgusto el inglés? No es muy propio de ti rechazar un ensayo. Me tienes preocupado.

–No, solo es que estoy cansada. En serio.

No pareció muy convencido.

Victor estaba esperándola cuando el coche entró en el garaje subterráneo de la mansión que había alquilado para el evento.

Un lugar espantoso, pensó ella, mientras la verja metálica de la entrada se abría. No tenía nada que ver con el estilo *art déco* del sitio de Nueva Orleans al que la había llevado Dominik. Esto parecía el sueño de un futbolista, el tipo de casa que en el fondo no era más que un medio para hacer ostentación de la riqueza de su dueño, a quien no le importaba si la casa se integraba o no en el entorno. Probablemente estaría plagada de terciopelo y apliques de oro falso, pensó, pero no iba a tener la oportunidad de comprobarlo por sí misma porque Victor la llevó a toda prisa al interior de la casa por un pasillo largo y oscuro, hasta una habitación equipada con la parafernalia propia de las mazmorras.

Todos esos aparatos le hacían sentirse cómoda, más que extrañada o asustada. La presencia de la cruz acolchada, un par de bancos para azotes, una jaula, una estructura metálica que recordaba

a un potro, y la panoplia de fustas, látigos y palas conferían un aire familiar a un lugar desconocido.

En el centro de la habitación había una cortina de terciopelo rojo que colgaba de un riel redondo para formar una especie de tienda, un poco como una carpa de circo en miniatura.

Victor descorrió la cortina y dejó ver un escenario, decorado con telas y flores, un poco como un altar de sacrificios. Por encima de la tarima había un foco.

–Me he tomado muchas molestias en tu honor, querida, como puedes ver. Espero que sea de tu gusto.

–No es la primera vez que actúo bajo un foco. Estoy segura de que sabré arreglármelas.

–Me atrevo a decir que estás deseando empezar –dijo él con petulancia.

Summer no respondió, pero las palabras de Victor la atravesaron como un cuchillo.

¿De verdad estaba deseando empezar?

Supuso que sí. En su corazón sabía que Victor era un ser repugnante. Pero una parte de ella respondía a sus órdenes, una zona oscura situada en su centro más profundo que Victor parecía detectar, extraer y manipular con habilidad. No había duda de que era una mala persona, pero al igual que las polillas se sienten atraídas por la llama, Summer sabía que su resistencia a Victor se desmoronaba bajo el poderío de su propio deseo.

Aun así, no le daría la satisfacción de saber qué sentía.

–Ven aquí –le ordenó.

Ella se detuvo delante de él, y se alegró de haberse puesto tacones y de sacarle unos centímetros.

–Desnúdate.

También eso estaba dentro de lo previsto. Llevaba un vestido largo negro sin tirantes, de algodón elástico, que podía ponerse y quitarse fácilmente con un solo gesto. Para Summer había pocas cosas más humillantes que tener que luchar con la ropa para desvestirse delante de un público, en especial si ese público era Victor.

Entonces él sacó una cuerda.

Maldita sea, ¿es que Victor había estado espiándola? Siempre parecía saber exactamente qué teclas tocar para activarla.

Era una cuerda gruesa, bastante usada y ablandada por frecuentes lavados. Seguramente podría soportar que la atase durante

bastante rato sin sufrir excesivamente, sin sentirse incómoda y sin dañarse ningún nervio.

–Arrodíllate.

Señaló el altar. Summer vio que estaba totalmente tapado por una colchoneta, en lugar de la piedra dura que había imaginado. Tenía unos escalones a ambos lados y era de poca altura, la idónea para que un hombre o una mujer pudieran ponerse al lado y tener fácil acceso a la persona que yaciera encima. O sea, ella.

Summer se estremeció al sentir el suave roce de la cuerda sobre su piel.

Victor rio entre dientes como reacción a su involuntario gesto de placer y ella se aguantó las ganas de darle un puntapié. No habría servido de nada.

La ató con tanta delicadeza que Summer empezó a relajarse pese a sus mejores intenciones de hacer justo lo contrario.

Al cuerno, pensó. Después de esto nunca más volveré a verlo. ¿Qué más da?

Los nudos eran firmes pero no estaban especialmente prietos, y se fijó en que Victor cumplía todas las normas del *bondage* para no correr ningún riesgo: no aplicaba presión en los puntos neurológicos de su cuerpo y dejaba el espacio de un dedo entre su piel y la cuerda, para no interrumpir la circulación de la sangre. Evidentemente, no era la primera vez que lo hacía, y hasta ese momento estaba cumpliendo su palabra de no dejarle marcas permanentes ni causarle ningún daño.

Entonces ella intentó mover la cabeza. Se retorció, comprobando de nuevo la sensación, comprendiendo lo que le había hecho.

–Por fin –dijo él en voz baja, casi con júbilo– he conseguido que hagas algo más aparte de estar ahí tumbada.

Había atado la parte inferior de su cuerpo formando un arnés y dejado un nudo en la cuerda que le pasaba entre las piernas; después, la ató a su melena de tal modo que cada vez que ella movía la cabeza hacia delante, la cuerda se tensaba y le frotaba el clítoris. Con unos movimientos bien calculados, sería capaz de provocarse el clímax sin ayuda de una mano, ni suya ni de otra persona.

–¿Te ha comido la lengua el gato?

Summer intentó permanecer lo más quieta posible, maldiciendo para sus adentros a su cuerpo por traicionarla, al notar que entre sus piernas la cuerda empezaba a mojarse, humedeciéndose con sus fluidos.

Victor dio unos cuantos tirones fuertes.

–Te gusta, ¿eh? –dijo.

Summer intentó inútilmente ahogar un gemido.

–Bueno. Ahora, como te prometí, voy a ponerte una máscara para tapar esa preciosidad de carita que tienes, solo para asegurarnos de que no te reconozca ninguno de nuestros invitados. Que la famosa violinista permanezca en el anonimato, ¿eh? Me temo que tú no podrás ver nada, pero conociéndote como te conozco, estoy seguro de que eso aumentará tu disfrute.

Ella agachó la cabeza para que Victor pudiera colocarle la máscara por encima, ocultándole la mitad superior del rostro. Notó que le dejaba la boca descubierta. Por supuesto, Victor no desaprovecharía la oportunidad de dejar uno de sus orificios disponibles.

Satisfecho con el resultado, Victor le recorrió todo el cuerpo con las manos, como quien acaricia a un gato. Le tocó los pechos, y le pellizcó juguetonamente los pezones. Ella no le hizo ni caso.

–Realmente no eres nada divertida. Si te digo la verdad, no sé qué ven los hombres en ti. Bueno, ahora debería reunirme con el resto de los invitados. Ya no queda nada.

Summer no levantó la cabeza cuando él se marchó, pero sí notó una ráfaga de aire frío rozarle el cuerpo desnudo cuando él corrió la cortina por el riel para separarla del resto de la habitación.

Unos minutos después oyó el grave estruendo de un gong.

Victor juntó las manos dando una palmada como un crío emocionado, mientras la multitud que llenaba el salón principal fue congregándose para escuchar su alocución.

–Ya era hora –susurró Ed al oído de Dominik–. Estaba empezando a temer que se me pasase el efecto de la pastillita azul antes de que nos diese permiso para jugar unos con otros.

Dominik arrugó el entrecejo. No se le había ocurrido tirar de ningún tipo de ayuda química, pero supuso que muchos de los otros hombres asistentes al acto seguramente habrían tomado algo. El sexo no le llegaba a interesar hasta ese punto. Ni siquiera estaba muy seguro de por qué había acudido a esa fiesta. Ni de por qué no le había dicho nada a Summer. Estaba allí por curiosidad, supuso.

Una sospecha comenzó a corroerlo al pensar en Summer. Desde su regreso de la última gira había estado comportándose de forma extraña. Parecía envuelta en un halo de tristeza, y él se sentía

como si le ocultara algo.

¿Era posible que Victor la hubiese involucrado de alguna manera en todo aquello? Sin lugar a dudas, de ese hombre podría esperar algo así perfectamente. Esa noche se le veía muy pagado de sí mismo, y le había dado la impresión de que quería insinuar que sucedería algo que a Dominik podría resultarle particularmente interesante.

Edward no fue el único integrante del grupo que empezaba a impacientarse. A su alrededor, parejas y grupos de personas estaban abrazándose, besándose, acariciándose. Un hombre que se había puesto delante de ellos le había subido la falda a la mujer con la que estaba, distraídamente, y le tocaba el trasero. Con la otra mano le sostenía la falda en alto, al parecer consciente de que Ed y Dominik estaban mirando, como para ofrecerles una mejor visión.

—¿Os importa si me uno? —le preguntó Ed al hombre con simpatía, con la misma cortesía que si hubiese pedido a unos desconocidos sentarse a su mesa a cenar.

El hombre miró a su pareja y esta hizo un gesto afirmativo en señal de aprobación.

—¿Vamos?

Los tres se dirigieron a la sala de juegos.

Edward se volvió hacia Dominik.

—Vente con nosotros —dijo—. Así ves de qué va la cosa.

Solo habían transcurrido unos minutos desde que Victor anunciase que todas las habitaciones de la casa estaban disponibles para los presentes. Y en ese breve lapso de tiempo al menos la mitad de los asistentes habían salido corriendo. Cuando Dominik entró en la sala ya estaban follando por bancos y cojines.

Nunca había visto a tanta gente haciéndolo a la vez.

Se quedó inmóvil unos instantes, mirando alrededor y sintiéndose como un tonto. La masa de carne que veía — pechos balanceándose, penes flácidos y bamboleantes, o en erección, piernas despatarradas y vulvas expuestas — no le excitó precisamente, aunque sí le resultó interesante verlo de un modo objetivo, como cuando contemplaba obras de arte contemporáneo en galerías o museos.

La mujer a la que habían estado observando unos momentos antes cruzó su mirada con la suya. Se acercó a él y le puso una mano en la hebilla del cinturón, con gesto interrogante. Él asintió. Ella le desabrochó con habilidad el cinturón y le bajó los pantalones, y entonces comenzó a incitar con la lengua la punta de su miembro,

haciendo que cobrase vida.

Extrañamente, en medio del mar de sexo que los rodeaba, Dominik descubrió que era capaz de tener una erección con solo eliminar de su mente el resto de cuerpos y concentrarse únicamente en la mujer que tenía delante.

Era aproximadamente de su misma edad, calculó, pero en esos tiempos eso era algo casi imposible de saber. Su largo pelo castaño le tapaba los pezones como si fueran dos cortinas, pero no llegaba a cubrirle los senos, bastante grandes. De espaldas tenía una complexión recia, con unos muslos torneados propios de alguien dedicado a un trabajo físico o al deporte, y un trasero grande y suave, de los que se pueden amasar mientras se penetra por detrás.

Este pensamiento hizo que de pronto su miembro se pusiera completamente erecto. Pese a sus recelos iniciales, Dominik sintió que le gustaría tener las piernas de esta mujer enroscadas a su cuerpo. Pero esa parte de ella estaba ocupada. Los movimientos de su boca alrededor de su pene se habían vuelto cada vez más frenéticos y apresurados, y él cerró los ojos al notar que sus dientes lo arañaban, mientras su cara golpeaba contra él al ser estimulada por su compañero.

Dominik estaba a punto de retirarse, porque temía que le hiciese daño y también porque quería dirigir su atención a otro lugar, cuando se dio cuenta de que la mujer estaba a punto de correrse. Sería una falta de caballerosidad por su parte distraerla quitándose en ese momento.

Edward se había enfundado la mano en un guante de látex y estaba metiéndole un dedo por el ano. Recordaba a un científico despistado, pero desde luego aquel estímulo extra parecía estar proporcionándole a la mujer muchísimo placer. Se balanceaba entre Dominik y el hombre que la penetraba por detrás cada vez con más ímpetu contra lo que en cada momento tenía dentro, un pene o un dedo, hasta que su cuerpo comenzó a estremecerse y temblar, y dejó escapar un largo suspiro. Entonces, se derrumbó sin fuerzas delante de ellos.

–Gracias –susurró, a ninguno en concreto, con los ojos cerrados y los labios dibujando una gran sonrisa.

Dominik se inclinó y le acarició el pelo, sintiendo una oleada de afecto mientras ella acurrucaba la cabeza contra su mano.

A lo mejor la fiesta no iba a estar tan mal, a fin de cuentas.

Summer había empezado a preguntarse si Victor habría quebrantado uno de los mandamientos principales de las prácticas sexuales liberales y la había dejado allí atada y sola, cuando percibió un ligero cambio en la energía de la habitación y notó un perfume intenso con un toque cítrico.

Como no deseaba dar a conocer su presencia a un desconocido que pudiera albergar aviesas intenciones, contuvo la respiración y se quedó totalmente inmóvil. La cortina se abrió. Quienquiera que fuera, la había encontrado. Pero supuso que Victor, sin duda, habría anunciado a sus invitados que iba a haber algún tipo de espectáculo, y con la presencia de un escenario y de un telón era bastante obvio que detrás tenía que haber algo interesante.

Mantuvo la cabeza agachada, con la esperanza de que si no se movía, la persona que había entrado pudiera dejarla en paz.

–Mmm... Conque tú eres la estrella del espectáculo.

Summer reconoció aquella voz de mujer. Rebobinó mentalmente, buscando en su archivo de voces e imágenes para identificar con exactitud a esta persona de su pasado.

Eso es. Era el ama Clarissa, la mujer que en la última fiesta de Victor le pidió una bebida y le dio la oportunidad de abrir el mueble bar en el que Victor había guardado su móvil y su ropa y de enviarle un mensaje a Dominik antes de huir de la fiesta.

–Supongo que sí –dijo Summer con un suspiro. Se había acostumbrado a la sensación del nudo de la cuerda rozándole el clítoris y, sin ningún estímulo mental que lo acompañase (¿seguro que no había sido la presencia de Victor lo que la había excitado antes?), había acabado por cansarse de aquello y estaba deseando poder volver a casa y meterse en la cama.

Siguió un largo silencio.

–Reconozco ese acento, y el color de tus cabellos. Y, lo confieso, también tu figura. Pero estoy segura de que en Nueva York tiene que haber más neozelandesas pelirrojas con gustos sexuales liberales. Estuviste en otra fiesta de Victor, ¿verdad? Creo que te largaste de allí antes del acto principal. Espero que no te tenga aquí atada para que esta vez no ocurra lo mismo.

–Sí, era yo, pero no, no me han atado para impedir que huya. Estoy aquí por propia voluntad. Victor y yo tuvimos una discusión... y no quise que me tatuara.

–¿Él, entonces, no es tu amo?

–No. Yo estoy con otra persona.

–¿Y esa otra persona sabe que estás aquí?

–No.

–¿Y te parece que eso es prudente?

Su tono era de verdadero interés, no solo preguntaba por curiosidad, pero a Summer le resultó irritante de todos modos. ¿Por qué la gente no se metía en sus malditos asuntos? Si ella había querido que la atasen para el número estrella de una fiesta, en fin, era asunto suyo y de nadie más.

–A lo mejor es una imprudencia, pero es necesario.

–¿Y tú eres plenamente consciente de a qué te expones, de lo que Victor tiene planeado para ti esta vez?

–Pues un montón de sexo, imagino. Y da la casualidad de que estoy deseando empezar ya –repuso Summer en tono desafiante.

–Bueno, siempre y cuando tú estés segura, por mí no hay ningún problema, sin duda tampoco lo habrá por parte de ninguno de los invitados. Espero que no te moleste mi intrusión. Quería asegurarme de que todo lo que Victor había planeado fuese... legal. Ahora, si no te importa, será mejor que salga de aquí antes de que comience el espectáculo.

Dominik salió de la sala para ir a por un refresco. Se sentía bastante optimista. Su experiencia con Ed y la otra pareja, y su conversación con Clarissa le habían dado esperanzas. Si otras personas eran capaces de hacer que funcionase una relación, él y Summer también podrían conseguirlo. Tal vez necesitarían sentarse a hablar de ello, definir bien qué quería cada uno, pero por lo menos ahora sabía que no era una quimera.

Clarissa le tomó la mano cuando iba en busca de la mujer de la bandeja de chupitos de chocolate. El hecho de que una mujer, ataviada con un conjunto de lencería tan escaso y con una pluma en la cabeza tan larga como sus piernas, fuese capaz de ocultar su identidad indicaba hasta qué punto eran asombrosos los disfraces que invadían aquel salón lleno de gente.

–Todo legal –dijo Clarissa–, además de muy especial.

–¿Oh, en serio? ¿Qué es lo que ha organizado el maestro de ceremonias, entonces?

–Tiene a una chica preparada en otra parte, como número estrella. De hecho, la conozco de una ocasión anterior, pero aquella vez la cosa no fue bien del todo. Me ha sorprendido bastante volver a verla, pero he hablado con ella y afirma que a decir verdad está

deseando empezar.

–¿Oh, sí? Vaya, pues es un alivio.

–Es una pelirroja. A Edward le va a encantar. Las pelirrojas son su punto débil, como parece que hoy en día os pasa a todos los hombres. ¿Quién dijo que los caballeros las prefieren rubias?

Un pesado temor cayó sobre los hombros de Dominik, como si todo el aire del salón se hubiese convertido en plomo.

Se disculpó con Clarissa y corrió a la mazmorra.

Miró alrededor. Los demás participantes estaban totalmente concentrados en el juego con sus compañeros, y el sonido de los diversos artilugios al azotar traseros al aire y espaldas desnudas disimuló sus movimientos.

Avanzó hasta el centro de la sala, levantó la cortina y echó un vistazo.

Tal como había temido, era Summer. Estaba tendida en una plataforma elevada, atada y desnuda, y gemía en voz baja.

Su primer impulso fue liberarla, soltar sus ataduras, acunarla en sus brazos, pero la expresión de su rostro, su evidente excitación, lo frenaron.

Cerró los ojos e imaginó cómo debía de ser estar en su piel, con todos los sentidos impedidos salvo el oído y el olfato, a través de los cuales percibiría lo que estaba teniendo lugar a su alrededor: látigos golpeando piel desnuda, gemidos y aullidos de una sala llena de gente sexualmente excitada, el olor a transpiración y a perfume, sus propios puntos erógenos alertas y expectantes, a la espera de que en cualquier momento un desconocido la tocara e interrumpiera su concentración.

Notó que se excitaba.

Entonces abrió de golpe los ojos.

Le había mentado. Le había dicho que había quedado con una amiga.

Recordaba lo que acababa de decirle Clarissa. Al parecer, Summer estaba deseando que empezara el número, se había prestado a aquello voluntariamente.

¿Por qué, Summer? Quiso zarandearla. Si hubiese sabido que Victor la había invitado a esa fiesta, habrían podido ir los dos juntos como una pareja más, y haber disfrutado juntos de todo aquello. ¿Tan mal pensaba de él, que creía que tenía que actuar a sus espaldas?

Se retiró a la antecámara. Victor estaba allí, con una sonrisa cruel en los labios.

–Preciosa, ¿eh? Aunque he de decir que en el fondo me parece una sosa. Lamento que hayas tenido que encontrarla antes del inicio del espectáculo. ¿Sentías curiosidad, eh?

Victor olía a látex, a polvos de talco y al espray que había utilizado para dar brillo al caucho, que resplandecía bajo las luces como si estuviese hecho de vidrio abrigantado.

–¿A qué estás jugando? ¿Le dijiste que iba a venir?

–Oh, no, ella no sabe que estás aquí. Pero me apuesto lo que sea a que no te dijo qué planes tenía para esta noche, ¿eh?

Los dos hablaban en voz muy baja para no molestar al resto de invitados presentes en la sala, pero la furia que teñía la voz de Dominik transformaba su susurro en un bufido.

–No, no me lo dijo, pero tiene que haber alguna explicación. Si has coaccionado de algún modo a Summer para venir aquí en contra de su voluntad, te aseguro que te mato, Victor.

–No hizo falta. No la conoces bien, ¿verdad que no? ¿No te ha dicho nada de nuestros tratos? No es la primera vez que tu Summer ha disfrutado de una fiesta de estas. De hecho, es bastante popular entre mis conocidos.

A Dominik se le vino el mundo abajo. Summer siempre había reaccionado hablando poco cada vez que salía a colación el nombre de Victor, algo poco normal en ella. Una cosa era que hubiese querido quedar con aquel tipo o asistir a sus fiestas, pero otra muy distinta era hacerlo a sus espaldas. Lo único que le había pedido era que lo mantuviese informado, nada más.

Se desplomó en uno de los bancos que Victor había colocado para el público.

El gong sonó de nuevo.

Victor esperó a que los participantes acabaran sus escenas y entonces anunció el inicio del espectáculo.

Uno por uno, todos los invitados de la fiesta fueron llenando el salón, riendo a carcajadas o en voz baja, la mayoría de ellos desnudos o semidesnudos, muchos bastante bebidos. A su derecha se sentó una mujer que llevaba lo que parecían ser unos pantis con dibujos, subidos hasta debajo de los senos como si fuesen un mono de cuerpo entero. Un grueso collar de pinchos le ceñía el cuello.

Edward se sentó al otro lado. Tenía la cara embadurnada con tres tonos diferentes de lápiz de labios.

–Más vale que sea bueno –dijo–, porque me lo estaba pasando de miedo en la otra habitación.

Dominik gruñó que estaba de acuerdo. Ya no estaba de humor para conversar.

Las luces bajaron de intensidad. Oyó un sonido metálico, como unos arañazos; era el ruido de la cortina que se abría.

Entonces un foco iluminó a Summer desde el techo, bañándola en un haz de luz. Ya no estaba atada. Victor debía de haberse metido por debajo de la cortina para soltarla. Estaba apoyada en las rodillas y en los codos, como si estuviese ofreciéndose para ser penetrada tanto por delante como por detrás.

Victor se colocó delante de ella, bajo el foco de luz, y juntó las manos dando una palmada.

–Damas y caballeros –dijo–, para divertirnos esta noche tengo aquí a una bella voluntaria. Ella me ha pedido que lo organizara todo porque deseaba que se cumpliesen sus fantasías más íntimas, para que unos desconocidos le hagan lo que quieran hasta que no pueda más. Naturalmente, me siento feliz de poder concederle ese deseo. Os presento a una verdadera zorra, para vuestro uso y disfrute.

Para demostrar que estaba preparada, Victor metió un dedo entre los muslos de Summer y ella gimió y se echó un poco para atrás como invitándolo a penetrarla otra vez.

–Como podéis ver, queridos –añadió Victor en tono seco–, está lista para todos vosotros.

Se inclinó hacia ella y apartó delicadamente unas hebras de la melena que sobresalía del rostro enmascarado de Summer.

–Pero estoy seguro de que querrán oírtelo decir a ti, querida. Diles lo que eres.

–Soy una zorra –dijo ella con una voz clara, sumisa.

Cada una de esas palabras fue como un cuchillo que se clavó en el costado de Dominik. Pero estaba inmóvil, petrificado ante esa visión.

–¿Y qué quieres?

Ella guardó silencio unos segundos y se humedeció los labios.

–Quiero que me follen.

Victor miró a Dominik y una gran sonrisa de maníaco se extendió por su cara.

–Eso es una invitación en toda regla, si es que sé algo de invitaciones. Pero, por supuesto, hagamos las cosas de forma segura, con cabeza, de manera consensuada. La palabra clave es «Vivaldi», que ella empleará si desea parar. Encontraréis condones, lubricante y demás accesorios junto a la cama. Que disfrutéis. –Hizo una lenta

reverencia y se apartó a un lado.

Edward dio un codazo a Dominik en las costillas.

–Es mejor ser el primero en este tipo de situaciones, ¿no te parece?

–Adelante, adelante. Yo me voy a quedar aquí unos minutos a mirar.

Edward ya estaba de pie antes de que Dominik hubiese terminado de decirlo.

Summer incluso había recurrido a la música de ellos dos como palabra clave, y con Victor, nada menos. Se sintió estúpido, como un adolescente al que le dan calabazas.

Los demás habían empezado a rodearla. Ed tenía los dedos enredados en la melena de Summer para tirar de ella.

Echó el cuello hacia atrás, dejando ver la garganta, con una dura sonrisa en los labios. Era una expresión que Dominik había visto muchas veces antes, cuando hacían el amor. Era el gesto que ponía cuando estaba superexcitada.

Por lo menos, Edward sería el primero y no Victor. Dominik no estaba seguro de si habría podido aceptar esa posibilidad. Tal vez el muy imbécil no sabría desembarazarse a tiempo de su traje de látex para unirse a la fiesta.

Otro hombre, al que Dominik no había visto antes, acercaba su miembro a la boca de Summer. Conforme se acercaba a ella, oscilaba con su potente erección.

Dominik contuvo un instante la respiración, esperando que ella quizá emplease la palabra clave si se encontraba con un pene en la boca sin previo aviso, pero en lugar de eso la abrió más y se inclinó instintivamente para invitarlo.

Unas gotitas de sudor le perlaron la piel como minúsculas lágrimas, y Dominik siguió con la mirada el recorrido de cada gotita que bajaba por su cuerpo. Sus pechos se agitaban adelante y atrás como dos péndulos. El suave golpeteo de su carne quedaba apagado por los gemidos, más sonoros, de sus compañeros.

Una mujer con el pelo cortado como un elfo y cuerpo andrógino, con unos huesos delicados como los de un pajarillo, se metió ágilmente por debajo de ella y comenzó a lamerle los pezones.

El hombre que había estado en la boca de Summer se hizo a un lado, se arrodilló delante de la mujer diminuta y le separó los labios del sexo con sus propios labios. Otro hombre había ocupado su lugar junto a la cabeza de Summer antes de que a Dominik le diese tiempo

a respirar. Estaba masturbándose con la ayuda de su melena pelirroja.

Ahora Dominik no podía ver bien lo que sucedía, pues el pequeño escenario estaba rodeado de hombres y mujeres que esperaban su turno para tocar a Summer o penetrarla de alguna manera.

De tanto en tanto, alguno de los participantes se retiraba para secarse la frente o para cambiarse el condón. Por un instante, antes de que otra persona ocupase la vacante, Dominik atinó a divisar la piel blanca de Summer, brillante de sudor; su cuerpo en movimiento perpetuo, adelante y atrás, como respuesta a la presión de un pene dentro de ella o estremeciéndose como reacción a alguna caricia.

Si cerraba los ojos, podía distinguir el conocido sonido de sus jadeos, imaginar cómo le galopaba el corazón, recordar su propia sensación al tenerla envolviéndole su miembro; la manera en que Summer estaba increíblemente presente en su cuerpo cuando hacían el amor, reaccionando a sus caricias más suaves. Empezó a excitarse de nuevo, a su pesar. Y siguió mirando mientras ella envolvía con su boca el sexo de otro hombre más.

Sin duda, tenía que estar empezando a cansarse, pensó Dominik. Pero no daba muestras de parar ni de haber saciado su deseo. Era como si quisiera eliminar todas las malas experiencias sexuales que hubiese tenido en su vida con esa única noche de sexo sin fin.

Tal vez fuese la ira lo que lo impulsó a actuar, o tal vez su propio deseo.

Cuando el hombre que había metido su miembro en la boca de Summer se apartó, Dominik ya estaba ahí para ocupar su sitio.

Bajó la mirada a su rostro, a la curva de su boca, a su frente arrugada por la concentración, con los sentidos alertas al nuevo cambio de posición. Dominik recorrió su cuello y sus hombros con las manos, y notó que se distendía bajo la presión de su tacto. Cogió su melena con las dos manos y tiró de su cabeza hacia atrás, y entonces se inclinó y la besó.

Por un momento, Summer reaccionó como siempre hacía, abriendo la boca y emitiendo un suspiro delicado y satisfecho.

Entonces se apartó y se quitó la máscara. Había reconocido su tacto.

–Parad, parad –dijo, al tiempo que cambiaba de postura para sentarse.

La multitud que se había agolpado a su alrededor se retiró de

inmediato.

Ella desplazó el cuerpo hacia delante y buscó a su alrededor algo con lo que cubrirse, una toalla, o su vestido, pero no había nada. Se abrazó a su propio torso para tapar sus pechos.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Victor me invitó. Como es evidente, también te invitó a ti.

–¿Qué te dijo? –le preguntó susurrando.

–Me habló de las demás veces, si te refieres a eso. ¿Por qué no me dijiste nada?

–¿Por qué tú no me dijiste nada? ¿Es la primera vez que vienes a una de sus fiestas?

–Bueno, no, pero... Pensé que no te importaba, y parecía que no conseguía dar con el momento adecuado para decírtelo. Siempre estabas fuera. Ensayando. Con Simón.

–Claro. Así que, ¿tú puedes follar con quien quieras, cuando quieras, y yo no?

–No quería decir eso.

–Pero es lo que has dicho. Y es lo que haces. Vete al cuerno, Dominik.

Pasó las piernas por encima del borde del escenario, se levantó y se marchó del salón dando grandes pasos, con los hombros hacia atrás y la barbilla muy alta.

El salón entero se sumió en un runrún de voces azoradas. Solo se oyó a un hombre dando palmas, cuyo estruendo resonó en los oídos de Dominik.

Victor.

El paisaje después de la batalla

Simón me esperaba cuando el taxi amarillo se detuvo delante del apartamento del SoHo. Estaba sentado en el escalón de la entrada con las piernas estiradas y los pies cruzados a la altura de los tobillos, con sus conocidos botines de piel de pitón.

–Sabía que tarde o temprano acabarías volviendo a casa.

–¿Qué estás haciendo aquí? Son las tres de la mañana.

–No has respondido ninguna de mis llamadas. Estaba preocupado por ti.

Saqué el móvil de mi bolso y consulté la lista de mensajes y llamadas perdidas. Simón había estado llamándome casi cada hora desde que habíamos hablado de que no quería ensayar.

–Perdona. He debido de tenerlo en silencio.

Intenté sacar la llave de la casa, pero me temblaban los dedos como hojas agitadas por el viento.

Simón me miró fijamente y entonces se puso en pie de un brinco y tomó mis manos entre las suyas. Yo no me había mirado en ninguno de los espejos que cubrían las paredes del pasillo que conducía a las puertas de la mansión de la fiesta de Victor. No tenía ni idea del aspecto que debía de tener, pero sabía que estaba sudorosa y temblando, y que llevaba el pelo hecho un desastre. Esperaba que al menos nadie me hubiese dejado ninguna marca de besos con efecto ventosa.

–¿Qué ha pasado? ¿Dominik te ha hecho daño? Si te ha hecho daño, haré que lo lamente.

–No, no, nada de eso. Estábamos en una fiesta y nos peleamos. Seguramente llegará de un momento a otro.

–Ven a mi casa esta noche. Podrás tener tiempo para reflexionar. Y un lugar seguro.

–No puedo desaparecer así como así. Pensará que lo he dejado.

–Seguramente apreciará que le dejes espacio para estar solo, y en estas condiciones no vais a poder mantener una conversación razonable.

No tenía fuerzas para discutir. Además, no tenía ninguna gana

de enfrentarme a la conversación que tendría que mantener con Dominik. A lo mejor nos vendría bien no vernos en un par de días.

–Está bien. Voy a por mis cosas.

–Déjalo. Puedes volver otra vez cuando él no esté. Yo tengo todo lo que necesitas.

–Mi violín...

–Puedes usar uno mío.

Me dio la mano y me llevó en dirección a West Broadway para parar un taxi, pues era el mejor sitio para encontrar uno a esas horas de la noche. Los dos primeros tenían encendido el luminoso de fuera de servicio, pero el tercero se detuvo al ver las señales de Simón.

Cada vez que pasaba un coche a nuestro lado, se me aceleraba el corazón imaginando que en uno de ellos iría Dominik, que acudía a casa, pisándome los talones, para disculparse conmigo. Yo le contaría todo lo que había ocurrido entre Victor y yo; así estaríamos en paz el uno con el otro. Borrón y cuenta nueva.

Pero no apareció.

Dentro del taxi Simón me estrechó contra su cuerpo. Apoyé la cabeza en su pecho y me rodeó los hombros con un brazo. Empezó a acariciarme el pelo enmarañado y yo me relajé pegada a él y dejé que su dulzura borrara todas mis angustias, al menos por esta noche.

–Hueles diferente –dijo con voz adormilada cuando me zarandeó suavemente para despertarme, cuando el taxi entró en su calle–. ¿Has cambiado de perfume?

Es el olor de diez hombres y de un par de mujeres, pensé sin decirlo en voz alta.

–La fiesta estaba a tope. Necesito una buena ducha.

–Estoy encantado de ofrecerte cualquier cosa que necesites.

–¿De verdad?

–Por supuesto que sí.

Levanté la mirada hacia sus ojos marrones, casi negros, llenos de ternura, y en ese instante lo deseé, quizá tan solo para eliminar el rastro de las otras personas. Me incliné hacia delante y lo besé en los labios.

No se había afeitado y su mentón me raspó la barbilla. Froté mi mejilla contra su barba de dos días, disfrutando con esa sensación de lija.

Cuando introdujo el código que abría el portal de su edificio, le temblaban las manos tanto como antes me habían temblado a mí.

–Creí que habías dicho que no era buena idea.

–Me da igual ya qué es buena idea y qué no.

–Bueno, no pienso discutir contigo.

Me metió en el ascensor y me rodeó con sus brazos, sin dejar de besarme con todas sus fuerzas como un poseso.

Cuando sonó la campanilla que avisaba de que habíamos llegado a su planta, ya le había desabrochado la camisa y estaba tratando de desabrocharle la hebilla del cinturón, ansiosa por terminar cuanto antes con aquel trance, no fuésemos a cambiar de parecer. Había hecho ya suficientes cosas esa noche de las que me avergonzaría a la mañana siguiente, de modo que un polvo más con otro hombre parecía casi inevitable, como cuando te comes la última galleta de la caja.

Nos besamos con el abandono propio de dos personas convencidas de que esa puede ser la última noche que pasen juntos. Me condujo al dormitorio y me echó en la cama. Metió las manos por debajo de mi vestido y empezó a subirme la tela hasta la cintura. Sus movimientos eran agresivos, sus ojos destellaban con el brillo de un deseo no disimulado. Cuando se arrodilló entre mis muslos, yo agarré su tupida melena y tiré de él para atraerlo a mi cara.

–No, por favor, solo deseo que me folles.

Simón pareció encantado de cumplir mi petición. Yo no estaba de humor para preliminares, y no quería que probase los sabores diferentes que seguramente todavía impregnaban mi piel: los diversos olores de otras personas, los lubricantes, el intenso regusto a sustancia química que siempre dejaban los preservativos. Simón pesaba más que Dominik. La sensación de su cuerpo encima de mí era aplastante y placentera a la vez, y sus cabellos me caían por la cara. Aspiré su aroma mientras lo besaba, mientras hundía mis manos entre su masa de rizos negros. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura y me aferré a él al tiempo que lo sentía dentro de mí, y deseé que con cada embestida pudiese eliminar la sensación de los otros hombres. Por encima de todo, deseaba librarme del recuerdo de Victor. Él apenas me había tocado, pero se me había quedado en la nariz el empalagoso olor de su colonia, amenazando con revolverme el estómago cada vez que tomaba aire.

Acabamos en cuestión de minutos. Simón estaba cansado y había estado esperando a que yo me corriera. Al menos no se disculpó. Supuse que pensaría que ya habría otras ocasiones, y tal vez no se equivocara.

–¿Algún día me vas a contar qué te pasa? –me preguntó cuando

estuvimos tendidos uno al lado del otro en la cama, él con un brazo apoyado sobre mi pecho, estrechándome hacia sí como queriendo retenerme ahí para siempre.

El peso de mi silencio llenó la habitación como un redoble de tambor, como si el silencio tuviese su propio sonido.

–Es posible, pero no esta noche.

–Aquí me tienes, para cuando estés preparada.

Esperé hasta que se quedó dormido, y entonces me levanté para darme una ducha. No quería que pensara que me sentía sucia por estar con él. No se lo merecía.

Como había pasado bastante tiempo en su apartamento, era para mí casi como un segundo hogar. Sabía dónde guardaba las toallas limpias, y también que tenía en el cuarto de baño un espejo de cuerpo entero en el que podría inspeccionarme tranquilamente.

Apenas tenía ninguna señal. De alguna manera, pensé que mi piel estaría manchada por el peso de mis pecados. No sabía qué esperaba encontrarme. ¿Una letra escarlata grabada a fuego encima de mi corazón? No había nada. La imagen que me devolvía el espejo era blanca y pura como la nieve, aunque sabía que mis genitales estarían enrojecidos e inflamados, y que probablemente tardarían unos días en recuperarse.

Dice la gente que los ojos son el espejo del alma. Yo creo que aprenderíamos mucho más los unos de los otros si nos fijásemos en otras partes de nuestra anatomía, un poco más abajo.

Abrí el grifo y me metí bajo el chorro del agua. Entonces me di la vuelta y traté de ajustar el mando. Estaba en el máximo de temperatura, pero aun así no terminaba de salir lo suficientemente caliente.

No había en el mundo una ducha capaz de lavar esa sensación.

Dominik era consciente de que lo que había pasado había alterado para siempre las cosas entre él y Summer.

No se trataba de encontrar un culpable. Todos –Victor, Summer y él– debían asumir a partes iguales su pesada carga de responsabilidad en el aciago curso de los acontecimientos.

Ya no había palabras que pudieran reparar lo que se había desgarrado de un modo tan brutal.

Victor lo había maquinado todo, como un artero maestro de ceremonias, y estaba decidido a utilizarlos a ambos, a manipular a Summer y a Dominik para llevarlos hasta ese punto de no retorno.

¿Por mera crueldad? ¿Buscando su propia satisfacción? O tal vez solo por hacer una travesura, como un crío que ve una pila de bloques perfectamente colocados y alineados y no puede evitar darles una patada para tirarlos por la alfombra, creando el caos.

Y cuando había tenido la oportunidad, de alguna manera Dominik había dicho palabras muy poco acertadas, no supo encontrar la generosidad necesaria en su corazón para perdonar o entender, y así se había convertido sin querer en el malo de la película, por su loco capricho de jugar con Summer hasta estirar tanto la cuerda que los unía que acabó por romperse. Sí, él era el culpable, desde el instante en que la había visto tocando el violín en el metro de Londres y había imaginado maneras de atraerla a su tela de araña, a su lecho, a su vida, de un modo que ni siquiera ahora era capaz de entender.

¿Y ella? ¿Cuánto había sabido ella sobre las fuerzas que manejaban los hilos de su sexualidad? ¿En algún momento realmente le había abierto su corazón? ¿O simplemente había caído en la trampa de sus propios deseos íntimos y, egoístamente, se había dejado llevar por ellos?

Ojalá pudiera verla, mirarla a los ojos; a lo mejor encontraba en ellos una respuesta, una pista para armar ese espantoso rompecabezas en el que sentimientos y anhelos danzaban un vals alocado y lo hacían sentir terriblemente impotente.

Habían pasado cuarenta y ocho horas y Summer aún no había vuelto al *loft*.

A lo mejor estaba en casa de un amigo. Posiblemente de Cherry o de Susan, su agente; quizá, lo más probable es que estuviera con su amigo y director Simón, cuyo espacio para ensayos siempre había estado sospechosamente disponible para ella día y noche.

Su ropa seguía colgada en el armario que compartían, al lado de la suya, con una cercanía incómoda, y él empezó a acariciar varias veces al día la suavidad de las telas de sus prendas de vestir, con un hondo dolor en el pecho, y a arrancar el aroma de su cuerpo de las profundidades de los diversos tejidos. Como un viejo verde, pensó. Por lo menos no le había dado por ponerse a revolver su ropa interior como un loco. Aunque, a decir verdad, la idea se le había pasado por la cabeza.

No pudo evitar reparar en el Bailly, guardado con mimo en su maltrecho estuche, apoyado en un rincón en la otra punta del espacio del salón. Le sorprendió que lo hubiese dejado allí, que no hubiese vuelto para recogerlo. Como si el abandonar el violín a su propio

destino fuese una señal definitiva de que no tenía la menor intención de volver; aquel violín era un recordatorio doloroso de lo que los había unido.

No, él no tenía la culpa, decidió Dominik. Y ella tampoco. Simplemente habían sido dos peones en el tablero del juego, víctimas de su propia sensualidad y de las contradicciones del deseo.

Lo de Victor era harina de otro costal. Él sí había sabido todo el tiempo lo que estaba haciendo. Él debía cargar con la mayor parte de la responsabilidad por los tristes y sórdidos sucesos que había provocado.

–Hola, Lauralynn.

–Hola, Dominik. ¿Qué tal?

–Si te digo la verdad, cabreadísimo... ¿Qué tal lo de Boston?

–Cosar y cantar –respondió ella–. ¿Y por qué estás tan enfadado?

–Por tu amigo Victor.

–Oh, no, ¿otra vez haciendo de las suyas, eh?

–La verdad es que prefiero no hablar del tema. ¿Sabes dónde puedo localizarlo? No encuentro el papelito en el que había apuntado su dirección. Tengo que hablar con él de un asunto.

–¿En serio?

–Por favor, Lauralynn...

–No hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte, Dominik – le dijo ella, y le dio la dirección.

Él, por supuesto, nunca la había tenido anotada en ningún papelito, y ella parecía saberlo.

–¿Dominik? –preguntó. Pero ya había colgado.

La cosa no fue muy bien.

Victor se sintió acorralado en su propio apartamento y no quería dejarlo entrar. Insistió en que fuesen a algún sitio a hablar. Ninguno de los dos se sentía con ganas de verse las caras en un bar ni en ningún otro sitio público. El edificio en el que vivía Victor se hallaba muy cerca de Central Park, cerca del Dakota, y al final acabaron hablando junto al estanque del parque, no lejos del Hallett, el recinto natural protegido. La noche se cernía sobre la ciudad y cada vez se veían menos paseantes y turistas por el parque.

La reacción inicial de Victor fue de frivolidad cuando Dominik sacó el tema de la fiesta y de cómo había manipulado a Summer para que participase.

–Pero tú tuviste la oportunidad de pararlo todo, ¿no? Y simplemente te quedaste quieto, ¿verdad? La dejaste seguir adelante. Yo en ese momento era un simple observador –aseguró, con su sonrisa habitual de superioridad pintada en la cara, como un trapo rojo delante de un toro.

Dominik notó que la bilis le subía por la garganta. Cada palabra que decía Victor era como una puñalada en el corazón, recordándole su infamia y lo que ahora parecía a todas luces el mayor error de su vida.

–Me pilló totalmente por sorpresa –protestó–. Para empezar, todavía no entiendo cómo pudo estar de acuerdo en involucrarse en algo contigo, y en ser el centro de aquella grotesca orgía. Estoy seguro de que lo tenías todo planeado desde el principio.

–Bueno, admito que a lo mejor fui un poquito pícaro –dijo Victor, mientras caminaba con su paso lento, arrastrando los pies por el sendero cada vez más oscuro, con las manos metidas en los bolsillos.

–Tú lo tramaste todo, Victor. Bueno, no estoy diciendo que nos mintieras abiertamente a Summer o a mí, pero sí que pecaste por omisión, es evidente. ¿Cómo fuiste capaz?

–Ninguno de los dos erais inocentes, Dominik. Además, ¿qué significa un pecadillo entre amigos, eh? El pecado es lo que hace girar al mundo –dijo con una risa dulce.

–Eres un mal bicho. –Dominik estaba a punto de explotar, de perder la paciencia, cada vez más espoleada por la falta de seriedad de Victor, que parecía indiferente a la situación que había provocado maliciosamente. De hecho, parecía encantado, petulante, como si la ira de Dominik le hiciese muchísima gracia.

Victor se detuvo, se volvió hacia Dominik y apoyó una mano en su hombro.

–Mira –dijo–, solo es una chica. Se usa y se tira. No deberías sulfurarte tanto. Además, ni siquiera tiene un buen polvo, ¿no crees?

Dominik apartó la mano de Victor de un manotazo.

Sentía que iba a explotar. De pronto se partió la delgada barrera que mediaba entre la ira y la furia. Cerró el puño y le propinó un puñetazo a Victor en la mandíbula. Este reculó dando tumbos hasta caer en el suelo no solo por el impacto del puñetazo sino también por la sorpresa. Levantó una mano instintivamente para indicar a su agresor que parase, y abrió la boca.

–Te has vuelto loco –le gritó.

Dominik tardó unos segundos en registrar el dolor que sentía en

el puño magullado, y entonces se estremeció. Nunca había sido una persona violenta. Ni siquiera podía recordar la última pelea en la que había participado. Pero oír a Victor hablar de Summer como si fuese un objeto, sin ningún respeto ni hacia ella como persona ni hacia su cuerpo, lo había llenado de una ira incontrolable. Nunca antes se había peleado por una mujer, pero en ese momento se dio cuenta de que llegaría hasta donde hiciera falta para defender a Summer, para protegerla de depredadores como Victor, que veían sus debilidades y su ingenuidad como una oportunidad para explotarla.

Soltó un taco entre dientes y observó el rostro de Victor, crispado en un rictus de dolor y de susto a la vez, con la boca arrugada y los labios temblorosos.

–Tú te lo has ganado, cabrón –le dijo Dominik alzando la voz. Victor ahora parecía un ser diminuto. Aun así, siguió sintiendo esa arraigada sensación de que el tipo se burlaba de él. Dedicándole una última mirada, Dominik dio media vuelta y se marchó.

–Está bien, vuelve con tu ramera barata. –Victor dijo estas palabras casi con un hilo de voz, pero lo suficientemente en alto para que Dominik las oyera. Se detuvo, se dio la vuelta y le propinó una patada más violenta de lo que había pretendido, tirándolo al suelo.

Dominik comprendió de pronto lo que había hecho y retrocedió, asqueado de sí mismo. Victor gemía en el suelo. Dominik miró a su alrededor. Estaban solos. Seguramente nadie había presenciado el ataque. ¿Qué debía hacer? ¿Quedarse al lado de Victor hasta que se recuperase?

En un árbol cercano un pájaro trinó alegremente, y Dominik fue consciente de lo que acababa de hacer. Se había pegado con un hombre, más pequeño que él y unos diez años más viejo. Y todo por una mujer. Era peor que un tópico; era patético. Dio media vuelta y se marchó de allí.

Los pocos días que había estado sin Dominik fueron como cavar mi propia tumba.

Le pedí a Simón que me esperase fuera mientras subía a recoger mis escasas pertenencias. Había intentado decirle que no tenía gran cosa y que como ya había vivido en tres continentes distintos, era perfectamente capaz de hacer yo solita la única maleta que necesitaba, pero él se empeñó en no dejarme ni a sol ni a sombra, como temiendo perderme si me perdía de vista más de una hora.

Al final accedí a que viniera, pero no quise que entrara en el *loft*.

Eso habría sido la puntilla: si Dominik volvía a casa y se lo encontraba allí, o si de alguna manera fuese capaz de percibir que había estado otro hombre en el dormitorio que habíamos compartido él y yo.

El *loft* me parecía vacío, incluso antes de guardar mi ropa en la maleta y de recoger mis zapatos y mis cosas de aseo. Al haber estado de gira, supuse que se debía a que en realidad ya llevaba meses fuera, antes de marcharme definitivamente.

–Vaya –dijo Simón cuando bajé con la maleta–, es verdad que no tienes muchas cosas. Pensé que exagerabas.

Había intentado sentarme a escribir una nota para Dominik antes de abandonar el *loft*, para decirle que lo sentía, para ofrecerle una especie de final, pero no había conseguido dar con las palabras justas. El escritor era él, no yo.

Acabé recogiendo mis cosas y me marché, esperando que de alguna manera comprendiese todo lo que no había podido decirle.

Me instalé en casa de Simón sin darme cuenta. En un primer momento me había parecido el sitio más apropiado al que podía ir. En su casa había sitio de sobra para otra persona, sobre todo teniendo en cuenta que compartíamos su cama. Además, tenía una habitación específicamente montada como sala de ensayo, lo que me evitaba el problema de tener que encontrar un sitio donde no molestase al vecindario. Alojarme en un hotel habría sido una tontería. Habría podido refugiarme en casa de Baldo y Marija. Cherry seguramente me habría ofrecido su sofá si hubiese dado con su paradero y le hubiese explicado la situación, pero era demasiado orgullosa para reconocer que ella tenía razón. Había sido demasiado orgullosa para casi todo, la verdad.

Simón no tardó en hacer sitio en su armario para mi ropa. De la noche a la mañana apareció un cajón libre en el armarito de su cuarto de baño. Poco a poco mis cosas empezaron a encontrar su sitio en su apartamento. Salíamos juntos de marcha, a cenas, a fiestas, y sus amigos dieron por hecho que éramos pareja antes de que a mí me diese tiempo a decir que se trataba de un arreglo provisional.

Sin comerlo ni beberlo me vi envuelta en otra relación sentimental.

Simón era apasionado y tenía una libido más alta que ningún otro hombre con el que hubiera salido. Más incluso que Dominik. Hacíamos el amor por la mañana y por la noche, y muchas veces también en plena tarde. El sexo entre nosotros era frecuente y bestial, y aunque sabía que debía pasar algún tiempo a solas antes de

embarcarme de lleno en otra vida con otro hombre, pensé que no iba a poder vivir sin eso. Su cuerpo encima del mío era como un manto que anulaba todos los incómodos pensamientos que me perseguían en mitad de la noche.

Muchas veces mi mente volaba hacia Dominik. Me preguntaba si habríamos sido capaces de lograr que lo nuestro funcionara. Si yo hubiese sido sincera con él. Si él no hubiese sido tan celoso. Si yo no me hubiese ido de gira. Tantas situaciones hipotéticas...

Echaba de menos la rudeza de su tacto. Todo en Simón era suave y cálido, desde el calor de su cuerpo hasta el color dorado de su piel, su risa fácil y la pasión con que se lo tomaba todo, desde el sexo hasta la comida y la música. Abordaba todas las cosas de la vida con gran entusiasmo y un alegre optimismo del que Dominik carecía, pero que en ocasiones me ponía de los nervios. Tenía una manera de andar, como dando saltitos, que se conjuntaba con cómo movía sus rizos; era un movimiento que amenazaba con no cesar jamás.

Era como vivir con un rayo de sol. Al final empecé a añorar la lluvia.

Una noche salimos al cine. Simón se pasó casi toda la película metiéndome mano por debajo de la falda, mientras yo trataba desesperadamente de no responder, para evitar molestar a los vecinos de butaca. Era una película de superhéroes, de esas que hacen las delicias de niños y mayores, y estábamos rodeados de familias. Simón era todo lo contrario de Dominik en ese aspecto, como en prácticamente todo lo demás. Aparte de ir debidamente vestido, algo que era esencial para él, le importaba bastante poco la imagen que diese en público.

En lugar de volver en taxi a casa, propuso que fuésemos andando. Se había dado cuenta de que los pantalones le apretaban desde que vivíamos juntos y de pronto estaba muy interesado en hacer ejercicio a diario. O tal vez fuese un plan que había tramado previamente del que formaba parte el *sex shop* que, supuestamente de manera casual, encontramos por el camino, en la Sexta Avenida, pasada la Calle 18.

–Pensé que podríamos probar con algo nuevo –me susurró al oído en un tono pícaro.

–¿Ah sí?

No sabía si ofenderme. Había pensado que el sexo entre nosotros iba viento en popa. Desde luego, teníamos dosis suficiente, y solo de pensar que tal vez él no estuviera satisfecho me sentí molesta.

Simón entró y se fue directo a la sección de ataduras y esposas, donde había de todo, desde cintas de satén para atar en la cama hasta barras espaciadoras y gruesas esposas de cuero.

–¿Qué opinas? –me preguntó.

Me decidí por un par de esposas hechas con una vaporosa tela de color rosa, de esas que no desentonarían en una despedida de soltera. Las de cuero eran más de mi gusto, pero no quería asustarlo demostrándole que tenía experiencia con este tipo de artículos.

–Oh, no, –dijo–. Me sentiría como un tonto si me pusiera eso.

–¿Tú te sentirías como un tonto?

Se puso rojo como un tomate. Era la primera vez que lo veía ruborizarse.

–Es igual. Era una tontería que se me había ocurrido.

La dependienta nos estaba mirando con cara de curiosidad.

–No, no es ninguna tontería. Es que había dado por hecho que pensabas en algo para mí.

–¿Te acuerdas de la noche de nuestro primer beso?

–Sí, claro.

–Tenías una cuerda en el bolso. Pensé que... Para mí tú eres una mujer que podría disfrutar llevando la batuta. Siempre he querido probar. No ser yo quien dirija, me refiero.

Me quedé de piedra. Sabía perfectamente que era pura hipocresía, pero nunca había podido acostumbrarme a la visión de hombres sumisos, ni en clubes ni en las escasas escenas privadas que había presenciado. La idea de Simón de rodillas delante de mí me produjo escalofríos. Por alguna razón, nunca me había esperado eso de él. Otro fallo en mi capacidad de observación, o bien una prueba más de lo egocéntrica que era mi mirada. A mí me parecía un hombre con una autoridad natural, sobre todo cuando dirigía la orquesta. Pero después de todo lo que me había pasado, yo no era la persona más indicada para negarle la oportunidad de probar. A lo mejor me gustaba si probaba con alguien que me atraía.

Salimos de la tienda con un juego de pañuelos negros de seda y con un conjunto de lencería de última moda que se le había antojado a él.

Mientras la vendedora metía nuestras compras en una discreta bolsa, casi podía oír la risa burlona de Dominik en mis oídos.

Esa noche até las muñecas y los tobillos de Simón a los extremos de la cama. Los ojos le hacían chiribitas y ronroneaba de felicidad, como si hubiesen venido a verle los Reyes Magos. Clavé la

mirada en la pared, del cabecero de la cama, mientras cabalgaba encima de él, preguntándome por enésima vez qué era lo que verdaderamente quería. Cerré los ojos y jugué conmigo misma, y un torbellino de imágenes pobló mi mente. En todas aparecía Dominik, pero pese a eso, no alcancé el orgasmo.

A los pocos minutos de correrse, Simón se quedó dormido con las cintas atadas aún. Lo desaté delicadamente y le junté los brazos y las piernas para poder meterme en la cama a su lado.

El sueño me eludía como un ladrón en la noche.

Me levanté sin hacer ruido y saqué mi maleta del armario del pasillo. Había dejado la cuerda en una de las cremalleras, el único sitio que se me ocurrió en el que no había peligro de que Simón la encontrase accidentalmente. Guardé otra vez la maleta y entonces me fui al cuarto de baño con la cuerda y con un bote de lubricante.

Simón tenía un sueño muy profundo, pero abrí el grifo del agua igualmente para disimular los leves sonidos de mi masturbación. Mientras lo hacía podía verme en el espejo, con la cuerda bien prieta alrededor del cuello.

Nunca tuve tendencias suicidas, ni pretendía autolesionarme. Nunca me ataba la cuerda tan fuerte que pudiese causarme algún daño, ni siquiera por poco tiempo, pero esa suave restricción de mi respiración potenciaba mi excitación lo suficiente para provocarme el orgasmo a los pocos minutos.

¡Cuánto deseaba que fuese la mano de Dominik en lugar de un lazo alrededor de mi cuello!

Dominik volvió en metro a Spring Street. En cuanto abrió la puerta del *loft* supo que Summer había estado allí. Aún permanecía en el aire el tenue aroma de su perfume, y su hilera de zapatos ya no abarrotaba la minimalista línea de la pared del pasillo que daba al espacio principal.

El violín ya no estaba. También se había llevado toda su ropa, a toda prisa, sin duda. Se había olvidado el cepillo de dientes, algunos productos de maquillaje, varios botes y tubos de crema y de champú y el viejo blíster de píldoras anticonceptivas, probablemente caducadas, que se había quedado en el cuarto de baño mientras estuvo de viaje por Australia y Nueva Zelanda, como un legado para él, como algo que le recordase a ella.

Ni una nota siquiera.

Aunque no le sorprendió, Dominik se sintió hundido.

Era el punto final de su relación.

Durante los dos días siguientes no salió del apartamento, abandonando sus pequeñas obligaciones de la biblioteca, incapaz de concentrarse en casi nada, y menos aún en investigar o escribir. Temía que cada vez que sonaba el timbre, fuese Victor, o la Policía. Aunque Victor no pusiese una denuncia, era posible que algún paseante hubiese visto el ataque. Sabía que la bronca habría parecido extremadamente violenta, y si alguien la vio y fue a la Policía, podrían arrestarlo.

El sábado por la noche tomó una decisión. Hizo las maletas, mandó varios correos electrónicos pidiendo disculpas y renunciando a la beca, ofreciéndose a reembolsar el dinero que le habían ingresado ya a la empresa inmobiliaria que era la propietaria del *loft*. Cogió un taxi para ir al aeropuerto JFK, sabiendo que si contrataba el servicio habitual de limusinas dejaría rastro de sus movimientos. Una vez en el aeropuerto, compró un billete en el primer vuelo nocturno con destino a Londres en el que encontró plaza.

Hampstead aún dormía a la hora intempestiva a la que llegó el domingo en un taxi. Se apeó y buscó las llaves de su casa en el fondo de su maleta de mano, y abrió la puerta. La colina, a lo lejos, estaba más verde que nunca, con una tonalidad concreta de verde que de alguna manera solo se daba en el clima inglés. Asió todo el equipaje con ambas manos y empujó suavemente la puerta con la punta del pie. El aroma seco de sus libros llegó hasta él como una señal de bienvenida.

Estaba en casa.

Pasaron dos meses. Era hora de que reorganizase su vida. Pactó con la universidad ampliar el período sabático dos trimestres más y poco a poco fue adoptando una rutina constante para escribir. Como siempre había hecho, se levantaba muy temprano, antes del alba, escribía una cantidad fija de palabras de la novela y pasaba las tardes descansando, leyendo y viendo películas en DVD que tenía pendientes o dando paseos si el clima inglés se lo permitía.

Por supuesto, seguía pensando en Summer y no pasaba un solo día sin que los recuerdos tristes y los felices perforaran la pantalla de su silencio emocional autoimpuesto. Mientras paseaba por la hierba húmeda de la colina, no podía evitar recordar a Summer andando

por esos mismos parajes hacia el cenador de música en el que tocó para él por primera vez. Parecía que había pasado una eternidad. Sabía que era inevitable y que no tenía sentido luchar contra ello. Simplemente tenía que aceptar esos sentimientos agridulces y sobrevivir a ellos lo mejor posible. Con suerte, el tiempo le proporcionaría cierto consuelo, pero no las tenía todas consigo.

Un día de finales del invierno sonó el timbre de la puerta. Se sentía agotado y a la vez perdido después de haberse encallado en la escritura de la novela con un personaje que no estaba comportándose como esperaba, y que lo obligó a desechar un capítulo entero y a reajustar un importante fragmento para que las motivaciones psicológicas de los diferentes protagonistas tuviesen más sentido.

Llevaba puesto el batín y hacía cuatro días que no se afeitaba. Se anudó bien el cinturón alrededor de la cintura y bajó las escaleras. Seguramente sería el cartero con algún paquete de última hora.

Al pasar por delante de la ventana del rellano, se fijó en que estaba empezando a llover con fuerza. El timbre volvió a sonar, esta vez con más insistencia. El porche de la casa no ofrecía mucha protección frente a las inclemencias del tiempo.

Descorrió el pestillo, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

–¡Hola!

–Oh...

Era Lauralynn. Un periódico cubría su melena rubia en un vano intento por resguardarse de la lluvia. Estaba empapada y la fina camiseta se le pegaba a sus generosas curvas.

No parecía la joven seductora de siempre, calada como estaba por el aguacero, pero su aura sexy seguía allí, inconfundible. Como no podía ser de otro modo.

–¿No vas a invitar a pasar a una chica empapada? –preguntó con una leve sonrisa en sus labios carnosos.

–Por supuesto que sí. –Dominik abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado para dejarla entrar–. Menuda sorpresa. Me alegro mucho de verte. Perdona que te reciba con estas pintas. No esperaba a nadie.

Lauralynn sacudió la cabeza; una fina cascada de gotitas de lluvia salpicó en todas direcciones.

–Pues no creo que tenga mejor aspecto que tú –comentó. Es lo que tiene la lluvia torrencial. Se ha puesto a diluviar justo cuando salía del metro. Has tardado un siglo en abrir. ¿No me oías? Veía las luces

encendidas, y por eso sabía que estabas en casa.

–Estaba arriba, en el estudio. No he debido de oír el timbre.

Lauralynn vestía unos vaqueros negros ajustadísimos y su habitual chupa de cuero negro encima de una camiseta blanca.

Dominik la condujo a la cocina.

–¿Quieres algo para entrar en calor? –le ofreció.

–Sí, por favor. Cualquier infusión hirviendo, seguida de algo más fuerte. Ya sé que no bebes, pero eres un hombre lo bastante sofisticado como para tener una botella o dos guardadas por ahí, ¿eh?

–Me conoces bien. –Conectó el hervidor de agua y buscó por uno de los armarios en busca de un frasco de café instantáneo.

–¿Café soluble? –se extrañó Lauralynn–. Habría esperado que tuvieras una cafetera de *espresso* de esas tan elegantes y modernas.

–Pues siento decepcionarte.

Le contó que llevaba diez días en Londres. El contrato de suplencia con la orquesta de Yale, por aquella baja por maternidad, había finalizado y aunque le ofrecieron ampliarlo seis meses más, vivir atrapada en aquella zona residencial no era para ella. Era un animal de la gran ciudad. Si hubiese sido en Nueva York, se habría quedado en Estados Unidos sin ningún problema, pero se había hartado de tener que estar siempre pendiente del reloj para tomar el último tren a New Haven desde Grand Central cada vez que iba a darse una vuelta por Manhattan.

–Te marchaste como alma que lleva el diablo –le dijo cuando se sentaron a tomarse el café.

–Es verdad.

Se cruzaron una mirada cómplice.

–Victor está bien –dijo ella–. Ya sé que no me lo has preguntado –añadió.

–Efectivamente.

–Le partiste la nariz.

–Bastante poco fue.

–No sabía que llevaras eso dentro, Dominik.

–Te sorprenderías.

–También él se ha ido de Nueva York. Tengo entendido que le ofrecieron un puesto en la Universidad de Kiev. La hierba siempre es más verde en casa y todo eso...

–Pues ya sé que tengo que evitar viajar a Ucrania en el futuro.

–Creo que sería lo más sensato –concluyó Lauralynn.

–Bueno, ¿y qué planes tienes en Londres?

–Pues poca cosa. He ahorrado algo de dinero. Y no tengo prisa por hacer nada, la verdad.

–¿Dónde vives?

–Estoy en casa de unos amigos en Camden Town, durmiendo en el sofá. Pero dentro de poco dejarán de considerarme una visita bienvenida.

–¿Sigues teniendo el saco de dormir, enrollado y listo para viajar?

–Por supuesto. El saco de dormir que no falte.

–Esta casa es grande. Entre tanto libro sigue quedando algo de espacio libre, supongo. Rincones en los que cabría un saco de dormir.

–¿Es una invitación?

–Lo más parecido que soy capaz de formular –dijo Dominik.

–En ese caso, acepto, profesor.

–Será agradable tener compañía. Hubo un tiempo en que estaba a gusto a mi aire, pero las cosas han cambiado. Estuvo bien con Summer mientras duró, pero lo fastidié todo.

–Quizá el problema fue que nunca supiste exactamente lo que querías, Dominik.

–Lo puedes decir todas las veces que quieras.

–Creo que lo que necesitas es una maestra.

–¿Ah, sí? Sería un interesante cambio de papeles, ¿no?

–¿Me aceptas?

¿Qué quería decir Lauralynn?

Ella percibió su perplejidad.

–Es posible que sepas mucho de libros y cosas raras, pero hay un montón de cosas que yo podría enseñarte, Dominik. Sobre las mujeres, sobre el erotismo, sobre el control, sobre lo que mueve a las personas.

–¿Es una invitación? –Dominik sonrió.

–Y te ofrezco clases gratis. Con regalos extra por el camino.

Dominik recordó el trío con Miranda y supo exactamente lo que la astuta Lauralynn tenía en mente.

–¿Dónde hay que apuntarse? –preguntó él.

–Aquí mismo –dijo ella–. Bueno, ¿dónde tienes escondido el alcohol?

La vida siguió adelante, como siempre.

Pasó aproximadamente un año y medio, en un abrir y cerrar de ojos. El tiempo volaba, llevado por el tranquilo río de la vida al lado de

Simón y ocupada en mi carrera musical.

Había estado fuera de la ciudad un par de semanas, dando unos conciertos en Memphis y Charleston. Estar en la carretera es como viajar en un capullo de oruga; me gustaba, era la dueña y señora de mi universo. Supuso un agradable cambio en mi vida. Cuando estaba fuera no tenía que darle explicaciones a Simón cada vez que quería hacer algo sin él, aunque fuese ir hasta la tienda de la esquina. En las habitaciones de hotel ni siquiera ponía la tele; solo leía novelas malas o escuchaba música, y en ocasiones me quedaba simplemente en silencio mirando fijamente una pared desnuda. Podría haber llegado el Apocalipsis, que ni me habría enterado. Las noticias de la actualidad no me interesaban lo más mínimo.

Cuando estaba de gira, todos los días salía a correr. Era mi manera de hacer migas con una ciudad desconocida, de asimilar sus vistas y sus olores, ignorando las rutas turísticas y explorando los recovecos de los barrios. La gente es mucho más interesante que los museos.

Cuando volví a Manhattan, para unos días nada más, aproveché que conocía bien las zonas comerciales y salí a comprarme unas zapatillas de deporte nuevas. Las viejas estaban rotas por la punta, lo que me proporcionó gran satisfacción. Aunque prefiero usar zapatillas gastadas –cuando están sin estrenar es como si tuvieran un fallo–, la almohadilla estaba totalmente desgastada y no me hacía ninguna gracia torcerme un tobillo. Fui en metro hasta Union Square con la idea de recorrer las zapaterías de Broadway, desde el norte hasta el sur de Astor Place.

Las tiendas estaban a tope de clientes, animados por el tiempo primaveral, que entraban y salían de los comercios como si ir de compras estuviese a punto de pasar de moda. Tras la relativa reclusión de las solitarias habitaciones de hotel, el ajeteo, los empujones y las colas para conseguir que un dependiente me diera la compañera de la zapatilla del escaparate me sacaron de quicio enseguida.

Quizá encontrara algo de paz al sur de Houston, donde las tiendas eran sin duda más lujosas y habría menos gente y ajeteo. No se podía decir que no tuviese dinero para darme un capricho. Además, como premio, de camino me pasaría por una de mis heladerías favoritas. Hacía siglos que no me comía un helado de pistacho, exactamente desde que dejé Europa, y de pronto me entraron unas

ganas tremendas de tomarme uno.

Crucé la calle en el primer semáforo que encontré.

El escaparate de Shakespeare & Co. me recibió cuando llegué al otro lado del paso de cebra. Era una de las pocas librerías independientes que quedaban en la ciudad, y un lugar que a Dominik siempre le había gustado visitar. Mientras yo iba de compras por las tiendas de ropa cercanas, él se metía allí, y parecía que nunca le importaba el tiempo que me tirara probándome vestidos o zapatos. De mil amores se habría pasado allí dentro la noche entera figando entre las estanterías, si lo hubiesen dejado.

El escaparate ofrecía su habitual batiburrillo de libros de todos los tamaños y colores. Me pregunté si a Dominik le gustaba tanto aquel lugar porque le recordaba las estanterías de su propia casa, llenas de libros puestos sin orden ni concierto.

Cuando me disponía a continuar mi camino por Broadway, me llamó la atención la portada de un libro, en el extremo del escaparate, con la imagen de un violín. Ralenticé el paso y me pegué al escaparate.

Me detuve en seco, paralizada, petrificada, mientras la gente me empujaba. Una faja en la cubierta afirmaba que había sido un éxito de ventas en Reino Unido, pero en lo único en lo que pude fijarme fue en el nombre de Dominik, estampado como si fuese una marca, y en la ilustración de un violín, tan realista que parecía una foto. Había terminado de escribir su novela y encontrado editor.

Dentro de la librería vi una pila de sus libros encima de la mesa de novedades, nada más entrar. Con la misma actitud que habría empleado para sacar del horno una bandeja caliente, cogí un ejemplar. Con mucha cautela.

Lo abrí, pasé la portadilla. Había una dedicatoria:

A S.

Siempre tuyo.

Agradecimientos

Gracias, como siempre, a nuestra agente Sarah Such, de Sarah Such Literary Agency, y a nuestros editores Jemima Forrester y Jon Wood, así como a Tina Pohlman de Open Road Integrated Media de Nueva York, y a nuestros editores en Alemania, España, Italia, Suecia y Brasil, etc., por creer en nosotros. También queremos dar las gracias, por supuesto, a Rosemarie Buckman de la Buckman Agency y a Carrie Kania de Conville & Walsh por su inestimable labor.

Ochenta melodías de pasión en rojo

El sencillo arte de la dilación

–¿Y bien? ¿Qué planes tienes para hoy? –preguntó Lauralynn.

–Hacer el remolón, por supuesto –contestó Dominik.

–Nada nuevo entonces...

Estaba de pie y daba sorbos a un vaso de leche mientras recogía sus cosas y se disponía a salir para una jornada de ensayo. El día anterior había dejado el violonchelo en el estudio donde ensayaba, como solía hacer. Era una lata llevarlo por Londres en el transporte público, y el edificio en el que se reunía con sus compañeros músicos del cuarteto de cuerda contaba con medidas de seguridad las veinticuatro horas.

Llevaba unas botas de cuero negro hasta las rodillas y el resto de sus largas piernas enfundado en unos vaqueros ajustados que desaparecían en la cintura bajo los amplios pliegues de una informal sudadera gris. Tenía aspecto de cualquier cosa menos de instrumentista de música clásica, y aún menos de músico de cámara.

Dominik no podía evitar encontrarla sexy en cualquier situación. Algunas mujeres poseían dicho atractivo, otras no; ella lo tenía al cien por cien. Atraía todas las miradas con el simple atisbo de una sonrisa. Y el hecho de que se decantara por las mujeres la hacía aún más excitante.

Lauralynn se sujetaba en alto el cabello rubio y alborotado para encajarlo en el casco de moto. Una de las primeras cosas que hizo después de que Dominik accediera a que se quedara en su casa, y de formar su cuarteto con el único miembro que quedaba de su anterior formación del conservatorio y un par de recién llegados, fue permitirse el lujo de comprarse una moto nueva. Una Suzuki GSXR 750 de segunda mano, negra, reluciente e impecable. Antes de regresar a Inglaterra había vendido la Kawasaki que tenía en Yale, al parecer por problemas de transporte. Dominik no sabía de dónde sacaba el dinero, pero a Lauralynn nunca parecía faltarle y su actitud hacia él era particularmente desdeñosa. No debía ganar demasiado con las actuaciones esporádicas del cuarteto y los diversos trabajos como músico en conciertos.

Lauralynn le lanzó un beso y salió por la puerta a toda prisa. Enseguida se oyó el rugido del potente motor de su moto, que se fue apagando a medida que descendía a toda velocidad por la ladera.

Dominik bajó la vista al plato que tenía delante. Ahí estaba su última tostada, abandonada.

Pensó en los meses que llevaba viviendo con Lauralynn bajo el mismo techo. Se conocieron cuando él estaba organizando una actuación privada en una cripta, en la que Summer tocó el violín completamente desnuda, acompañada por el cuarteto de Lauralynn, cuyos integrantes llevaban los ojos vendados. Tiempo después, Lauralynn apareció en Manhattan, coincidiendo con una de las ausencias de Summer, y le había enseñado nuevas posibilidades sexuales. Posteriormente, acudió a él tras su retorno a Londres, donde se convirtieron en cómplices de sus aventuras sexuales, mientras ella lo ayudaba a alejar el fantasma de Summer.

Volvía a estar solo en la enorme casa, a su aire.

Solo estaban él y el documento en blanco en la pantalla del ordenador. Lo inundó una oleada de desprecio por sí mismo y supo que a medida que avanzara el día iría sumando con aplicación unas mil palabras o algo así, y que muy probablemente, por la tarde, acabara borrando la mayor parte de lo escrito.

Echaba de menos las clases y la docencia. Pensaba que podría haber sido un grave error renunciar a su puesto de titular tras el éxito inesperado de su novela parisina, protagonizada por la trágica heroína que se inspiraba en Summer.

Había firmado un contrato para una segunda parte, pero llevaba varios meses de retraso e iba muy por detrás del calendario que colgaba de la pared de su estudio.

Por un lado, estaba la presión inevitable de idear algo que estuviera a la altura del inspirado romanticismo del libro de Summer. Por otro, la triste realidad de que no tenía buenas ideas. Las que le venían a la mente las descartaba enseguida por superficiales o poco interesantes. Necesitaba un anzuelo. Una historia. Personajes. Estaba claro que no podía limitarse a reciclar las emociones que le evocaba Summer. Aunque solo fuera porque dolían demasiado.

Después de la ruptura y de su apresurado regreso de Nueva York escribió la primera novela en un arrebatado de excitación, aporreando el teclado mientras la música sonaba a todo volumen en la habitación: una estudiada mezcla del repertorio clásico que con frecuencia le había oído tocar a Summer, las *chansons* francesas y el

jazz norteamericano de comienzos de los cincuenta que conformaban el trasfondo de su historia. Ahora podía incluso permitirse el lujo de escuchar la música que Summer tocaba para él en los discos que había sacado durante los últimos meses, cuando su carrera empezó a tener éxito, pero no servía de nada. Incluso tenía el efecto contrario: casi siempre se quedaba muerto de miedo al oír las notas del Bailly que, nítidas como el cristal, se elevaban y evocaban inevitablemente las sombras de su piel, el color oscuro de sus pezones y, en lo más profundo de su recuerdo, el sabor de su sexo. Hubo un tiempo en el que eso lo había inspirado, ahora solo conseguía aumentar su depresión, agudizar su dolor.

Había comprado los CDs de Summer, el primero era una grabación brillante de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, en la que Dominik podía sentir toda la pasión de la joven, su carácter salvaje y caprichoso, pero también su delicada sensibilidad. En una crónica de sociedad leyó que vivía con Simón Lobo, cosa que no resultaba sorprendente: era el director de la orquesta en todas sus grabaciones y ya trabajaban juntos en Nueva York durante los pocos meses que vivió con Summer en el *loft* de Manhattan. Los otros dos CDs incluían los conciertos de violín de Tchaikovsky y Mendelssohn y el último, que vio de casualidad en un escaparate el mes anterior, estaba dedicado a improvisaciones de temas de los nativos sudamericanos, lo cual obviamente no era una mera coincidencia.

La caja de este último álbum descansaba abierta en el extremo izquierdo de su mesa, junto a un montón de libros de consulta y carpetas llenas de recortes de revistas y notas varias, la mayoría de las cuales eran indescifrables porque había escrito en ellas en todas direcciones y con letra apresurada. Una fotografía de Summer ocupaba la cubierta, mostrando su rostro borroso, un atisbo de sus hombros desnudos, las llamas rojas de su cabello como una ensordecedora explosión de color contra un fondo blanco como la nieve y el fino tirante negro de un vestido que Dominik no pudo evitar reconocer. Era el que él le había comprado en el mercadillo de Waverly Place.

Se le pasó por la cabeza la irónica idea de que en alguna tienda en la que vendieran libros y discos algún comprador desconocido adquiriera por casualidad sus palabras y la música de Summer como parte de la misma transacción, ajeno a los lazos que los habían unido.

Dominik suspiró con intensidad, como si lo hiciera para un público, y supo que si ponía música en aquel momento lo más

probable era que su humor no mejorara.

Tendría que optar por el silencio.

El cursor de la pantalla parpadeaba, cobraba vida y desaparecía, mofándose de él.

Después de regresar de Nueva York, Lauralynn asumió la tarea de reconducir a Dominik por el buen camino. Sin sus ánimos probablemente no hubiera seguido con el trabajo ni terminado su novela parisina, y se hubiese visto arrastrado de nuevo a la tranquila rutina de enseñar y, si le surgía la oportunidad, a los juegos sin ataduras.

Lauralynn sabía que Dominik se sentía atraído por ella y no perdía la ocasión de seducirlo con su actitud despreocupada respecto al sexo y a su desnudez. Ella sabía que al despertar el deseo en Dominik conseguía crear el efecto del combustible que él necesitaba para seguir produciendo palabras y llegar al final del manuscrito sin sentir lástima por sí mismo. Y sin depender demasiado de los recuerdos de su época con Summer, aun cuando era innegable que el personaje femenino principal de su libro semibiográfico se basaba en la violinista pelirroja.

–Necesitas distracciones, mi querido Dominik –le dijo una noche con aquel brillo juguetón de sus ojos verdes, preludio de alguna travesura.

Continúa en tu librería